

DISCURSOS DE ONCE

PROMOCIÓN 2024



# DISCURSOS DE ONCE

---

PROMOCIÓN 2024

# Contendio

## Identidad

|                                      |    |
|--------------------------------------|----|
| Sofía Acuña Díaz .....               | 10 |
| Camila María Ángel Casadiego .....   | 13 |
| Carlos Andrés Ávila Martínez .....   | 16 |
| Nicholas Bautista Martínez .....     | 18 |
| Pablo Bayón Navas .....              | 21 |
| Mariana Chaves Ocampo .....          | 24 |
| Antonia Concha Sanabria .....        | 25 |
| Jerónimo Cuartas Vélez .....         | 29 |
| Nicolás Duque Benedetti .....        | 30 |
| Paulina Espinosa Ramírez .....       | 31 |
| Juan Camilo Fajardo Londoño .....    | 33 |
| Manuela García Vega .....            | 35 |
| Alejandra González Jaramillo .....   | 39 |
| Felipe Guarín Rodríguez .....        | 40 |
| Manuela Guerrero Calixto .....       | 44 |
| Gabriela Gutiérrez Aristizabal ..... | 48 |
| Sofía Jaramillo Vergara .....        | 50 |
| Valeria María Jimenez Cañas .....    | 53 |
| Santiago Mariño Molano .....         | 57 |
| Cristina Mestre Trujillo .....       | 60 |
| María Margarita Molina Guzmán .....  | 63 |
| Catalina Montoya Bernal .....        | 64 |
| Cipriano Montoya Mayol .....         | 67 |
| Sara Moreno Muñoz .....              | 69 |
| Natalia Obando Perilla .....         | 73 |
| Martín Osorio Castro .....           | 75 |
| Teuhem Santiago Pailhé Gómez .....   | 78 |
| Felipe Parra Crespo .....            | 79 |
| Valentina Quezada Silva .....        | 81 |
| María Lourdes Ramírez Díaz .....     | 83 |
| Manuela Recio Durán .....            | 87 |

|                                       |     |
|---------------------------------------|-----|
| Camila Sarria Gómez .....             | 89  |
| Nicolás Francisco Simões Bayona ..... | 91  |
| Mariana Taborda Botero .....          | 93  |
| Sebastián Vásquez Toro .....          | 95  |
| Mariana Villegas Jordán .....         | 97  |
| Emilio Robledo Gómez .....            | 100 |

///

## Filosofía de vida

|                                     |     |
|-------------------------------------|-----|
| Valeria Álvarez Bolívar.....        | 105 |
| Martin Amaya Gaviria .....          | 107 |
| Emilio Ángel Casadiego .....        | 109 |
| Lorenzo Arenas Ramírez .....        | 112 |
| Federico Barreto Barrero .....      | 115 |
| Valeria Barriga Lozano .....        | 116 |
| Amalia Cárdenas Fernández .....     | 118 |
| Nicolás Carrera More .....          | 120 |
| Laura Galindo Deeb .....            | 122 |
| Martín Glauser Soto .....           | 124 |
| Samuel Godoy Morales .....          | 127 |
| Luna Juliana Granados Moreno .....  | 130 |
| Simón Andrés Hernández Cardozo..... | 131 |
| Alejandro La Rota Bello .....       | 133 |
| Antonio Llano Cock .....            | 135 |
| Mariana López Méndez .....          | 137 |
| Alejandro Mesa Vanegas .....        | 140 |
| Mariana Molano Luque .....          | 142 |
| María Gabriela Muñoz Pinedo .....   | 146 |
| Paula Rincón.....                   | 149 |
| Pablo Santamaría Rojas .....        | 153 |
| Lorenzo Suárez Betancourt .....     | 155 |
| Nicolás Suárez Burgos .....         | 158 |
| María José Uribe Baute .....        | 160 |
| Camila Uribe Suárez .....           | 162 |
| Jaroslav Vlasak González .....      | 165 |



COLEGIO LOS NOGALES

# Identidad

\*\*\*\*\*

Los discursos de once son una oportunidad para reflexionar sobre nuestra trayectoria por el colegio y sobre nuestros pensamientos en el cierre de esta etapa tan importante de nuestras vidas. Nos permiten mostrar nuestra voz frente al tema que queramos, y son un paso más en el camino de conocernos a nosotros mismos. Uno de los grandes temas que se abordaron en estos discursos fue el tema de la identidad. Dentro de la diversidad de textos, una gran parte de estos se puede categorizar dentro de la búsqueda o construcción de nuestra identidad. Los autores exploran la trayectoria, las experiencias y los descubrimientos acerca de su propia identidad. Algunos discursos examinan cómo la identidad se ha desarrollado en el contexto del colegio. Hablan de cómo nuestras personalidades se han moldeado en el entorno nogalista, y cómo estas reflexiones se extienden a nuestra vida diaria. Otros discursos se enfocan en la influencia de las personas que nos han acompañado en el camino: cómo nuestros amigos, familiares, profesores y compañeros han sido los principales constructores de nuestra identidad. También hay relatos que recuerdan lo que ha sido estudiar en Nogales: historias de superación, logros y caídas, o simplemente un recuento de experiencias de cada año.

Al leer los siguientes discursos, surgen varias preguntas que estos pretenden responder. Se pueden resumir en estas tres principales: ¿quiénes influyen la construcción de nuestra identidad? ¿Cómo cambia nuestra identidad desde que entramos hasta que salimos del colegio? ¿Qué nos depara en el futuro y cómo seguirá moldeando nuestra identidad? Ya sea que queramos mostrar un poco de lo que somos y lo que hemos sido, o intentemos responder la pregunta de quiénes somos, escribir el discurso de once supone esa necesidad incesante de hablar sobre nuestra identidad.

Sobre la base de las experiencias que cada uno de nosotros ha vivido, el discurso de once nos ha permitido a muchos entender que la etapa del colegio creamos una identidad, y que al culminar estos años es cuando empezamos a definirla. Incluso en el proceso de escribir el discurso hemos podido descubrir partes de nuestra identidad que no nos habíamos dado cuenta de que habíamos formado. Los discursos a continuación muestran una porción de la identidad de cada uno de los estudiantes, algunas incluso íntimas, que demuestran el arduo proceso de reflexión y autoconocimiento que conlleva escribir un discurso de once.

# Sofía Acuña

“Mamá, Maye, hoy te quiero agradecer por mi vida, por el hecho de haber nacido como una mujer. Suena raro que te agradezca por algo que no estuvo ni está bajo tu control, pero el día de hoy lo veo como una bendición. Ser la heredera de tu esencia, de tus enseñanzas, y de tu legado como persona y como mujer no tiene precio alguno”.

## Mujer, Maye

Para mamá:

**M**aye, desde que estaba en vacaciones sabía que quería que mi discurso de once fuera una especie de carta para ti pero no sabía de qué quería hablar en esta. Hoy, un día antes de la entrega del primer borrador, te puedo decir que ya sé de qué lo quiero escribir; sí, es un poco tarde y sobre el tiempo, pero aquello que se escribe con sentimiento e inspiración en un momento dado es lo que más significado tiene y transmite, y sabes que lo aprendí de ti.

Mamá, Maye, hoy te quiero agradecer por mi vida, por el hecho de haber nacido como una mujer. Suena raro que te agradezca por algo que no estuvo ni está bajo tu control, pero el día de hoy lo veo como una bendición. Ser la heredera de tu esencia, de tus enseñanzas, y de tu legado como persona y como mujer no tiene precio alguno.

Maye, mujer, gracias porque desde pequeña, así fuera a punta de regaños, de habladas fuertes y de peleas

entre las dos, soy lo que soy hoy. Aún recuerdo esa vez en la que me dejaste sola en el carro mientras ibas a hacer una vuelta en la cual te demorabas mucho menos que cinco minutos y yo lloraba porque me sentía vulnerable, me sentía desprotegida, y tú me dijiste que tenía que aprender a dejar el miedo atrás, secarme las lágrimas y seguir adelante. Claro, yo no aprendí esa vez, pero poco a poco me fui fortaleciendo y aquí estoy hoy; parada al frente de una parte de la comunidad que me ha visto crecer, leyendo mi discurso con toda la fortaleza del mundo y sintiéndome orgullosa de lo que estoy haciendo.

La fortaleza que hoy vive en mí, no nació solamente desde el día en que por alguna razón tuviste que partir de este mundo para poder vivir en la eternidad. Tú bien sabes que en estos diecisiete casi dieciocho años de mi vida han pasado varias cosas que me han hecho crecer y madurar a un paso más acelerado de lo que normalmente se debería. Sé que para algunos es difícil entender por qué no estoy tirada en una cama llorando y reprimiendo cualquier tipo de sentimientos que surgen del pasado, pero como mencioné en mi discurso de octavo, no soy una víctima, no quiero ser vista como una, ni el propósito de estas palabras que leo hoy es que la gente alrededor me vea como una. Siempre he soñado con ser una mujer ejemplar y poder compartir mis experiencias personales y todos los aprendizajes que estas me han dejado para la vida. Quiero ser mujer.

Ser mujer es tener una voz que se escuche, ser mujer es ser fuente de creación e inspiración, ser mujer es tener las oportunidades de soñar y poder cumplir estos sueños. Aunque a veces, lastimosamente por cosas de la sociedad en la que vivimos, no solamente a mí, sino a muchas mujeres se les apagan sueños, ya que se ha normalizado la desigualdad de género, que permite que nuestras capacidades se vean puestas en tela de juicio. A veces, nuestra voz no es escuchada, nuestras opiniones no son aceptadas, y se dice por ahí que no somos lo suficientemente hábiles para luchar por lo que queremos. Sufrimos de malos tratos, de comentarios hirientes e incómodos que nos hacen cuestionar nuestra forma de ser y nuestra apariencia física que pueden llegar a convertirse en algo que no nos deja estar tranquilas. Podemos hasta llegar a sufrir mínimos actos de acoso que pueden ir creciendo hasta convertirse en algo que atente con nuestra integridad física. Es impresionante y triste ver cómo convivimos con este problema a diario por más de que no se vea explícitamente. Es indignante ver que no estamos a salvo y que hagamos lo que hagamos, hay cosas que no se pueden evitar. Es triste ver que entre mujeres no nos apoyamos todo el tiempo, sino que le hacemos el feo a las otras por decisiones que toman, por cómo se ven, y por cosas que simplemente les pasan y que ni siquiera están en su control. En lugar de ello, deberíamos aprender a brillar como mujeres y ayudar a otras a

brillar sin ser opacadas. A veces me pregunto el porqué de las cosas, y una de estas es el porqué crecimos y vivimos en un país donde cosas así pasan frecuentemente, por qué la sociedad normaliza este tipo de actos y por qué el mundo lo permite por más de que se luche por acabar con esto. Y sí, es triste, pero decidí verlo como una oportunidad. Una oportunidad para poder aportar al país, y que cada una de nosotras que está aquí presente pueda dejar su granito de arena. Sí, Colombia, un país en desarrollo que tiene muchas falencias, pero que tiene un gran potencial. Un país fruto de muchas mujeres luchadoras que alzan la voz y que tienen ganas de trabajar por él, así como tú lo hiciste.

Mujer, mamá, el día de hoy estoy aquí para hacer un alto en el camino y concientizar a esta comunidad, a estas mujeres con las que convivo día a día para que se sientan empoderadas y que se sientan orgullosas de ser mujer. Hoy, en esta nueva etapa de mi vida, te agradezco porque a pesar de que pasaste por un proceso de divorcio doloroso, en el que quise estar muy involucrada sin que nadie me lo pidiera y sin haber tenido la obligación. Porque sufriste un montón y sí, por más de ser tu hija, una chiquitica que en ese momento estaba empezando a vivir, te acompañé y nunca te dejé sola. Porque cuando tuviste que dejar de trabajar en ese sitio en el que habías trabajado toda tu vida en el que te ganaste premios y estuviste postulada para ser ministra de las TIC, pudiste salir y montar desde cero un proyecto nuevo e innovador. Un pro-

yecto en el que les abriste las puertas a muchas mujeres que te apoyaron y que hoy te llevan en el corazón. Me siento muy afortunada de poder decir que tú, mamá, eres mi ejemplo a seguir para toda la vida. Que sí, que a mi criterio tú siempre serás la mejor mamá del mundo, pero que también todas las mamás de estas personas con las que convivo se ponen la camiseta para dar lo mejor de ellas todos los días y llevar en alto el hecho de ser mujer.

Por otro lado, gracias por acompañarme en una de las etapas más difíciles de mi vida en la cual fui acosada y humillada públicamente, porque aunque en esos días no fui la mejor hija, estuviste tú para hacerme sentir orgullosa de mí, porque tú me enseñaste a vivir con la cabeza en alto y a hacerle frente a cualquier altibajo que se presentara en el camino. Me hiciste darme cuenta del valor que tengo como persona y como mujer. Me diste a entender que puedo lograr todo aquello que sueño porque tengo las capacidades para hacerlo.

Hoy te agradezco por el agarrón que tuvimos cuando te dije que me quería ir del colegio, porque si me hubiera ido, no estaría aquí hoy dejando mi granito de arena. Este colegio me ha visto crecer, y me ha hecho ser más fuerte justo en estos últimos tres años en los que no he podido compartir contigo. Aquí, en mi segunda casa, he encontrado a personas que me alegran los días, que valoran mi forma de ser, que me valoran por ser mujer y me apoyan incondicionalmente. He encontrado

a personas que me llevo para siempre y que por alguna razón están en mi vida para quedarse.

Gracias mamá, Maye por ser esa mujer que tengo en mente todos los días y que me motiva a ayudar a mujeres como yo a que no se rindan nunca y a sacarles una sonrisa a diario. Maye, tu vida es un ejemplo de esfuerzo y de resiliencia. Es un ejemplo que no solo es para mí, sino para todas y todos aquellos que lo pueden estar necesitando en este momento. En una parte de tu vida me criaste sola, trabajando todos los días para poder mantener a mi hermano y a mí. Fuiste rechazada por la sociedad por ser una madre soltera que solo buscaba ser feliz y el bienestar para ella y para sus hijos. Sufriste de acosos, al igual que yo, y aún así saliste adelante. Viviste una vida llena de aprendizajes y que terminó con rayos de felicidad y alegría. Hoy, tu hija, Sofía, busca ayudar a miles de mujeres a sentirse seguras, a poder progresar en un mundo difícil sin perder su autenticidad. Hoy busco tocar corazones no solo con tu historia, sino con la mía, porque desde que te fuiste me ha tocado levantarme principalmente sola y aquí estoy lográndolo día a día.

Mamá, mujer; no sabes cuánto daría para que estuvieras aquí conmigo y más en esta etapa de mi vida en la que me haces tanta falta, pero que por alguna razón, todo dio un giro enorme y, sin embargo, aquí estoy. Aquí estoy llevando tu legado y dejando el mío en este colegio, para que no solamente siga fortaleciéndome, sino que todos

podamos hacerlo, para que no solo yo me levante con una sonrisa que me da paz, sino para que todos podamos hacerlo, por más de que nos pase de todo. ¿Por qué? Porque no soy solo yo la que viene luchando una batalla ya hace un tiempo, sino que cada uno de los que estamos aquí tiene algo que les arruga el corazón.

A veces me siento a pensar y aunque me haces una falta enorme, no sería lo que soy hoy si no hubiera experimentado tu partida en ese debido momento. Te aseguro que no tendría esta sonrisa, estas ganas de cambiar el mundo y esta vocación por servir que tengo. Con tan solo saber que por ahí debes estar tú viendo y oyendo día a día, lo tengo todo.

Tú, mujer; que nada te arrebate lo que quieres, que nadie te apague tu luz, porque ser mujer es bonito; tienes a alguien que te quiere y te apoya.

Maye, mamá; gracias por recordarme lo lindo que es ser mujer, gracias por ser fuente de inspiración inmortal.

Con cariño, Sofia.

///

## Camila Ángel

“Aprendí la importancia de valorar los pequeños actos de las personas”.

**E**n 2019, después de unas excelentes vacaciones de semana de

receso empecé a presentar un fuerte dolor de estómago en mi clase de Inglés. Aunque al principio era un simple malestar estomacal, con el paso de las horas iba empeorando hasta el punto que mis padres decidieron llevarme a la Clínica Marly. Pensamos que era un simple virus y que en cuestión de horas la situación iba a mejorar, sin embargo, esas horas se convirtieron en días y no parecía haber explicación alguna para el cuadro que presentaba. Ningún examen salió positivo y mis síntomas solo empeoraban. Después de cuatro días de incertidumbre me trasladaron a la Santa Fe con la esperanza de que los exámenes especializados de allá nos mostraran una respuesta. Afortunadamente, así fue y descubrimos que tenía un cóctel de bacterias en mi estómago. Varias shigellas y e.collis se habían encargado de destruir mi sistema gastrointestinal generando una inflamación que resultaría en una obstrucción intestinal. A pesar de varios tratamientos que resultaron en sondas, un catéter central y muchos exámenes, la mejoría parecía ser relativa y la clínica Santa Fe se convirtió en mi hogar por aproximadamente 4 meses.

Aunque esta historia puede parecer bastante dramática, no todo lo que pasó durante mi enfermedad fue negativo, pues tuve la oportunidad de dar cuenta de lo afortunada que soy de tener todo lo que me rodea y así cambiar mi visión hacia el futuro.

Durante todo este proceso mi familia siempre estuvo a mi lado, pasaban noches en vela preocupados por mi

situación. Me hacían reír y trataban de ayudarme a pasar el tiempo. Mis papás hicieron hasta lo imposible para que cada día fuera mejor y sacrificaron incontables cosas por mi bienestar. Me mostraron que nunca me va a faltar el amor y que a pesar de las circunstancias siempre voy a tener los brazos abiertos en mi hogar. Mi hermano intentaba animarme con saludos de mis compañeros y juegos de mesa. Escondía su propia preocupación y sus propios problemas para que yo estuviera tranquila. Nunca se quejó y siempre estuvo con la mejor disposición para ayudarme. Con ellos descubrí que nunca me faltará el amor incondicional.

Desde el primer día tenía visitas de todas mis amigas, se encargaban que me distrajera, me hacían sentir acompañada. Incluso en halloween me enviaron un disfraz para que a pesar de que no estuviera con ellas en el colegio me sintiera incluida. Se quedaban en las tardes a hacer tareas y me llenaron de peluches que hasta el día de hoy conservo. Disfrutaban de sacarme a pasear por los diferentes pisos y de mostrarme videos de todo lo que pasaba en el colegio.

El colegio también me apoyó en todo momento, realizaban oraciones por mí y se mantenían en comunicación constante. Era tanto el apoyo que de hecho, yo fui la que empecé con las clases virtuales. Cuando estaba estable Maca se tomaba el tiempo de conectarse por schoology conmigo para explicarme todo lo que habían visto y aunque no fuera muy productivo, pues las enfermeras y

los doctores interrumpían constantemente, esto me daba mucha motivación. También, un día cuando me estaba despertando de la anestesia tras una pequeña intervención en mi catéter central, la primera imagen que visualicé fueron los rostros de Camilo Camargo, Manuel Romero, Juan Carlos Caicedo y Sandrita Moreno, que habían decidido ir a visitarme. Aunque al principio debo aceptar que pensé que estaba alucinando y lo primero que se me vino a la cabeza fue pedirle ayuda a mi mamá, después me di cuenta de lo significativo de esta visita. Pues entendí que mi red de apoyo era supremamente extensa y que el colegio era una familia más.

Mi generación me mandó una carta grande y una tarjeta de parte de cada uno. Todavía me hace feliz pensar que fue iniciativa propia y que no fue porque los directores de grupo les pidieron que realizaran esta actividad. Hoy en día conservo estas cartas porque me hacen darme cuenta de lo afortunada que soy de poder tener a toda la generación 2024 a mi alrededor.

Retomando mi historia, debido a la poca mejoría y la poca efectividad de las intervenciones tuve que ser trasladada a una clínica en Estados Unidos donde después de un proceso de aproximadamente 1 mes pude volver a ser yo. Me devolví a Colombia y me reintegré al colegio por 1 semana, pues poco después de mi llegada empezó el aislamiento preventivo. Aunque pensé que no iba a poder recuperar el año, con el apoyo de los profesores, del colegio y de

mis compañeros logré adelantarme y mi vida comenzó de nuevo.

Después de toda esta experiencia creé un gran sentido de pertenencia hacia el colegio y hacia su comunidad. Me empecé a meter a todas las actividades que ofrecía: me metí a ONU, a los dos clubes de matemáticas, a Round Square y asistía a todas las ayudas aunque entendiera los temas. La flauta se convirtió en una parte esencial de mi y aproveche cada clase para aprender al máximo con Jessie. Continué en gimnasia y de hecho hasta el día de hoy es uno de los espacios que más valoro. Pues a pesar de que solo somos Mo, Paulina, Lorena y yo, son todo lo que necesito para poder aprovechar y disfrutar de los entrenamientos. Me atreví a probar diferentes actividades. Por ejemplo, recientemente decidí sumarme al equipo femenino de básquet donde, a pesar de no ser una jugadora destacada, aprendí a analizar y a mirar el juego desde perspectivas diferentes. Aprendí a reírme de el error y a estar preparada para siempre recibir un golpe, gracias Sabrina. Me convertí en parte de otra familia y descubrí que mis números preferidos son el 5 y el 14. Me acerqué a Rolf quien me enseñó que a veces la vida no es tan compleja como parece y simplemente se trata de cambiar el brain set y afrontar todo con la misma tranquilidad que la vida te permite. Aunque cuando me gradúe es probable que no vuelva a hacer gimnasia ni a jugar basket, me llevaré todas las risas, enseñanzas y por supuesto tres dedos rotos a la universidad.

Aprendí la importancia de valorar los pequeños actos de las personas. Disfruto de cada saludo a Jhon , cada risa con mis amigas, cada facetime con Valen, cada mañana en el carro con Luchi y cada crisis existencial por las tareas.

También entendí lo afortunada que soy de tener un compañero de vida, un mellizo que siempre va estar ahí a pesar de las adversidades. Y sé que a pesar de todo lo que venga en el futuro nunca nos vamos a separar. Al principio del año me prometí que iba a ir a todos sus partidos de básquet y siempre estaría en sus momentos de felicidad. Hoy una temporada de básquet después, orgullosamente puedo decir que no falte a ningún partido y disfrute de verlo en su pura esencia durante toda su temporada. Estoy supremamente agradecida de haber pasado estos 14 años junto a Emilio y me llena de felicidad saber que, como dijo mi hermano en su discurso, entramos cogidos de la mano y saldremos de la misma manera.

Querida promoción 2024 a pocos meses de graduarnos, todos estamos tomando caminos diferentes en la vida y solo nos queda disfrutar y aprovechar cada momento juntos, mantener esa unión que nos caracteriza y enfocarnos en el presente. Me llevo todos las risas, tristezas y por su puesto sus cartas para nunca olvidar lo afortunada que soy de poder llamarlos mi familia.

Y por último, queridos profesores y demás miembros de la comunidad, gracias por prepararme para pasar a esta nueva etapa de la vida. Gracias por siempre sacar lo mejor de mi y por apoyarme siempre que lo nece-

sito. Gracias a ustedes y a todos los aquí presentes tengo un gran sentido de pertenencia que me permite decir que orgullosamente soy nogalista. Aunque mi paso por el colegio se acerca a su fin estoy segura que esto no es un adiós, es un hasta luego.

///

## Carlos Ávila

“Muchos años de mi vida fueron una búsqueda imposible para ser algo que yo no podía ser. Me dejaba influenciar por una persona que, a pesar de ser similar a mí, no era yo”.

Sería mentira decir que soy el mismo Carlos de hace trece años, cuando apenas entré al colegio. Muchas cosas han cambiado sobre mí. De niño podía correr una maratón con toda la energía que tenía y ahora no puedo correr diez minutos sin que me duela la rodilla. Lo que más odiaba era dormir y ahora es todo lo que hago siempre que tengo la oportunidad. Solía comer muy poco y ahora, como diría mi abuelo, “como como un marrano”. En mi opinión estos cambios solo los determina el tiempo y por lo tanto nunca cambiaron la esencia de lo que soy.

Pero por mucho tiempo, creí que había algo que sí lo hacía, las influencias. Buenas o malas, a lo largo de la vida uno deja que las personas, situaciones y eventos que uno vive

lo cambien. A veces para bien o para mal y creía que uno no tiene control sobre estos. Cómo desarrollar el hábito de regar la comida del almuerzo abajo de la mesa para jugar fútbol todo el almuerzo, hasta no hacer tareas por jugar Fornite con los amigos. Estas actitudes eran incontrolables para mí hace unos años. Aunque pareciera que son solo malas decisiones de un niño inmaduro, la verdad es que en el momento, eran las mejores decisiones para alguien que no tenía preocupaciones en la vida. Era bastante obvio que me dejaba influenciar por cualquier cosa que me diera felicidad.

Pasa el tiempo y uno se mete en más problemas. Uno llega a básica y tiene su primera conferencia por no callarse en violín. La seguridad de que las notas no importan hasta octavo desaparece y la vida empieza a perder su encanto de no tener repercusiones. De cierto modo cambiamos, y pasamos de ser invencibles y sin preocupaciones, a cuidadosos y mortales.

Involuntariamente se busca un modelo a seguir. En mi caso fue mi hermano. El hijo perfecto, que sacaba buenas notas y siempre me ganaba jugando golf. No ha pasado un solo día, desde quinto hasta hoy, que no me compare con él y la mayoría de las veces salga perdiendo. Pero eso es, en esencia, un modelo a seguir. Algo que te impulse a ser mejor persona. Algo con lo que pierdes la mayoría de las veces para nunca parar de buscarlo y mejorar en el camino. Esta decisión involuntaria influencia perpetuamente quién vas a ser.

Como mi hermano jugaba golf, yo juego golf. Como mi hermano escuchaba reggaeton, yo escucho reggaeton. Como mi hermano manejaba rápido, yo intento manejar rápido. Muchos años de mi vida fueron una búsqueda imposible para ser algo que yo no podía ser. Me dejaba influenciar por una persona que, a pesar de ser similar a mí, no era yo.

Afortunadamente llegué a semestralizado. Las cosas se tornaron exponencialmente más difíciles y ya no me daba el tiempo de pensar en como ser Juan. Con compañeros y profesores diferentes en cada clase, mi mente estaba muy ocupada para concentrarme en algo aparte de mí mismo. Hasta ahora empezaba a ser yo.

Sin embargo, muchas cosas se quedaron de cuando era más pequeño. Todavía jugaba golf con la esperanza de aplicar a una universidad en el exterior (algo que ya no paso) y aun no logro hacer tareas el día o minutos antes de que toque entregarlas. Lastimosamente dejé que los hábitos que formé de pequeño me complicaran los últimos y más importantes años de colegio.

No todo fue malo, pues como mencioné me empecé a convertir en lo que debía ser. Fercho me transmitió su pasión por la física. Dieguito su amor por los deportes y mi hermano, una fiebre loca por Ñengo Flow. Influencias, que a pesar de ser involuntarias para ellos, a mí parecer yo las escogía.

Hasta hace unos días, no paraba de pensar en cómo sería mi vida si desde chiquito, hubiese podido con-

trolar mis influencias como estas. Pero mientras escribía este discurso, faltando tres días antes de presentarlo (mejor de lo que esperaba) me di cuenta de que desde pequeño era yo el que decidía en quien mí iba a volver. Que es uno, desde muy pequeño, el que escoge sus influencias y cómo lo afectan, no ellas a uno.

Voluntaria, o involuntariamente, uno siempre tuvo el control de quien va a ser. Aunque la vida y las otras personas sean incontrolables, es uno el que determina cómo lo influyen; y por lo tanto, en ningún momento deje de ser yo.

El domingo, tuve que comenzar de cero mi discurso. Me di cuenta que no podía quejarme de la vida como tenía planeado, y me tocó empezar a escribir uno nuevo. Este discurso, aunque no lo crean, es de agradecimiento, pues es gracias a lo que he vivido que estoy aquí hoy. Después de todo, fue mi reacción a las cosas que viví lo que me hizo quien soy. Y aunque no sea la mejor versión de mí mismo, algo que le dicen a uno que debería ser desde pequeño, soy el yo que siempre debía ser.

Nadie, además de mí, hubiera aguantado la respiración en la cafetería hasta desmayarse solo para ganar una competencia. Nadie, además de mí, hubiera pensado que la mejor forma de deseársle suerte a Paulina en su carrera de gimnasta, era diciendo "ojalá no te vuelva a ver". Nadie, además de mí, hubiera esperado hasta el último año para meterse a la banda. Algo que siempre he querido hacer.

A pesar de todas las influencias que recibí, la esencia de quien soy nunca se perdió, o en otras palabras nunca cambió. Después de todo, la primera cosa que me influyó en la vida, fue determinada por mi reacción hacia esta, y como un efecto mariposa esto siguió poniéndome en frente las personas y acontecimientos que tenía que ponerme.

Con este discurso, no quiero hacer nada más que agradecerle a la promoción 2024, las personas que más me han influenciado en la vida. Seguramente después de un tiempo sea un Carlos completamente diferente. Dejaré el colegio y lamentablemente no volveré a ver a muchos de ustedes. Pero se que siempre seguiré siendo yo, y por lo tanto sé que siempre los llevaré en mi corazón. No se imaginan lo increíbles que han sido en mi vida. Definitivamente no podría existir Carlos Ávila, sin ustedes.

No planeo que este discurso inspire, que cambie algo dentro de nadie. A decir verdad, solo planeo que sea suficiente para un discurso de once. Porque si lo fuera, no sería mi discurso, y yo no sería yo.

///

## Nicholas Bautista

“La suerte favorece a la mente preparada [...] Lo único que se puede hacer con los errores es aprender de ellos [...] Nicholas, todo pasa por una razón [...]”

### Las palabras que me formaron

Antes de empezar este discurso, quisiera pedirle a Emilio Ángel que por favor se haga detrás de mí. Como muchos profesores sabrán, entre ellos: Janio, Kyonara, Camila Gamboa, Freddy e Irene, nunca he podido leer una sola frase al frente de él sin reírme. Por ende necesito su colaboración el día de hoy. Bueno, ahora sí.

Durante mi vida, he escuchado muchas frases inspiradoras, decires, slogans, etc. Desde que vivía en Estados Unidos, mi familia y amigos siempre quisieron inculcar ideas en mi cabeza, así no fuera intencional. Me refiero a ideas o simples palabras que marcarían mi vida, de forma positiva o negativa. Aunque varias fueron motivaciones positivas, también llegaron esas palabras negativas. Como cuando mi mamá me dijo que no era normal que viera personas en mi clóset de chiquito, o que era un poco inusual querer pasar mi cumpleaños número 5 en una estación de bomberos. Estos comentarios o realizaciones por parte de los que me rodeaban no eran necesariamente frases o eslogans inspiradores, pero son momentos que al final del día recuerdo, y que de cierta forma marcaron mi vida. Es importante recordar cualquier comentario, opinión, frase o un simple momento del pasado, sea motivador o desmotivador. Sí, me he equivocado varias veces, y el reconocimiento de estos errores, haya sido hecho por mí o por otras personas, me agrega concepto de mentalidad. No aplica necesariamente solo el reconocimiento de errores, pero

cualquier comentario o idea negativa que reciba también adiciona a mi formación o reflexión. Si marcó mi vida, es parte del proceso, la construcción de mis filosofías de vida. Así como los momentos negativos, he tenido momentos en los que aprendí bastante de la gente, en los que escuché y analicé “quotes” de ellos y en lo que quedé totalmente perplejo y pensativo. Esto es lo que yo considero como frases positivas que han influenciado en mi vida desde entonces, que afectan mi razonamiento, decisiones, y forma de ser en general. Estas frases las aprendí de mi familia y amigos. Puedo cómodamente decir que he dirigido mi vida con base en estas ideas. Estas son las palabras que me formaron.

Recuerdo vívidamente cuando en el 2013 estaba buscando colegio acá en el país y estaba recién llegado de Estados Unidos. Junto a mi hermana, nos llevaron a varios colegios alrededor de toda la ciudad. Ahora siempre que visito un colegio de la ciudad, por la razón que sea, me acuerdo perfectamente de la entrevista. Por ejemplo, en la que presenté en el English, mis papás me habían presionado a entrar a este colegio solo porque mis hermanas se graduaron de ahí. Sus sueños se destruyeron cuando le dije en la cara al director que no me gustaba en lo absoluto su institución educativa. O más adelante, en que a mediados de julio toda mi familia realmente juró que habíamos encontrado la mejor opción. Me encontraba a las 8 de la mañana, en una sala verde, con el escudo del Anglo Colombiano enmarcado hasta en el sofá. Había pasado los

exámenes de admisiones, y ya estaba en el último paso para ser oficialmente estudiante del Anglo Colombiano. En la sala de espera, mi hermana y yo mirábamos el estante de títeres con intriga, y recuerdo que ella fue la primera en tocar lo que sería nuestro fin en el Anglo. Empezó a jugar con estos títeres hasta que, como anticipé, los dejó caer al piso para así crear el mar de vidrios y de lágrimas. Ahí mismo entró el rector con una mirada penetrante e intimidante para ver lo que había sido la historia de su familia partida en miles de pedazos. En resumen, él estaba bastante molesto, bastante. Mi familia y yo salimos en un abrir y cerrar de ojos del colegio, y ahí comprendimos que no era necesario comprar uniformes al siguiente día. Acá es donde entra mi primera frase, ahí mismo conocí: “Nicholas, todo pasa por una razón”. Claramente, si hubiera entrado al Anglo Colombiano, sería una persona completamente distinta a la que soy hoy, con una vida completamente opuesta y ajena a la que tengo hoy en día. Esta decisión del azar terminó siendo positiva y comencé a comprender la ciencia de esta frase. Un tiempo después de que finalmente entré a Nogales, en segundo grado de primaria me encontraba en un dilema. Me había tocado en el salón con Pablo Bayón y Nicolás Berdugo, dos personas que me habían hecho la vida imposible apenas entré al colegio. Poco después entendí que entré a ese salón para conocerlos a ellos que se convertirían luego en mis mejores amigos. A veces me costó entenderlo, pero todo me pasó por una

razón que afortunadamente tuvo una consecuencia positiva.

Por otro lado, en épocas como la pandemia pude caer en cuenta del verdadero poder y significado de mi siguiente frase. Es seguro decir que absolutamente todos los presentes nos equivocamos de la forma que sea en Zoom. Yo también lo viví, o mejor aún, estuve ahí cuando la gente de mi salón lo hacía. No pude olvidar cuando Daniel Rodríguez se confundió y llamó a nuestra profesora de ciencias de octavo, Caro, no una, sino dos veces por el nombre que no era en asamblea de Básica por Zoom. No fue su intención, solo se distrajo mientras hablaba con nosotros en Houseparty. O cuando le gané en una partida de Clash Royale a Samuel Godoy durante la vocacional de música electrónica, y me quiso responder, pero evidentemente se equivocó de persona. Al profesor le llegó un mensaje privado lleno de insultos, groserías, e incluso amenazas, por lo que luego él invitó cordialmente a Samuel a que se quedara después de que se acabara la clase a hacer una reflexión. Durante esta pandemia, fue donde entendí el verdadero poder de la frase: “Lo único que se puede hacer con los errores es aprender de ellos”. Daniel aprendió a llamar a la gente por su verdadero nombre y Samuel aprendió a revisar el destinatario de los mensajes privados por Zoom. Pude aprender de esta frase, también cuando yo cometía errores o cuando los demás lo hacían. Pero dejando de lado el humor, he tenido esta frase grabada por varios años y

he aprendido a aceptarla, tanto en mi vida académica, como en mi vida social y amorosa. Con el paso de los años, me ha generado confianza y tranquilidad.

Ya me acerco a mi última frase, y al final de este discurso. En junio de este año, mis papás me restregaron esta frase en mi cara, después de mi fracaso. Estaba aplicando a un “summer job” en Estados Unidos que garantizaba un pago de 20 dólares la hora, cinco o seis días a la semana, por dos meses. Tengo que aceptar que me confié mucho y no lo sabía. Al finalizar el año escolar, mandé la aplicación a “foot locker” y me senté a esperar la carta de aceptación, para comprar el pasaje. Esperé alrededor de dos semanas y mi correo permanecía vacío. Tenía amigos allá que ya habían sido aceptados en sus respectivos trabajos y ahí fue donde caí en cuenta que las aplicaciones tocaba mandarlas a principios de mayo y yo era un iluso y confiado que las mandó a finales de junio. Como consecuencia me quedé en Bogotá todas las vacaciones, aprendiendo de mis errores como bien expliqué anteriormente, y lamentándome porque no me había preparado para que la suerte me favoreciera. Lo mismo me pasó el año pasado cuando estuve en el campamento de verano del Real Madrid junto a Pablo Bayón, Felipe Guarín, y Gabriel Echeverry. Venía de una lesión de rodilla y decidí ir a jugar fútbol todo el día, bajo el sol ardiente de Madrid, por una semana. No me tomé los calentamientos ni los estiramientos en serio, lo

que llevó a mi lesión del músculo llamado “psoas” al segundo día. Me quedé el resto del campo de verano viviendo la emoción de las canchas de Valdebebas, solo que en las graderías. “La suerte favorece a la mente preparada”, fue la frase que surgió, y de la que me acordé. Pero en estas dos ocasiones ya era muy tarde porque no me había preparado. Mi mente nunca estuvo preparada en ninguna ocasión y por esta razón, la suerte no me favoreció. Aprendí que no todo es cuando me plazca o cuando yo considere necesario, o que no puedo dar todo por hecho y sentir que lo sé todo. Así mismo, logré caer en cuenta que si yo tan solo ponía de mi parte, ciertas puertas se iban a abrir o esas oportunidades esperadas o inesperadas llegarían. Gracias mamá por introducir esta frase en mi vida.

Con toda la sinceridad, realmente agradezco haber escuchado estas sabias palabras. Hoy en día siento que estas frases aportan al encontrar el sentido en el mundo de incertidumbre en el que vivimos. Influyen en que hay un propósito detrás de cada experiencia. Me sirven como una fuente de inspiración. Han impactado mi toma de decisiones y desarrollo personal inmensamente. Así como si hubiera estudiado en el Anglo, sin estas palabras no sería la persona que soy hoy y mi formación como individuo sería desconocida. Si hay algo que escuchan y los deja reflexivos, con un sentimiento de identificación, recomiendo seguir esa filosofía y mentalidad. En mi opinión, aferrarse

a ciertas filosofías de vida, lo llevará a uno muy lejos, en todo sentido. La mentalidad es de los conceptos más importantes que puede llegar a tener un ser humano. Es increíble que estas tres frases que les presento hoy se originaron de la gente cercana a mí. Realmente es impresionante el impacto que pueden causar ciertas personas en tí, con algo tan simple como una frase que cambia tu perspectiva de vida. Efectivamente, todo pasa por una razón. Si escucharon este discurso fue por algo. De cierta forma me preparé y aprendí de mis errores, para poder leer hoy en público sin reírme. Ojalá la suerte me haya favorecido, y me favorezca. Emilio, ya puedes volver al frente por favor.

///

## Pablo Bayón

“Mis palabras para describir la banda se quedan cortas cada vez que hablo de ella.

Soñé, crecí, viví y triunfé. Los invito a que reflexionen, que piensen en ese gran sueño que tienen, y lo persigan.”

### La gloriosa BMCLN

Un día como hoy, hace trece años, sentí algo que nunca había experimentado antes. Era un día de colegio común y corriente, excepto por el pequeño detalle de que era mi primera izada de bandera en el Colegio. Yo, sentado con todos los de Prejardín

D y ansioso por ver algo nuevo que haría parte de mi vida los siguientes 14 años. Oí un golpe muy duro que al principio me asustó, pero pasó el tiempo y me dí cuenta que lo que oía era una secuencia de golpes que marcaban un ritmo, seguido de muchos pasos fuertes que hacían temblar el gimnasio. Ví a un estudiante grandísimo con una batuta en la mano, un uniforme y un cordón en el hombro derecho. Detrás de él venían muchos otros estudiantes con instrumentos y unos pocos con el cordón en el hombro. Era la Banda Marcial del Colegio Los Nogales, venían de ganar Batuta de Plata en mayo de ese mismo año. Ví al Jefe de trompetas y en ese momento pensé, “quiero ser como él cuando sea grande”.

Hoy vengo a hablarles de la enseñanza más grande que viví en el Colegio. Todas las izadas, esperaba con ansias la entrada de la banda, me paraba y marchaba al mismo tiempo que ellos, simulando ser de ese prestigioso grupo. Años más tarde, en quinto, llegó la hora. Por fin era mi turno para demostrar que podía ser parte de la banda, pues llevaba dos años tocando trompeta y lo único que quería era meterme a la banda. Mi primo, Santiago Navas, era el jefe de trompetas, quien me ayudó a convencer a mis papás para lograr entrar. Me aprendí las dos canciones de la audición, y recuerdo que fui el único de quinto en audicionar oficialmente, pues Guarín y Borence pasaron sin audición porque se fueron a ver el partido de Colombia. A lo largo del año, mi

desempeño en el colegio no era el mejor y mi directora de grupo insistió en que tenía que dejar la banda y enfocarme en mis estudios. Lloré, peleé y le rogué a mis papás para que no me sacaran y afortunadamente me quedé en la banda. Después de este momento la banda me dió mi primera enseñanza: la responsabilidad. Aprendí a organizar mi tiempo, a regular mis tareas y separar los espacios académicos de los espacios de banda.

Llegó sexto y mi primo pasó a ser Tambor Mayor. Fue un año duro y difícil. Ensayábamos incansablemente hasta que el 31 de mayo de 2019, ganamos Batuta después de 9 años, desde que el colegio la ganó por última vez. Ese sentimiento es indescriptible, ganar con tus amigos, primos, y la banda completa fue simplemente increíble. Ese año en la banda aprendí muchas cosas. Aprendí que el trabajo duro y el esfuerzo dan frutos y que eventualmente habrá una recompensa. Entendí que formar parte de un grupo como la banda va mucho más allá de tocar un instrumento, es hacer amigos, o incluso hermanos para el resto de la vida. Simplemente fui feliz, era ganador de Batuta, tenía amigos de todos los cursos desde quinto hasta once. Pero, sobre todo, pensaba que todos los ensayos duros, el trabajo, el tiempo y la disciplina que dediqué, todo había valido la pena.

En séptimo y octavo, la banda estuvo un poco más ausente, después de Femenino en 2019 y en marzo de 2020 llegó el covid. Desafortunadamente no habían ensayos de banda,

todo el mundo estaba en sus casas y los espacios de banda se redujeron a un zoom los martes después del colegio virtual. También, me dió una enfermedad en la sangre que limitaba la mayoría de mis actividades diarias, no me daba hambre, y me sentía decaído todo el día. Tampoco tenía muchos amigos, pero la banda siempre estuvo ahí para mí. Los zooms, izadas virtuales y las conversaciones con todas las trompetas me ayudaron a superar el momento tan difícil que estaba viviendo. Nunca tendré como agradecerle a la banda por ayudarme a levantar después de este tropiezo.

En noveno, la banda estaba de vuelta. Volví a ser feliz genuinamente en un año que prometía para salir triunfando en Cafam. También, fue mi primer año como candidato a jefe de trompetas. En este año aprendí más que en cualquier otro año, conocí la derrota, la decepción, y la frustración. Toda mi vida fui autoexigente, sentía que tenía que ser el mejor cueste lo que cueste, por más dedicación, trabajo, disciplina y tiempo que le metí a mi candidatura, no se dieron las cosas y no quedé de jefe. Esa vez, mi papá me enseñó que en los momentos más difíciles hay que levantar la cabeza, aprender de los errores, y volver a pararse más fuerte que nunca. Y así fue, fui feliz viendo a Borence como jefe, estar para él y ayudarlo como su mano derecha.

Llegó décimo, mi segundo año de candidato. Siempre hubo algo que le envidié mucho a Borence y a Guarín en la banda, tener a mis amigos en

ella. Afortunadamente, mis amigos se metieron a trompetas y me regalaron un año inolvidable, lleno de risas y experiencias que siempre quise compartir con ellos. Me esforcé, trabajé y le dediqué mucho tiempo a mi candidatura.

El 14 de junio de 2023, cumplí mi sueño de chiquito, quedé de Jefe de Trompetas. Ese día celebré mi esfuerzo y dedicación, le agradecí a todos aquellos que me ayudaron a convertir este sueño en realidad. Y es así como hoy, 10 de noviembre de 2023, con un cordón en mi hombro derecho, les comparto la experiencia más espectacular de la vida, que sin duda alguna no olvidaré.

Estoy orgulloso de mí mismo, de todo lo que logré. Tengo a la mejor mano derecha, la mejor primera escuadra, el mejor grupo de trompetas, el mejor grupo de jefes, y a la mejor banda de la historia. La banda me regaló dos hermanos, Felipe y Borence.

Durante siete años que llevo en la banda y esta trayectoria tan larga, pero al mismo tiempo tan corta, quiero invitarlos a que sean parte de esto. Mis palabras para describir la Banda se quedan cortas cada vez que hablo de ella. Soñé, crecí, viví y triunfé. Le doy gracias a mis papás que me ayudaron a levantarme siempre y que me dieron un consejo cada vez que lo necesité. Los invito a que reflexionen, que piensen en ese gran sueño que tienen, y persiganlo. Al final del camino se darán cuenta que todos los errores, fracasos, el esfuerzo, la dedicación y el trabajo duro da resultado. Por último, quiero compartirles mi último sueño. Quiero

volver a ser ganador del Batuta de Plata con mi hermano Martín, mis amigos, con Yeya, mi grupo de chiefs y a la banda de mis sueños. Quiero demostrarle a todos de lo que soy capaz, de lo que puedo ser, y de lo que podemos hacer. Banda: “grandes somos, eternos seremos”, esta noche vamos a demostrar la grandeza que tenemos y vamos a darla toda en Femenino. Más adelante en Mayo, traeremos la sexta a casa.

///

## Mariana Chaves

“Mi promoción me enseñó la importancia de tener una mente abierta, de compartir con todos y de no perderse la oportunidad de conocer a personas increíbles solo porque no sean de mi mismo “grupo de amigos”.

Entre la variedad de discursos, nunca faltan los discursos llenos de anécdotas, chistes internos y memorias de la promoción. Discursos donde ahí sentada veo como todos se ríen y se miran entre sí, recordando todos esos momentos que compartieron desde la infancia. Al comienzo, no se los voy a negar que me sentía un poco incómoda durante estos discursos, ya que por un momento me obligaban a acordarme de que yo no siempre fui parte de esta promoción. De que antes de séptimo yo no existía en el colegio y de que si no fuera por las coincidencias de la vida, yo no

estaría aquí dando este discurso. Esto para mí es una idea que se me hace muy difícil de asimilar, ya que así lleve solo 5 años de los 14 de todos los demás, en mi cabeza he estado en Nogales toda la vida.

Si le dijeran a mi yo de hace 7 años que estoy a unos meses de graduarme e irme a vivir a Estados Unidos estaría rebosando de emoción. Pero si le dijeran que me voy a graduar de un colegio llamado Los Nogales y no Anglo Colombiano no se los podía creer. Hace 7 años yo pensaba que mi vida ya estaba completamente resuelta y planeada. Me iba a graduar de mi colegio de toda la vida junto a mis amigas de toda la vida, iba a hacer el IB, iba a ir a Cancún, iba a seguirle diciendo a los profesores Mr y Mrs. James me imaginaba que pronto, todo eso iba a cambiar.

Todo esto empezó conmigo subiéndome a un bus obligada y casi llorando con el fin de ir a un campamento de verano llamado Kotoja. Ese año a mis papás les había entrado la idea de que querían que mi hermano y yo tuviéramos unas vacaciones “diferentes”. Para mí esa idea sonaba como una tortura. Sin embargo, gracias a este viaje obligado fue que conocí a Valeria, Cristina y Malu. Quienes se volvieron de mis amigas más cercanas aunque solo las conocía hace una semana. Desde el momento en que hablé con ellas por primera vez sentí un respiro de aire fresco, eran personas genuinas y alegres que le ponían una actitud positiva a todas las actividades. Que yo, con mi mala cara no podía entender. Desde ese momen-

to fue que me enteré que existía el colegio Los Nogales, y me acuerdo de solo pensar “Wow, la gente de ese colegio es muy querida”. Poco después volví a Bogotá, y le conté a mis papás llena de emoción lo feliz que fui gracias a mis nuevas amigas. Jamás me imaginé que estas pronto se convertirían en mis mejores amigas para la vida y con las que pasaría todos los días en el colegio haciendo trabajos y proyectos.

Un tiempo después, mi hermano se cambió de colegio, y por cosas de la vida terminó entrando a Nogales. Recuerdo admirar su estilo de vida durante meses. Estaba en el equipo de basket y fútbol, llegaba tardísimo a la casa y estudiaba sin parar, pero igualmente se veía completamente feliz. Yo sentía un tipo extraño de celos, ¿cómo era posible que aun con miles de tareas y horas de cansancio estuviera tan feliz?

Así fue como 6 meses después yo entré a Nogales. Fue un cambio bastante duro en términos académicos. Yo no sabía lo que era estudiar para un examen hasta que llegué a este colegio. Y estaba acostumbrada a que me fuera bien sin tener que esforzarme, eso cambió por completo.

Hoy en día puedo decir que llegar a Nogales ha sido de las mejores cosas que me han pasado. Así a ratos me haya quejado de las miles de tareas y en décimo haya sentido que me iba a desmoronar por las pocas horas de sueño, tengo la certeza de que todo eso ha valido la pena. Desde que llegué al colegio me di cuenta que la calidad de personas que hay

aquí es realmente incomparable. Mi promoción me enseñó la importancia de tener una mente abierta, de compartir con todos y de no perderse la oportunidad de conocer a personas increíbles solo porque no sean de mi mismo “grupo de amigos”. De todo esto solo me queda darle las gracias a mis amigas y amigos por recibirme con los brazos abiertos y hacerme sentir tan acogida que se me olvida que no llevo desde prejar-dín aquí con ustedes.

Si algo he podido aprender de esto es que muchas veces las mejores cosas son las más inesperadas. Y ahora que me voy a vivir a otro país, a empezar una nueva etapa me puedo ir con la certeza de que disfruté mi colegio rodeada de personas maravillosas. Entonces solo les digo déjense sorprender, a veces el mejor camino es el más inesperado y en ese se van a cruzar con personas y experiencias que les pueden cambiar la vida. ¡Gracias!

///

## Antonia Concha

“A partir de dejar ir (en la medida de lo posible) la negatividad y ver el lado bueno de lo malo, he aprendido que la vida es más bonita viviendo el presente sin expectativas, agradeciendo lo bueno y lo que se aprende de lo malo, viendo cómo le aportó de manera positiva a los demás y recibiendo cada nuevo día con una sonrisa”.

## La negatividad

En segundo me rompí la mitad de un diente por jugar en los troncos del parque del asombro. En cuarto fui a Barú con mi familia y me volví a partir el diente contra la cabeza de mi hermana porque me caí encima de ella montando banana en el mar. En séptimo me partí el mismo diente por morder un bonbonbum. En noveno, mi familia vendió la finca de La Mesa en la cual pasábamos todos los puentes reunidos. En la noche de gala en noveno, no quedé de capitana de voleibol. En la clausura de décimo, no me nombraron capitana de Eudikia. En vacaciones de décimo, pasando a once, me volví a partir el diente por morder otro bonbonbum. Después, en julio me operaron de las cordales y lo único que hacía era quejarme hasta volverme insoporable. En once, sufrí por muchos exámenes de matemáticas y demasiadas mentorías de emprendimiento fallidas. Me gradúo en tres meses y no voy a volver a pasar todos los días de lunes a viernes con mis personas favoritas. Se preguntarán: ¿cuál ha sido y cuál sería mi respuesta a estas situaciones? Simplemente, quejarme en exceso y llorar.

Para los que no me conocen soy Antonia Concha y, siendo sincera, yo tampoco lo sabía sino hasta hace muy poco tiempo. Llegar a conocerme y saber quién soy ha sido uno de los mayores desafíos que he tenido a lo largo de mis 18 años de vida. Para los que me conocen, saben que soy una persona que todos los días se la pasa diciendo “no me hallo” o “no me encuentro”. Pero gracias a mis expe-

riencias personales y mucha reflexión he podido encontrarme. Y la verdad no pude haber encontrado una mejor manera de hacer mi discurso de 11 que compartir una perspectiva más cercana de lo que es tener una mentalidad negativa hacia cualquier situación y cómo sobrepasar esto me ha ayudado a descubrir quien soy.

Por definición, la negatividad es el sentimiento de sentirse triste, escéptico y pesimista. Pero a pesar de que la solución para esto parezca simple: pensar en positivo, ¿por qué es tan fácil recaer en la negatividad? Según Schonpenhauer a menos que el sufrimiento no sea el único propósito de la vida, esta no tiene sentido. Vivimos en un mundo en el que la vida, el trabajo, el colegio, la universidad, las relaciones, las amistades y muchas otras cosas revisten sufrimiento. Esto por el simple hecho de que siempre existirá el deseo insaciable y nunca vamos a estar completamente satisfechos. Siempre estará presente el egoísmo lo cual hace que haya competencia, conflicto y envidia.

Esto en términos generales pero, ¿por qué hay un patrón más pronunciado en nuestra generación? El problema recae en que nuestra generación le tiene miedo al fracaso por el simple hecho de que estamos “diseñados” para la excelencia. En mi caso personal, siento que estoy diseñada para que me vaya bien en los exámenes de matemáticas por estar en la clase de AP de Cálculo. Le tengo tanto miedo a fracasar en algo en lo que quiero ser buena, que aunque diga que me va a ir bien en un exa-

men, en el fondo hay veces en las que siento que no y, por eso mismo, es que fracaso. Uno podría decir que si uno tiene una mentalidad positiva y posiciona su mente para pensar que algo positivo va a pasar, ese algo pasará. Pero como la negatividad tiene tanta presencia en nosotros puede que lleguemos a pensar que ese algo positivo va a pasar pero en el fondo el optimismo no está presente y por eso fracasamos y las cosas no salen como esperamos.

Ahora, la razón por la cual sé muy bien quien soy es porque he sabido cómo no sufrir en exceso y cómo vivir la vida en el colegio sin ningún arrepentimiento. Pero a pesar de no tener ningún arrepentimiento, cómo cualquier persona, algunas veces la negatividad sobrepasa la tranquilidad. He tenido esos momentos en los que en vez de seguir avanzando en el camino de descubrir quién soy, retrocedo. Son los momentos de negatividad y desánimo que hacen que no saber quién soy se vuelva un desgaste y una pesadilla, en lugar de algo por lo que luchar y seguir adelante. Fue la época de vacaciones del año pasado en donde todo parecía salir mal y me perdí por completo mediante el desgaste de darme duro y pensar que el mundo estaba en contra mio. Descuidé esa persona que estaba lentamente descubriendo porque en vez de enfocarme en esto, renegaba por lo bueno y por lo malo. En ese lapso de tiempo deje recaer toda mi tristeza y mi negatividad en situaciones que parecían ser el fin del mundo pero que en realidad no lo eran. Eventual-

mente llegó el momento en donde mi quejadera fue excesiva y llegó una persona que me abrió los ojos y me dijo que lentamente me estaba perdiendo. Me dijo que vivía en un círculo vicioso de negatividad. Tenía razón.

Cambié mi mentalidad y viví diferentes experiencias, algunas más fáciles que otras. Experiencias en las que podía estar dando alaridos de felicidad y experiencias en las que tenía el corazón roto por completo. Todo era parte del proceso y afortunadamente llegué al presente con la fortuna de haber vivido diferentes desafíos, experiencias, risas, lloradas y demás. Estoy aquí parada en frente de todos ustedes sabiendo quién es Antonia Concha. Podría decir que todo gracias a una versión mejorada de la negatividad.

Para los que no saben soy Anto, Auto, Autopista, Autopsia, Anticorrupción, Yoyis, Carmen y Antico. Todas al mismo tiempo.

Amo comer patilla. Jugar voleibol con mis personas favoritas y vivir mi último año al lado de las de 11 se ha vuelto mi motivación constante. Me encantan las matemáticas. Soy fanática de la banda a pesar de haber dicho toda la vida que nunca me iba a meter. Harry Styles siempre será el hombre de los sueños de Marivi, Lurdi y mío. Mi postre favorito es el arroz con leche. Hago rumba los sábados y domingos a las 11 de la mañana con Sarita. Tengo una relación de amor y odio con el liderazgo de la 202. Grabo mi día a día para siempre tener un re-

cuerdo de los momentos que me llenan de felicidad. Amo estar en fiestas con los amigos de mis papás. Llora de la felicidad y satisfacción que siento por ciertas cosas. No me importa levantarme a las 6 de la mañana para ir a mi club a no hacer nada y simplemente acompañar a mi familia. Estoy en gimnasia en deportes, no porque quiero, sino porque soy parte de los afortunados que están en el programa de concentración de arte. Me encanta ir a Megaland. Peleo mucho con Lukita pero cosas como ver películas o hacernos nuestro desayuno cuando estamos solas en la casa nos une.

Pero más allá de lo superficial, el colegio me ha enseñado a través de las clases, el ambiente, los profesores, mis compañeros y el día a día a reconocer cuáles son las enseñanzas que aplico en mi vida que en últimas son lo que soy hoy. Con el paso de los años he logrado comprender que:

La vida está llena de sueños, algunos se logran otros no. Está en mis propias manos seguir adelante o quedarme atascada lamentándome cuando hay muchas más cosas por las cuales seguir adelante.

Muchas personas van a llegar a mi vida. Unas pueden ser lo mejor que me haya pasado y van a estar ahí para cada momento que traiga el camino. Otras van a ser parte de algunas etapas pero llega el momento en el que se van de mi vida por diferentes razones y dejan de estar ahí. Por último están las personas con las cuales he generado una conexión muy especial, que aunque desaparezca en al-

gún momento no dudo en creer que siempre volverán por el simple hecho de que hay algo grande que nos une. Tengo que aprender a valorar cada relación porque cada una de estas personas tiene algo que aportar y en realidad nunca se sabe cuando será la última vez que las vea o que comparta espacios con ellas.

A partir de dejar ir (en la medida de lo posible) la negatividad y ver el lado bueno de lo malo, he aprendido que la vida es más bonita viviendo el presente sin expectativas, agradeciendo lo bueno y lo que se aprende de lo malo, viendo cómo le aportó de manera positiva a los demás y recibiendo cada nuevo día con una sonrisa.

Por esto hoy los quiero invitar a que reflexionen qué parte de la negatividad son capaces de dejar ir. El sufrimiento nunca se irá. Este está hecho para retornos a nosotros mismos a vivir una vida que a pesar de lo negativo sea significativa, especial y única. Aprendan a reconocer quienes son y en qué formas verle el lado positivo a la vida los hace únicos. Y sobre todo, aprendan a valorar esos pequeños momentos, porque así sean negativos en última instancia, son parte de lo que ustedes son hoy en día. Y acuerdense que como dijo alguna vez Albert Camus, "En las profundidades del invierno finalmente aprendí que en mi interior habita un verano invencible. Y eso me hace feliz. Porque habla de cómo, sin importar que tan fuerte el mundo me pise, dentro de mí hay algo más fuerte -algo mejor- que resiste".

///

## Jerónimo Cuartas

“Es la época en la que hay tomar riesgos, hacer cosas que siempre habíamos querido y lo más importante es no dejar que el miedo interfiera.”

Cuando empecé a escribir este curso no sabía de qué hacerlo. Escribí muchas ideas pero ninguna me convenció. Entonces, me imaginé a mi mismo hace 2 o 3 años apenas iniciando mi paso por Semestralizado, un paso que para mí es el más importante en la etapa del colegio. Después del caos de Básica, sumado con el final de la pandemia, entramos a la recta final, donde nosotros somos los que empezamos a tomar las decisiones que poco a poco construyen nuestro camino.

Ver los años de Semestralizado desde una vista externa no se siente como el final, sino una época de transición, donde encontramos quiénes somos y en quiénes nos queremos convertir. Es la época en la que hay tomar riesgos, hacer cosas que siempre habíamos querido y lo más importante es no dejar que el miedo interfiera.

Resulta que muchas veces nos quedamos planeando las cosas que queremos hacer y pensando cómo serían, pero no las empezamos, y esto se debe principalmente al miedo que tenemos a equivocarnos. Al final, si no lo intentamos, no podemos fallar,

pero tampoco podemos aprender y alcanzar nuestras metas. Esto es en gran parte porque tenemos el concepto errado de que equivocarse es sinónimo de fracasar y equivocarse se vuelve algo que intentamos evitar. Pero como dijo Michael Jordan: “El fracaso no es más que una parte del camino hacia el éxito”.

Encontrar esto llega en diferentes tiempos para todos. Son esos tiempos de exploración los que nos permiten darnos cuenta quienes somos. Hay unos por ejemplo que toda la vida querían ser médicos y al final decidieron estudiar ingeniería. Hasta en la época de la universidad, hay personas que se cambian de carrera muchas veces e incluso que se gradúan con un título que nunca ejercen. Esto deja una lección muy importante y es que las pasiones van a llegar en algún momento, tarde o temprano. A medida que exploramos muchos caminos nos daremos cuenta de quienes queremos ser.

Es durante la época del colegio, en la cual la mayoría de nosotros no tenemos, por fortuna, responsabilidades ni obligaciones como mantener una familia o un trabajo, y por este motivo debemos aprovechar para explorar muchas cosas, intentar sin miedo a equivocarse y ser curioso. Es la época de enfrentar retos, cometer errores y aprender de ellos. Tener experiencias en donde nuestros límites se vean confrontados y en donde podamos expandir nuestras experiencias y conocimientos.

A medida que crecemos las responsabilidades aumentan. No podemos arriesgarnos a experimentar y

muchas veces habrá que optar por la ruta segura. Pero la realidad es que nunca hay que perder la curiosidad. Albert Einstein dijo, “no tengo ningún talento especial. Yo sólo soy apasionadamente curioso.” Tener curiosidad constante por las cosas, no solo nos permite experimentar, sino que nos enseña a escuchar, a aprender constantemente y ver las cosas desde distintos puntos de vista.

Así que el mensaje que quiero dejarles el día de hoy es que nunca dejen de ser curiosos, porque la curiosidad crea oportunidades, permite conocer más a las personas al igual que a nosotros mismos. No importa si en este momento no sabes qué vas a estudiar o qué tema te genera una verdadera pasión, todos los días hay sorpresas y cosas nuevas que llegan a la vida, pero solo las podremos ver si estamos dispuestos a recibirlas y a no perder la curiosidad.

///

## Nicolás Duque

“Ahora que estoy a punto de irme del colegio y del país, entiendo que el legado va mucho más allá de dejar mi huella en la página del anuario”.

**E**mpezar este discurso me costó, tal vez porque considero que no soy una persona tan creativa como muchos de los que están aquí. También porque no lograba encontrarle sentido

al hecho de escribirle algo a toda la sección. Sin embargo, después de varios intentos para empezar decidí pensar en eso de lo que tanto le hablan a uno cuando está en once, el legado. Empecé a preguntarme cuál es el legado que dejó, si ya me gradué en tres meses y no sé cuál es mi legado, entonces ¿qué es lo que estoy dejando? Cuando me hice estas preguntas decidí darle la vuelta y preguntarme qué me llevo conmigo. Yo creo que sí dejo algo, pero mientras descubro qué, quiero pensar en qué me llevo.

Honestamente lo único que sentía que dejaba en el colegio era mi paso por todas las extracurriculares en las cuales estuve. En tercero, basquet; en cuarto, fútbol; de quinto a séptimo, musical; en octavo, intercambio y en noveno y décimo, intenté la banda. Nunca fui invitado a la Noche de Gala, este evento que, cuando uno está en quinto lo ve como la graduación, la única oportunidad de sentirse grande siendo el chiquito. Durante unos años, tampoco fui el que izaba bandera en las ceremonias, aunque mi mayor orgullo fue cuando todo el colegio izó bandera por el esfuerzo que todos mostramos.

Durante todos estos años siempre pensé que los únicos que eran algo en el colegio eran los capitanes de casa y de deportes, el consejo y los jefes. Por eso me propuse convertirme en capitán, una meta que se desvaneció cuando descubrí que realmente solo lo estaba haciendo por querer ser reconocido en el colegio. En todo este proceso, fui comprendiendo que los que se ganaban el orgullo, el respeto y la popularidad de la comunidad

eran los que estaban involucrados y les iba bien académicamente. Con esto en mente, me propuse tres metas: que me fuera bien en las clases, izar bandera en la clausura e involucrarme en más eventos del colegio. Claramente sí me conocen bien, sabrán que nunca he izado en una clausura, no soy el mejor estudiante académicamente y tampoco termine volviéndome un protagonista en alguna actividad del colegio. Sin embargo, pienso que aquí he venido encontrando personas y lugares que me hacen sentir que soy alguien y que pertenezco a una comunidad.

Ahora que estoy a punto de irme del colegio y del país, entiendo que el legado va mucho más allá de dejar mi huella en la página del anuario. Por lo menos en mi caso así lo es. Sé que muchos aquí se pueden identificar con mi trayectoria en el colegio: Un estudiante a quien le gustaba todo, pero que sentía que no encajaba en nada. Un estudiante que ha perdido materias y que al no ser tan fuerte en notas se desmotivaba fácilmente y sentía que no valía la pena el esfuerzo porque al final no se sentía reconocido, al final las notas pesaban más. Pero hoy afirmo con total seguridad, y ¡créanme cuando lo digo porque tal vez les va a sonar familiar!: “las notas no lo son todo”. Detrás de cada uno de nosotros hay muchas personas que nos han formado, dando un poco de sí mismas para dejar un impacto positivo en nuestras vidas y ayudarnos a ser quienes somos. En mi caso son mis papás, mi hermano, mis amigos, amigas y en general to-

das las personas que han dejado una huella en mí durante estos 14 años que llevamos conviviendo juntos.

Para mí el legado no son las notas, no son las izadas, ni el número de extracurriculares en las que uno participa. Son las personas que me llevo, esas personas que me han acompañado en las buenas, en las malas, que me escuchan en mis desahogadas y que me han permitido encontrar un lugar para mí, pertenecer. Estas personas que celebran cada uno de mis triunfos como si fuera el de ellos. Mi legado es entonces, la certeza de que siempre encontraremos un lugar para cada uno de nosotros, eso dejo aquí, el ejemplo de cómo yo encontré el mío, de cómo me gané el orgullo, el respeto y la popularidad de quienes me acompañan sin que esté involucrado en mil actividades o sin que sea el mejor académicamente. Así mismo, el legado que me llevo es la compañía, el cariño y la incondicionalidad de todos los que ahora son una parte de mí.

///

## Paulina Espinosa

“Pues, si algo aprendí de mis hermanos y mi primo, es que lo más importante en la vida es ser uno mismo y hacer lo que a uno le gusta. Así que, aunque sea incapaz de imaginarme cómo voy a ser en un futuro, tengo la tranquilidad y certeza de que voy a terminar de disfrutar once y lo que venga después”.

O dio que me pregunten cómo me veo en el futuro, pues simplemente no me veo. Cuando tenía un año empecé a venir al colegio, ya que me tocaba acompañar a mi hermano a la escuela de fútbol todos los sábados. Desde entonces, durante los siguientes diez y seis años, he construido mi futuro con base en las experiencias y logros de mis hermanos y mi primo. He vivido tres preajardines antes de vivir el mío, he vivido tres primeras comuniones, tres confirmaciones, tres retiros de once, tres proms y tres grados antes de vivir los míos; lo que ha hecho que toda mi vida haya tenido una idea muy clara de cómo se vería mi futuro y así mismo de que cosas hacer y que no. Cuando llegó mi primera comunión, lo que me emocionaba era el hecho de que ya era la última y no tocaba volver un sábado temprano al colegio a escuchar lo mismo. Para mi confirmación, mi padrino lo había elegido hacía más de un año. Cuando se acercaba el retiro de once tuve que recordarle a mi mamá de mandar ciertas cosas y en este punto ya me sé la ceremonia de grado de memoria. Pero estoy tan acostumbrada a esto que no soy capaz de imaginarme sin seguir los pasos que una y otra vez he visto. La única vez que hice esto fue en sexto, cuando decidí salirme del colegio para hacer gimnasia y pues... acá estoy.

Mi meta en el colegio siempre fue hacer lo mismo que mis hermanos y mi primo, y hacerlo mejor que ellos,

por lo que siempre intente planear y controlar mi día a día al máximo, pero siempre supe que esta meta solo existiría hasta que me graduara. Por eso desde chiquita disfruté mucho poder imaginarme mi futuro después del colegio. Básicamente desde que nací quería ser veterinaria y poder adoptar a todos los perros de la calle, aunque soy alérgica a ellos. En segundo, cuando estábamos aprendiendo a multiplicar, quise ser física de la NASA, ya que amaba las matemáticas. Pero este sueño llegó hasta que descubrí PEMDAS y los números negativos, pues según mi lógica, siete al cuadrado es catorce y negativo 15 menos 6 es negativo 9. Desde entonces me he imaginado siendo todo; me he imaginado como economista, bombera, neurocientífica, abogada, ingeniera, embajadora, matemática, trabajando en la cruz roja, escribiendo un libro, estudiando relaciones internacionales, corriendo maratones, hasta manejando aviones y/o helicópteros. Me gustaría hacer tantas cosas que no puedo elegir cuál prefiero. Cuando pienso en el futuro por mi cabeza pasan tantas imágenes más siendo todo esto que al final solo veo borroso y prefiero dejar de pensar en eso, lo que me lleva a no verme en lo absoluto en el futuro. Básicamente me gustaría ser la típica persona de la antigua Grecia o del renacimiento que era todo: era matemático, químico, físico, abogado, filósofo, astrónomo, economista y 10 mil cosas más, pero eso si lo veo más difícil que poder imaginarme siendo algo. Al final, escogí estudiar ingenie-

ría porque es lo que más sentido hizo en mi cabeza, pero ni así me imagino en el futuro.

En once me he dado cuenta lo poco predecible y controlable que es el futuro. Desde octavo estuve creando la idea de cómo sería cuando por fin estuviera en once, de las clases que vería, de los emojis que pondría en la chaqueta y saco, de cómo sería mi página de once y que foto recrearía. Pero después de haber vivido el once de mis hermanos y mi primo, nada me preparó para tener que caminar sola del carro hasta semestralizado sin tener con quien quejarme del frío o para no poder salir de clase a tomar café con Julieta mientras hablamos de nuestros días porque ambas estábamos aburridas. Así mismo, nada me preparó para darme cuenta que nadie más va a cumplir con el rol de ser la menor y grabar entusiastamente a la persona de la familia que está leyendo su discurso para mandar el video a toda la familia o para tomar la foto de su ladrillo de exalumno.

Estas pequeñas cosas que cambiaron el futuro que ya tenía tan claro en la cabeza hizo que tuviera tanta incertidumbre hacia mi futuro que ahora simplemente lo ignoro, ya que es un problema para después. Por eso, aunque sea muy cliché y probablemente una de las cosas que más nos dicen, es esencial vivir y disfrutar el presente. Ahora prefiero vivir mi día a día sin pensar mucho en el futuro, pues como ya dije, eso es un problema para después. Me gusta poder ver que va a pasar cada día sin haberlo planeado con anterioridad. Me gusta, por primera vez, poder estar en el colegio, ver mis clases, participar en ciertas actividades y

más cosas sin estar comparándome con alguien o con alguna idea que ya tenía preestablecida. Dejé de crear expectativas de cómo tengo que ser sí o sí en un futuro y dejé de odiar la idea de que las cosas no salgan como quiero. Pues, si algo aprendí de mis hermanos y mi primo, es que lo más importante en la vida es ser uno mismo y hacer lo que a uno le gusta. Así que, aunque sea incapaz de imaginarme como voy a ser en un futuro, tengo la tranquilidad y certeza de que voy a terminar de disfrutar once y lo que venga después. Aprendí que no importa lo que piense la gente de uno o de sí se cumplen las expectativas que los demás puedan llegar a tener de uno, lo importante es disfrutar cada cosa que se hace. Al fin y al cabo lo único que se va a quedar conmigo siempre, así mi memoria sea mala, son los recuerdos del presente, del día a día y no los recuerdos del futuro.



## Juan Camilo Fajardo

“La vida está llena de cambios, unos son grandes otros más pequeños, unos los vemos claramente y otros ni los notamos. Pero cada uno de estos momentos en que nuestras vidas cambian de una u otra forma, son lo que hacen que seamos como somos”.

### La carrera de mi vida

**E**ra semana de receso y el calor y bochorno de la noche nos obligó a los 15 amigos a encerrarnos en un

bungalow, prender el aire acondicionado y dejar el ventilador a máxima potencia. Tras haber tenido una noche de fiesta, decidimos sentarnos todos a charlar y descansar un rato antes de salir nuevamente a la playa. Acababa de salir un álbum de música hacía media hora, y entre los 15 no hubo discusión alguna para oírlo todos juntos.

Y fue entonces, que en la mitad de la emoción, llegé la idea que haría mi discurso posible. Fue ahí, donde se suponía que la alegría estaba tomando poder de mi mente, que me llegó un golpe de la realidad que me dejó frío. En un momento, donde la vida me miraba a los ojos fijamente. “Se nos acabó el tiempo”, fue lo que pensé. Me dije a mí mismo: “ya no vamos a volver a vivir esto”. En ese momento, sentado con todos mis amigos, fue que me di cuenta del gran cambio que iba a ocurrir en el próximo año. Pensé en la gran decisión que todos estamos a punto de tomar y me di cuenta que tenía los minutos contados antes de salir a la universidad y dejar el colegio atrás. Fue en ese espacio que empecé a acordarme de los momentos que me han cambiado la vida y vi claramente la rapidez con la que estos últimos 14 años han pasado.

Suena como si pudiese escribir un libro completo de estos momentos, pero lo que me sigue chocando hasta el día de hoy, es que 14 años se sintieron como un pique en el carro con mi papá, que sin decir una palabra, el tiempo se pasa tan rápido que ni siquiera es posible darse cuenta de las cosas que pasas en el camino. Así que decidí, frenar en seco, poner reversa

y apreciar cada lugar que me marcó esta vía llamada, Los Nogales.

Mientras prendía el carro vi colgada debajo de mi espejo retrovisor, la foto de mis padres junto a mi hermana y el equipo de basket. Dos familias las cuales siempre están presente en los recorridos que haga y que me han acompañado en esta vía. Era imposible comenzar este camino hacía atrás sin ellos conmigo.

Comencé a andar en reversa y lo primero que ví fueron los momentos de este último año en el colegio, que a pesar de no llevar tanto tiempo transcurrido, ha pasado tanto que decidí hacer mi primera parada. Ví los distintos viajes a la casa de Bayón, donde previo al Candelazo, jugábamos FIFA y Gang Beasts, con Pablo y Mesa. O el viaje de todo el grupo al clásico Millonarios-Santa Fe, que aunque el resultado no fue el mejor, fue una noche inolvidable en la que pudimos divertirnos. A pesar de que es una parada en construcción y aún no ha acabado, logré apreciar lo que hasta ahora ha pasado, y Volví a prender el carro y volví a andar en reversa, hasta detenerme frente a una parada que acaba de culminar su construcción. Este era un chucito llamado “el caos de décimo”. En este logre recordar como los viajes a Apulo y a la finca de Jarko, me dieron los momentos en que más me reí en toda mi vida. Momentos como en el que por alguna razón, que solo conozco el universo, Godoy le echó un baldado de agua a Simoes, y Simoes decide contestarle echando coca cola por toda la sala de Jarko. O en Apulo, que pasamos de tener un debate serio, a las tres de la ma-

ña, sobre el color de los camarones, a que Bautista hiciera una ejemplificación del programa jackass y se cayera por las escaleras del sótano.

Seguí andando en el carro cuando me tope con un concesionario y me acordé de cuando con Lolo, Tist y Bamba decidimos visitar todos los concesionarios de Chía. A pesar de no parecerse en nada, decidimos molestar a los vendedores de carros diciendo que éramos hermanos, y cuando nos preguntaban por Bamba, argumentamos que Daniel era adoptado.

Decidí dejar el carro parqueado, pues había llegado tan atrás en la vía del tiempo que a la siguiente parada, no tenía mi pase habilitado. Había llegado a cuando tenía 15 años. Decidí seguir mi recorrido caminando y vi un logo de zoom. Recordé en octavo cuando me tocó ser el mentor del que se convertiría en uno de mis mejores amigos, que años después terminaría él dando los mejores consejos que cualquier amigo podría dar.

Seguí caminando y llegué a un edificio que decía 6. Y me acordé de los sextónimos, mi grupo de amigos de primero B y todos los recreos en los que jugábamos al desaparecido o fútbol, Glauser y Osorio que nunca los pudimos encontrar.

Seguí caminando hasta que por fin llegue al inicio de la vía. Llegué ya a un edificio polvoriento que decía pre jardín. Ese edificio que me dejó un amigo desde el primer día del colegio, en el que decidimos ser amigos por tener los lockers al lado, y que me ha ayudado incontables veces. Ese

edificio que me permitió conocer una generación que me ha impactado de manera inimaginable. Ahí en ese edificio empezó lo que finalmente sería una de las grandes etapas de mi vida. Una etapa que me dejaría con recuerdos y amigos y que me terminaría trayendo hasta este momento.

Por eso quiero terminar diciéndoles estas palabras. La vida está llena de cambios, unos son grandes otros más pequeños, unos los vemos claramente y otros ni los notamos. Pero cada uno de estos momentos en que nuestras vidas cambian de una u otra forma, son lo que hacen que seamos como somos. Y no importa si el cambio es bueno o malo, lo importante es cómo nos adaptamos a este. Y con seguridad puedo decir que estos primeros 18 años de mi vida han sido una aventura magnífica y que aunque todavía me falta mucho por vivir, no cambiaría por nada del mundo los momentos que he vivido hasta ahora y solo se lo puedo agradecer a mi familia y a mis amigos que han hecho que estos años sean inolvidables.

///

## Manuela García

“Tomen sus miedos como oportunidades para encontrar cosas nuevas y diferentes. Los miedos están para retarse, así que asúmanlos con fortaleza. Pero tal vez lo más importante sobre la vulnerabilidad es ser capaces de ser compasivos principalmente con nosotros mismos”.

## El Nevado del Tolima

¿Cómo definirían ustedes la vulnerabilidad? ¿Qué los hace sentir vulnerables? Los invito a pensar por un momento alguna experiencia en sus vidas que les haya servido para cambiar su percepción o entendimiento sobre algo relevante ¿Cuál ha sido ese momento o experiencia de quiebre más importante de sus vidas?

Pues bien, como algunos de ustedes saben, el 6 de diciembre del 2022 a las 6:10 a.m cumplí uno de mis sueños cuando logré llegar a la cumbre del Nevado del Tolima en compañía de mi papá y otras 12 personas. Esta fecha quedará grabada para siempre en mi memoria como la mejor experiencia que he vivido hasta hoy, a mis 18 años. Con certeza una experiencia como estas me ha dejado grandes enseñanzas. Quisiera contarles tantas cosas que vi, experimenté, y aprendí, pero decidí priorizar un par de cosas para contarles.

Lo primero que quiero compartir con ustedes es que aprendí el último año que no solo se trata de una sola cumbre; son múltiples y muy diversas. Cada uno de nosotros tenemos nuestros sueños, desafíos, y batallas. Todas las cumbres son tan, pero tan personales que es imposible juzgar que una es más importante que la otra. Y no importa qué tan empinada o desafiante parece tu cumbre, y qué tan bien preparado te sientes para ella, lo importante es entender que, pese a los miedos que puedas sentir, debes avanzar paso a paso mientras

que vas dominando tus propios miedos e inseguridades.

En mi vida, he sido siempre muy exigente conmigo, me gusta que las cosas se hagan bien, que respondan a un plan. Creo profundamente que el esfuerzo se recompensa, y si bien creo en los golpes de suerte, creo más en la disciplina, en la “Causa-Efecto”. Mis papás narran que soy autoexigente desde mis primeros años. Dejé el pañal y el tetero el mismo día a mis 15 meses, por mi propia decisión. Ese mismo mes aprendí a hablar y nunca hablé a media lengua, hablé claro desde mis primeras palabras. La llegada de mi hermana fue todo un regalo, no solo porque pensaba que era una muñeca muy linda y real, sino porque vino a entregarme una sensación de responsabilidad, que tal vez acompaña a la mayoría de los hermanos mayores. Así que fue por convicción y no por imposición que decidí convertirme en “grande” el mismo día que ella llegó a mi vida. La responsabilidad y el autocontrol, para los que me conocen, saben que hacen parte de mi existencia.

Pues bien, el último año me ha presentado algunas lecciones que me han permitido observar con mayor claridad que la disciplina y la perseverancia son importantes, pero que todavía existen otros elementos fundamentales que la montaña me regaló. La escalada de una montaña es más que un desafío físico, es más bien un viaje emocional y mental que vino a recordarme el poder de la vulnerabilidad.

Este año me reconcilié con este concepto de vulnerabilidad. Este, para mí,

hacía referencia a la debilidad y la incompetencia, y hoy en día me doy cuenta de lo equivocada que estaba. La vulnerabilidad se trata de aceptar nuestras limitaciones y a ser conscientes de nosotros mismos, y así a conectar con nuestras posibilidades. Tiene que ver con el amor propio, con reconocer tus talentos; pero al mismo tiempo el reconocer que otros pueden llegar a complementarte. La montaña me permitió observarme, recorrerme, y sentirme digna; pero, al mismo tiempo, me permitió ser humilde y realista con mis expectativas.

Para una persona como yo, que prefiere los hechos ciertos y que le cuesta algo fluir y confiar; la montaña fue la mejor consejera, que me mostró un entorno impredecible y cambiante. El clima cambia en cuestión de minutos, las grietas aparecen, y cuando sientes que te estás aproximando a la cumbre, de pronto te das cuenta de que faltan horas extenuantes de caminata. Yo me sentía preparada física y mentalmente para esta expedición, pero no fue sino dar el primer paso al glaciar para tener una “avalancha” de miedos, de inseguridades, y ganas de renunciar.

Tuve el impulso de pedir regresar, de inventarme algún tipo de enfermedad; creo que alcancé a alzar la cabeza al cielo y pedir que tuviéramos que regresar por el clima o porque algún compañero de viaje pidiera regresar. Lamentablemente, el cielo se encontraba totalmente despejado, y todos mis compañeros se sentían bien y con energía, pese al cansancio. Eso sí, no quería ser yo la primera en rendirme.

En un momento de la escalada, ya sin fuerzas, sin casi voluntad para seguir adelante, empecé a sentir un profundo dolor en mis piernas y mi espalda. El haber dormido mal durante 4 noches en carpa y la falta de oxígeno me llevaron a un momento importante de crisis. Me detuve, empezaron a gobernar pensamientos de “no puedo”, “no soy capaz”, “no me preparé lo suficiente”. Se me escurrían las lágrimas, pero por tantos elementos de protección (gafas, gorro, casco, pasamontañas), fue un llanto casi imperceptible para los demás. Siempre me habían dicho que en la montaña uno se cuestiona, pero nunca pensé que fuera de esta manera. Ese día, siendo ya la última caminata, fue el día más retador de todos. Mis pulmones se sentían comprimidos por la altura, y con simples pasos me quedaba sin aire.

En ese momento, al estar a punto de rendirme, pensé en toda la gente que estaba en Bogotá apoyándome: mi hermana, mi mamá, Yeyo, mi familia, mis amigos, y mis profesores. No podía decepcionarlos, así que caminaba por ellos, por mucho que me costara. Simultáneamente, decidí botar todos esos pensamientos negativos que me estaban deteniendo. Paré, respiré, y observé, lo que me llevó a contemplar la vista más espectacular que, hasta este momento de mi vida, había tenido ante mis ojos. Pedí a Dios fuerzas, recordé que era suficiente, que estaba bien lo que había logrado hasta el momento. Fue un tiempo mágico y liberador, en donde conecté mi ca-

beza, mi corazón, y mi voluntad. Estaba agradecida.

La emoción le ganaba al cansancio, y finalmente después de meses de esfuerzo llegué. Siendo totalmente honesta, llegar a 5,215 metros de altura fue el momento más emocionante y gratificante de mi vida. Me sentía literalmente encima del mundo. Pero definitivamente lo más emocionante de todo fue estar acompañada de mi papá durante todo el proceso. Llegar a la cumbre junto a mi papá me hizo llorar descontroladamente. Lo recuerdo diciéndome, “Mi Manu, lo lograste; lo logramos”. Pensé nuevamente en el apoyo y en el amor de la gente en Bogotá, me sentí agradecida y afortunada de tener personas tan lindas en mi vida. Sí, lo logré por mí, por los que amo, por mis profesores, y por ustedes que han sido compañeros invaluable de viaje por 14 años. Gracias a todos, por sus sonrisas, por las experiencias vividas y por existir en mi vida.

Los invito a darle la bienvenida a la vulnerabilidad, es muy diferente a como la hemos venido entendiendo. Realmente se trata de un balance entre saber que eres suficiente tal y como eres, pero al mismo tiempo tener el coraje de reconocer las grandes oportunidades de aprendizaje que tienes en la vida; se trata de asumir que no eres perfecto, ni tienes por qué serlo.

Hoy voy más ligera de equipaje, más confiada en mi futuro. Un futuro que no debe pesarme y que no me debe atormentar. Y sí, seguramente contaré con personas espectaculares que me complementen y que me ayuden a levantar una y otra vez. Porque

la maravilla de la vida no se trata de evadir los miedos, de tomar atajos, de pensar que todo debe ser perfecto, y que existe solo la felicidad; se trata, al contrario, de entender que tu trabajo es poner lo mejor de ti, avanzar desde tu mejor versión. Se trata de abrazar los miedos y de avanzar pese a ellos.

Tomen sus miedos como oportunidades para encontrar cosas nuevas y diferentes. Los miedos están para retarse, así que asúmanlos con fortaleza. Pero tal vez lo más importante sobre la vulnerabilidad es ser capaces de ser compasivos principalmente con nosotros mismos.

Como mi última invitación, los invito a que busquen a esas personas que los apoyen como a mí en momentos como este. Cuando las encuentren no las descuiden, porque son realmente valiosas, y agradézcanles por estar en sus vidas. Los invito hoy a buscarlas y, junto a ellas, a escalar sus propias cumbres. Peleen por sus metas y sueños acompañados de “sus personas”. Yo tengo a las mías, y aunque muchas de estas estuvieron para mí en momentos distintos de mi vida, les agradezco por haberme hecho crecer y a formarme como persona. Sé que cada una de esas personas sabe que lo es, así que para ustedes, el siguiente mensaje: Gracias infinitas. Gracias por acompañarme y apoyarme en todo lo que hago, son mi motor y motivación. Gracias por ser mis ángeles guardianes que me cuidan y guían. Gracias por quererme incondicionalmente. Gracias por estar. Y muchísimas gracias a todos ustedes por su tiempo.

///

## Alejandra González

“Es un proceso de autodescubrimiento que asusta, que incomoda, y que entristece: que revela la magnitud de lo cambiante en mi propia naturaleza y el dolor escondido con el que a veces oscilo entre distintos planos de respuesta a la pregunta de ¿quién soy?”

La introspección me asusta. Me da miedo sentarme ante este computador, al frente de una página que grita vacío y un reloj que le suplica a mis ojos que se cierren para darle lugar al descanso, para reflexionar acerca de mí misma y mi paso por este colegio. Y si decido poblar el blanco de la pantalla con palabras, ¿acaso qué van a decir? ¿De qué color se teñirá mi espejo escrito: el epíteto autoimpuesto que estoy alargando hasta que tenga forma de discurso?

He llegado a la conclusión de que me aterra lo que voy a encontrar si indago más allá. ¿Y si desentierro tristeza? ¿Y si saco a la luz las lágrimas que he llorado a través de los últimos dos años en la clandestinidad de la medianoche en mi cuarto, solamente cuando tengo la absoluta certeza de que nadie más me va a poder oír? ¿Y si mi lectura en voz alta traiciona mi patetismo? ¿Y si mi voz se transforma en la recopilación viviente de dos años de vaivenes académicos, de intentar, sin éxito alguno, de construir

una identidad en torno a una nota? O, peor aún, ¿Y si sin querer queriendo termino por desvelar los capítulos de la historia de estos últimos años que guardo como los secretos más íntimos de mi corazón? ¿Y si hablo de tusas de las que nadie nunca tiene por qué enterarse, de equivocaciones afectivas que hacen que me derrumbe en una pila de integrales y derivadas como método de superación, de amigos ganados y perdidos con la facilidad con la que pasan los minutos?

La tristeza parece escupirme en la cara: violenta, omnipresente, y, sobre todas las cosas, diversa. Se ha convertido en palabra viva y latente: evolucionante a medida que estos últimos tres años han tomado su curso. En cierta medida, me siento impotente mientras soy testigo de las oscilaciones de mi cabeza, que parece incapaz de decidir qué tipo de tristeza quiere vivir el día de hoy. Me podría entristecer pensando en abrazos que alguna vez supieron a mundos enteros y que ya no vendrán más, o en la realización de que los estándares de perfección académica que me han guiado desde que tengo memoria se desintegraron en un vendaval de indiferencia o de agobio (es que ya ni sé) durante los últimos meses, o en el reconocimiento, que resulta tan cliché y reusado en una persona a punto de graduarse que me da rabia, de la magna incertidumbre que conlleva el futuro.

Me doy cuenta de que la tristeza es matizada, y que resulta multifacética. Es más, los tipos de tristeza que siento en lo recóndito de mi ser no sólo

se distinguen por el objeto que las causa, sino por algo mucho más profundo y fundamental: se diferencian por lo que tienen que decir acerca del tipo de persona que soy, o, por lo menos, del tipo de persona en la que me estoy convirtiendo. Pero, y juntas, sumadas, combinadas, ¿qué dicen mis tristezas de mi identidad?

¿Qué es lo que nos mantiene despiertos por la noche, ocasionalmente en contra de nuestra misma voluntad? ¿Qué nos mueve las cuerdas vocales cuando cantamos un valledato a todo pulmón con nuestros amigos? ¿Qué nos importa? ¿Qué nos duele? ¿Qué nos toca? La respuesta a estas preguntas, que le hablan a los mismos fundamentos de nuestra identidad, se encuentra de forma intrínseca e inevitable en el fondo de nuestras tristezas, y sale a la superficie como resultado de la introspección a la que inherentemente nos invitan nuestras melancolías. Después de todo, la alegría, con toda su inquebrantable amabilidad, parece incapaz de darnos una mirada tan desengañada, tan honesta, para bien o para mal, y tan acertada y profunda en su autoanálisis.

Es mi tristeza actual, en toda su lamentable heterogeneidad, la que me percata de los abismos que estoy construyendo todos los días entre la Alejandra que alguna vez fui, y aquella que estoy intentando decodificar con este intento de introspección hecho discurso. Al fin y al cabo, la Alejandra que escribió su discurso de octavo hablaba de libros y su educación, y pareciera que encontrara allí

todas las respuestas que necesitaba. ¿Pero esta? Esta, la Alejandra que tienen ustedes al frente el día de hoy, no sabe ni por dónde empezar a la hora de intentar hablar de sí misma. Tal vez ya dejó de saberlo, o, por otro lado, tal vez ahora, liberada de las pautas que alguna vez le dictaron sus libros, apenas está empezando a descubrirlo. Es un proceso de autodescubrimiento que asusta, que incomoda, y que entristece: que revela la magnitud de lo cambiante en mi propia naturaleza y el dolor escondido con el que a veces oscilo entre distintos planos de respuesta a la pregunta de ¿quién soy? No obstante, tal vez por primera vez en mi vida me estoy dando la oportunidad a mí misma de entenderme, de abrazar la complejidad que es innata a mi carácter, y de encontrar liberación en la aceptación de mi identidad. ¿Acaso hay algo más importante en este mundo?

///

## Felipe Guarín

“Aprendan a reírse de ustedes mismos, a ser auténticos y vulnerables, sin dejar que la opinión ajena dicte quiénes son. La madurez está en abrazar nuestras imperfecciones y nuestros errores para convertirlos en una fuente de crecimiento”.

### El peor día de mi vida

Hace 12 horas, el documento en el que supuestamente iba a escribir

mi discurso de grado estaba totalmente vacío. Duré procrastinando su escritura prácticamente todos los días de las últimas dos semanas, pues a pesar de que era consciente de que necesitaba sentarme a teclear palabras para chulear el último requisito de grado que me faltaba, la pereza, las llamadas con mal “timing” de mi novia, y las horas bien quemadas sentado frente al televisor viendo fútbol colombiano no me lo permitieron. Por consiguiente, decidí acostarme en mi cama, mirando hacia el techo y sin saber qué carajos poner en ese documento; pensando en que con suerte, encontraría un tema para escribir. Afortunadamente, la imaginación renació en mi cerebro y comencé a plasmar mis pensamientos en aquel vacío documento de Word. El tema sobre el cual decidí hablar fue el siguiente: “El significado de las emociones”. No pude evitar comenzar mi discurso sin antes incluir esa introducción cliché que nos muestra a ese nogalista que deja todo para última hora y que no tiene ni idea de que escribir, que mira hacia el techo en su cama y que mágicamente encuentra un tema aún más cliché que su misma introducción. Algo como: La felicidad.... o El poder de los sentimientos. Honestamente, siempre detesté esos comienzos de discurso, pues ejemplifican la falta de originalidad y, a mi parecer, la mediocridad. Desde que oía ese clásico: “Eran las 11:30 de la noche del día anterior” dejaba de ponerles atención y sacaba el Clash Royale, o en su defecto la ruleta, pues no podía evitar que “me

resbalaran” los pensamientos nocturnos de un procrastinador cliché, como yo. Pero bueno, no pude evitar empezar mi discurso de esta manera, pues ya que como soy prácticamente el último discurso del año, me pareció chévere hacerle un homenaje a la gente sin ideas que escribe sus discursos así. Entonces sin más que decir, hablemos del “significado de las emociones”. Mentira, les voy a hablar de algo que ojalá les parezca más entretenido ya que se quedaron un viernes en el colegio a oír mis palabras. A continuación, mi discurso de once, un relato corto y ojalá divertido del peor día de mi vida: el día en el que inexplicablemente me hice popo en los pantalones en plena clase.

Sí, aunque no lo crean, me paso. ¡Y lo peor de todo es que no era tan chiquito! Ustedes pensarán que fue en Preescolar, incluso en la guardería, pero para mi desgracia, no fue así. Las desafortunadas víctimas de la explosión volcánica en mis pantalones fueron mis compañeros de 2B que estoy seguro que aún se acuerdan de ese día con total claridad, y no precisamente por el buen olor del salón. Sí, entendieron bien, los hechos ocurrieron en segundo. Actualmente, nosotros vemos a los estudiantes de segundo grado como si fueran unos niños realmente pequeños, unos bebés que hasta ahora están aprendiendo a hablar, a caminar, y a ir al baño. Sin embargo, la triste realidad es que los niños normales aprenden a hablar a caminar y sobre todo, a ir al baño mucho antes de entrar al colegio. Qué vergüenza decir que yo, a

los nueve años, solamente fui capaz de aprender las primeras dos cosas. ¡Así que no hay excusas para justificar lo que hice! Lo más lamentable de todo es que me acuerdo enteramente de ese día, pues de no ganar Batuta este 31 de mayo (toquen madera todos), ese hostil día de algún mes del 2014 seguirá siendo el peor día de mi vida escolar. La jornada comenzó como cualquier otra. Llegué al colegio abrazado de mis amigos de siempre, que pocas horas después se darían cuenta de que no iba a ser tan conveniente estar tan cerca de mí. Empezaron las clases. Se acabó la primera, se acabó la segunda, y la catástrofe ocurrió en la tercera. Una tranquila clase de inglés que impartía Lauren Rajabi, que fue ensuciada, literalmente, por cortesía mía (La clase, no Lauren, afortunadamente). Mientras el salón leía en silencio, una explosión volcánica ocurrió debajo de mi silla. Evidentemente, no voy a entrar en detalles, pues si no, la trashed no me sirvió de nada y no me gradúo. Simplemente, dejémoslo en que esa mañana, mis esfínteres se levantaron con ganas de protagonismo. Pausa activa: ya se que debe haber varios, sobre todo los profesores pensando: “¿qué hace este tipo hablando de eso en su discurso de grado? Menos mal le tocó leer en el gimnasio y no en la capilla. Mejor hubiera hablado del significado de las emociones o del mensaje de los sentimientos o algo así”. Tranquilos todos, más adelante explicaré por qué tomé esta decisión. Continuemos. El salón empezó a apestar desde el pri-

mer minuto y, evidentemente, todo el mundo se percató de la inconfundible fragancia. En ese momento, mi salida más conveniente fue quedarme sentado, tranquilo, como si nada hubiera pasado y echarle la culpa a Glauser, a La Rota o a cualquier de malas que estuviera cerca. Evidentemente, no fue muy inteligente de mi parte, pues el epicentro del olor era mi escritorio, así que me delataba solo. La gente se estaba empezando a dar cuenta de que algo raro había pasado, no era solamente un olor momentáneo, era algo peor. Debido a esto, tomé mi segunda decisión: bajar al baño a ver que podía lograr. Lamentablemente, no logré nada, no fui capaz de limpiarme y no se me ocurrió botar el calzoncillo al inodoro. Lo único que logré fue acabar de condenarme a la vergüenza, pues en el intento de limpiarme, terminé ensuciando mi camiseta. Comencé a llorar, empezaba a darme cuenta de la tortura que fue ese día. Decidí quedarme en el baño, pues de alguna manera u otra, estaría un poco más camuflado. También, decidí darle un descanso a mis compañeros y a Lauren, estoy seguro de que fue un tallazo. La clase terminó, y empezó el recreo. Era el momento de liberarme y de airearme un poquito, así que fui a jugar fútbol con mis amigos y con mis amables compañeros de generación. Después del recreo, el verdadero sufrimiento comenzó, pues la primera prueba que me delataba como el culpable de la catástrofe odorífica salió a la luz. Mis compañeros se dieron cuenta de mi camiseta y alguien

gritó: “¡Felipe Guarín tiene popo en su camiseta!” ¿Qué hizo Felipe Guarín?: inventarse otra excusa. La salida más rápida para mí fue decir que era popo de perro, que supuestamente había caído en mi camiseta durante el partido de fútbol. Pobrecito yo, pues no sabía que al colegio no dejaban entrar perros. La verdad, yo creo que mi estrategia no funcionó ¿o sí? Ahí terminé de condenarme, todo el mundo empezó a darse cuenta de quién era el dueño de la explosión volcánica. Pasaron tres horas de clase realmente eternas, en las que no dije nada, no me moví y nadie se me acercó. Cada vez que un profesor diferente entraba al salón preguntaba: “Uy niños, ¿qué pasó aquí? Abran las ventanas”. En realidad, las ventanas estuvieron totalmente abiertas desde las 8 de la mañana. Era la hora del almuerzo. Llegué caminando como un pingüino a la cafetería, dejando rastro en todos lados. Ya no servía estar al aire libre. Todo el mundo se debió enterar de mi situación, desde los grandes de tercero y cuarto, hasta las señoritas del almuerzo. Qué vergüenza con ellas. En esa época, yo tenía acostumbrados a todos mis compañeros futbolistas con que yo era el responsable de almorzar rápido, de coger el balón, e ir corriendo a las canchas para llegar primero y poder jugar. Siempre me servía trucha, la despedazaba, la esparcía en toda la bandeja y escondía la carne debajo del cuero para que así el profesor cayera en mi trampa y me dejara salir rápido hacia la cancha de fútbol. Ese día, la situación no fue así. Almorcé

en paz, me serví verduras, me comí todo y, evidentemente, no corrí a coger cancha. Llegué de último y me quedé sentado al lado de un arco, me inventé que no quería jugar porque estaba cansado. Obviamente nadie me creyó, ahí terminé de delatarme. Las clases de la tarde fueron como las de la mañana: en silencio y en quietud absoluta. Terminé de apestar a todos mis profesores, compañeros, miembros de sección, supervisora, conductor, compañeros de bus, portero del edificio e incluso a mi mamá. Llegué a la casa y la pesadilla del peor día de mi vida digamos que “terminó”.

Honestamente ese día me marcó. Viví obsesionado con la erupción volcánica en mis pantalones durante muchos años. Obviamente, a pesar de que nunca lo acepté, todos mis amigos tenían y tienen claro que el que se hizo popó en los pantalones fui yo. Me molestaron incansablemente. Actualmente, todavía lo hacen de vez en cuando. Siempre que el popó es objeto de alguna situación, es relacionado conmigo. Además, tienen el detalle de recordarle a todo el mundo que el que se hizo popo fui yo. Un pájaro va al baño, y Vásquez: “Ay igual que Felipe Guarín que se hizo popo en segundo”. Huele feo, y Borrenz: “Uy como el día en el que Guarín se hizo popó”. Siempre mantuve la ilusión de que la gente pensara que lo que decían mis amigos fuera simplemente un chiste. Pensé que obviamente nadie iba a creer que un niño de casi diez años se hubiera hecho popó en los pantalones en el colegio.

Para mi desgracia, no fue así y mucha gente se enteró. Es por esto que acá llega el momento más esperado por todos: ¿Por qué elegí este tema para mi discurso de once? ¿Acaso quería recordarle a toda la comunidad sobre lo que me pasó y contarle a los que no sabían para ser recordado como el alumno del Colegio Los Nogales que se hizo popó en clase?

Pues no. Hasta hace muy poco viví avergonzado. Bueno, aún me da pena aceptarlo, pero hasta hace un par de años siempre lo negué. Ahora, lo veo como una anécdota, que a pesar de que fue realmente traumática, vergonzosa y asquerosa, me ayudó muchísimo en mi crecimiento de niño y de adolescente. He aprendido algo realmente valioso: es muy importante aprender a reírse de uno mismo y a no avergonzarse por lo que a uno le pasa. Es mejor seguir viviendo sin considerar la opinión negativa de la gente y aprender de los errores. Definitivamente yo aprendí del mío. Juro que nunca me volverá a pasar. En realidad, este evento que me ocurrió tan chiquito marcó contundentemente mi vida escolar, me generó miedo e inseguridad. Sin embargo, me ayudó mucho con mi crecimiento y, en retrospectiva, me convirtió en el Nogalista fuerte y seguro de sí mismo que soy hoy en día. Fue por todo esto que escribí sobre este día, el peor día de mi vida, para demostrar que es posible superar las adversidades y experiencias humillantes convirtiéndolas en lecciones de vida. También cuando chiquito, siempre soñé con el día en el que pudiera ad-

mitir mi culpabilidad y quitarme el peso de encima de aceptar que fui yo el culpable de aquel día de mal olor. Por eso, hoy, en mi discurso de 11 grado, 10 años después de los acontecimientos, puedo decir y reconocer tranquilamente y sin pena que Felipe Guarín se hizo popó en segundo. Con esta confesión, quiero transmitir un mensaje poderoso: no permitan que un evento vergonzoso los defina o los ate al pasado. Aprendan a reírse de ustedes mismos, a ser auténticos y vulnerables, sin dejar que la opinión ajena dicte quiénes son. La madurez está en abrazar nuestras imperfecciones y nuestros errores para convertirlos en una fuente de crecimiento. Y bueno, esta es mi historia, que nostálgicamente relato en nuestro último día de colegio juntos.

Pd. Les pido disculpas a ustedes, promoción 2024, especialmente a 2B por haber tenido que oler mis porquerías. Los quiero mucho a todos, les deseo lo mejor y les pido, por favor, que nunca perdamos el contacto.

///

## Manuela Guerrero

“Así que, aunque aún no tengamos idea de hacia dónde nos dirigimos, a qué queremos dedicar nuestras vidas o quiénes se supone que debemos ser, estos años son para que los experimentemos, para estar aquí y ahora, para sentirlo todo y montar la montaña rusa de la vida”.

Cuando era niña, mi mayor sueño era convertirme en veterinaria y vivir en Nueva York. Reconozco que puede sonar como un sueño extraño y poco común, pero era lo que más deseaba y la persona a la aspiraba a llegar a ser. Recuerdo haber sido una niña confiada, a pesar de ser un tanto ingenua y algo tímida; sin embargo, poseía una clara percepción de mi identidad y mis preferencias. Aceptaba plenamente quién era, y me sentía completamente orgullosa de mí misma, tanto en términos de mis capacidades académicas como en mis relaciones con otras personas, mis películas favoritas, mi estilo y estética, mis gustos musicales y mi ser en general. Creía en lo que quisiera, aunque sonara imposible, desde el Ratón Pérez hasta Santa Claus, pasando por hadas y monstruos. Disfrutaba de llevar mis dos pequeñas trenzas al colegio, y vestía atuendos que consideraba únicas y originales, aunque en realidad eran mezclas de colores aleatorios que no combinaban en absoluto. Me encantaba jugar con mis muñecas, tomar fotografías y observarlas con felicidad, así como disfrazarme en Halloween de las princesas seguras de sí mismas a las que admiraba. Es increíble pensar que a los 10 años tenía una percepción más clara de mí misma que ahora, a los 18 años, siendo ya adulta. Considero que ser una niña es la manifestación más pura de la existencia. La inocencia que reside en su interior es lo que todos deberíamos proteger. Recuerdo que no me importaba la opinión de los demás y que amaba más fuer-

te y más puramente que nunca. Atesoro a esa niña que fui con cada fibra de mi corazón y aspiro a ser como ella eternamente.

Sin embargo, con el paso del tiempo, creo que esa niña confiada comenzó a perderse a sí misma. El momento en que comencé a preocuparme tanto por lo que los demás pensaban de mí fue cuando dejé de ser yo misma para convertirme en la persona que gustaría y sería aprobada por todos los demás. Al entrar en la adolescencia, comenzamos a preocuparnos demasiado por cosas verdaderamente superficiales, y de alguna manera, esto se convierte en el centro de nuestro universo. Lo que hacen los demás, la ropa que usan, con quién se relacionan. Por ende a medida que uno madura, trozos de la infancia comienzan a desvanecerse. Al principio, este proceso es lento, como cuando te das cuenta de que eres demasiado grande para que te lleven a la cama cuando te quedas dormida en el sofá. Sin embargo, luego comienza a acelerarse. Obtener validación del resto se vuelve indispensable. En el pasado, realmente decepcioné a esa niña a la que prometí cuidar siempre. Dejé de usar las cosas que me gustaba y comencé a actuar como alguien que no era yo, tratando de impresionar a los demás mientras me defraudaba a mi misma.

Tal vez nuestra juventud no esté destinada a ser el momento en el que lo descubramos todo, o el momento en el que entendamos lo que se supone que debemos ser. Tal vez todo lo que necesitamos hacer es

atravesar estos años, experimentar todo y cualquier cosa, cometiendo esos errores, entregando demasiado de nosotros mismos, diciendo las cosas correctas e incorrectas. Caer diez veces solo para levantarse en la undécima. Familiarizándonos con lo que nos trae alegría y lo que nos roba nuestra felicidad. Porque así es como aprendemos, nos adaptamos y crecemos y tal vez no saber a dónde vamos eventualmente nos llevará a nuestras virtudes. Así que, aunque aún no tengamos idea de hacia dónde nos dirigimos, a qué queremos dedicar nuestras vidas o quiénes se supone que debemos ser, estos años son para que los experimentemos, para estar aquí y ahora, para sentirlo todo y montar la montaña rusa de la vida. Un día, lejano o cercano, nos daremos cuenta de que todos nuestros tropiezos valieron la pena.

Hace algunas semanas, durante el retiro, me embargó un sentimiento de nostalgia al ver el video que recopilaba fotos de cuando éramos pequeños. Fue conmovedor observar la inocencia y el amor reflejados en cada una de nuestras sonrisas. Aquellos ojos llenos de vitalidad que nos caracterizaban, las muecas tontas que solíamos hacer y los disfraces adorables que solíamos lucir. Nuestra mayor preocupación era si alcanzaríamos a montar todas las atracciones de diversity, en cuanto llegaría el Bazaar para montar en los saltarines gigantes y en quién sería la siguiente niña en hacer su fiesta en Martina Pepina. En ese momento, reflexioné sobre la madurez que habíamos alcanzado.

En cuestión de meses, cada uno de nosotros estaría sumergido en la vida adulta, algunos más cerca que otros, algunos incluso en otros continentes. Este tiempo, entre muchas otras cosas, marca nuestra graduación del colegio. Es ahora una realidad, una realidad que merecemos. Aunque reconozco que será difícil cuando nos separemos, me reconforta saber que en otro universo seguiré compartiendo almuerzos en la cafetería del colegio con mis amigos. Hoy, me doy cuenta de que pasé tanto tiempo anhelando que mis sueños futuros se materializaran que no siempre aprecié los momentos y les di el valor que merecían mientras sucedían.

Entiendo que el proceso de crecimiento puede infundir temor; personalmente, me aterra continuar madurando. Nos inquieta la incertidumbre que depara el futuro, el cambio y la posibilidad de perder a quienes más apreciamos en nuestra existencia. Repudiamos la incomodidad inherente al transcurso del tiempo y resistimos la noción de asumir riesgos. Es decir que el paso de los días y saber qué hay cosas que eventualmente cambiarán y personas de las cuales eventualmente nos alejaremos nos hace sentir ansiosos. Prefiero quedarme paralizada en lo que conozco y considero cómodo que intentar algo y fracasar en el intento. Es un tema del que se habla poco: el constante temor a la velocidad con la que avanza el tiempo. Solo disponemos de una oportunidad para vivir la infancia, y una vez que maduramos, no hay vuelta atrás. Recuerdo vívida-

mente mi primer día en el preescolar, con una maleta más grande que yo, una alegría contagiosa y la esperanza de iniciar la mejor etapa de mi vida. Ahora estoy a punto de graduarme e ingresar al mundo universitario, un territorio que me sobrecoge y me emociona profundamente. Es ahora, mientras escribo este discurso, que reflexiono sobre mi trayectoria y solo puedo sentir un profundo agradecimiento por la vida que he tenido el privilegio de experimentar. Tengo este sentimiento extraño, como un remolino en mi estómago, la sensación de estar dejando un lugar atrás. Y sé que echaré de menos no solo a las personas que me han acompañado, sino también extrañaré a la persona que soy ahora, en este momento y en este lugar.

Entonces, tengo un mensaje para ella. Para mi yo de 8 años. En primer lugar, estoy profundamente orgullosa de ti. A pesar de las dificultades, has mantenido la cabeza en alto y te has rodeado de los corazones más puros. Sinceramente, creo que eres una persona muy chevere en este momento, tu color favorito sigue siendo el morado, tu helado preferido sigue siendo el de menta con chocolate, todavía disfrutas viendo Jessie y Gravity Falls, todavía te encanta pintar y crear, y todavía sueñas con ser emprendedora en el futuro, como cuando solías hacer pequeños negocios en tu conjunto con tu prima vendiendo lo que fuera. Sigues amando la naturaleza y los animales, y tus dos perros aún están contigo. Sigues siendo fan del pop en Inglés pero haz expandido tus

horizontes musicales al rap, el reggaeton y todo un poco. Tu mejor amiga sigue siendo tu hermana y sigues recurriendo a ella cuando enfrentas desafíos. Ámala y cuídala y nunca la dejes sola, porque te va a necesitar. Tus amigas, algunas aun aca y otras viviendo nuevas vidas, son tu apoyo incondicional y debes respetarlas siempre porque la amistad es frágil y a veces lo olvidas. A veces te echo de menos, echo de menos tu forma de pensar, de hablar y cómo te haces las trenzas en el cabello. Extraño tu gran corazón y tus dientes torcidos que tanto despreciabas. Sé que tienes grandes sueños y te prometo que estoy trabajando en ellos. Eres mi mayor motivación y, a pesar de los altibajos, confío en que estarás feliz de la persona en la que te estás convirtiendo y de cómo estás descubriendo tu verdadero ser, aunque lleve tiempo. No te culpes por sentir profundamente en ocasiones, es tu fortaleza aunque no lo creas. Haz que las personas a tu alrededor se sientan vistas y recuerda que puedes lastimar a quienes te importan con acciones intrusivas. Por eso, aprende que a veces tus brazos no serán lo suficientemente grandes. Capaces de cargar todo y a todos al siguiente capítulo de tu vida, y eso está bien. Pero haz lo que hazas no te empequeñezcas por los demás ni te resistas al cambio. Sé que a veces es aterrador pensar en el futuro y todo eso, pero te aseguro que hay mucho reservado para ti. Es inevitable crecer y cambiar, pero tienes personas increíbles a tu lado, algunas nuevas, otras de siempre. Se-

guirás riendo, seguirás amando, y eso es lo mejor de todo. Así que, sigue enamorándote de la vida. Te quiero. Con cariño, la tu de 18 años.

///

## Gabriela Gutiérrez

“Seguro muchos de nosotros nos vemos cumpliendo una meta con la que hemos soñado durante mucho tiempo y esto puede incluir los propósitos de ayudar a otros, de hacer algo innovador o diferente que genere un impacto en alguna comunidad... y este es el legado que también me deja el paso por este colegio, pensar en la posibilidad de mejorar ese futuro que no conocemos bien, pero en el que, de una u otra manera, todos nosotros y nuestras decisiones vamos a impactar”.

**Y**o soy una persona increíblemente indecisa. Cada vez que mis papás me preguntan qué quiero almorzar o qué plan me gustaría hacer, respondo con un simple “no sé”. La verdad a veces me siento abrumada por la cantidad de opciones de las que tengo que elegir, y me parece más rápido solo contestar un “no sé”, delegando el rol de tomar la decisión a otra persona de mi familia.

Como seres humanos, tomamos alrededor de 35.000 decisiones al día, sin embargo solo el 97% de estas las tomamos de forma conscien-

te. Claramente muchas de estas son muy básicas: por ejemplo, cómo me voy a vestir hoy, prefiero tomar milo o jugo de naranja para el desayuno, o si prefiero terminar mi tarea antes de empezar a ver alguna serie. Todas estas decisiones normalmente no nos toman más de unos segundos y realmente no necesitamos racionalizar, ni pesar los pros y los contras en nuestra cabeza. Pero, ¿qué pasa con las decisiones que realmente tienen un impacto en nuestra vida? ¿Este tipo de decisiones también debemos delegarlas a alguien más?

La decisión más obvia y por la que todos los estudiantes de once estamos pasando en este momento, es decidir qué queremos hacer con nuestra vida después de graduarnos. He oído a muchas personas decir que es absurdo que desde los 17 años debamos decidir qué es a lo que nos queremos dedicar toda la vida, pero de una manera u otra en algún punto vamos a tener que decidir. Los que todavía necesitan tiempo, se tomarán un semestre o un año sabático para decidir la carrera que más les llame la atención o de pronto entran a estudios dirigidos para mirar qué es lo que más les gusta. Los que sí saben qué quieren estudiar, buscan una universidad que les encante, donde puedan seguir la carrera que más les apasiona. Ninguna de las dos opciones son decisiones fáciles de tomar, pues nos hace pensar mucho en el futuro, y por su cualidad de incierto y la imposibilidad de manejarlo, siempre nos acecha en lo más interno de nuestra mente la pregunta ¿qué pasa

si estoy tomando una decisión completamente equivocada?

Para los que no saben, yo voy a estudiar psicología, pero no ha sido lo que he querido hacer toda la vida. Mi primer trabajo soñado cuando era chiquita era ser peluquera. Muchas veces me sentaba a hacerle trenzas a mi mamá y por más mal que me quedaran, ella siempre me apoyaba y me decía que me quedaban divinas. Unos años después, estaba segura de que mi profesión ideal era la veterinaria. En mi mente, este trabajo consistía en darle mucho amor a los perros y cuidarlos cuando estuvieran enfermos. Sin embargo, la idea de ser doctora hizo que cambiara mi sueño de ser veterinaria. Mi obsesión con Grey 's Anatomy estaba en su pico más alto y me imaginaba siendo una neurocirujana increíble.

Esta idea duró hasta quinto grado, cuando en un science show decidí hacer un proyecto con una amiga sobre las emociones humanas. La idea era explorar la manera en que los niños de Transición reconocían emociones y después exponer todo lo que pasaba por nuestra mente cuando, de pequeños, identificábamos ciertas emociones. Mientras que muchos otros niños experimentaban con volcanes que hacían explotar con bicarbonato, yo quedé enganchada con la idea de entender el comportamiento humano, y desde entonces, esta fascinación ha crecido mucho más con el pasar de los años.

A medida que uno crece también se da cuenta de que existen otras circunstancias del día a día que afectan

o influyen en nuestras decisiones. Por ejemplo, las personas que nos rodean y las situaciones en las que participamos. Muchas veces estamos en situaciones que no nos aportan nada y nos hacen sentir incómodos y desesperados. En mi caso, yo me sentía así en mi anterior colegio. Aunque este sentimiento lo tuve durante mucho tiempo, para mí fue excesivamente difícil poder contarle a mis papás cómo me sentía, por el miedo irracional de que se sintieran decepcionados de mí. No fue nada fácil, pero por fin los senté un día para contarles cómo me sentía. El apoyo de ellos fue muy reconfortante y después de buscar cuáles colegios podrían ser los mejores para mí, entré a Nogales.

Todavía recuerdo vívidamente mi primer día, después de una breve reunión con Jay y mis papás llegué con mi nuevo uniforme a 7B. Para mí fue un cambio increíble pasar de ponerme camisa, corbata y blazer todos los días a solo tener que usar un hoodie. Desde ahí empezó una nueva etapa de mi vida llena de decisiones importantes. A lo largo de este proceso, me he dado cuenta no solo de cómo mi madurez y la de las personas que me rodean ha cambiado, sino también de lo que significa aprender de estas decisiones. Como muchos, he cometido miles de errores y muchas veces también me he quedado con la duda de qué hubiera pasado si hubiera tomado una decisión diferente al momento de cambiar de colegio, de elegir mi universidad o la carrera que quiero estudiar.

Lo malo de este sentimiento de

“qué hubiera pasado si...”, es que realmente no hay ninguna forma de saberlo. Lo más probable es que si hubiera elegido un colegio distinto, habría vivido experiencias completamente nuevas y diferentes, y tal vez no sería la misma persona que soy hoy. Definitivamente no hubiera conocido a las personas que están sentadas hoy acá y puede que haya decidido estudiar en otro lugar del mundo que no fuera España o hasta de pronto no tendría el mismo entusiasmo que tengo ahorita por graduarme y cumplir todas las metas que tengo pensadas para mi futuro. Hoy le doy las gracias a mi yo del pasado por haber escogido este colegio y por haber seguido todas las decisiones que he tomado porque me han ayudado a ser la persona que soy en este momento.

También agradezco aquello que descubrí sobre el lugar de las personas y las circunstancias que influyen en la toma de decisiones, pues este aprendizaje me ha permitido comprender que tanto para mí como para las personas que están sentadas en las primeras filas del gimnasio, la decisión sobre lo que vamos a estudiar y en dónde, va mucho más allá, pues nos plantea la necesidad de pensar también en qué es lo que queremos dejar como personas, a través de nuestras decisiones. Seguro muchos de nosotros nos vemos cumpliendo una meta con la que hemos soñado durante mucho tiempo y esto puede incluir los propósitos de ayudar a otros, de hacer algo innovador o diferente que genere un impacto en

alguna comunidad... y este es el legado que también me deja el paso por este colegio, pensar en la posibilidad de mejorar ese futuro que no conocemos bien, pero en el que, de una u otra manera, todos nosotros y nuestras decisiones vamos a impactar.

///

## Sofía Jaramillo

“Me comprometo a buscar y probar nuevas cosas para encontrar mi lugar en este mundo y lo que realmente me motiva a seguir adelante cada día.”

**M**uchas veces no hago las cosas bien porque me angustia no hacerlas perfectamente. Prefiero hacerlo a medias y no correr el riesgo de fallar pese a mucho empeño. Este patrón me ha dado la necesidad de reflexionar sobre mis acciones, lo que me ha permitido conocerme mejor. Así que a falta de ideas para este discurso, voy a hacer algo que sé hacer bien y es analizarme a mí misma.

Pienso todo el tiempo, y aunque a veces me encuentren “daydreamando”, normalmente estoy reflexionando sobre mi vida, sobre mi futuro y sobre mí misma. Esto ha evitado que ponga atención en clase y en conversaciones grupales, pero me ha dado la habilidad de entenderme y de conocer el porqué de mis malos hábitos, virtud que es muy importante para navegar por la vida.

Me enteré hace menos de una semana que tenía que leer mi discurso hoy, y no pudo caer en un peor momento, pues era la gota que iba a derramar la copa del estrés. Pero esto terminó siendo algo positivo. Soy muy perfeccionista y, como todo ser humano, me da miedo que los demás piensen que soy incompetente. Por eso, si sé que no voy a poder hacer algo muy bien, lo hago con el mínimo esfuerzo. ¿Y por qué igualmente elijo hacerlo? O porque me toca o porque quiero sentir que al menos lo intenté y no quedarme con la duda de qué hubiera sido. Últimamente he tratado de autosabotearme cada vez que intento algo, pues me da una excusa por si fallo. El saber que fallé por no intentarlo con todas mis fuerzas me protege de la decepción de los otros y de mí misma. Mi mayor miedo siempre ha sido no sentirme suficiente al darlo todo y aún así fallar, entonces este método ha sido una forma de refugio en una época de tanta presión e incertidumbre. No estudié para mi primer SAT para no compararme con los otros y poder decirme que si hubiera estudiado, me habría ido mejor. Solo apliqué a dos universidades y en la más difícil de pasar envié todos los textos en sus primeros borradores, sin dejar que nadie me ayudara a revisarlos. Así, me puedo decir que si de verdad lo hubiera intentado, hubiera pasado. He dejado de estudiar para los exámenes para no sentirme fracasada si no me va tan bien y no ser llamada un “impostor”, porque en mi mente me puedo decir que si hubiera estudiado y me hubiera esforzado en

las clases, me habría ido mejor. Y para esta ocasión, aunque no fue mi elección, no me importa lo que digan de mi discurso porque puedo decir que si hubiera tenido más tiempo para hacerlo bien y pensar en otro tema, habría estado mejor. O bueno, eso iba a decir si me hubiera tocado leerlo el 16 de abril. Pero como se canceló esa fecha por los mocks, me lo movieron un mes. Y creo que pueden adivinar cuánto trabajé en el discurso durante ese mes.

Este método además me permite estar extra orgullosa de mí misma si las cosas salen bien. Sin embargo, tengo que aceptar que es una de las peores formas de abordar la vida. Aunque he logrado cosas y he alcanzado mis metas, hoy en día no sé de lo que soy capaz. Si miro hacia atrás, podría estar haciendo cosas muy distintas y con un futuro muy diferente si hubiera tenido la ambición y las ganas para hacerlo. Me va muy bien hasta donde sé que puedo, pero nunca he intentado ir más allá. No he conocido bien mis habilidades y ahora solo me manipulo para querer las cosas que quisiera querer, no lo que en verdad quisiera. Tuve la suerte de estar acompañada de gente que me ayudó a guiarme, y así terminé con un futuro emocionante. Pero cuando lo analizaba en el momento, me daba cuenta de que esto no siempre va a ser el caso y me preocupaba. Me preocupaba que mi inseguridad fuera a matar mis sueños y yo fuera a hacer como si no me diera cuenta.

Intenté superar esto al inscribirme en el AP de Física. Aunque al co-

mienzo lo intenté, me di cuenta que soy una gran impostora, pues sigo dibujando un triángulo y recitando la palabra SOH-CAH-TOA para saber si debo usar seno o coseno en tiro parabólico. Y debo admitir que no logré ni una sola pregunta del MCQ en el AP. Aunque no me fue como quería, fue un buen comienzo para mi trabajo de autoconfianza, porque me llevó a aceptar la derrota total en algo, y me di cuenta que no fue grave.

Analiqué que si me lo hubiera tomado más en serio en verdad era muy loggable. Es así como entendí que mi problema no es el miedo al fracaso; es que no me esfuerzo en las cosas porque no son cosas que me apasionan. Lo que me pasa no es algo puramente negativo; solo es un indicativo de lo que no me gusta o no me interesa lo suficiente. No necesitaba el SAT para las universidades; nunca tuve claro a dónde quería ir, entonces no tenía sentido darle tanto esfuerzo y plata a algo que no me convencía. La física nunca ha sido algo que disfrute, y me esforcé tanto en sacar buenas notas durante toda mi vida escolar que tengo el famoso “academic burnout” y ya solo he querido tratar de vivir un año sin tanto estrés académico y disfrutar mi once.

Ser suficiente o no no me preocupa cuando se trata de cosas que disfruto hacer. Solo trabajo para cada vez ser mejor. Aunque no sea la mejor, no dudo en admitir que hago cada una de las tareas de cálculo con rigor. Aunque no tenga comparación con las de mi equipo, no dudo en admitir que le di mi todo al básquet. La

inseguridad que pensé que tenía no va a matar mis sueños, solo me falta encontrar en mi corazón lo que en verdad me apasiona y quiero lograr.

En resumen, esta experiencia me ha enseñado que mi enfoque ante los desafíos es un reflejo directo de mis pasiones y valores. Aunque mi método pueda parecer imperfecto, poco convencional y masoquista, me ha llevado a reconocer lo que realmente me importa y lo que me impulsa a dar lo mejor de mí misma. Pero como todavía no tengo claras mis pasiones, a lo mejor debería dejar de hacer las cosas a medias para poder encontrar esas cosas que verdaderamente me motivan, para que cuando llegue la hora de completarlas, tenga el interés de hacerlas muy bien, porque a pesar de todo, sé que tengo mucho para dar. Me obligaré a hacer todo lo posible para lograr esto, pues ya no tengo la comodidad de estar protegida por el privilegio que me ha dado el colegio y mi familia, donde cualquier camino que hubiera tomado habría sido bueno. Y ya no tendré a Paulina manteniéndome enfocada en cada clase, asegurándose de que no esté distraída y hablándome todo el tiempo, que de alguna manera, es la única forma de multitask que he logrado dominar.

Así que hoy, ante todos ustedes, quiero hacer una promesa. Me comprometo a buscar y probar nuevas cosas para encontrar mi lugar en este mundo y lo que realmente me motiva a seguir adelante cada día. Prometo no conformarme con lo cómodo, pro-

meto buscar desafíos que me inspiren a crecer, prometo enfrentar el miedo al fracaso con valentía y determinación. Porque sé que solo al enfrentar nuestras debilidades y superar nuestros miedos podemos descubrir nuestro verdadero potencial, nuestras verdaderas pasiones, y alcanzar nuestras metas más osadas. Y cuando lo logre, prometo que solo me voy a preocupar por lo que me gusta. Y les prometo que si no me creen o piensan que es patético, no me va a importar.

///

## Valeria Jiménez

“Lo que sí sé por experiencia, es que cuando hablamos de las personas, casi siempre por seguro se nos olvida eso: que son personas. Que lo que estamos hablando de ellas está influenciado por un sinfín de eventos, características, pensamientos y sentimientos que simplemente no entendemos. Trayectoria y vida que no conocemos. Se nos olvida que no tenemos el panorama entero de quienes son y lo que están viviendo”.

**M**uchas cosas de las que voy a decir hoy tal vez ya las sabían, pero en realidad espero que no. Me quería tomar este espacio para dejar un poco más claro cosas que han oído sobre mí y cosas que aún no han oído, sea porque no las he dicho o porque no han tenido la posibilidad de escucharme.

Empecemos por lo sencillo.

Para los que todavía no saben, me llamo Valeria María Jiménez Cañas. Sí, mi segundo nombre es María y mi segundo apellido es Cañas. Lamentablemente no me llamo Valeria Mejía Casas, como me dijeron en mi primera izada de bandera de Nogales. Pero bueno, después de tanto tiempo, aparentemente, como vimos hace poco, todavía me confunden con Valeria Álvarez en las izadas de bandera. Tengo 17 años. Cumpló el 3 de agosto. Nunca me tocó un cumpleaños en el colegio. Nací en Bogotá, pero toda mi familia es de Medellín. Mis papás nacieron y crecieron allá, en la violencia de la ciudad en los años ochenta y noventa, lo cual impactó profundamente a nuestra familia. Yo crecí acá pero yendo a Medellín casi cada fin de semana. A veces me siento más paísa que de Bogotá. Mi hermano, en cambio, nació en Canadá porque viví allá un año cuando era pequeña. Al parecer cuando entré a Nogales mucha gente creía que viví en Italia, ojalá. Le llevo 5 años a mi hermano, que ahora tiene 12. A él sí se le nota el acento paísa. Mi mamá no podía tener hijos porque tuvo un derrame interno que dañó sus órganos reproductivos y casi la deja sin vida. Siempre he oído sobre el milagro de haber nacido después de que rezaran por mí 6 años, y me gusta creer que por eso mi familia es tan religiosa. Soy católica creyente y practicante, y me confirmé porque quería hacerlo, no obligada como muchos oyeron. Cuando pequeña quería ser patinadora de hielo, diseñadora de modas,

actriz y cantante. Después de ser la mejor en las artes visuales y quemarme completamente la pasión, empecé con la música. Quisiera decir que encontré mi pasión por esto, que me abunda el talento y que siento que nací para ser cantante, pero no es así. Solo es que nada en la vida me ha fluido tanto como el amor a la música popular, la atención al detalle y la creatividad de la industria, y el conocimiento sobre toda la cultura del pop contemporáneo.

Eso es un poco sobre mi historia. Se puede decir que esa es la parte fácil.

Ahora, les cuento un poco sobre lo difícil.

Para los que sí me conocen, saben que yo siempre he sido una persona de decir las cosas de frente. De no guardarme mis opiniones y de, como muchos lo llaman, “ser auténtica” a pesar de todo. Soy una persona a la cual el miedo o la pena no le da ni cosquillas, una persona que simplemente no actúa de cierta forma para agradarle a alguien o para mantenerla feliz, una persona que no esconde quien es de verdad, pues mantenerme firme en mi personalidad siempre ha sido y va a ser una de mis prioridades. Sin embargo, solo hay cierto grado en el que uno puede tener control sobre la imagen de sí mismo. Una cosa es como uno decide actuar y mostrar quién es, y otra es como te perciben los demás. A pesar de que uno se muestra como la persona que quiere ser, y dice y hace cosas de acuerdo a eso, como te ven los demás siempre va a ser un poco diferente a como uno se ve a sí

mismo. Cuando entré a este colegio, bajo unas circunstancias extraordinarias, me di cuenta de esto más que nunca. Comencé a sentir que tal vez, que los otros me conocieran por quien era no iba a ser tan fácil como me lo imagine. Y en un punto sentí que no lo estaba logrando y que la imagen que tenían los demás estaba totalmente distorsionada de quien realmente era. Cuando nadie te escucha, y necesitas ser escuchado, es como si tu único recurso fuera gritar. Por eso, hice cosas como disfrazarme de Elmo, porque verdaderamente quería mostrarle a todos como soy en verdad y que lo disfrutaran conmigo. Algo que me gustó fue que ahora mis amigas me dicen Elma, pero principalmente lo que más me gustó fue que hice un intento para que me vieran por quien soy y no por las etiquetas y las nociones preconcebidas que tenían de mí, las cuales considero los cegaron de conocerme realmente. Cuando necesitaba una voz, llegó Lorenzo Arenas con una entrevista para la clase de géneros periodísticos. Aunque no estuve ahí, espero que él haya comunicado una parte de mi experiencia bien, porque muchos pudieron escuchar muy por encima sobre las cosas que viví y que espero que los que estuvieron en esa clase lo recuerden. Hablé con él sobre mi experiencia de entrar nueva al colegio tan tarde, de los retos que enfrente y más que nada de las incomodidades que me retaron y que no había contemplado que podían pasarme. Y con eso me di cuenta de que aunque conectamos porque ambos

fuiimos nuevos en el colegio, nuestras experiencias fueron drásticamente diferentes. Yo entré al colegio muy segura de mí misma, creía que iba a ser un cambio muy fácil y que todo lo tenía bajo control, pero pronto me di cuenta de que no era así. Cambiarme de colegio me trajo muchas ventajas y recursos, sentí que llegué a un lugar que lo tenía todo y que de verdad me iba a impulsar a ser la mejor versión de mí misma, a dar más y potencializarme, lo cual era todo lo que quería desde el principio. Sin embargo me encontré con otros retos que tal vez no había previsto: el colegio si era tan pesado académicamente como decían, las personas no eran como creí, y adaptarse no fue tan rápido como esperaba. Ya de por sí entrar en décimo a Los Nogales fue un reto, acostumbrarme a todo el ritmo académico y la metodología fue difícil, pero hoy en día no creo que eso haya sido lo que más me costó. Yo creí que me adapté bien y que mis compañeros me recibieron bien hasta que después de un semestre me senté a reflexionar. Aunque hice amigos, la mitad de la generación no me habló. Tenía mucha emoción de conocerlos, de acercarme a ustedes. Y aunque sí, al principio cometí muchos errores, todavía no entendía por qué no estaban interesados en mí, por qué tanta gente no se dió la oportunidad de conocerme o de preguntarme sobre mí, lo cual parecía ser lo normal cuando alguien nuevo entra al colegio.

Y al final, todo tiene sentido.

Yo vine al colegio esperando tener una vida nueva, pues estaba en un lu-

gar nuevo con diferentes circunstancias. Solo no estaba en mi cabeza que mi pasado y parte de mi historia me perseguía, y este fue el que terminó siendo mi mayor reto. Aunque debí esperarlo, la generación ya había hablado de mí, de mis circunstancias. Poco a poco me di cuenta de que muchos, sino todos en la generación, se conformaron por historias contadas por otras personas, historias que venían de gente que no me conocía realmente, gente con la que, probablemente nunca hablé en mi vida, y que creían también que sabían los detalles de lo que viví. Y mientras toda esa imagen mía estaba construída para ustedes, con palabras de otras personas, empecé a sentir que no tenía espacio para mi voz, perdí totalmente el agarre sobre quién soy, sobre mi historia.

Me gustaría compartir una anécdota que tengo de cuarto grado que me recuerda a esto. Un día, dejé uno de mis más grandes dibujos en mi locker del colegio para mostrárselo a mi profesora de arte y a mis amigas, como acostumbraba hacer cuando había que hacer un proyecto para clase de arte. Todavía no estaba terminado entonces no lo había firmado. A pesar de la emoción, falté un día porque me enfermé y volví al otro. Fue interesante llegar y darme cuenta de que mi dibujo ya no estaba y que lo encontré en el locker de Isabel. No importa quién es Isabel, importa que estaba en su locker. Decidí tomarlo como un error y continúe mi día para mostrarle el dibujo a mis amigas. Pero lo primero que me dijo una de ellas

fue “Aaaaa si ese es el dibujo que hizo Isabel” todas estaban impresionadas. Resulta ser que Isabel, en el día que me ausenté, tomó mi dibujo y le dijo a todo el mundo que ella lo había dibujado. Dijo que era un dibujo de su prima hecho en carboncillo y que le había tomado días. Eso no es lo peor. Lo peor es que se lo había mostrado también a la profesora de arte y que ese día evaluaron bocetos. Ya no me acuerdo si la gente me creyó cuando les dije que ese no era un dibujo de la prima de Isabel, sino que un dibujo de Rosa Parks que yo había hecho y que claramente no era en carboncillo sino que simplemente en lápiz. Para mí, esta anécdota es como una metáfora de lo que pasa muy frecuentemente en nuestras vidas. Alguien toma la historia de alguien más, se apropia de ella como si fuera suya, se la traga y cambia las palabras, los nombres, los hechos, el contenido, simplemente porque no sabe. Y la presenta con toda la certeza y la seguridad de que lo que está diciendo es la verdad, como si fuera suya.

Admito que soy una persona que le gusta el “chisme”. Pero ahora me pregunto por qué nuestra sociedad tiene una necesidad tan prevalente de hablar de los eventos en la vida de las demás personas. Todavía no estoy segura si es porque nos interesa conocerlas más, o porque simplemente es un entretenimiento de la vida real. Lo que sí sé por experiencia, es que cuando hablamos de las personas, casi siempre por seguro se nos olvida eso: que son personas. Que lo que estamos hablando de ellas está

influenciado por un sinfín de eventos, características, pensamientos, y sentimientos que simplemente no entendemos. Trayectoria y vida que no conocemos. Se nos olvida que no tenemos el panorama entero de quienes son y lo que están viviendo. Que las personas y sus historias son completamente únicas por esto, que son sagradas, son lo que las hace quienes son. Pero cuando las tomamos y hablamos sobre eso, a veces perdemos ese respeto. Se nos olvida que tal vez, lo que estamos diciendo, puede ser algo que esa persona no necesita en ese momento. Que tal vez, lo que estamos diciendo ni siquiera es verdad, ni tiene un poco de ella, sino que puede ser una malinterpretación de cosas que no sabemos ni entendemos. Se nos olvida que no sabemos si lo que decimos va a tener un efecto en esa persona. Que puede dañar la autoestima, la seguridad, las relaciones de esa persona, por no decir que realmente es una violación de su intimidad. Y a fin de cuentas, sí terminamos haciendo lo que les mencioné anteriormente. Tomamos las personas, las ponemos en un escenario y nos entretenemos con una historia que manipulamos a nuestro gusto por nuestro mero entretenimiento.

Por esto, quiero invitarlos a reflexionar sobre nuestro uso de las palabras y de nuestras conversaciones, y el efecto que pueden tener. En el discurso uno se pregunta por su legado en el colegio. Me gusta pensar que fui un disruptor del hábito por un rato. No solo un tema de conversación. Este semestre, en clase de Creative Wri-

ting, empezamos con la pregunta de ¿por qué amamos escribir?, una de mis respuestas fue que “Las palabras son muy especiales porque son de todos”. Con las palabras construimos, interpretamos, transmitimos emociones, nos expresamos. Contamos historias. Y aunque sí, las palabras son de todos, las historias no. Las historias, aunque puedan ser colectivas, también son personales. Las historias son identidad, son trayectoria, son lo que nos hacen quienes somos. Cada uno de nosotros carga y está marcado por su historia. Y próximamente todos nos vamos a enfrentar a contextos nuevos, fuera de todo lo que hemos vivido. Si algo les deseo, es que en estos nuevos espacios estén seguros de esa que es su historia. Sepan, con toda claridad, lo que han pasado y lo que han aprendido en sus vidas. Siempre he creído que de cada persona se puede aprender algo. Cuando ustedes sean los nuevos en estos lugares, estén abiertos a realmente oír las historias de los demás, a aprender de ellas, y a mostrarse ustedes mismos así como a ver y escuchar a los demás por quienes verdaderamente son.

///

## Santiago Mariño

“El límite que separa mi identidad de la de los demás no es más que un producto de mi esperanza por encontrar aquella esencia que me define”.

A veces me pregunto si algún día realmente sabré quien soy. Sí. Sé que me llamo Santiago Mariño, que tengo 18 años, que me gustan los carros y la música, pero, desafortunadamente eso no me deja satisfecho. Hasta este momento no dejo de preguntarme quién soy. La respuesta, a veces intrigante, a veces frustrante, a veces aceptable, es, inevitablemente: no sé.

Así pues, no tuve más remedio que aprovechar este discurso como una oportunidad para reflexionar sobre esa búsqueda incansable que tenemos todos los humanos por encontrar una identidad personal.

Dentro de las miles de perspectivas desde las cuales podemos analizar y reflexionar sobre el tema de la identidad, probablemente la imprescindible, por lo menos para mí, es la de los modelos a seguir. Los modelos a seguir, o “role models”, como dicen en inglés.

Cuando decimos este término, usualmente pensamos en alguien exitoso, reconocido, o simplemente en nuestra mamá.

Sin embargo, a través de mi paso por el colegio me he dado cuenta de que cualquier persona puede ser un modelo a seguir. Así que no, cuando pienso en modelos a seguir, no solo pienso en alguien exitoso y reconocido, o en mi mamá.

Me gusta creer que todas las personas tienen algo bueno por decir, algo bueno por ofrecer, o algo de lo que yo puedo aprender.

Puedo empezar por mis amigos. Créanme que tendría algo que nom-

brar, que he aprendido de cada uno de ustedes, pero me extendería más de lo necesario. Aún así, muchas de las experiencias que he tenido y cómo han construido mi identidad, han sido únicas y memorables.

La frescura de Nicholas, que la recuerdo frecuentemente cada vez que me responde “Ah, eso ahorita lo cuadro” a algo que yo consideraría bastante urgente. Me costó entenderlo en un principio, pero aprendí a vivir más despreocupado.

La competitividad de Emilio, con quien no pasamos un exámen de matemáticas sin comparar nuestra nota, y de quien aprendí el valor de demostrarles a los demás que uno puede ser mejor. Gracias a él, descubrí que tengo más pensamiento matemático del que creía posible y de que si vale la pena esforzarme en basket.

La lealtad de Anama y Sara, que me recuerda a ese día en Apulo que me desahugué por un buen tiempo y escucharon todo lo que tenía por decir. O la resiliencia de Felipe, que sigue pedaleando por más cerca que esté de rendirse. No fueron en vano esas tutorías de francés que le salvaron la materia. Lo más increíble es la manera tan explícita en la que pienso, “que chévere, voy a intentar ser más así”.

Otro gran ejemplo de modelos a seguir en mi vida, son mi mamá y mi hermana. Probablemente las dos constructoras más grandes de mi identidad y de las que aprendo todos los días.

Siempre que tengo que esforzarme por algo que me cuesta, pienso en mi hermana, quien se esfuerza incansa-

blemente por todo lo que quiere lograr. Fué capitana de filia, se graduó de Industria Musical con summa cum laude en la universidad de Loyola en New Orleans, tuvo la posibilidad de irse probablemente al estudio de grabación de sus sueños, y ahora trabaja como productora musical y es feliz.

Tengo bastante claro que no le ha sido fácil, pero me ha enseñado que con esfuerzo y mucha dedicación las cosas se logran. De mi hermana también he aprendido el criterio. O sea, a pensar antes de actuar y no dejar que las emociones determinen mis acciones, y a no dejar a nadie atrás.

Mi mamá, dentro de la infinita lista de cosas que me enseña, me enseña a manejar el tiempo todos los días. Aunque, todavía estoy en proceso de mejorarlo, pues he tenido que perseguir al bus de la mañana una cantidad de veces un poco vergonzosa como para mencionarla aquí. Me enseñó que el único amor que no es efímero es el de una mamá por sus hijos. Y lo más importante, es que de ella aprendí a ver la vida como la estoy contando en este discurso. Es decir, que cualquiera puede ser un modelo a seguir, que todos tienen su lado bueno, porque todos tenemos algo por enseñar.

Esto es suficiente para pedirles que se tomen un tiempo para reflexionar e identificar algo que han aprendido de cada persona presente en su vida. Pueden empezar por la persona que tienen al lado. Piensen que si no han aprendido nada de alguien, es porque no lo conocen lo suficiente. Vivir así, encontrándole el lado bueno a las personas,

es una excelente clave para crear la mejor versión de nosotros mismos.

Ahora bien, esta descripción de mi identidad estaría a la mitad, si omitiera el conflicto interno que genera la misma. Ese conflicto, con el que probablemente todos cargamos durante toda nuestra vida, es lo que me impulsó a escribir sobre este tema.

Decidí dividirlo en tres realidades. Tres realidades sobre los modelos a seguir. La primera, es que muchas veces no reconocemos que tenemos un modelo a seguir en frente de nosotros. Desaprovechamos la oportunidad de aprender de alguien que tiene muchísimo por dar, y después nos damos cuenta de que a esa persona solo la tendremos por un tiempo limitado. Como dice el dicho, “nadie sabe lo que tiene hasta que lo pierde”. Me hubiera gustado saber cómo sería yo hoy si hubiera aprovechado todas las oportunidades y personas que se me han presentado, y me frustra un poco saber que hubiera podido ser mejor.

Aún así, también es cierto que muchas veces nos encontramos con modelos a seguir que nos marcan profundamente, y que nos enseñan cosas sumamente interesantes e invaluable. Nos encontramos con personas de las que aprendemos más después de dos meses de haberlas conocido, que de otras durante un semestre entero. Eso es lo valioso de darle una oportunidad a cada persona nueva que conocemos.

La segunda realidad es que los modelos a seguir, algunas veces los que menos pensamos, nos defraudan.

Nos damos cuenta de la noche a la mañana que estamos más solos de lo que pensamos, que debemos alejar a cierta persona de nuestra vida, y que debemos descubrir una parte esencial de esta por nuestra propia cuenta. Hay personas que nos hacen desafiar todo lo que entendemos de ellas, e incluso, de nosotros mismos. Nos hacen sufrir el dolor de la decepción, y muchas veces debemos adaptarnos a vivir con este.

La tercera realidad, y con la cual represento el conflicto que ronda en mi cabeza infinitamente, es el pensamiento que radica en la frase: El límite que separa mi identidad de la de los demás no es más que un producto de mi esperanza por encontrar aquella esencia que me define. Puesto en palabras de Jorge Luis Borges, “Somos todo el pasado, somos nuestra sangre, somos la gente que hemos visto morir, somos los libros que nos han mejorado, somos gratamente los otros.” Por cierto, esta frase no la puse para aparentar que he leído a Borges, fue Pacho quien me la mostró y considero que resume mi discurso maravillosamente.

Lo cierto es, que de este pensamiento surgen más preguntas a las cuales cambia mi respuesta constantemente. ¿Basar mi personalidad en elementos que provienen de los demás me limita a crear una versión genuina de mí mismo? ¿Acaso si no tuviéramos modelos a seguir podríamos desarrollar nuestra personalidad a niveles completamente desconocidos? ¿Acaso si yo no tuviera modelos a seguir, yo sería más yo?

A lo mejor, escribir este discurso despertó en mí un lado más analítico y filosófico, que construye una gran parte de mi identidad, y que seguramente se vio consumido por mi esfuerzo de controlar y entender mis emociones en estos últimos años.

Esto demuestra que siempre nos adaptamos a las situaciones presentes en nuestra vida y con esto moldeamos nuestra identidad.

Así que, si mi identidad es algo eternamente cambiante, que no tiene una respuesta o definición correcta, y este discurso es simplemente un paso más en el proceso que supone descubrir quien soy, puedo decir, gratamente, que no sé.

///

## Cristina Mestre

“Y sí, es probable que cada uno de ustedes que está sentado aquí enfrente haya hecho algo que me haya sacado una sonrisa, y espero yo haberles sacado una sonrisa también”.

### Con una sonrisa, todo cambia

**M**ontarme al bus, y ver a mi conductor de toda la vida, Pedro, esperarme con una sonrisa hace que mis días empiecen felices.

Llegar a la terraza y ver a mis amigos riéndose, contando anécdotas del día anterior o del fin de semana, hace que me motive con el día que tengo por delante.

Entrar a clase y ver al profesor emocionado por el proyecto que vamos a empezar, o a Pacho con los problemas tecnológicos resueltos y con la película lista para ver, me genera ganas de aprender.

Hacer la fila para almorzar y ver a Johanita lista para servirme lo que prefiera, me hace estar agradecida por lo que puedo comer.

Entrenar fútbol con mis amigas cuando tenemos la bobada, hace que quiera quedarme. Cruzarme en los pasillos del colegio a las liras, con los brazos abiertos para abrazarme, me llena el corazón.

Tener mil reuniones pendientes con los otros 5 capitanes, pero ver nuestro esfuerzo y propósito haciéndose realidad, me hace dar cuenta de la razón por la que estoy en esa posición.

Estar haciendo tareas y recibir a mi papá cuando llega del trabajo cansado, pero interesado en cómo estuvo mi día, hace que sienta que vale la pena lo que pasó.

Quien me conoce sabe que Cristina Mestre y las sonrisas están directamente relacionadas. El día en que no tenga una sonrisa en la cara, que no esté riéndome con cualquier persona del colegio, algo está mal; algo me tiene intranquila. Mi cara no esconde nada. Por más que intente, mis ojos dicen todo lo que pienso. Hay épocas en las que tener una sonrisa constante puede parecer más difícil, por circunstancias que nublan la mente.

Este año no ha sido un año fácil para mí. Hay días en los que todo se acumula; las clases, las cosas pen-

dientes, las personas a mi alrededor, mi amor propio, y entre otras, hacen difícil poner una buena cara. Sé que es algo que nos pasa a todos, pero la vida me ha enseñado la forma de reaccionar a los problemas, abriéndome los ojos para así, entender mejor el poder de la sonrisa.

Con una sonrisa se puede transmitir amor, felicidad, compañía, aprecio, y sentimientos. Al sonreír, uno impacta la vida del otro sin darse cuenta. Y les voy a contar por qué.

Según varios estudios, cuando uno se está sintiendo mal, el simple gesto de sonreír, así sea forzado, alivia las emociones. No vengo acá a decirles que sonrían cada vez que se sientan mal porque eso va a solucionar sus problemas. Claramente no. Lo que digo es que cuando sonreímos, nuestro cerebro libera endorfinas, que son neurotransmisores que generan sensaciones de bienestar. Este proceso ayuda a reducir el estrés, ya que disminuye la liberación de hormonas como el cortisol, y promueve una sensación de relajación, aliviando las tensiones. Gracias a la interrelación entre el estado de ánimo y la expresión facial, el efecto de la sonrisa tiene un impacto contagioso si esta es sincera.

Les voy a dar un momento para que piensen, ¿cuántas sonrisas ven al día?

¿Cuántas personas se cruzan por su camino y les sonrían? ¿Cuántas veces sonrían ustedes cuando pasan por el lado de alguien, así sea un desconocido? En las últimas semanas he hecho este experimento. He intentado conscientemente sonreír por los pa-

sillos y fijarme en los gestos de todos. Ha sido muy lindo porque veo a la mayoría sonriendo. Seguramente no me están sonriendo a mí, pero están teniendo una conversación divertida con sus amigos o pensando en algo que los alegra.

Muchas veces damos por sentado las sonrisas de las personas que nos rodean. Al ver a alguien sonriente, es común asumir que la persona está feliz. Sin embargo, es importante reflexionar sobre la diferencia entre la felicidad y la alegría.

La felicidad es un estado permanente, y la alegría, un estado pasajero. Puede que a veces la alegría sea la fuente de la sonrisa, pero también es posible que con la sonrisa cultivemos esa alegría. Uno no sabe lo que está pasando en la vida de los demás, y el esfuerzo que hacen para saludarnos con una sonrisa. Es por esto que para mí es fundamental valorar cada sonrisa, y cada manifestación de cariño.

Según Jean Paul Sartre, un filósofo francés, representante del existencialismo, hay distintas maneras de interpretar las sonrisas. Se pueden percibir como burla, coqueteo, satisfacción. Yo, por mi parte, veo las sonrisas como un regalo, como un gesto de generosidad y resplandor.

Una de las razones por las que yo más valoro las sonrisas es por mi abuela. Les voy a contar una historia. Un día, hace muchos años, cuando mi abuelo era joven, estaba en el bus del colegio, y por la ventana vió a una niña mona que tenía una sonrisa de oreja a oreja. Un tiempo después, se cruzaron

en un evento, y apenas la vió, se acordó de ella porque tenía la misma sonrisa. Se animó a hablarle, y pudo ver que la sonrisa era sincera; era un reflejo de su personalidad, alegre y positiva. Le llamó la atención, y ahí comenzó esa relación que nos hace sonreír a todos en mi familia. El 7 de septiembre del 2024 cumplen 50 años de casados. Llevan estas 5 décadas compartiendo sonrisas juntos y manteniéndose orgullosos de esa memoria que causó el nacimiento de su amor.

Esta pequeña anécdota me trae un sentimiento agri dulce. En una mañana como la de hoy, que empezó con una sonrisa que va a durar todo el día, recuerdo el propósito de este discurso. Despedirme. No me quiero ni imaginar en unos meses. No quiero pensar cómo no voy a estar viviendo en Colombia en exactamente ocho meses. No quiero pensar cómo no voy a poder salir a almorzar religiosamente con mis amigas a restaurantes distintos todos los viernes. Cómo no voy a poder bailar en las fiestas con Guarín. Como no voy a recibir un regaño diario de Luz Marina en el bus de extracurriculares por compartir comida con mis vecinos. Como no voy a poder molestar con los hermanos de mis amigos, que se volvieron mis amigos. Como no voy a poder darle consejos diarios a los amigos de mi hermano, que se volvieron mis hermanos. Como no voy a poder saludar a gritos a mi hermana de Londres. Como no voy a poder gritarle a Emilio cuando me hace tropezar. Como no voy a poder ir al salón de capitanes cuando me estoy murien-

do de frío. Como no voy a poder parchar con Tommy en consejería. Como no voy a poder quejarme de lo pesada que está la lira. Como no voy a poder decirle a Andrés que me debe un helado cuando gano el juego de crossbar en fútbol. Como no voy a poder hablar con Sara en los recreos y contarle cada pequeño detalle de mi vida. Como no voy a poder ir al baño con alguna amiga a desahogarnos del estrés que tenemos. Como no voy a poder seguir recibiendo las lecciones de vida que me da cada profesor. Como no voy a poder cruzarme con mi hermano en el colegio y regañarlo porque está despeinado.

Cada pequeño momento, acción, o gesto que damos por sentado, tiene un impacto. Un impacto que voy a dejar de recibir de la misma manera en ocho meses, pero que siempre voy a recordar. Como dice Charles Chaplin, “Una sonrisa significa mucho. Enriquece a quien la recibe sin empobrecer a quien la ofrece. Dura un segundo pero su recuerdo, a veces, nunca se borra”. Por esto, los invito a que nos contagiemos de la sonrisas de los demás para aprovechar cada segundo. Yo, por mi lado, haré todo lo posible para ser una fuente de sonrisas en el tiempo que me queda en el colegio. Y sí, es probable que cada uno de ustedes que está sentado aquí enfrente haya hecho algo que me haya sacado una sonrisa, y espero yo haberles sacado una sonrisa también. Gracias.

///

## Margarita Molina

“Yo brindo por esas personas que saben lo que hay que decir, por esas personas que se alegran por tus logros y por esas personas con las que compartes tu felicidad”.

Es muy duro levantarse con los sueños en las manos y la desesperanza en la cabeza. Es desmotivador que te digan que “no vales la pena” y que te digan “ilusa”. Más que desmotivador diría que es injusto y Gabriel García Márquez estaría de acuerdo conmigo, él también “sentía que iba perdiendo el sentido de la justicia”. A todos nos han hecho comentarios que han acabado con nuestros sueños o que nos han desanimado, y es injusto como se quedan tatuados en nuestra memoria, pues los comentarios despreciables son los más hirientes. Si nos ponemos a pensar, todos hemos hecho algún comentario de ese tipo, por más de que haya sido sin intención. A mi me costó mucho reconocerlo, pues hasta Pili, mi profesora de pre jardín, me aconsejaba que pensara antes de hablar, que tuviera cuidado con lo que decía.

Me tomó mucho tiempo aceptar el poder de las palabras. Después de mil y un comentarios innecesarios, peleas a gritos y llantos madrugados, prospero mi amor maniático por el desinterés. No iba a dejar que esos comentarios injustos tuvieran alguna repercusión en mi. Al reconocer el poder de las palabras por fin me dejaron de importar.

Aprendí de mi mamá el poder del pesar y con esto cambié mi mentalidad. Es un poco obvio, pero uno no puede ser amigo de alguien que te haga estos comentarios desalentadores y mucho menos de alguien que no te da el apoyo y el cariño que uno le da, es injusto estar rodeado de relaciones que no sean recíprocas. Hay que querernos un poco y hay que tenerle pesar de aquellas personas que hacen estos comentarios, a lo mejor pueda ser pesar comunicado a raíz de la empatía. Si nos ponemos a nosotros primero, podemos a su vez pensar en los demás. ¿Qué le habrá pasado a esa persona que me dijo algo para que me lo diga? ¿Celos? ¿Será que es insegura? ¿Cómo la puedo ayudar?

Ahí es donde entra el desinterés. Hay que ser desinteresados con esos comentarios, no hay que tomarlos personales. Y tenemos que tener en cuenta que el desinterés no viene del odio, viene precisamente del cariño hacia los demás, pues nos tenemos que poner en sus zapatos. Al fin y al cabo no todos reaccionamos de la misma manera frente a las situaciones.

¿Cuántas veces no hemos releído un mensaje o pensado en la manera en que alguien nos contesta solo porque lo hicieron en un tono diferente? No podemos asumir las actitudes de los demás así como no podemos esperar que los demás asuman las nuestras. Por ejemplo, ¿cómo van a saber que estamos tristes si no decimos nada? Muchas veces estos comentarios hirientes vienen de un

malentendido y una mala comunicación. Por eso los invito a tener un desinterés preocupado, actitud que me ha servido durante mis días más difíciles en el colegio y espero que a ustedes también.

Que locura estar rodeada de gente que hace la vida más amena, gente que tiene cosas buenas para decir y gente que se preocupa por mi bienestar. Una vez Calle 13 me dijo que brindara “por lo que fue, por lo que pudo ser, por lo que hay, por lo que pudo faltar, por lo que venga y por este instante”, y yo brindo por esas personas que saben lo que hay que decir, por esas personas que se alegran por tus logros y por esas personas con las que compartes tu felicidad.

///

## Catalina Montoya

“Agradezco haber tenido esta lesión; con ella pude entender lo que es ser valorada, pude entender que todos los altibajos han valido la pena, que todo funciona al final”.

### Las 5 etapas del duelo

**E**l 6 de febrero tuve un pequeño accidente jugando fútbol. Me han preguntado varias veces sobre el accidente, qué fue exactamente lo que pasó, si me empujaron, si me caí, si me cayeron encima, etcétera. No tengo respuesta. Lo que sí sé es que lo que parecía ser una dislocación, se convirtió en un caso

particularmente comentado entre ortopedistas. También sé que han sido unos meses increíblemente difíciles, en los que he caído en cuenta de todo lo que he perdido y de lo que, de una manera u otra, he ganado.

Para darles un poco de contexto: tuve una luxa fractura t r i m a l e o l a r, es decir, mi pierna se deslizó unos 12mm de su posición correcta, se me rompieron la tibia, el peroné y los “tres tobillos”. Por tres tobillos me refiero a los tres maléolos, los extremos de la tibia y el peroné. El m a l é o l o posterior es el interno de la tibia, que queda entre los dos huesos. El medial es el tobillo interno, y finalmente, el maléolo lateral es el tobillo de afuera.

Me operaron y tuve que quedarme en mi cama con mis propios pensamientos durante dos meses. Fue durante ese tiempo que viví cada etapa del duelo.

Puede parecer dramático, pero el duelo no sólo aparece cuando hay una muerte. Los cambios, accidentes y relaciones, entre otros, traen consigo todo este proceso. Cualquier situación que involucre una pérdida o una alteración de lo común debe pasar por ciertas etapas para que nos adaptemos emocional, física y psicológicamente. Con este accidente perdí mi habilidad para caminar, para ser autosuficiente; perdí un pedazo significativo de mi último año de colegio... Y a mi novio.

Estos dos meses perjudiciales me llevaron por los 5 pasos de un duelo: negación

ira

negociación

depresión

y, finalmente  
aceptación.

Viví cada etapa tan fuertemente que me llevó a entender que el fin de estos 14 años también es un duelo.

La negación es la primera etapa. Es el momento de ceguera frente a hacia la situación, de no querer ver la realidad y no ser capaz de aceptarla. Es también un momento de disociación, donde todo se siente como en una realidad alterna. “Es imposible que esto esté pasando” es un poco el sentimiento que caracteriza esta etapa. Shock. Ver a todas estas personas sentadas frente a mí, sabiendo que estos meses son la última vez que veré a la gran mayoría, que cada una de mis amigas tomará un camino diferente, regadas a través del mundo, es suficiente para negar que esto está pasando.

Estoy en negación de no a volver a obligar a Camila y Amalia a ver una película de terror conmigo, de no regañar a Shuty porque se le olvidó hacer aquello o lo otro, de que Maggie no me vuelva a tocar el hombro y me diga “tú” cada vez que vea una pintura fea. Me niego a que, en el baño de una fiesta, Titi no me diga lo que le pasa, después de horas de rogarle que hable, o que Sofi no me acompañe mientras estoy roja de la ira y me deje hablar por horas hasta que suspiro y digo: “anyways, todo está bien”. La idea de que Paulis no me haga un recuento de todo lo que le pasó durante el fin de semana y de que Puke no me insulte, en de chiste, cada vez que me lo encuentro, son cosas que no soy capaz de aceptar.

Mientras ignoraba el hecho de que mi pie estaba destruido y se aproximaban años de recuperación, mis amigas me visitaban todos los días, y fue ahí que me di cuenta de que no estaba preparada para nuestra despedida.

Después de la negación viene la ira. Durante estos meses, y realmente durante mi vida, este ha sido un sentimiento predominante. La rabia es una reacción que he intentado manejar, pero no he encontrado nada que sea más apto para todas las situaciones. Después de entender mi situación y que no había nada que hacer para devolver el tiempo y no jugar ese partido, me puse iracunda. Maldita niña la que me lesionó, que no sé quién es, que seguro está viviendo su vida normal mientras a mí me toca aprender a caminar otra vez y usar medias para que el pie no se me ponga como una papa.

“¿Por qué a mí?” es la frase que ha resonado en mi cabeza una y otra vez. Resonó cuando perdí la jefatura de liras, la capitania de fútbol, cuando me enamoré 100 veces y 100 veces me rompieron el corazón, cuando me gané unos diez castigos seguidos por parte de mis papás en noveno, causados por pésimas decisiones, y en general, cuando las cosas no salieron como esperaba o no tienen sentido.

Sentí rabia en quinto, cuando una y otra vez me hacían los mismos comentarios de mi apariencia física y mi manera de ser, y se inventaban los mismos chismes: que andaba con fulano y zutano, que le había dado besos a 25 manes del campesitre, entre otros.

En sexto, cuando un ex compañero se empeñó en hacerme sentir diminuta e insignificante,

en séptimo cuando me dí cuenta de que no me sentía tan bien con mi vida, que estaba un poco deprimida y los años de comentarios negativos estaban empezando a molestarme.

En noveno, cuando descubrí que no todo lo que te dicen que sienten por tí es cierto, y que una amiga llevaba inventándose historias durante tres años. Años cuando a duras penas podía ayudarme a mí misma y dí todo para ayudarla, y era todo mentira.

En décimo, cuando me esforcé día y noche y nada dió resultado. Y ahora, que sé que estoy a punto de entrar en una etapa complicada, medio sola, y que no tengo una explicación clara de lo que ha pasado ni lo que va a venir. Me enerva la incertidumbre.

Lo que sigue es la negociación. Es el momento donde viene la idea de “¿Qué habría pasado si...?”, en las palabras de la gran poeta Taylor Swift, “if one thing had been different, would everything be different today?”.

Me lo he preguntado mil veces, ¿qué habría pasado si hubiera parado de jugar después del primer tiempo? ¿Si hubiera hecho un pase en vez de seguir con el balón hasta el final? ¿Si me hubiera puesto otros guayos, o si esa mañana hubiera desayunado algo diferente? La negociación es algo que me parece natural, pues soy alguien que siempre vive en el pasado. Suelo preguntarme cómo habría sido mi vida si no le hubiera confesado a un man tres años mayor que

me gustaba, si me hubiera quedado con la boca cerrada, si pude haberme ahorrado una pelea gigantesca con Amalia y una humillación pública si las palabras que salieron de mi boca hubieran sido “tienes razón, ya paro” en vez de “a mí sí me está poniendo atención, déjame en paz”.

Qué tal que hubiera cambiado más como persona, que mi manera de reaccionar a lo que me molesta no fuera tan explosiva, que me hubiera guardado mis sentimientos en vez de hacer drama. Quedarse dando vueltas en los “Qué tal si...” es peligroso; ahí nacen la mayoría de las empelucadas que nos pegamos. Es peligroso porque no hay manera de devolver el tiempo, solo toca entender que esta es la realidad y no se puede cambiar.

La depresión, la cuarta etapa del duelo, se deriva de darse cuenta de ésto. No es sólo tristeza. Es el momento donde se da un paso atrás y se empieza a asumir la pérdida, que puede traer consigo aislamiento, agobio y confusión. Yo me cerré. Empecé a guardar el dolor y la tristeza para momentos en los que estaba sola, con el caso excepcional en el que el agobio era tal que explotaba frente a mi mamá o mi hermana.

Estos catorce años han estado repletos de momentos como este. Muchas veces el cansancio me ha alcanzado, ya sea por las pocas horas de sueño o por la cantidad de tareas, y todos los sentimientos reprimidos se derraman simultáneamente.

Entre octavo y décimo tuve unos años difíciles, donde me encontraba

estancada en un ciclo de tristeza y soledad. La ayuda no era útil, no le encontraba sentido a seguir adelante. Es duro tomar la iniciativa para continuar con la vida cuando uno se encuentra en esta etapa. Porque sí, se siente como si el mundo se cae a tu alrededor y estás atrapado. Si alguien está en esa situación, puedo decir que no hay un santo remedio, pero que la buena compañía, vivir el sentimiento y el esfuerzo duro y puro son parte de la solución.

La etapa final es la aceptación. La vida no se convierte en colores, ponys y arcoíris, pero sí es posible entender lo que esta pérdida implica en tu vida. Para mí, fue darme cuenta de que necesitaba un descanso, tomarme un tiempo para mí y nadie más. También aprendí que debo ser paciente y aceptar cada mejora como un logro significativo, así sólo sea lograr doblar completamente uno de cinco dedos. La aceptación es rescatar la enseñanza. En mi caso fue ver que todo lo “malo” que me ha pasado ha tenido un fin positivo. Es altamente posible que no estaría tan feliz como lo estoy ahora si no fuera porque no tuve ninguna responsabilidad pesada durante mi último año de colegio, que no habría crecido como persona si no hubiera cometido diez mil errores y tomado malas decisiones durante los años más importantes socialmente. Y qué tal que de no haber sido por mi fractura y cese de las preocupaciones académicas, no habría estado lo suficientemente concentrada durante mi entrevista para Medicina, no me habría preparado y no habría pasado a la universidad que más quería.

Todavía me cuesta entender plenamente la razón de mi lesión, pero sé que si tenía que pasar, fue en el momento perfecto. Todavía puedo ir a mi última caminata, a los grados, al prom... Me perdí una gran parte de 11, pero no perdí la experiencia por completo. Y en cuanto a la parte que me perdí, puedo decir que fue justo y necesario, que me hizo darme cuenta de lo afortunada que soy de tener a mis amigas. No me abandonaron un segundo, hicieron lo posible por alegrarme y hacer que este tiempo que nos queda juntas sea increíblemente valioso. Un día que me vinieron a visitar, mi mamá nos pidió que nos tomáramos una foto, que el yeso y nuestras reuniones no serían para siempre. Me molestó, porque estábamos felices y no había porqué convertir este momento melancólico. Pero tenía razón. Agradezco haber tenido esta lesión; con ella pude entender lo que es ser valorada, pude entender que todos los altibajos han valido la pena, que todo funciona al final. Eventualmente aceptaré que colorín colorado, este cuento se ha acabado.

///

## Cipriano Montoya

“Semestralizado ha sido, de lejos, la mejor época de mi vida en el colegio. Y me cambió por completo la perspectiva que tenía sobre él”.

**L**os caminos de la vida no son como yo pensaba...

Seguro ustedes podrían continuar con esta oración, pues es muy conocida. Yo empecé a entenderla cuando perdí tercero. Ese 12 de junio del 2015 pensé que mi vida no iba a tener camino. Me encontraba disfrutando de mi inocencia en mi casa, jugando fútbol con Pedro Cargado y Felipe Coronado, cuando mi mamá me llamó, “Cipri ven”, llegué corriendo, con una sonrisa en mi cara hasta que me dio la noticia: “perdiste el año”. Si les soy completamente sincero, en ese momento no me afectó en nada. Seguí jugando con mis dos amigos y ya. Solo cuando se fueron me di cuenta de qué se había cerrado el camino para graduarme con mi primo.

*Los caminos de la vida no son cómo yo pensaba, no son cómo imaginaba*

Ese año disfruté de unas vacaciones merecidas ya que no tuve remediales, ¡lo bueno en medio de lo malo! No me había dado cuenta que mi vida acaba de tomar un camino completamente diferente al que siempre había pensado. Recuerdo el día antes de volver al colegio, después de esas vacaciones, Tener una conversación con mi hermano. Me dijo que no tuviera miedo de este cambio en mi camino de la vida y que todo pasaba por algo aunque no nos gustara. La mañana siguiente llegué al colegio y sentí los ojos de todo el mundo sobre mí. Así que para evitar la humillación me fui con mi hermana para básica. Justo antes de entrar

me acordé de las palabras que me había dicho mi hermano la noche anterior. Así que cogí fuerzas, agarré la mano de mi hermana y la obligué a llevarme a mi salón. Con los ojos rojos, la nariz tapada y detrás de mi hermana llegué a 3B. ¡Gracias a Dios, esta generación 2024 desde ese entonces, se ha caracterizado por acoger a la gente nueva de la mejor manera!

De repente, Carlos Avila -un total desconocido para mí- me dijo: “hazte conmigo”, y empezamos a jugar sticks. Fue así como llegué a esta generación y cómo empezó este giro en el camino de mi vida. A medida que fue pasando el año, me empecé a adaptar, a conocer gente y a hacer amigos y me di cuenta de una cosa, Los caminos de la vida son muy difíciles de andarlos, difícil de caminarlos, pero lo importante es adaptarse, ya que con esfuerzo, todo tiene su recompensa.

Los años pasaron la generación 2024 y yo, entramos a básica. Empezaron los primeros amores, M.A 29, los planes mixtos y los primeros besos. También empezamos a notar cómo se tomaba mucho en cuenta las decisiones que nosotros cómo adolescentes hacíamos. En séptimo entré a la banda y este giro, cambió por completo mi camino en el Colegio. Al entrar a un grupo donde estaban los manes más grandes y “plays” del colegio -Las Timbas-, debía conocer a gente de diferentes cursos. Esto también marcó mi camino de vida ya que se creó mi segunda familia, Mionca y Las Timbas.

Durante mi paso por Básica , sentí que mi relación con el Colegio no fue muy buena. Yo me las daba de niño rebelde y por esto tuve alguna que otra instancia, conferencia y hasta una matrícula. Académicamente tampoco era un estudiante ejemplar, por esto, no me gustaba venir al colegio. Pero al llegar a Semestralizado, de nuevo, el camino de mi vida cambió.

Semestralizado ha sido, de lejos, la mejor época de mi vida en el colegio. Y me cambió por completo la perspectiva que tenía sobre él. En noveno, entendí lo que es la libertad, lo que es realmente tener la autonomía y ser responsable. Sin que alguien me esté diciendo todo el tiempo qué hacer, esta dinámica te hace madurar. Por ejemplo, aprendí a ver de otra manera mi derrota en la jefatura de timbas, al ver mi rol desde otra perspectiva. También cuando en decimo, mi vida tomó dos giros en el camino que fueron inesperados: me enamoré y logré mi sueño de ser jefe. Estos dos giros definitivamente demuestran que el camino de la vida está lleno de sorpresas. Y, ahora, en el último año de colegio, tengo la oportunidad de compartir con ustedes, generación 2024, con mis amigos, con los jefes y con mi novia. Nunca me hubiera imaginado este final para mi etapa en el Colegio. En la cual he logrado cambiar mi perspectiva y afecto que le tengo hacia el colegio.

Así que querida comunidad de semestralizado, les quiero dar las gracias por la paciencia, por la compañía

y por la orientación que siempre he recibido en todos los giros que me han puesto **los caminos de la vida**.

¡De la ciudad bonita, Cipriano Montoya, un amigo de verdad!

///

## Sara Moreno

“Es más lo que perdemos cuando nos abstenemos de hacer algo, que lo que nos llevamos de la experiencia. Y les aseguro que, en la mayoría de los casos, no hay mucho que perder”.

**M**uchas veces me miro en el espejo y me pregunto: ¿quién soy yo? Sí, soy Sara Moreno pero en realidad, ¿Qué soy? ¿Por qué tengo esta cara, este cuerpo, esta familia, estos amigos y esta vida?

Cuando me preguntan qué es lo que más me gusta hacer, me cuesta mucho responder. Cuando me preguntan en qué me destaco o en que soy buena, tampoco sé qué decir con exactitud. Entonces en realidad no sé qué es lo que me representa.

Toda mi vida me he considerado una persona bastante exitosa. Desde chiquita mis papás siempre fueron muy estrictos conmigo y me educaron para ser la mejor en todo. En Transición me gané el concurso de Sparkle y no era por ser la más inteligente en matemáticas, sino por la constante práctica y exigencia que le

ponía a aprenderme los números en esos triangulitos para responder de la manera más rápida posible. Hasta había gente que quería ser como yo: Camima consideraba que yo leía muy bien, así que prestaba mucha atención a cómo leía en frente de todo el curso para después imitarme a ver si también lo lograba, pero en efecto, se terminó parando como una ridícula en frente de todo el salón y no lo logró. En primero, Luz Elena me hizo una canción y siempre he pensado que era porque me admiraba. Sin embargo, la verdadera exigencia comenzó en cuarto cuando me tocó en el mismo salón con Nata Obando y Manu Recio. Las tres siempre competimos por ser las mejores académicamente y nunca supimos quién tenía la letra más linda. Al final de ese año, en la clausura, me dio muy duro saber que Borito me había quitado el puesto en el podium y que Natalia y Manuela sí habían logrado izar bandera.

Mi vida en Básica se trató de lograr izar bandera en las clausuras de todos los años. Para mí, todo giraba en torno al estudio. De practicar y practicar hasta lograr ser la mejor. Mis amigas decían que yo tenía los textos de español escritos antes de que nos fueran asignados, y los libros leídos antes de que el resto del salón los empezara a leer.

Pero cuando entré a Semestralizado, este cambio me estrelló sin darme cuenta. Sin que lo supiera. Sin que me lo esperara. Al principio del año lo más duro no fue adaptarme a las clases, al horario o al edificio. Fue la ruptura de mi grupo de amigas.

Desde finales de octavo empezamos a tener problemas que llevaron a esta lenta separación. También, la enfermedad de mi hermana llegó a su peor etapa y estaba hospitalizada en un estado muy crítico. Entonces fue cuando mi crisis existencial comenzó, no sabía qué hacer. Sin embargo, alrededor de octubre del 2021, Malu y Antonia entraron a mi vida otra vez y PPP se empezó a crear, lo cual trajo un poco de alivio a mi vida.

Durante la semana de receso de noveno, Lourdes me propuso un día antes irnos a Santa Marta, y sin pensarlo mucho, decidí aceptar. Pensé que quedarme acá viendo a mi hermana sufrir solamente me iba a poner peor así que con el corazón en la mano, me fui. Allí se fortaleció y oficialmente se creó PPP y llegaron dos de las personas más incondicionales de mi vida sin las cuales no sabría qué hacer hoy en día. Conocí a Emilio y a Fedé.

Cuando volví de Santa Marta, mi hermana se veía mucho mejor y poco a poco me fueron invitando a los planes del grupo de amigos más grande, que hoy en día se compone de las 17 mejores personas que conozco y que considero fundamentales en mi vida.

No obstante, fue a finales de décimo que empezó la vida a darme una nueva lección. Nos fuimos a la caminata y durante los primeros dos días estuve muy enferma y pensé que no iba a lograr salir de la selva. Pero fue gracias al apoyo de mi generación, de los profesores y del abanico que me hizo el guía Gaelo, que pude disfrutar la caminata hasta el final sin importar la tarántula, mi linterna sin

pilas y el dolor de los brazos con Valeria en el kayak.

Cuando volvimos de la caminata no tuvimos ni un solo día para descansar, ya que se acercaba la clausura. El momento donde se decidiría el destino de la mitad de la generación, y no se sabía quién estaba más nervioso o tensionado desde el avión de regreso de Amazonas, hasta que nos sentamos en el Gimnasio antes de la ceremonia. Se nombraron los seis capitanes y yo quedé devastada. Pero después de muchas lágrimas tanto de tristeza, como de felicidad por los que habían quedado, seguí adelante y no pensé dos veces en llevar a cabo mi siguiente plan. Desde el principio de las vacaciones estuve trabajando junto a Fede, Sofi y Nicho para formar lo que se convertiría en Candela. Y tras de muchas horas de trabajo dedicadas a un nombre, logo y propuestas, logramos crear uno de los grupos más especiales para mi hoy en día.

Después pasó un mes lleno de uniones exhaustivas, campañas llenas de mucho esfuerzo y unas elecciones donde desafortunadamente no fuimos elegidos como el Consejo Estudiantil. Agosto empezó a llegar a un fin y el tema de la banda volvió a surgir en la comunidad. Entonces fue ahí donde Antonia y yo decidimos cumplirle nuestra promesa a Lourdes de intentar meternos a platillos, y yo no perdí la oportunidad de ser parte de algo que hace 5 años consideré un sueño y no había podido alcanzar. Pasaron algunos ensayos y madrugadas hasta que las audiciones llegaron. Nunca se me va olvidar cómo en mi

audición no pude mirar a los ojos ni a Lourdes ni a Borito y creo que fueron esos nervios los que llevaron a que tampoco entrara a la banda.

Pasó el tiempo y llegó mi momento favorito del año. Candelazo. Para los que me conocen, saben que me encanta bailar. Fue un mes lleno de ensayos y una gran piyamada hasta que llegó la tan esperada presentación. Y aunque me la gocé de principio a fin, las espectaculares presentaciones de Eudikia y Politeia nos dejaron en el tercer puesto.

Dos meses después salimos a vacaciones y me operaron para quitarme las amígdalas. Fue una recuperación que me tomó casi un mes y el resultado más controversial ha sido el cambio de mi voz. Y aunque me han dicho que parezco una payasa, que sueno como mi hermana, y demás, ya poco a poco me voy acostumbrando a esta nueva parte de mí.

En este punto muchos de ustedes se preguntarán a dónde quiero llegar con todo esto. Por eso quiero que se acuerden de lo que dije al principio de este discurso. Cada vez que yo misma o alguien más me pregunta quien soy, no sé que responder. Sé que tengo muchas cualidades y me destaco en ciertas cosas. Sin embargo no hago parte de ningún equipo de deportes del colegio. Hasta hace un mes y medio no estaba en la banda, y tampoco me quedo ni un solo día en el colegio a ninguna extracurricular.

Adicionalmente, como se pudieron dar cuenta por las anécdotas que les conté anteriormente, he tenido

muchos fracasos en mi vida. Muy pocas cosas me han salido bien y escasamente he logrado ganar o tener triunfos en algún tipo de mérito. Incluso he estado a pocos decimales de tirarme las cinco matemáticas de semestralizado por las que he pasado hasta ahora. Pero hoy en día me doy cuenta de que eso no es lo que importa. No importa si soy capitana o no. No importa si soy el consejo estudiantil o no. Si estoy en la banda o en algún deporte o no. Entonces, ¿realmente me importan los títulos?

Pasé por todos los deportes de este colegio pero nunca me sentí 100% perteneciente a alguno.

Probé gimnasia, fútbol, basket y voleibol, pero siempre encontré un motivo para abandonarlos. Desde la intimidación por la altura de mis compañeras, los guayos que me compraron y no me gustaron, hasta el miedo de que un balón me cayera en la cara. Y aunque necesariamente no soy experta en una sola cosa, sé tocar plátillos, pero liras también. Me encanta tocar violín aunque ya no lo hago. No soy necesariamente experta en una sola cosa, pero sé un poco de todo.

De la misma manera, he logrado aprender que todo pasa por algo, y si viví cada una de estas experiencias es porque la vida me tenía que dejar algo de ellas. Sí, no quedé de capitana, pero si no hubiera sido por eso, no hubiera creado un grupo tan importante y que me enseñó tanto del trabajo en equipo como lo fue Candela. Tampoco pasé a la banda en agosto, pero tener la oportunidad de hacer parte de ella los últimos 5 meses de mi trayectoria

escolar me ha enseñado a valorar cada momento que tengo. Tampoco ganamos Candelazo, pero pude hacer lo que más me gusta al lado de personas increíbles. Y mi cirugía me dejó sin tener que preocuparme de tener amigdalitis o sufrir por un solo dolor de garganta más, y con una nueva pequeña adición a mi identidad.

Así que si actualmente me preguntan quien soy yo, les diría que soy un de todito de cada experiencia que mis 18 años de vida me han llevado a atravesar. Soy la niña que anda por el colegio con una maleta rosada de unicornios siempre con su termo amarillo en la mano y que cada vez que pasa por básica la confunden con las de quinto. Soy una mezcla de cada grupo al cual llegué a pertenecer en algún momento, pero en el que por razones de la vida, no permanecí. Y dentro de mí también hay una pequeña parte de cada persona que hizo y todavía hace parte de estos caminos.

Yo no sé quién sería sin la compañía más incondicional de mi vida, Malu y Antonia. Sin las bobadas de Valeria. Sin el bullying de Marivi y Pablo. Sin mis sufrimientos con Maricha y Man Guerrero. Sin mis viajes con Crispí. Sin las sonrisas de Gorda. Sin mi hermanita chiquita, Flori. Sin los consejos de Emilio. Sin los abrazos de Fede y Feli. Sin los chistes de Alejandro, Martín y Surulo. Sin las bobadas de Nicholas. Sin las opiniones necesarias de Daniel para cada decisión que tomó. Sin la compañía de Nicolas en las 8 clases del día. Y por supuesto, sin el apoyo más importante que existe en mi vida, Mara. En fin, cada una de estas personas y con certe-

za toda la generación 2024 representa una pequeña parte de mí y sin ellos no sería quien soy hoy en día. Sin su ayuda y presencia, no hubiera podido atravesar cada desafío que se me presentó en el camino. Y es gracias a ellos y a mis papás que estoy segura de que por más miedo que tenga de graduarme y dejar el colegio y esta rutina atrás, estoy lista para afrontar los cambios que pronto entrarán en mi vida.

No le tengo miedo a caerme porque ya he aprendido a levantarme. Y de algo que sí estoy segura, es que dentro de mí he logrado construir miles de habilidades y fortalezas que cada experiencia me dejó. Y es por eso que les digo, no le tengan miedo al fracaso, porque no es algo malo. Fallar en algo no nos hace menos personas. Siempre hay algo de qué aprender y todos debemos estar orgullosos de nosotros mismos por el valor, coraje y compromiso que nos tomó llegar a la decisión de arriesgarnos a hacer parte de ese algo. Porque les aseguro que por mas bien o mal que el resultado en ese algo haya sido, se van a llevar a personas, momentos y memorias inolvidables que no solo los fortalecerán, sino que harán parte de su camino, y de su historia que podrán compartir con muchas otras después.

Yo por mi lado seguiré tomando riesgos, venciendo miedos y metiéndome en nuevas cosas, porque al final del día, como dijo Charles Dickens, "Cada fracaso le enseña al hombre algo que necesitaba aprender". Es más lo que perdemos cuando nos abstenemos de hacer algo, que lo

que nos llevamos de la experiencia. Y les aseguro que en la mayoría de los casos, no hay mucho que perder. Seguiré aventurandome a encontrar pequeñas piezas al rompecabezas que soy, y por esto no me queda nada más que agradecerle al colegio por ser una de las más grandes y que durante 14 años construyó una parte única y muy importante de mi identidad y de lo que hoy, 12 de marzo aquí parada, es Sara Moreno Muñoz.

///

## Natalia Obando

"Estoy segura de que esto no lo pensé solo yo. Todos soñamos con alguna profesión desde niños, que para unos pocos se mantuvo y que para el resto de nosotros evolucionó. Todos dijimos la frase 'cuando sea grande... 'alguna vez. Mi concepción de 'grande' eran estudiantes altos, vestidos con uniformes distintos, que compraban en la tienda y se sentaban atrás en el bus.

**R**ecuerdo vívidamente estar sentada en el tapete de jardín B viendo a los estudiantes de 11 entrar al salón para reunirse con nosotros por primera vez. Eran tan altos que su cabeza casi tocaba el marco de la puerta y tenían cara de adultos, tanto que me sentí un poco intimidada. Después de un par de almuerzos con ellos, este sentimiento se volvió admiración, y creo que fue ahí cuando empecé a imaginarme lo que sería "ser grande".

Estoy segura de que esto no lo pensé solo yo. Todos soñamos con alguna profesión desde niños, que para unos pocos se mantuvo y que para el resto de nosotros evolucionó. Todos dijimos la frase “cuando sea grande...” alguna vez. Mi concepción de “grande” eran estudiantes altos, vestidos con uniformes distintos, que compraban en la tienda y se sentaban atrás en el bus.

Ahora mido 1.71, me visto de gala todos los días excepto los viernes, almuerzo afuera y le pego una visita a Carol en la tienda por lo menos una vez a la semana, y me siento atrás en el bus. Vengo a ayudas prácticamente todos los días cuando antes no sabía ni qué era eso. Estoy en el equipo de voleibol. Voy a reuniones y hago vueltas en el colegio como toda una adulta responsable. Tengo conversaciones como “¿a dónde vamos a ir a almorzar?” o “mami hoy me lleva Manu” a diario. Ahora estoy en once... pero no me siento grande.

Miro alrededor y veo caras que conozco desde hace 14 años, unas un poco distintas, otras exactamente iguales. Estoy parada en el mismo lugar en el que jugaba lata hace años, sólo que en un gimnasio nuevo. Estoy leyendo un discurso con las mismas ideas que he tenido toda la vida, pero ahora a 10 meses de graduarme. Y entonces llego a la conclusión de que aunque ha pasado mucho tiempo y ahora soy lo que la Natalia de jardín catalogaba como “grande”, no han cambiado tantas cosas.

Sigo luchando contra la madrugada cada día, desayunando huevito con pan y chocolate, y siendo amiga de

Luna. Pero luego me recuerdo que sí he crecido, y que lo que me diferencia de la idea que alguna vez tuve de alguien “grande” es que veo y vivo todo lo que hay más allá de las sencillas asociaciones que hacía a partir de mi big sister. Y sí, muchas de estas cosas son buenas y divertidas, pero hay otras que pesan y duelen. Hay momentos en que quiero volver a esa edad en la que no planeaba más allá de la mañana siguiente, o meterme en la cama con mi hermana como cuando éramos niñas. Y es así, reconociendo que estos existen y que estar en once no activa un switch de madurez e independencia instantáneo, que he logrado disfrutar lo que en realidad es ser “grande”.

He aprendido que aunque casi no duermo soy feliz con todo lo que hago, y eso hace que valga la pena. Que aunque me aterra la incertidumbre del futuro me emocionan todas las posibilidades. Que aunque tomar decisiones es difícil, pocos de los grandes cambios son producto de una sola.

Que aunque el frío de ayudas en la terraza es impresionante, el sol me saca una sonrisa cuando sale por encima del centro de artes.

Creo que no me siento grande porque por los últimos 12 años he estado demasiado enfocada en el siguiente paso como para voltear y ver todo lo que he logrado desde que estaba en jardín. Dejé de exigir perfección de mí misma en todo momento; recuperé las relaciones que en alguna vez había perdido; encontré al grupo de personas que se ríe de mis comentarios raros y me permite ser 100% transparente; descubrí el volei-

bol y con él un sentimiento de pertenencia que nunca me había ni imaginado; me volví capitana de Eudikia y aprendí cómo servir a la comunidad desde mis fortalezas; y en general, logré todo eso que en su momento no parecía más que un sueño distante, algo para dentro de unos años.

Si me preguntan qué significa todo esto, la verdad es que no lo sé. Supongo que quiero decir que hemos llegado a once y aunque no nos sentimos tan grandes, es probable que nuestros little brothers nos usen de referencia como alguna vez lo hice yo, ya que sí hemos crecido. Más aún, creo que debemos tomarnos el tiempo para mirar atrás, no con melancolía sino con admiración a lo que hemos logrado durante los últimos 14 años de nuestras vidas. Y finalmente, creo que debemos mirar alrededor e interiorizar lo que que estamos viviendo y con quién lo estamos viviendo, y aprovecho el momento para decir “gracias 2024 por hacer de mi paso por el colegio un paso tan feliz que en verdad siento que entré ayer”.

///

## Martín Osorio

“Todavía sigo trabajando para encontrar la combinación perfecta, y considero que ese punto es la clave para una vida exitosa, y aún más importante, llena de felicidad”.

Hay diferentes tipos de estudiantes en este colegio. No estoy hablando de estos tipos de estudiantes en una esfera social, me refiero a cómo se ven en el ámbito académico. En su hábitat natural, el estudiante del Colegio Los Nogales cae dentro de tres categorías diferentes.

Primero que todo, tenemos al que en las películas se refieren a él como el “ñoño”. Este es un estudiante ejemplar. El estudiante al que le llueven las AHs, el que se sienta en la primerísima fila, tomando nota de todo, el estudiante que llega a su casa y dura horas y horas estudiando. Este es el estudiante que llora al recibir una S, créanme que es muy común.

Después, tenemos al estudiante intermedio. Este tiene un buen nivel académico, no le llueven las AHs, pero está sentado cómodamente en el reino de la H, S y algunas veces una esporádica A, o AH. Este estudiante es diligente con su trabajo y con sus tareas, siempre al tanto de lo que tiene que hacer, pero de vez en cuando toma la decisión de darse un family night artificial, dejando su trabajo para otro día. No obstante, también sabe cuándo parar un momento y darle prioridad a algunas actividades que lo distraigan un poco. Puede jugar en clase de vez en cuando, jugando Roblox, Minecraft o algún otro juego.

Después, tenemos al “estudiante estrella”. El “estudiante estrella” disfruta de muchísimos más family nights artificiales. Él llega a su casa y puede dormir, ver una serie o película, o incluso, dormir un poco más.

Estas actividades no llegan sin un precio, sus notas normalmente son bastante bajas, disfruta de algunos 70s, pero comúnmente está batallando en las trincheras del 60 y los cincuenta y picos, incluso menos. Este estudiante puede llegar a ser olvidadizo. Le cuesta recordar las tareas que tiene.

La mayoría de los estudiantes están entre la primera y segunda categoría, con unos cuantos en la tercera. Yo, la verdad, no sé si estoy en la tercera, o soy un caso especial. A continuación, les voy a contar cómo es ser Martin Osorio en el Colegio Los Nogales.

La gran cualidad que define a Martin Osorio en este colegio es ser distraído. A Martin eso de la concentración no se le da. Martin se distrae MUY fácilmente. Lo más curioso es que la mayoría de las veces Martin no se distrae por detonantes como sus amigos o su computador. Obviamente, es común ver a Martin charlando con sus amigos. No obstante, el mayor detonante para Martin es él mismo.

Martin puede estar en clase, sentado en completo silencio en su pupitre. Martin tiene su cuaderno en el escritorio. Sus ojos siguen fijamente al profesor mientras este pasea por el salón y observan cada letra que está escrita en el tablero. Todo el cuerpo de Martin indica que está prestando atención, que está en disposición de aprender. Sin embargo, mientras los ojos de Martin prestan atención, su conciencia no. Sus ojos miran y observan, pero su cerebro está de viaje.

Martin está peleando con un dragón, perdido en una selva, decidiendo

cómo gastar sus ganancias de la lotería, pensando en cuál es su billion dollar idea, entre otros. Él es un maestro del daydream. Películas enteras se forman en su cabeza.

El caso de Martin es muy difícil. No es tan simple como sentarse lejos de sus amigos para que no charle tanto, o sencillamente no prender el computador para no tener la tentación de jugar Minecraft. Martin se distrae solito, y no es algo que él planea.

Martin no se sienta y planea en qué pensar para distraerse, es algo que simplemente pasa sin que él se dé cuenta hasta que ya es demasiado tarde. En un segundo está escuchando al profesor atentamente, y de repente \*zung\*, se fue.

Esto no le pasa únicamente al escuchar algo, se puede ver de múltiples formas. Martin puede estar escribiendo, tomando notas en su cuaderno o resolviendo algún ejercicio de esas matemáticas que tanto le gustan, y de repente \*puff\*, se fue, ahora está haciendo dibujitos en el cuaderno.

Hay muchas cosas que Martin ha empezado a hacer sin siquiera darse cuenta. En Jardín aprendió a hacer un sonido con la boca, lo repitió tantas veces que ahora lo hace sin darse cuenta. Desafortunadamente, cuando hace el sonido con la boca cerrada, suena como si fuera su barriga, pero es algo que él ya no controla. Esto mismo pasó con el daydream y con los dibujos, y ya no hay vuelta atrás.

La vida de un estudiante que se distrae fácil, es difícil. No es para nada fácil estudiar cuando eres Martin, a pe-

sar de esto hay miles de estrategias y aprendizajes que salen de mi día a día.

Primero que todo, mi filosofía de vida y algo que pienso a diario es que mi felicidad va primero que todo. Este pensamiento, francamente, me ha jugado en contra muchísimas veces. Usando esta lógica, no es fácil justificar hacer mi tarea de matemáticas cuando tengo el televisor al lado. Lo importante es encontrar un buen balance entre estas dos. Me ha costado muchísimo encontrar este balance, y todavía tiendo a irme al lado de la felicidad en contra de mis tareas. Tampoco está bien irse al otro extremo, levantarse y comer estudio, tomar estudio, respirar estudio.

Para un estudiante como yo, he encontrado que una gran estrategia es usar mi felicidad en mi contra, “me toca hacer mi tarea de matemáticas bien hecha en menos de treinta minutos o, si no, no puedo jugar Play hoy”. Esta estrategia es un gran arma en contra de la tentación de distraerme, no me puedo ir en un viaje por medio del daydream si estoy trabajando por la felicidad en mi tarde.

Considero que hay diferentes tipos de felicidades, se dividen en el corto, mediano y largo plazo. Los diferentes tipos de estudiantes buscan una de estas por encima de las otras, algunos piensan que tener una tarde de juegos es mucho más satisfactorio que el estudio constante pensando en la universidad o eventualmente en su trabajo. Otros prefieren tomarse el tiempo de estudiar pensando en su futuro, dejando de lado sus hobbies y actividades que solían hacer durante

su día a día. Nuevamente, considero que lo más importante es tener un balance. Durante mi carrera escolar he priorizado constantemente mi felicidad en un corto o mediano plazo, poniendo por encima la felicidad de mi tarde, sin pensar mucho en lo que puede venir en el futuro.

Para la gente que está del otro lado del espectro, que sé que hay muchos de ustedes acá, les digo que trabajen un poco más por su felicidad en un corto plazo. Originalmente, quería escribir mi discurso de nunca perder ese niño chiquito que hay dentro de nosotros. Algunos pueden caer en ese ciclo de comer tareas, tomar tareas y respirar tareas, pero dense esos gustos que han tenido toda su vida. Yo entiendo que hacer tareas y estudiar les brinda esa felicidad que buscan, pero de vez en cuando den un paso para atrás y recuerden esas actividades que tanto les gusta hacer, y que de pronto han dejado de lado priorizando su estudio. Tómense el tiempo de hacer lo que les ha gustado desde que son chiquitos. Repitan su película favorita, armen un lego, cómanse un huevo Kinder. Traigan balance a su vida escolar y van a ver que, a parte de que les vaya bien, van a ser muchísimo más felices. Por mi parte, sigo buscando ese balance en mi vida. Todavía sigo trabajando para encontrar la combinación perfecta, y considero que ese punto es la clave para una vida exitosa, y aún más importante, llena de felicidad.

///

## Santiago Pailhé

“¿Cómo se siente hacer el discurso de un colegio que te hizo este hombre intrincado pero feliz?”

### El Playa Girón revisitado

Lo que estoy a punto de leer, más allá de un discurso, es una pregunta, o muchas a la vez. Espero al final de estas preguntas tener alguna respuesta.

Estimados profesores,

Tomando en cuenta las infinitas bondades de la academia,

Quisiera preguntar,

Me urge,

¿Qué tipo de adjetivos se deben usar para hacer el discurso de un colegio sin que se haga sentimental?

Fuera del melodrama,

O jacta homilía,

Si debo usar palabras,

Como idílico, aprendizaje, esfuerzo, apremiante, excelencia,

Y Colegio Los Nogales.

¿Qué tipo de recuerdos se deben usar para hacer el recuento fiel de este apresurado camino?

Si debo recordar sabios consejos,

Intrépidos hallazgos,

Defensa del raciocinio,

Satisfacción al final de la recta,

O, en cambio, insurrecciones bana-

les contra el deber,

Apologías a la vagancia,

Aprender a llorar en silencio.

¿Qué tipo de aprendizajes debo cargar conmigo al finalizar la melancólica despedida?

Esperanzas de mundos posibles y de cambio verdadero,

Mitos y mitocondrias, comprensión lectora,

Teoremas inmemoriales o teorías insatisfechas,

Salones binarios con tableros llenos,

Bola rápida, textos, normas APA,

Neuronas, entropía y caída libre...

Pasillos, edificios, canchas, parques,

Quisiera preguntar,

Me urge,

¿Qué tipo de descripción se debe usar para hacer el discurso de un colegio que fue testigo silencioso de mi crecimiento?

¿Cómo llevarme las historias y dejar atrás los escenarios de las mismas?

¿Cómo agradecerle al verde bosque del Nogal y su pista de atletismo improvisada, al sol iluminando el tercer piso de Primaria, a los cubículos, acompañantes fieles de todo esfuerzo, a los salones y el torreón, siempre oyentes atentos de mis conclusiones?

Compañeros de clase,

Tomando en cuenta esas anécdotas felices y fugaces momentos,

Quisiera preguntar,

Me urge,

¿Qué tipo de metáfora se debe usar para hacer el discurso de este colegio con jóvenes atormentados de sentido?

Jóvenes insaciables de vivir que tienen la vida por delante,

Encaminados por sus propios imaginarios del deber ser,

Absortos en su necesidad de creerse muy maravillosos,

Apasionados de las fiestas, la música, el ambiente.

¿Qué tipo de tono se debe usar para contar cada aventura encontrada?

Si debo ser entretenido, escéptico, desenfrenado, satírico,

Iracundo, olvidadizo, hipócrita,

Si debo viajar por el pasado o recordar lo que ahora somos,

Si debo contar anécdotas chistosas para fingir que fuimos cercanos.

Querido señor Santiago Pailhé,

Tomando en cuenta la irremediable certeza de siempre haber sido tú,

Quisiera preguntarte,

Me urge tanto,

¿Qué tipo de panoramas te quedan tras una luminosa carrera?

Los desaciertos que demostraron tu humanidad,

El entusiasmo inagotable de tu niñez,

Las rebeldías fugaces de los condenados a masticar lo que otros tragan,

La pasión por una idea que se escapa en tu persecución,

El resentimiento con las inequidades,

El conocimiento puro y verdadero que viene del preguntar y seguir preguntando.

¿Dónde pones la H y la tilde en la E, los libros, el violín, los artículos de fe, los enigmas, el Teuhem, la letra pegada, los promedios, la clausura, el sueño, las ausencias justificadas o injustificadas, las calles y sus fiestas, la gloria, la vanagloria, la Uncoli, las palomas, el Modelo, la sobriedad, los escenarios, los zapatos, los sueños?

¿Cómo no darte cuenta antes que, en efecto, nunca fue válida la casi ineludible obligación de seguir siendo lo que siempre has sido?

¿Cómo llenar el vacío que deja el sinsabor vaticinado del deber cumplido?

¿Cómo se siente hacer el discurso de un colegio que te hizo este hombre intrincado pero feliz?

Que escriban, pues, el discurso, su discurso, los jóvenes del Colegio Los Nogales.

///

## Felipe Parra

“El amor es algo que continuamente va cambiando. No es algo estable. Para algunos el amor se crea, otros lo transforman y a otros se les acaba, pero siempre va a haber amor por algo”.

**E**n esta vida se podría decir que el amor lo es todo. Puede que este sea

un concepto inventado por la humanidad dada la facilidad con la que este viene y se va. Es un concepto abstracto y difícil de entender ya que no es un sentimiento que las personas sienten de igual manera. La gente conceptualiza el amor como algo que uno siente por otra persona, sin embargo, creo que el amor es manifestado de varias maneras y se puede sentir por más cosas que por las personas. En esta vida le tengo amor a siete cosas: mi familia, el basket, la música, mis amigos, las timbas, la banda y, tal vez, a usar mi tiempo de algunas maneras que a mucha gente no le gustaría. Digo utilizar el tiempo de la manera que a mi me gusta ya que mientras escribo este discurso estoy viendo el partido de los Phoenix Suns contra los Boston Celtics que definitivamente no pegó. Prefiero usar mi tiempo haciendo cosas que amo en vez de las cosas que no me gustan. Creo que esto es algo obvio que le pasa a mucha gente ya que cualquiera preferiría estar haciendo algo que ama en vez de hacer cualquier actividad que le haya sido impuesta.

Mi amor por el basket es una cosa que todo el mundo, o la mayoría de las personas, conoce. Nunca le tenía pereza a madrugar y quedarme incontables horas con el único propósito de mejorar y plantear muy bien el siguiente partido. Todos en el equipo sabíamos el rol y la importancia que teníamos en él y como su rendimiento y disciplina afectaba los resultados del partido. Estaba claro que el que verdaderamente le tenía amor y pasión al basket era capaz de entender la importancia del entreno. Los mejo-

res ejemplos de esto fueron Emilio y Juan Camilo. Juan Camilo estaba muy ansioso por jugar la temporada dada su lesión hacía ya varios meses. Desafortunadamente, Juan Camilo sufrió nuevamente una lesión que lo dejó por fuera del torneo pero eso no le impidió quedarse a todos los entrenamientos e ir a todos los partidos con el equipo porque el amor que le tenía al equipo y al basket era muy grande. Por otro lado, Emi siempre le ha tenido un gran amor al basket desde que lo conozco. Llevamos ya demasiado años compartiendo ese amor por ese deporte tan especial que nos ha llenado de alegrías y tristezas, pero ha sido el que nos ha permitido acercarnos y compartir cualquier victoria o derrota.

Mis amigos se han convertido en una gran parte de mi vida y el amor que siento por cada uno de ellos es difícil de encontrar en otras cosas. Son ellos con los que he compartido los mejores y peores recuerdos ya sean míos o de ellos. Llega un punto en el que los amigos se vuelven lo más importante de la vida escolar y es esencial tener una conexión con ellos ya que son ellos con los que compartiré durante toda mi vida una vez nos graduemos. Es por eso que ese cariño, ese amor que les tengo nunca va a desaparecer.

Todos alguna vez han escuchado por los pasillos de Semestralizado algún fastidioso que pone música a todo volumen ya sea en cambios de clases o en recreos. Para el que no sepa o no se haya dado cuenta, esa persona fastidiosa soy yo. La conexión y el amor que le

tengo a la música es algo incomparable. Son pocas las personas que comparten mi mismo amor por ella de la misma manera que yo lo hago. La música se ha vuelto un elemento indispensable en mi vida. No puedo bañarme sin música, no me puedo ir en el bus sin música, no puedo hacer tareas sin música, me cuesta mucho hacer deporte sin música. Es muy difícil no escuchar música para mi lo cual hace que mi amor por ese ruido melódico que logra mover a cualquiera sea tan grande y que permita verdaderamente vivir. No es extraño que ese mismo amor que le tengo a la música se vea reflejado en la banda y especialmente en ese amor que le tengo a las timbas. En quinto me metí a redoblantes y fui feliz. A pesar de que me sacaron en el segundo semestre por cupos para Batuta, me di cuenta que la banda era lo mío y que el próximo año intentaría otra vez. En sexto me volví a meter a redoblantes, pero esta vez mi amor por el basket le ganó a mi amor por la banda haciendo que me saliera. Poco sabía yo que ese mismo año que yo voluntariamente me salí de la banda nos ganamos Batuta. El año pasado volví a entrar a la banda esta vez como timba y volví a ser feliz. Estos dos últimos años en los que he estado en timbas me permitieron conocer y conectar con gente con la nunca pensé que me iba a acercar tanto. Gracias timbas por estos últimos dos años tan espectaculares. Los amo.

Volviendo al concepto del amor como tal, es un concepto difícil de entender y de expresar para algunas personas. Yo soy físicamente incapaz de decir las palabras “te amo”. Las tengo

en una concepción muy alta y solamente las diría si verdaderamente las siento. Para algunos son palabras fáciles de decir, pero cuando uno verdaderamente piensa en el significado de la palabra amor y del sentimiento que contienen las palabras te amo, uno o por lo menos yo, se lo piensa dos veces antes de decirlo. Son palabras tan grandes y significativas que tienen un amplio espectro de aplicabilidad. La forma en la que uno dice esas palabras implican una variedad de sentimientos que nunca son iguales. El amor que les tengo a mis amigos no es el mismo que le tengo a mi familia ni es el mismo que le tengo al basket. Puede que algunos amores sean muy similares a otros, pero nunca son lo mismo. El amor es algo que continuamente va cambiando. No es algo estable. Para algunos el amor se crea, otros lo transforman y para otros se les acaba pero siempre va a haber amor por algo. Como reflexión final, nunca dejen ir a esas personas que aman y no dejen de hacer las cosas que aman ya que es ese amor el que nos motiva a seguir vinculados unos con otros y nos permite ver nuestra propia esencia.

///

## Valentina Quezada

“Aunque sea difícil, debemos aprender a abrazar esas características únicas que nos definen, esos detalles que nos hacen brillar y que nos dan un sentido de pertenencia y de identidad”.

Hace unas semanas, en mi último trabajo de ética del módulo de Camilo, tenía que hacer un collage y escribir un ensayo sobre “Quién soy yo”. Lo primero que vino a mi mente fue el colegio, luego mis amigas, mi familia y, por supuesto, los deportes. ¿Quién sería yo sin básquet, sin fútbol o sin voleibol? Sería lógico seguir este discurso hablando de estas cosas que me definen y que me han dado una identidad durante tanto tiempo, pero no, no los quiero aburrir. Más bien, les voy a contar una corta historia sobre la aventura que tuve que recorrer para aceptar uno de los elementos que más me avergonzaba de mi identidad, mi nacionalidad. Recuerdo un día que volví de un viaje porque tenía que renovar mi pasaporte y me encontré con múltiples personas que me preguntaban: “¿Oye, es verdad que te deportaron?”. Aunque el comentario fue bastante cómico e ingenuo me hizo pensar en mi relación con mi país y en mi evolución e historia con este.

Un día de agosto de 2007, una Valentina de año y medio estaba a punto de abandonar su lugar de nacimiento, el lugar donde se suponía que iba a crecer, donde se encontraba una gran parte de su familia. Ese día, mi conexión con ese país se debilitó y lo perdí de vista durante mucho tiempo. Con los años, fui creciendo, y cada vez que alguien me preguntaba “¿de dónde eres?”, yo decía, “pues, soy de Venezuela, pero soy más colombiana que venezolana”. Añadía esa minúscula frase por miedo a la crítica, al rechazo o a los comentarios negativos. Claro, mi pequeña

adición no borraba los hechos. Efectivamente, soy venezolana, no hay mucho que hacer al respecto. Al decir esta frase, muchos me miraban de forma extraña, algunos con pequeños gestos de xenofobia y otros con comentarios dolorosos. Siempre quedaba estupefacta, me ponía roja y me apartaba. No me gustaba decir que venía de allá porque siempre venía con connotaciones negativas. Me han hecho muchos comentarios, todos los que se puedan imaginar, y por muy graciosos que les parecieran a esas personas, quebraban en mí ese lazo tan débil que me quedaba con mi país.

Un día, esta historia tomó un giro. Llegó a mi vida la persona que me abrió las puertas a un mundo donde ser venezolana no era una vergüenza, sino un orgullo completo. Carlos, mi primo, día a día me contaba anécdotas de su vida allá, de lo que fue crecer en ese entorno. Mis padres me contaban de nuestra vida como familia en Caracas, que aunque yo no pude disfrutar, mi hermana sí que lo hizo. Conocí a mi país a través de historias, chistes, anécdotas, reuniones familiares con personas que ni siquiera son parientes de sangre. Pude recrear en mi mente el club los fines de semana, los viajes a la playa en carretera, las navidades, y todas esas memorias se volvieron parte de las mías. La primera vez que conocí a todas estas personas que me ayudaron, eran simples extraños, y lo más impresionante para mí era el hecho de que nuestra primera conexión fuera nuestra nacionalidad.

Hay muchas características que definen nuestra identidad, hay personas,

lugares, religiones, hobbies y valores que nos distinguen frente a los demás. Cada uno es único gracias a estas diferencias, pero a veces, la vergüenza puede más que nuestro orgullo de pertenecer a algo y nos escondemos del mundo. Aunque sea difícil, debemos aprender a abrazar esas características únicas que nos definen, esos detalles que nos hacen brillar y que nos dan un sentido de pertenencia y de identidad. Hoy, quiero invitar a cada uno a quitarse esas máscaras que los esconden, los invito a aceptarse a sí mismos y darle la oportunidad a los demás de aceptarlos tal y como son. Si son verdaderos amigos, no cabe duda que lo van a hacer. Adicionalmente, los invito a no juzgar, a no herir ni hacer a nadie sentirse inferior a ustedes. Todos tenemos batallas e inseguridades, debemos ayudarnos los unos a otros a superarlas. Hoy, gracias a esa aceptación personal puedo decir que he crecido como persona, que he desarrollado mi identidad, que la he logrado aceptar y crecer.

Ahora, a dos meses de graduarme y a cuatro meses de irme a otra ciudad, puedo mirar hacia atrás y darme cuenta de mi evolución personal. Puedo darme cuenta que me voy siendo una persona totalmente diferente a como entré a este lugar hace catorce años, de la mejor manera posible. Espero que todos puedan decir lo mismo cuando se graduen, que puedan salir de este lugar que nos ayudó a formarnos siendo auténticos y únicos. Acuérdense, todos tenemos una identidad y debemos ayudarnos a construirla, no destruirla.

///

## María Lourdes Ramírez

“Quisiera no graduarme y quedarme en mi lugar seguro con las personas que me hacen sentir segura. Quisiera repetir esta vida 1000 veces y repetir todos estos recuerdos que me hacen la persona que soy hoy”.

### Una película

**M**i película favorita cuando tenía 5 años era Barbie y el castillo de diamantes. Con toda certeza, les puedo decir que yo, María Lourdes Ramírez, la veía 2 veces al día mínimo. Era imposible que yo me aburriera de esta o de cualquier otra película que veía. Al principio, mis hermanos creían que yo era una rara sin vida, pero después me contaron lo que habían concluido al verme: “Malú, tú tienes el super poder de poder repetirte las cosas una y otra vez”. Descubrí que a mí me gusta saber lo que va a pasar después, como cuando me repito una película, me llega un tipo de emoción que no puedo explicar con palabras, pero saber de antemano lo que va a pasar después le añade emoción a mi vida.

Las personas que me conocen saben que yo odio las sorpresas. Por eso, siempre encuentro una forma de que Sarita Moreno me diga cuál es mi regalo de cumpleaños sin que Antonia Concha se entere.

Soy tan así, que les pido a mis amigas que me muestren los videos de candelazo para que no sea una sorpresa.

Perdón, capitanes, les juro que no nos vamos a copiar.

Por lo tanto, descubrí que me gusta estar enterada de lo que va a pasar en mi vida, y como no sé qué es lo que va a pasar en mi futuro, me estreso. Es por esto que siempre que alguien me pregunta por mi futuro, me estreso y les digo “no quiero hablar de eso en este momento”.

Después de que mis hermanos me dijeran su conclusión sobre mi gusto por la repetición, esta siempre ha sonado en mi cabeza. Siempre que me repito una serie, me acuerdo de esta frase, o siempre que le digo a alguien que me diga cuál es la sorpresa.

Después de convencerme cada vez más de que sí tengo este superpoder, me pregunté si repetiría mi vida en el colegio, con todo igual, una vez más. Como cuando uno repite una película, que todo sigue igual y nada cambia. Después de hacerme esta pregunta, concluí que “sí, con toda seguridad y 100%, lo haría”.

Volvería al pasado, exactamente al 2008, cuando esperaba ansiosamente que Shuti (Sofi Gamboa) llegara de Periquito para poder jugar con ella a las hermanas. Nos encontraríamos en la casa de ella, y 4 de cada 5 veces Shuti estaría profundamente dormida en su cama y yo la tendría que despertar porque la prioridad de ese momento era jugar. Pasaría estos dos años con Shuti, pelean-

do, jugando, llorando y riéndonos, sabiendo exactamente lo que va a pasar después, añadiendo más emoción a la situación.

Después llegaría el año 2010, cuando conocería a las personas más importantes de mi vida, las personas de esta generación. Entraría a pre Jardín D, y ahí conocería a Sara, que ha sido una de las personas que ha estado ahí para mí estos 14 años. Jugaríamos a escaparnos de las personas, perdón si fueron una de ellas. Existirían muchos matrimonios entre muchas personas, como ya muchos saben, todos en pre Jardín nos casábamos con todos, no sabemos si era chiste interno o de todo el colegio. No se porque pero me acuerdo del de Sofi Acuña y Martín Amaya (creo que las 80 personas de la generación de ese momento estuvieron ahí para presenciarlo).

Después pasaría a Jardín B, un año donde la vergüenza sería muy común. En este año aprenderíamos a usar tijeras, una experiencia que marcó a muchos acá. Si no podías usar bien las tijeras, la profesora te haría hacer el oso al frente de todo el salón. Yo no sería la excepción, me quedaría alrededor de dos minutos tratando de cortar un hilo con unas tijeras y no podría. No solo era este tipo de humillación, pues existiría otro tipo que hacía mucho ruido. Cada vez que alguien se quitara sus zapatos de velcro, la profesora lo regañaría, pues no hay cosa que ellas más odien que ese sonido. Llegaría diciembre y haríamos el play de Jardín. Pasaría el año, y un día Sara se abriría la cabeza por

no saber sentarse bien en una silla, y llegaría al día siguiente con un colbón morado en el pelo para que la cabeza no le siguiera sangrando.

Llegaría transición y aquí conocería a Marivi y a Mo (Marimo). Nos volveríamos mejores amigas en cuestión de días, jugaríamos todos los recreos juntas, y haríamos muchos planes. Planes en los que mi gato se le escaparía a Marivi, y planes en los que haríamos fashion shows para mi empleada. Nosotras como un grupo de tres conoceríamos un lugar, un lugar que para muchos se volvería sagrado: la arenera. Aquí conoceríamos a más personas de la generación, pero más importante, aprenderíamos sobre el Poptix. Una consistencia de arena vista y sentida por la generación 2024. Gracias al Poptix, ningún niño llegaría limpio a su siguiente clase, pero todos seríamos felices con esta creación.

Pasaremos a un nuevo edificio, el edificio rojo del colegio. Estaría en 1C, y aquí aprendería que uno debe guardar las hojas de español como si fueran “oro en polvo”. Todo 1C oiría esta frase más veces que frases como “han hecho su tarea” y otras similares. Jugaríamos escondidas en las banderas, y algo que siempre pasaría es que Shuti tendría que contar. Perdón, Shuti, te juro que no volverás a contar en escondidas por el resto de tu vida. También, me dejaría estafar por Cami Sarria y Vale Álvarez, pues les daría una cartuchera de kipling por una simple bolsa de gomitas.

Llegaría segundo y con esto nuevos amigos, como Froggy y las lombrices. En 2A no habría persona que no se

muriera por Froggy, una rana de peluche. Todos esperaríamos ansiosamente que fuera nuestro turno de llevarnos a Froggy a la casa por un fin de semana. Al llegar mi fin de semana, que era un puente, dejaría olvidado a Froggy en mi casa por todo el fin de semana sin volverlo a ver una sola vez. Me acordaría el martes que tenía que escribir un Journal Entry sobre Froggy, que escribiría en 5 minutos, antes de que me recogiera el bus.

Más adelante, nos pondrían un proyecto en ciencias de tener una finca de lombrices. Vería como Swampy corta una lombriz en dos con la regla de alguien y después le devuelve la regla a esa persona sin culpa alguna. Durante todo segundo, todos experimentaríamos el estrés por Raz Kids, la plataforma más odiada por todos los nogalistas. Le lloraría a mi mamá la mayoría de los domingos para no tener que ir al colegio el lunes, porque si se daban cuenta que no había abierto Raz Kids, me pondrían un voy a pensar.

Llegaría tercero y con esto nuevos nombres en Instagram. Se crearán las cuentas de malu\_pepina y cata\_banana. No nos pregunten por qué, pero así nos llamaríamos en Instagram al menos por un año. También pasaría el play de tercero, y mis inseguridades no me dejarían audicionar para otra cosa que no fuera Aunt Em. Todos nos moriríamos de miedo cuando el profesor de inglés leyera por orden de lista los personajes. Apenas mencionaran que San Mármol era Uncle Henry, me entrarían los nervios. Después dirían que yo

había quedado como Aunt Em y me pondría feliz.

Pasaríamos a cuarto y seríamos los más grandes de la sección. Aquí formaríamos un grupo de amigas en el cual nuestro único propósito sería jugar el juego de las Kardashians. También iríamos detrás del gimnasio y saltaríamos como Spider-man. Pasaría la mayoría de mis recreos haciendo Musically con Marivi. También grabaríamos muchos Manikin challenges en el baño del poli. Eso sí, si pudiera cambiar algo de mi vida en el colegio sería que Jordan me escogiera a mí Kardashian. Pasaríamos todo este año felices, jugando y bailando.

Nos volveríamos los más chiquitos del edificio, y pasaríamos a Básica. Aquí estaría en 5C, donde Shuti saldría muy perjudicada por todas las instancias que le tuvo que ir a pedir a Lucia. Aquí pasaría mi primer susto académico. Fercho nos llamaría para mostrarnos la nota del primer bimestre de informática, una de las clases con las que más he sufrido. Sin culpa, vería la nota de otra persona y me pondría a llorar, después me daría cuenta de que había pasado la materia con un 62 y no con un 59 como había visto. Aunque no me tiraría la materia, me asustaría mucho.

Pasaría a sexto, y aquí aprendería mucho en las clases de inglés, por ejemplo, cómo hacer una canción de Stargirl, esforzarme con Valeria demasiado y después sacarnos S. También aprendería a bloguear en Snapchat y aprendería que era un molusco gracias a Felipe Guarín. Aquí

conocería al grupo del árbol, alrededor de 14 niñas que iban a un árbol a sentarse en los recreos. Les quiero dar las gracias por aceptarme, aunque un año después ese grupo se haya destruido totalmente. Pasaría este año con Valeria, cantando durísimo en clase, estresando a las personas, pero muy feliz.

Después llegaría séptimo, aquí, por razones de la vida, Sara, Man Guerrero y yo nos alejaríamos mucho. Me acercaría más a Maricha y después de peleas y más, nos daríamos cuenta de que somos la misma persona pero en diferente font.

Conocería a Antonia, una de mis mejores amigas hoy en día. Ella me llevaría a conocer su grupo de amigas y después este grupo se destruiría, dejándonos a Antonia y yo contra el mundo. Después llegaría la pandemia y con esto vendrían las llamadas en house party con Man Guerrero y Emilio hasta las 3 de la mañana. De nada Emilio, acuérdate de mirar siempre a las viejas a los ojos.

Pasarían alrededor de 7 meses donde solo nos veíamos por House Party y jugábamos Roblox en los recreos.

Pasaríamos a octavo, virtual. Aquí jugaríamos Buzzfeed quizzes y pinearíamos a la gente en zoom. Seguiría en el grupo con Antonia y lentamente me volvería otra vez amiga de Sara y de Man Guerrero. Tendríamos clases en el centro de Artes y vería a Antonia desde lejitos porque no estábamos en el mismo cluster. Aquí lloraría con Antonia porque no pudimos comprar las boletas de Harry Styles y

asistiríamos a conciertos virtuales en Villa de Leyva.

Pasaría a noveno y aquí podría conocer a mi grupo de amigos de hoy en día creado por la fiesta de los mellizos. Aquí Antonia y yo nos acercaríamos a Sara. Crearemos el grupo en un viaje a Santa Marta, donde también conoceríamos mejor a Fede y a Emilio. Nos volvimos PPP, pollo, pizza y pasta.

Pasaría a décimo, y aquí conocería nuevas personas, como mis amigas que en este momento están en décimo. También conocería más a Sofía Cardona y a Gabriela, con ellas nos reiremos y lloraremos con Hey Jude. Pasaría todo este año y yo sería feliz, con mi grupo de amigos conociéndolos cada vez más. Conocería a nuevas personas y tendría mucho miedo de pasar a once. Aquí también conocería a una de las personas que cambió mi perspectiva total sobre la vida, gracias Martín. Después pasarían los meses y nos iríamos a Amazonas, una de las peores pero mejores experiencias de toda mi vida. Aquí tendría encuentros con tarántulas que se suben a las maletas de mis amigas, y tendría que rezar todos los días para llegar a Maras; un hotel que en los ojos de todos era 5 estrellas con jacuzzis y más.

Por último, pasaría a once con el mejor grupo de amigas, de platillos, con los mejores amigos y con mi grupo de jefes soñado. Sería muy feliz en mi último primer día y rezaría para que nos dejaran llevar el carro. Después Sara me diría que le cambiará de fecha el discurso de once y llegaría al presente, donde estoy ahora, es-

cribiendo este discurso. Me volvería a preguntar si repetiría mi vida en el colegio, y otra vez diría que sí.

Quisiera no graduarme y quedarme en mi lugar seguro con las personas que me hacen sentir segura. Quisiera repetir esta vida 1000 veces y repetir todos estos recuerdos que me hacen la persona que soy hoy.

Quisiera quedarme para siempre con Sara y con Antonia.

Quisiera quedarme para siempre con esta generación.

///

## Manuela Recio

“Precisamente, ese es uno de mis propósitos en la vida: que por medio de sus sentidos, ustedes puedan escuchar el nombre de alguien y que, al mismo tiempo, todos tengan la misma imagen de esa persona, todos reconozcan su esencia.

“¿De dónde vienes?” me preguntan.

“De Perú”

“Ahh, entonces, ¿eres peruana?” siempre cuestionan.

“No, en realidad ... mejor comienzo desde el principio. Nací en Suiza, nos mudamos a Tuluá, después a Lima y hace 9 años estamos en Bogotá”

Para muchos, esta conversación de 15 segundos se convierte en un dato curioso, o simplemente una característica más de Manuela.

En realidad:

Vengo de finca, de pesebreras, de lago y escondite en la noche con mis primos. Vengo de chontaduro, marranitas y aborrajados. Vengo del regío y del “Vé, mirá que...” Vengo de las conversaciones en la sobremesa del almuerzo, de los cuentos de mi abuela antes de dormir y de las historias que cómo prima mayor siempre le conté a los más chiquitos. Vengo del “tu forma de ser es igual a la de tu abuela”, a quién nunca conocí; del “eres una copia de tu mamá”, pero si me conocen, mis gustos son de mi papá. Vengo de ser no la niña, sino la estudiante más alta de la promoción. De ser la que se rompió el diente en segundo en su primer día de colegio. De ser el árbol en el play de tercero. Vengo de los alpes suizos, en donde algún día me imagino viviendo, pero más orgullosamente colombiana no podría ser. Vengo de “¿a dónde vas en vacaciones?”, y yo respondo: “a Cali, cómo raro”. Vengo de reuniones familiares de 200 personas, de 14 tíos abuelos por cada lado de mi familia, en donde decir que estoy con mis primos se aleja de ser raro. Vengo de mi antes y de mi ahora.

Honestamente, vengo de lo que en realidad estoy orgullosa.

Ese orgullo y gratitud que siempre trato de mantener dentro de mi es lo que me ha llevado a ser quien soy ahora. Estar feliz por esas pequeñas partes del día es al final lo que me lleva a culminar mi rutina y levantarme al siguiente para seguir dando lo mejor de mi. ¿De qué me sirve valorar y reconocer de dónde vengo, si eso no me lleva

a ningún lado? ¿Para qué agradecer lo que me rodea, si yo no puedo dar ni dejar nada para los demás?

A través de los recuerdos, las memorias y las historias que viven dentro de cada una de las personas que me rodean es que me muevo yo. Por las motivaciones, metas, risas y ayuda de los demás es que quiero ser una mejor versión de mi. Porque todo esto al final del día, se resume en mi esencia. Mi esencia cómo mi huella en los demás. Para construir unión, confianza y familia.

Esencia es: “aquello que constituye la naturaleza de las cosas, lo permanente e invariable de ellas” (RAE). Esa es mi motivación para que a lo mejor me recuerden por algo. Para que les quede una parte de mi dentro de ustedes. Para que mi esencia pueda ser recordada y pueda tener un propósito dentro de la vida de las personas. En el momento en que comprendí el significado de esencia, fue cuando entendí porque me gusta involucrarme en tantas cosas en donde genere constantes relaciones con los demás. Pero, ¿para qué? Quizás por el síndrome nogalista del que tan poco se habla, o mejor, por ese querer hacer las cosas bien tanto en mi vida como en la de los demás.

Ahora: ¿para qué? ¿por qué admiro a mi hermana todos los días por su alegría, sabiduría y madurez? ¿por qué aprendo de la ayuda incondicional de mis amigos? ¿por qué me inspiro de los profesores a tener una vida de balance y ejemplo? La respuesta es construir. Construir un “algo” compartido. En donde poda-

mos crecer juntos e inspirarnos para crear un futuro con nuestros ideales. Transmitir el concepto de “esencia compartida”. Platón en uno de sus diálogos habla de la capacidad de pensar conjuntamente en una idea específica en el momento en que a través de los sentidos percibimos algo. Es la idea de que todos al escuchar un concepto específico, pensamos en la misma imagen sin que nadie nos lo indique.

Precisamente, ese es uno de mis propósitos en la vida: que por medio de sus sentidos, ustedes puedan escuchar el nombre de alguien y que, al mismo tiempo, todos tengan la misma imagen de esa persona, todos reconozcan su esencia. Que al escuchar la promoción 2024, todos aquí puedan tener la misma imagen que los de once tenemos. Una imagen de ejemplo. Y que en realidad puedan recordar nuestra esencia por muchos años más.

Muchas gracias a todos estos años de colegio y de relaciones que me han llevado a formar la persona que soy hoy y a tener este primer entendimiento en mi vida.

///

## Camila Sarria

“En general, siempre he sido una persona muy gallina, me dan miedo muchas cosas. Sin embargo, me encantaría saber por qué no le tengo miedo al primer examen del semestre”.

Siempre he sido una persona de fe. Es el tipo de fe que cuando mi papá me preguntaba que cómo me sentía para un examen, siempre respondía con un simple, “yo le tengo fe”, por más de que no estudiara para el examen. Sorprendentemente, esta fe me ayudó por varios años. Logré pasar invicta hasta que la clase de escritura y diseño, o como la llaman acá, Geometría, me demostró que tener fe no me iba a ayudar a pasar un examen.

En general, siempre he sido una persona muy gallina, me dan miedo muchas cosas. Sin embargo, me encantaría saber por qué no le tengo miedo al primer examen del semestre. Yo no entiendo cómo, pero siempre que inicia el semestre, el primer 60 para mí es como uno de muestra, como si no contara la nota, y así debería ser. Un primer examen para saber cómo estás con temas de la materia. Un examen diagnóstico.

De las 5 clases de matemáticas que he visto en los últimos años, dos de esas las empecé con una alta nota de: 16 en precálculo y un 18 en cálculo, ambas de 100.

Aunque, eso sí, por lo menos se puede decir que mejoré, o así me lo pintaban mis amigas unos meses después cuando yo lloraba en el baño por semejante ridiculez de nota, que fue por causa mía totalmente.

Uno pensaría que después de esto aprendí que debía estudiar más para los exámenes, a empezar bien el año para no sufrir al final, pero no.

Logré pasar estas materias con mucho estrés, ayudas, tutorías, tareas sin

faltar, numerosas horas de estudio antes de los últimos exámenes y arrepentimiento por dejar todo para último momento. Siempre, teniendo en cuenta que me pude ahorrar esto si tan solo hubiera estudiado al principio cuando los temas no son tan difíciles.

Esto no solo me pasa en matemáticas.

En este instante estoy viviendo las consecuencias de relajarme mucho antes de un exámenes. Siempre me cuestioné qué tan vaga tenía que ser la gente para echarse el DELF, hasta que aprendí que tenía que ser como yo. Ahora me toca tomar un curso intensivo en la Alianza Francesa, aparte del colegio, con el propósito de aprobar un examen pendejo.

Gracias Camila por eso.

¿Se podría decir que aprendí de unos de estos ejemplos? No. O por lo menos, me falta demostrarlo.

Hace más o menos 2 años, en el concierto de Megaland, mi estado de atención y conciencia no era el mejor y puede, puede que se me haya caído el celular o, como les dije a mis papás, me lo robaron.

Obviamente, mis papás se pusieron furiosos porque me habían advertido y me recomendaron llevar una panelita, pero no lo hice. Meses después, me regalaron un nuevo celular de cumpleaños y me comprometí a cuidarlo.

Desafortunadamente, esta promesa no duró más de 6 meses, cuando en Santa Marta se me cayó el celular en el mar.

Como lo recordarán los que estaban presentes, yo busqué ese celular como una psicópata. La rabia que sentí conmigo misma era inexplicable. Me sentía como una niña desahogada y descuidada, que no valoraba las cosas que le dan sus papás.

Después de varios días de recuperación y rabia hacia mi falta de fuerza al sostener los objetos de alto valor en la mano, me di cuenta que todo esto tenía que pasar.

No les voy a decir mentiras, es evidente que no he aprendido nada de mis errores. Sin embargo, la única manera en la que pude superar todos estos eventos desafortunados, se lo debo a las personas que me han apoyado incondicionalmente.

Ese día, en que la mayoría de la generación me acompañó a tratar de desenterrar mi celular bajo una tormenta eléctrica, me di cuenta de que estas personas me van a apoyar sin importar cuántas veces pierda mi celular, un examen, o el DELF. Más allá de las lecciones, estas amistades son las que me llevó para la vida.

Esas personas que se emocionan por ti por el más mínimo logro que hayas tenido.

Esas personas que te desean suerte antes de cualquier partido.

Esas personas que te ayudaron a entender cálculo una, y otra, y otra vez, sin importar las miles de otras cosas que tenían que hacer.

Esas personas que te despiertan cuando te quedas dormida en un fiesta porque no quieren que te la pierdas.

Entonces, estoy orgullosa de decir que aunque no parezca, si aprendí de mis errores. No todo los aprendizajes se ven de manera directa. La falta de estudio y seriedad al inicio del semestre, me ha enseñado que las matemáticas podrían ser lo mío si dejas que lo sean. En el examen final de cálculo me saqué una nota increíble. Tan buena, que me pasó la materia. Ahora, ¿qué pasaría si hubiera aplicado todo lo que hice para el examen final durante todo el semestre? Sería la mejor de la clase de AP cálculo.

Ahora lo que sigue es ver cuánto me sacó en el primer examen de estadística

///

## Nicolás Simões

“*Saudade* nos recuerda que nuestras experiencias, las amistades y las relaciones que hacemos en el camino son lo que realmente le dan sentido a nuestras vidas.”

### Saudade

Hay una palabra en portugués que siempre ha sido objeto de mi fascinación: *Saudade*. En Brasil, esta palabra está profundamente incrustada en la cultura y en la tradición, presente en canciones, poesías y discursos, de los más alegres y románticos hasta los más melancólicos. Muchos de

ustedes seguramente ya la habrán escuchado, pero realmente no saben su significado verdadero. *Saudade* es una palabra la cual no se puede expresar con exactitud en el español. Es el sentimiento de añoranza por algo o alguien que está ausente, es el incomparable duelo que se siente al recordar el pasado. Y es lo yo que siento cada vez que pienso en mi etapa en el colegio y en Colombia en general. Aunque no me haya graduado todavía, sé muy bien que mi tiempo en Los Nogales está casi por terminarse, y cada vez que pienso en esto, un incontrolable escalofrío toma control de mí. Desde que me entiendo como persona, le he temido a la *saudade*, porque la asocio a los momentos más difíciles y dolorosos de mi vida. El sentir *saudade* siempre viene acompañada de la despedida de lo que apreciamos, y la llegada de la incertidumbre y el desconocido. Y sí, la *saudade* que siento en este momento viene junto a un gran miedo. Un miedo de dejar atrás todo lo que he vivido y construido en estos 6 años desde que llegué a Colombia. Un miedo de perder a todas las personas que se han vuelto parte de mi vida. Un miedo de enfrentarse solo a un futuro incierto, sin la seguridad del colegio, mis amigos, mi familia y todo lo que se ha vuelto mi cotidiano en estos últimos años.

Incontables son las noches que he perdido sueño temiéndole a mi graduación, y a lo que el impredecible futuro tenía guardado para mí. Pero, en estos últimos meses, con la amenaza del cambio cada vez más

cerca de mí, descubrí que la *saudade* va mucho más allá que la tristeza. Aunque esta puede ser aterradora, también es una fuerza poderosa que nos impulsa a crecer, valorar lo que tenemos y a apreciar los momentos que compartimos. Nos recuerda que nuestras experiencias, las amistades y las relaciones que hacemos en el camino son lo que realmente le dan sentido a nuestras vidas.

Mi paso por el colegio, como el de absolutamente todos ustedes, fue marcado por altibajos, de alegrías seguidas de tristezas. Me propuse muchas metas, ya sean personales, académicas, sociales, etc. pero nada nunca salió como yo hubiera esperado. A veces, y esto Suarez lo puede confirmar, por más esfuerzo que le dedicaba a algo, parecía que nunca podía lograr mi objetivo. Inmúmeros fueron los momentos en los cuales me preguntaba si todo ese esfuerzo y dedicación valían la pena. Me cuestionaba si no era mejor simplemente resguardarme en el confort de lo “seguro”, y abandonar todas mis aspiraciones. Entretanto, por más presión que sentía de solo existir sin arriesgar nada, decidí seguir peleando por mis metas y objetivos, siempre empujándome para soñar más alto, y debo decir que fue la mejor decisión que pude hacer. Después de seis años de probar un poco de todo en el colegio, de buscar actividades y experiencias distintas a lo que estaba acostumbrado, y sobre todo de tratar y tratar y de muchas veces fallar, aprendí que genuinamente, la meta

es lo de menos. Aprendí que lo que hace todas las traspasadas, las madrugadas y las quedadas valer la pena son las experiencias que uno tiene el privilegio de vivir, y todos los pequeños momentos que nos terminan cambiando la vida. Desde los entrenamientos de deportes, los ensayos de la banda y los modelos de ONU a los días de conciertos, las noches de fiesta y los amaneceres de Santa Marta o Sutatausa, en su defecto. Entre las risas, los logros, las lágrimas y las derrotas, lo que me queda para el resto de la vida son todas las personas increíbles que pude conocer en el proceso, y las experiencias inolvidables que componen mi identidad. Y les aseguro que esas memorias valen mucho más que cualquier capitania, jefatura, personería, o cualquier otro tipo de reconocimiento. Entonces, este es mi mensaje para ustedes: Confíen plenamente en el proceso, porque puede que sus metas parezcan ser lo único que importa en este momento, pero les aseguro que la vida pasa volando, y pronto estarán como yo, despidiéndose del colegio, y verán que lo único que realmente importará son las personas y las experiencias que hicieron en el camino. Y si no lograron sus aspiraciones, levanten la cabeza y sigan luchando por lo quieren, porque lo único de lo que se arrepentirán es de no haber intentado todo lo que alguna vez quisieron hacer. Tomen riesgos, porque independientemente del resultado, la experiencia vale la pena, y el verdadero fracaso

está en no intentarlo. Entonces vivan, no solo existan, y acuerdense que nunca sabremos el valor de un momento, hasta que este se convierta en un recuerdo.

Y para mi generación, les quiero agradecer por todo su apoyo y empatía desde mi primer día, y por todas las memorias que me convirtieron en la persona que soy. Pero, así como la *saudade* nos hace mirar atrás con ternura y gratitud, también nos recuerda la importancia de seguir adelante. Porque la vida está hecha de despedidas y nuevos comienzos, de desafíos y superaciones. Y es precisamente en estos momentos de clausura donde encontramos la oportunidad de crecer, de reinventarnos, de buscar nuevos horizontes. Por lo tanto, no veamos esta despedida como un adiós, sino como un hasta pronto. Un hasta pronto para los amigos que seguirán su propio camino, pero que de una forma u otra siempre estarán con nosotros, y un hasta pronto a este lugar increíble al que pudimos llamar de casa por todos estos años. Por eso, generación 2024, deseo que este momento de despedida sea sólo el comienzo de un camino lleno de logros y felicidad. Que miremos hacia atrás con gratitud y hacia adelante con esperanza, sabiendo que dondequiera que nos lleve la vida, siempre llevaremos con nosotros un pedazo de este viaje que ahora termina. Es por eso que hoy me paro por última vez al frente de mi colegio, a decir orgulloso y sin miedo que sentiré *saudades* de todos y cada uno de ustedes. Gracias, Nogales.

///

## Mariana Taborda

“Me gustaría que antes de graduarse puedan llegar a conocer un poco más de mí y de mis pasiones, más allá de lo que puedo mostrar a simple vista”.

Una idea común entre nosotros al ver a alguien, es pensar inmediatamente en cuáles son sus gustos y a cuáles extracurriculares pertenece. Pareciera que pensar en esto no solo es una idea, sino también una manera de encasillar a los demás. Tendemos a crearnos un perfil de los otros a partir de nuestros propios sesgos creados por experiencias pasadas. Quedándonos con una imagen de los demás formada a partir de esa primera mirada.

A diferencia de la mayoría de mis compañeros desde hace ya varios años, no formó parte de ningún equipo del colegio y no participó en ninguna extracurricular. Esto lleva a que al hablar con nuevas personas, estas tiendan a hacerse una imagen de mí basándose únicamente en la manera en la que me visto o mi manera de hablar. Sin embargo, me gustaría que antes de graduarse puedan llegar a conocer un poco más de mí y de mis pasiones, más allá de lo que puedo mostrar a simple vista.

Para empezar, como ya saben mi nombre es Mariana Taborda y tengo 18 años. Durante toda mi vida he cambiado mucho de gustos. Por ejemplo, en algo tan sencillo como

la comida. Para las personas que me conocen puede que les llegue a sorprender esto, pero de hecho cuando era chiquita era la persona más carnívora que existía en la tierra. Mi mamá me cuenta que le pedía que me cocinara carne de desayuno, almuerzo y comida. Sin embargo, por temas de salud, mi pasión pasó a ser por las verduras y los mariscos. Claramente mi gusto por la carne no se desvaneció por completo gracias a lo carnívoros que son en la casa de mi padre.

En términos de mis gustos musicales, estos fueron un revuelto muy verraco durante toda mi vida. Todo comenzó con el grupo One Direction, que me gustó por aproximadamente 3 años. Después, por cuestiones de la vida, terminé siendo más apasionada por canciones electrónicas, como algunas de Martin Garrix & David Guetta. Para ser honesta este gusto me duró como dos años y luego terminé pasando a una mezcla entre canciones de pop con reggaeton. Luego, estos gustos dieron una vuelta muy loca y terminé pasando a una música de un idioma que ni siquiera hablo, el género del kpop. Claramente, mis seres queridos estaban muy confundidos de cómo me podía gustar las canciones de un idioma que ni siquiera hablaba, pero al final simplemente me apoyaban. Como todo lo anterior, este gustó también duró como dos años y luego pasé a lo que es hoy en día: escucho una mezcla bastante interesante entre pop, pop-rock, reggaeton, electrónica y rap. Sin embargo, mi cantante favorita podría decir que es Pink.

En términos de mis extracurriculares o actividades fuera o dentro del colegio, como muchas personas, roté por muchos equipos y actividades: estuve 2 años seguidos en el equipo de fútbol femenino del colegio. Me acuerdo perfectamente que jugaba como defensa y me gustaba mucho mi posición. Sin embargo, por cuestiones de la vida, me salí del equipo y le di una oportunidad al voleibol. Este deporte lo practiqué durante 4 años aproximadamente, a veces estando en el equipo y en otras ocasiones solo estando en la clase de Sports. Luego, por influencia de mi mamá, una disciplina llamada Krav Maga entró a mi vida. Es una práctica de autodefensa de origen Israelí, donde me enseñan a hacer llaves y a defender y recibir diferentes golpes. Esta fue una disciplina que realmente me llegó al corazón y la sigo practicando, llevo 6 años en ella. Al mismo tiempo, en el colegio ingresé a otros deportes. Por pura curiosidad terminé en Hockey. Para ser honesta, no era muy buena ya que no había patinado hacía un par de años y este deporte requiere de mucha habilidad en los patines. Sin embargo me divertí y creé nuevas amistades que no hubiera logrado conseguir si no fuera por ese deporte. Por último, me metí en un acondicionamiento físico que me fue muy útil para mi examen de paso de nivel en Krav Maga.

Ahora, teniendo toda esa información sobre mis gustos, ¿les sorprendió algo? ¿O tal vez su imagen de mi cambio? Si es o no así, espero que por lo menos hayan podido darse la

oportunidad de escucharme y tal vez conocer un poco más de mí. Adicionalmente, los invito a pensar, en qué pasaría si nos diéramos la oportunidad de conocer a los demás un poco más, tal vez seríamos cercanos a muchas personas con las que nunca hemos pensado siquiera hablar.

Por último, tocando el tema de personas cercanas, me gustaría terminar este discurso agradeciendo a todas esas personas que han estado conmigo durante estos diferentes cambios de mi vida. Especialmente me gustaría agradecer a mis padres. A Carla, Maca, María Emilia, Migue, Cami Uribe, Gonzalini, Sara, María, Dani, Lala y Majiasion, por su apoyo incondicional.

///

## Sebastián Vásquez

“En el cruce de caminos entre el adiós y el continuar, hallamos un espacio en el que nuestras experiencias en el colegio, desde los tiempos de inocencia en primaria hasta los desafíos de Semestralizado, se entrelazan para formar un rompecabezas único en nuestras vidas”.

### Trazando huellas

**D**ecir adiós nunca es una tarea sencilla. Requiere que enfrentemos un abismo de emociones encontradas, especialmente cuando se trata de despedirnos de un lugar que ha sido un escenario para toda una vida de experiencias. Pero, en mi caso, no

veo esta despedida como una carga, sino como una oportunidad de dar un salto hacia el futuro con una sonrisa en el rostro y una actitud valiente.

Hoy quiero comenzar de manera distinta. Los invito a que miren a su alrededor y observen detenidamente a las personas que los acompañan en este momento. Cada uno de los rostros que ven, cada risa compartida, son fragmentos de un preciado tesoro. Estos momentos son pasajeros, y nunca sabemos cuándo volveremos a encontrarnos en circunstancias como esta. En tan solo ocho meses, algunos de mis amigos más cercanos y quienes han sido mi apoyo durante mucho tiempo emprenderán caminos distintos. Esta transición es una invitación a abrazar la aventura con gratitud y valentía, a mirar hacia el futuro con optimismo, y a apreciar el pasado que nos ha moldeado.

Mi viaje en primaria comenzó con una inocencia resplandeciente y una sonrisa que no conocía límites. Pero cuando llegó el primer grado, la realidad me recordó que la vida no siempre es un juego de niños. Para algunos, este período se ve como un paseo sencillo por el parque, pero yo lo viví de manera diferente. Dejemos ahí. Pero esto, por más feo que suene, no fue tan malo. Pues conocí a un grupo de personas como ningún otro y realmente encontré a mi generación. Aparte de eso y ya más real, no puede haber aprendido más de Luz Elena, aunque ella no estaba preparada para dejar ir al mismísimo Vásquez. Las lecciones que enfrenté en esta etapa temprana me impulsaron a crecer y a aprender sobre mí mismo.

La búsqueda constante de aprobación de los demás es un desafío que enfrentamos a lo largo de la vida. Permítanme compartir un episodio que, aunque incómodo, se convirtió en un punto de inflexión en mi crecimiento. Sucedió en una clase común y corriente, donde se me asignó la tarea de leer en voz alta frente a mis compañeros. Pero mi mente estaba en otro lugar, y mi lectura se transformó en un espectáculo cómico. Este episodio, aunque embarazoso en ese momento, me llevó a enfrentar una inseguridad que no conocía. A partir de ese día, decidí actuar para evitar ser llamado a leer. Esta estrategia tuvo sus éxitos, pero también sus desafíos. Y cómo pueden ver acá me encuentro al frente de todo ustedes.

Estas experiencias me enseñaron que los obstáculos y los errores son oportunidades de crecimiento. La primaria no solo fue un lugar de aprendizaje académico, sino también un terreno fértil para el autoconocimiento. Cada dificultad que enfrenté me brindó valiosas lecciones sobre mí mismo y sobre la vida en general.

Ahora Básica marcó un nuevo capítulo en mi viaje. La presión aumentó, y la motivación fluctuó en una danza constante. Pero mi llegada a Semestralizado se convirtió en un faro de luz en medio de la tormenta. Esta etapa me brindó la oportunidad de conocer a personas que influyeron significativamente en mi vida. Las lecciones que aprendí no se limitaron al ámbito académico, sino que se extendieron al campo de la vida misma.

A medida que avanzaba en esta sec-

ción, me topé con obstáculos que me llevaron a momentos de agotamiento y desánimo. Las mañanas se convirtieron en un desafío constante, y mi interés en las clases comenzó a disminuir. Incluso llegué a descuidar mis responsabilidades escolares durante un tiempo. Pero un día, la motivación y la determinación regresaron a mí.

Semestralizado me tomó por sorpresa. Luego de un periodo de turbulencia causado por la pandemia, llegué a noveno grado con lagunas en mi aprendizaje. A pesar de las dificultades, este año fue mágico y revelador. El ambiente en Semestralizado estaba impregnado de entusiasmo, y mi desempeño académico se elevó. Aunque esto no estuvo exento de desafíos, me mostró que cada etapa de la vida tiene su propia belleza y enseñanzas.

El colegio a menudo se describe como un lugar sin sentido, un sistema que nos impulsa hacia la excelencia académica como autómatas sin alma. Sin embargo, con el tiempo, mi percepción experimentó un giro de 180 grados. Dejé de ver al colegio como una prisión y comencé a valorarlo como un espacio donde podía crecer como individuo. El colegio no solo fue testigo de mis mejores y peores momentos, sino que me construyó, me hizo creer en la importancia de la educación, y me llevó de ser un niño desinteresado a un ciudadano que, hace pocos días, voto por primera vez. Me enseñó, además, sobre la importancia de la amistad y me junto con alguien que cambió mi vida. Pues el colegio me moldeó en lo que soy hoy.

En el cruce de caminos entre el adiós y el continuar, hallamos un espacio en el que nuestras experiencias en el colegio, desde los tiempos de inocencia en primaria hasta los desafíos de Semestralizado, se entrelazan para formar un rompecabezas único en nuestras vidas. Cada etapa ha sido una piedra angular en nuestra construcción como individuos. Decir adiós a este capítulo no es solo un cierre, sino una apertura hacia lo que el mañana tiene preparado para nosotros.

Mientras algunos se quedan para continuar con sus arduos estudios, otros nos aventuramos hacia nuevos horizontes. Pero, independientemente del rumbo que tomemos, todos compartimos un vínculo que se forjó en los míticos pasillos de Semestralizado y en cada uno de los salones donde conocimos a gentes nuevas. En estos pasillos, no solo aprendimos matemáticas y fórmulas, sino también lecciones sobre el valor de la amistad, el autoconocimiento y la resiliencia. Cada risa compartida, cada desafío superado, y hasta aquellos momentos de inseguridad que nos parecieron abrumadores, contribuyeron a nuestra evolución.

La vida es un viaje sin un destino final, y el colegio ha sido un capítulo fundamental en ese viaje. Me ha enseñado que los obstáculos son oportunidades de crecimiento, que la motivación a veces se oculta, pero puede regresar con fuerza, y que el autoconocimiento es un viaje constante. Mientras seguimos adelante, abracemos la valentía que hemos demostrado al enfrentar los desafíos y la gratitud por las amistades que han iluminado nuestro camino. Este colegio no

solo nos moldeó en lo que somos hoy, sino que también nos equipó con las herramientas necesarias para enfrentar el futuro con confianza y optimismo.

Así que, a quienes continúan en este bello espacio, los animo a abrazar cada día como una oportunidad para crecer y aprender, no solo en el ámbito académico, sino también como seres humanos. A quienes nos despedimos, llevamos con nosotros una maleta llena de recuerdos y lecciones que nos acompañarán en los nuevos senderos que exploraremos. La vida es una constante evolución, y nuestro tiempo en este colegio ha sido un valioso capítulo en esa historia. Recordemos siempre que, al decir adiós, damos la bienvenida a un futuro lleno de posibilidades y nuevas experiencias que nos esperan con los brazos abiertos. Y como dijo el viejo Rey León: “El pasado puede doler pero, tal y como yo lo veo, puedes: o huir de él o aprender”.

///

## Mariana Villegas

“Si algo aprendí después de tanto tiempo de perseguir esta perfección es que puedo afirmar con tranquilidad que a ninguno de ustedes les importa si soy buena en todo, o que sea perfecta. No le exijan eso a nadie y no dejen que nadie se los exija, empezando por ustedes mismos, porque no se lo merecen.”

## ¿A qué costo?

No vamos a decirnos mentiras, pocas personas sienten el mismo orgullo que yo siento cuando mi hinchada responde a la pregunta ¿de qué colegio eres? Es: “De Nogales”. Sí, toda mi vida he amado a este colegio y, como gran parte de mi generación, he querido destacarme en cualquier aspecto que me sea posible durante mi vida escolar. Así ese pequeño aspecto sea un spelling bee en cuarto de primaria.

Honestamente, se podría decir que lo he logrado hasta un punto. Estoy infinitamente agradecida por mis cargos de liderazgo a lo largo de mi vida escolar. Cargos por los cuales me he esforzado, he llorado, me he desvelado, he disfrutado, he luchado. He luchado, insaciablemente, por esa excelencia nogalista, o como yo la veo: la perfección nogalista. Esta incansable lucha está directamente relacionada con la presión que me he puesto a mí misma desde que aprendí sobre la satisfacción que brinda sobresalir.

Mi afición por “ser la mejor” empezó en segundo de primaria, cuando aprendí que ser buena en los deportes y que me escogieran como una de las primeras niñas en educación física, se sentía sorprendentemente bien. Pero acostumbrarse a ese sentimiento fue un error de novato, porque así como se me facilitaban los deportes y las interacciones con los demás, no se me facilitaban las matemáticas. Tuve mi primera tutoría en tercero, y aunque me quedara todos los martes a estudiar, mi resultado en el examen final lastimosamente fue una insípida A.

Así es como, con el menor sentido de arrogancia posible les voy a decir mi verdad. Oír durante gran parte de mi vida que soy buena en cosas a las cuales no les he dedicado tiempo, me hacía sentir tan bien que creó un sentido de autoexigencia en mí, el cual hoy en día es una de las razones por las que me persigue la inseguridad y la incertidumbre. También creó una imagen de mí ante los demás. Como alguna vez me dijeron en banda las grandes: “la niña prodigio”. Lo odié. Lo odié porque desde ese momento sentí que no solo estaba viviendo conforme a mi autoexigencia sino también a la imagen que tenía que sostener con los demás. Y desde ese momento me volví experta en el arte de enmascarar. Enmascarar emociones.

Pues si hago todo bien, con tanta facilidad ¿porque iba a estar mal? ¿Qué razón iba a tener si todo en mi vida era perfecto? Pues les digo, aceptar que estoy mal me cuesta, por el simple hecho de que quiero que la gente piense que siempre estoy bien emocionalmente, especialmente para no ser una carga para los demás. Pero desde quinto, mi vida se volvió una carrera entre complacer a los demás y actuar acorde a “mi imagen”, o tranquilamente ser yo. Aceptar que me cuesta hacer algunas cosas, que no soy la mejor en todo, que no tengo la vida perfecta, que no le puedo caer bien a todo el mundo y que no siempre estoy feliz.

Ha sido sumamente desgastante esa carrera, porque en el fondo de mi corazón, me encantaría poder afirmar que las cosas se me dan con

facilidad, pero nunca ha sido así. Y, en cierta medida, lo más desgastante de todo ha sido esforzarme para que nadie se diera cuenta de que todos los días después del colegio llegaba cansada de tratar de ser la mejor y que nadie se diera cuenta de que era simplemente un intento, una fachada.

Para mí, la excelencia nogalista nunca se basó en el esfuerzo, creo que ese no es el mensaje que transmite el colegio. Para mí, la excelencia nogalista ha sido ser la mejor, estar en todo y poder con todo, sin quejas ni reproches. Por lo tanto con el tiempo aprendí que mientras menos sepan de mí, mientras más superficial sea mi imagen, mejor.

Pues nadie sabe que daría cualquier cosa por volver a básica y decirle a esa Mariana de sexto que se porte un poquito mal en clase. Claro, sin ser irrespetuosa, pero que se ría, que sea más genuina y que las notas no la definen como persona, así esté en un ambiente en el cual todo le dice y le exige lo contrario. Porque el desgaste de siempre ser “perfecta” la va perseguir, pero no tiene nada de malo aceptar que:

Nunca en vida me ha gustado la competencia. No se si sea culpa mía por presionarme y estresarme cada vez que no me fluye algo a la primera, pero me da miedo, y me da miedo porque sé que así es el mundo real. Por eso no me gustan los juegos de mesa. Sin embargo soy una persona increíblemente competitiva y en absolutamente todo y, lo detesto. Tal vez por eso me comparo con todo el mundo en cada aspecto.

Me da nervios saludar a papás o gente más grande, aunque los conozca de toda la vida. porque cuando pequeña era tan tímida y me daba tanta pena saludar, que mi mamá se paraba a mi lado para asegurarse de que, al saludar a alguien, mirara a los ojos, apretara bien la mano, dijera el nombre y respondiera “muy bien gracias ¿y tú?”.

No me gustan mis orejas, me parecen muy grandes.

Aunque ame a mis hermanos con todo mi corazón, toda mi vida he sentido que somos Martín, Pablo... y después Mariana. Nunca Martín, Pablo y Mariana.

Soy sumamente sentimental, lloro con mucha facilidad, si vemos una película juntos la probabilidad de verme llorar es muy alta.

Me da miedo querer a las personas más de lo que me quieren a mí porque sé que cuando se vayan, me va a afectar más a mí que a ellos.

Me cuesta mucho manejar mi tiempo porque me gusta estar en todo y la mayoría del tiempo estoy muy cansada.

Y creo fielmente que no hay sentimiento más puro, lindo y un poco complejo que el amor. El amor de familia: Ma, Pa, Tin y Pablo. De amigas: Valerio, Mariana, Sarilla, Lourdes, Antico y Manu García. O de amigos: Pukes, Loli, Guara, Sebi, Bayón, Pablo, Cipri y Potis. Porque todas estas personas que amo, todos de maneras diferentes me dan un descanso. Porque con ellos puedo ser yo.

Si todo sale bien y leo este discurso el día programado, les puedo decir

con tranquilidad que mañana cumpla años. Y honestamente después de 17 años, 364 días, 22 horas y aproximadamente 17 minutos, siento que soy exactamente la misma persona que perdió el spelling bee de cuarto de primaria. La misma persona que se enamoró de la banda en las izadas de bandera. Y, lastimosamente, la misma persona que es suficiente para todo el mundo, menos para ella misma. Sí, parte de esa insuficiencia nació de la idea de la excelencia, del valor de izar en una clausura después de un año lleno de todas las actividades extracurriculares posibles y todos los liderazgos logrables y sin embargo no lograrlo. Me cuesta pararme en frente de todos ustedes, me cuesta decirles la verdad.

Pero si algo aprendí después de tanto tiempo de perseguir esta perfección es que puedo afirmar con tranquilidad que a ninguno de ustedes les importa si soy buena en todo, o que sea perfecta. No le exijan eso a nadie y no dejen que nadie se los exija, empezando por ustedes mismos, porque no se lo merecen. Esto se los digo a ustedes, pero especialmente me lo digo a mi misma, porque no hay nada más desgastante que no sentirse suficiente aunque sepa que si lo soy.

La verdadera importancia no radica en cómo nos ven, la verdadera importancia radica en cómo nos vemos a nosotros mismos. Y como diría mi abuelito y ahora yo se los digo a ustedes, “Para mis nietecitos, su abuelito confía en ustedes y sabe que pase lo que pase van a triunfar en la vida. Y siempre son y serán suficientes”.

///

## Emilio Robledo

“Al final del día, ninguna victoria o celebración dura lo mismo que las infinitas horas de práctica, estudio o lo que sea. Lo importante en la vida es enamorarse del proceso, del día a día, y no del sentimiento espontáneo y esporádico de ganar.”

### Ganado las vacas

Es uno de los muchos dichos que mi abuela tiene, y me deja una enseñanza enorme que es fundamental para mí y lo será el resto de mi vida. Todo debe hacerse hasta el final. No hay nada que uno pueda dar por hecho, por eso “ganado”, las vacas.

He pagado las consecuencias de esto en varios ámbitos de mi vida, y cada uno de ellos me ha demostrado mi inocencia y mi desconocimiento del mundo que me rodea. Es sorprendente cómo esta generalidad tan ambigua puede regir todas mis acciones en la vida.

En séptimo grado, jugábamos con Mateo Barreto a ser dealers de cartas en los recreos. Lo ideal era no entregar las tareas, y los exámenes del sesenta se volvieron una preocupación cada vez menor. Todos conocemos esta historia: terminé perdiendo el año y me tocó adentrarme en lo que hoy en día es mi generación. Pero bueno, todo pasa por algo, o como dijo Cipriano en su discurso, “los ca-

minos de la vida”. En séptimo vi cómo muchos de mis sueños se esfumaron, mientras mis amigos los convertían en realidad. Batuta, ese concurso inalcanzable que después de 19 años volvió a ser coronado por Los Nogales, y yo no pude ser parte de esa presentación. Séptimo me mostró que todo lo bueno tiene un final, que los sueños pueden desvanecerse en el aire y que a veces no todo es “given”, como decimos en el AP de estadística cuando no tenemos ni idea si el experimento es aleatorio o no.

La vida también me ha mostrado las cosas buenas y que los amigos están en todas partes, hasta en los cachos. Bueno, la verdad es que al día de hoy no soporto a Vásquez la mayor parte del tiempo. Entre sus chistes sin sentido y su impulsividad ante todo, me hace querer no volverle a hablar. Lo que pocos saben es que detrás de ese hombre que grita y se jura superior, hay un bebé llorón. Poco a poco me fui volviendo más amigo de lo que hoy en día considero a mi actual grupo de amigos. Aunque no estoy en su famoso chat M.A. 29, Cipriano sale con mi prima y me tocó pedirle perdón y permiso a Pablo para estar con su exnovia. Siento que son amigos que voy a llevar de por vida. Aunque podría quedarme aquí haciendo anécdotas de cada uno, tengo que llegar a una conclusión suficientemente contundente y profunda para que todos los del comité académico no se arrepientan de haber aceptado mi carta para graduarme ahora en junio.

Vuelvo a como empecé este discurso: “ganado las vacas”. Para mí, este dicho no solo significa que no hay nada por sentado, sino que también hay que disfrutar más del proceso que del triunfo al final de la carrera. Al final del día, ninguna victoria o celebración dura lo mismo que las infinitas horas de práctica, estudio o lo que sea. Lo importante en la vida es enamorarse del proceso, del día a día, y no del sentimiento espontáneo y esporádico de ganar.

Mis despedidas hacia el colegio empezaron hace mucho tiempo. Entregar mis pines el año pasado no fue fácil, y me encanta cuando veo a varios de ustedes aquí sentados con el pin que les di en la clausura, pero ustedes van mucho más allá que un simple pin. Como dicen las abuelas, todo lo bueno tiene su fin, y para mí, ese fue el fin de mi banda. Aunque unos meses después tuve mis 15 días de gloria, ahí se quedó el sueño de lo que una vez pudo ser mi banda.

Y con ese dolor en el corazón, así empezó mi once. Toda puerta que se cierra abre una ventana. Mi miedo por primera vez de no estar con mis amigos “grandes” se desvaneció en la primera chiva. Mi miedo por el colegio desapareció en el primer semestre después de pasar el semestre limpio por primera vez en 5 años. Ya se ha empezado a ver la luz al final del túnel. Y con esto solo les digo que todo lo que alguna vez vivimos, todo lo bueno o lo malo que nos pasa en la vida,

eventualmente se esfumará en el viento. Una novia, unos cachos, dos cachos, tres cachos, bueno se entiende el punto. Todo lo bueno tiene su fin y estos 15 añitos de colegio ya estuvieron de maravilla.

Estimada generacion 2025, compartimos algunas clases, principalmente de portugués. Aunque ya casi me voy, les dejo a mi hermana que estoy seguro que les hará saber lo que piensa con una claridad y a veces

unas palabras muy bien escogidas, concisas y puntuales.

Estimada generacion 2026: no hay mucho qué decir

Y, finalmente, estimada generación 2024: ya a puertas de graduarnos, los quiero invitar a que vivan sin pena, no hay cachos que dejen cosas malas. No hay ex novias bloqueadas, y primas tampoco. Muchas gracias.

# Filosofía de vida

\*\*\*\*\*

En una generación que ha estado conviviendo durante 14 años de sus vidas, por más que las personas vean las mismas clases y estén en casi los mismos espacios, cada individuo tiene un desarrollo personal diferente al de los demás. Una de las principales razones por las cuales esto sucede es debido a la filosofía de vida que cada uno tiene y ha ido desarrollando a lo largo del tiempo. Esta filosofía normalmente se construye con base en ideales que cada persona ha tenido la oportunidad de escuchar durante toda su vida. Ya sea por fuentes académicas, o por amigos y familiares, cada uno ha construido su propia mirada del mundo.

En la generación 2024 del Colegio Los Nogales, esta variedad de filosofías de vida se ha podido ver reflejada en los discursos. Todos debíamos escribir un discurso hablando del legado de nuestro colegio en nosotros, lo cual se prestó para que los estudiantes reflexionaran sobre el proceso de formación de su filosofía de vida. Al hablar de esta, los estudiantes se refirieron a personas y experiencias que tuvieron en diferentes etapas de sus vidas, y esta es una gran riqueza de los discursos que se leen a continuación. Los estudiantes muestran cómo abrieron los ojos y cómo otros los impactaron de tal forma que terminaron siendo la base para la creación de la visión del mundo que guía sus acciones. Esta visión, al final, termina siendo un aspecto clave para la toma de decisiones de su día a día y, sobre todo, para las decisiones que hacen con respecto a su futuro.

Debido a la gran variedad de estas visiones de vida, hay una rica diversidad en esta generación del 2024. Estas diferencias, y la forma en la que las hemos vivido, han sido la causa de que nuestra generación terminara siendo una generación unida y abierta a los demás.

**Mariana Taborda Botero**  
Estudiante 11



# Valeria Álvarez

“La vida no se trata de intentar convertirla en lo más utópica posible, pues es difícil sentirse orgulloso de uno mismo si no fallamos en un principio.”

Ustedes no saben la alegría que me da cuando me sale café en la máquina del colegio. Y no lo digo porque haya perdido alrededor de \$100,000 pesos en los últimos tres años, sino porque me genera un sentimiento de alegría inigualable. Puede que algunos de ustedes se pregunten, ¿el día de Valeria depende si le sale café en una máquina? Se podría decir que sí, pues a medida que pasan los años, he aprendido que momentos tan pequeños como esos, le dan sentido a mis días.

Mi vida, y creo que la de la mayoría de los estudiantes, se basa en una rutina que ha estado fija por aproximadamente 14 años. Me levanto a las 4:50 de la mañana, me baño en un tiempo máximo de 7 minutos (porque si no me quedo sin desayuno), me cambio en 4 minutos, desayuno en 10, me lavo los dientes, y salgo rezando para que no me deje el bus. Después vuelven las mismas 9 horas de clase, llego a mi casa, hago tareas y a dormir. Esa era mi mentalidad, y más allá de eso, era mi perspectiva y actitud hacia la vida. Apenas llegué a 11, pensé, “Por fin llegué a mi último año en el colegio, no aguanto una clase más”. Y lamentable-

mente, esa fue mi mentalidad todo el primer semestre.

Yo creía que apenas me llegara el mensaje de “¡Felicitaciones! Nos complace anunciarte que estás admitido en la Universidad de los Andes”, iba a ser el mejor día de mi vida. Y aunque casi me da un paro cuando Sara y Antonia ya estaban celebrando el esperado correo y, mientras yo seguía rezándole a Diosito que no me haga sentir lo que sintió Pedro, me llegó la admisión. A pesar de que sentí mucha adrenalina por los siguientes 10 minutos, me comenzó a invadir un sentimiento de nostalgia.

Me pregunté, ¿Cómo puede ser que el mail de mi universidad sea el que me abra los ojos? ¿Será que sí disfruté lo suficiente? Y acordándome de toda mi trayectoria escolar, me di cuenta de que todas las anécdotas que tengo son de momentos casuales, casi ninguna fue planeada. Un ejemplo fue cuando salimos de un 60 de AP de Estadística. Nos fuimos caminando juntos del salón a la cafetería, mientras discutíamos las respuestas del examen. Dijimos: “Bueno, ¿cuál pusieron en la 1?”. Cada uno comenzó a decir 2, 3, 4, o 5. Ninguno tuvo la misma respuesta y, aunque claramente solo una persona iba a tener ese punto bien, todos nos reímos como nunca. Aunque mi respuesta hizo parte de las incorrectas, haberme reído en esos cinco minutos me dio una alegría igual a cuando me sale café de la máquina. Cuando ya esté en la universidad no voy a pensar, “Uy me acuerdo de ese examen del 60”, voy a pensar sobre el momento en que entendí un tema que tenía como imposible, cuan-

do por fin me sentí inteligente en una clase de Matemáticas, cuando todos nos reímos de alguna cosa, entre miles de otros momentos. Y esto no solo me va a pasar con las clases, sino con cada momento que viví desde pre-jardín a once. Cada año generé una cantidad increíble de recuerdos buenos, y otros malos, pero que al final formaron mi experiencia dentro del colegio.

Y acá es donde les quiero hablar del efecto de los eventos chiquitos pero negativos, dentro de nuestra vida. Siempre estamos buscando tener experiencias gratificantes que formen nuestra identidad; pero nos perdemos y nos obsesionamos en los problemas sin sentido. Lamentablemente, siento que nosotros, como los nogalistas tan perfeccionistas que somos, nos dejamos llevar aún más que el resto. En mi opinión, yo diría que estoy en el extremo del perfeccionismo. No me gusta que me cambien las cosas, que me cuadren citas médicas sin avisarme, que me hagan un rayón en mi cuaderno, que me cancelen un plan, que me regañen, entre miles de otras cosas. Cada vez que me pasa alguna de las que les mencione, me estreso, me bloqueo, e incluso no me dan ganas de hablarle a la gente. Y muchas veces, al quedarme en el problema, me pierdo de una cantidad de oportunidades de disfrutar el tiempo que me queda en el colegio y de mi adolescencia. Me da miedo, y no lo digo solo por mí, lo digo por todos.

Me da miedo que en los últimos momentos antes de mi muerte, reconozca que haya desperdiciado mi vida en un ciclo vicioso de negativis-

mo, o que no haya valorado los pequeños gestos que la gente hizo por mí. Lamentablemente, las noticias de jóvenes perjudicados o involucrados en algún accidente han incrementado exponencialmente. La verdad es que nadie sabe cuándo va a ser su último día. No fue la mejor manera de despabilarse y empezar a valorar cada día de mi vida. Por eso quiero que usen este discurso como la cigüeña cantada por el grandioso equipo de Bluefields en las caminatas; una despertada inesperada.

Durante todo el año le dije a mis amigos que no quería mencionar ningún tipo de tema académico en mi discurso, pero la filosofía tiene un rol fundamental cuando queremos discutir sobre nuestra estadía en esta sociedad. Mi querido primo, Jarko y Nic, me contaron sobre el Mito de Sísifo, escrito por Albert Camus. Un filósofo que trató de entender la búsqueda de propósito y significado en la vida humana y la aparente insignificancia o indiferencia del universo. En pocas palabras, el mundo supuestamente absurdo en el que vivimos. Sísifo era una figura mitológica, que estuvo condenada por los dioses griegos, a empujar una roca colina arriba, para después volverla a ver caer una y otra vez. Sísifo se mentalizó de que nunca iba a lograr tener la recompensa transcendental de quedar libre; por lo tanto, empezó a esforzarse para no aferrarse a la idea de que iba a poder salir de su castigo y destino. No es que haya dejado de empujar la roca, sino que cambió su perspectiva y reorientó su propósito. Como lo propone Camus, Sísifo aceptó su condición absurda e in-

terminable, lo cual lo ayudó a desafiar la desesperación constante de querer encontrar su propia libertad en ideales casi imposibles. Si lo pensamos bien, muchos de nosotros nos quedamos en ese ciclo interminable donde no apreciamos los momentos fugaces que nos da la vida, y solo valoramos retos y eventos con propósitos trascendentales.

Por esta razón, me gustaría dejarlos con esta reflexión personal. Los momentos positivos: se disfrutan, se viven, y pasan con el tiempo. Por otro lado, los negativos: no se disfrutan, se viven, se sufren, pero igual pasan con el tiempo. Piensen que son como burbujas, duran poquito tiempo, pero dan felicidad o estrés hasta que se desvanecen. La vida no se trata de intentar convertirla en lo más utópica posible, pues es difícil sentirse orgulloso de uno mismo si no fallamos en un principio. Por esta razón, ayúdenle a las personas a su alrededor a empezar a disfrutar momentos pequeños. Sonríales, denles un mordisco de su empanada, llámenlos después de un mal día, cualquier cosa. A mi promoción, ayúdenos todos a terminar de formar memorias colectivas, que duren hasta el día en que todos lleguemos a la reunión de 30 años de graduados.

Gracias.

**Bibliografía:** Golpe Maestro. (2023, May 24). *El mito de Sísifo - Albert Camus - Un Libro en Dibujitos* (Resumen para Estudiantes).

[Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=KXWZ099jiA8>

///

## Martín Amaya

“Es por este modo de pensar que en los últimos dos años he intentado aprovechar, a mi manera, todas las oportunidades que se me presentan”.

Me acuerdo perfectamente sentido en la clase de *Filosofía I* con Juan Felipe en el momento en que nos explicó el *problema del cambio*, un cuestionamiento metafísico sobre la esencia del tiempo y su efecto en el mundo que nos rodea. Para entenderlo, Juan Felipe nos mostró las dos doctrinas que regían el siglo V antes de Cristo. Primero estaba Parménides, quien consideraba que el ser era permanente e inmutable y, por lo tanto, no podía cambiar, pues al ser alterado, no sería el mismo, y el individuo sería y no-sería al mismo tiempo. Aunque lógicamente esta idea tenía sentido, contradecía la experiencia empírica del cambio y por eso nunca le ortugué tanta importancia. La segunda doctrina, la de Héclito, proponía que la realidad consistía en una transformación constante, sujeta a una ley cósmica que aseguraba la armonía universal. En las palabras del filósofo mismo, “Ningún hombre puede cruzar dos veces el mismo río, porque ni el hombre ni el agua serán los mismos”. Una idea

simple, intuitiva, pero también paradójica. Me perturbaba la falla lógica de que si asumo que todo cambia, estaría asumiendo que la ley en sí es sujeta al cambio, lo cual le quitaría el valor a la teoría e implicaría que existe una fuerza mayor constante que es inmune al cambio, pero ¿esto no supondría una contradicción?

Pero lo que me inquietaba no era la paradoja del pensamiento de Heráclito en sí, sino cómo su doctrina era un recordatorio de la inherencia de la constancia perpetua del tiempo, del cambio, y el hecho de que, en ese momento, de repente sentía que el tiempo conducía mi vida mucho más rápido que antes, viendo cómo las manecillas de mi reloj daban vueltas y vueltas sin parar. Lo que me inquietaba era que yo, a pesar de haber estudiado las teorías del cambio, seguía sin poder entenderlo, empíricamente me refiero. A pesar de haber vivido tanto cambio, habiéndome mudado tres veces de país, cuatro veces de hogar y otras tres veces de colegio, el paso del tiempo me seguía dando vueltas como a un trompo, dejándome desorientado e impotente. Para contextualizarlos, llevaba tres años en Colombia, dos de los cuales habían transcurrido encerrado en una pandemia sin sentido que parecía una pesadilla. Sentía como si no hubiera aprovechado mi tiempo acá en Colombia lo suficiente. Con el último año de colegio a la vuelta de la esquina y faltando un año para graduarme, me inquietaba el hecho que se me estaba acabando el tiempo para disfrutar esta etapa.

Para serles sincero, durante todo séptimo y la mitad de octavo, mientras mi cuerpo estaba en Bogotá, mi mente estaba en Los Ángeles. Negaba el presente y me aferraba de mi pasado para evitar la realidad de que enfrentar al cambio no tiene manual; en lugar de ello, es como esa primera clase traumática de natación que tuviste de pequeño donde te echaron al agua con un inflable a ver cómo te defendías o si habías nacido naturalmente dotado para nadar, pero resulta que este no es el caso porque ningún bebé puede nadar así como así. Dado que en cada cambio que había tenido hasta el momento, me había sentido así, no quería volver a empezar de cero, volver a aprender a nadar y dejar atrás la vida que ya había construido. Y aunque estos sentimientos eran completamente válidos, ahora me daba cuenta de que cometí el error de cerrarme a las experiencias nuevas y a la oportunidad de conocer gente nueva y aceptar que pertenezco a dos culturas muy ricas e igualmente valiosas.

Volviendo a la clase de filosofía, mientras reflexionaba e internalizaba mi *propio problema del cambio* y recordaba las teorías de Parménides y Heráclito, a las cuales no les encontraba mucha aplicabilidad, decidí investigar más doctrinas y fue ahí cuando encontré a Sócrates. Un filósofo de la misma época que alegaba que el secreto del cambio estaba en enfocar toda la Energía del individuo, no en aferrarse a lo viejo o luchar contra él, sino en construir algo nuevo del presente. Una teoría milenaria, tan básica, tan simple, pero tan cierta, que transformó mi perspectiva. Es por este

modo de pensar que en los últimos dos años, he intentado aprovechar, a mi manera, todas las oportunidades que se me presentan. Desde explorar Bogotá y aprender más sobre la fauna y flora de Colombia, a hacer parte del musical y el candelazo, a irme en bicicleta al colegio, a nadar mi primera competencia de aguas abiertas en Cartagena, y a muchas otras cosas más. La paradoja del cambio y el pensamiento de Sócrates me ayudaron a aprender a disfrutar del cambio.

Promoción 2024, estamos a puertas del próximo gran cambio, en tan solo unos meses ya estaremos graduándonos; los invito a afrontar estas nuevas aguas con Sócrates como flotador, pues aunque al ser humano no le gusten los cambios, está diseñado para adaptarse, evolucionar y construir de lo nuevo. Y aunque sea retador, abrumador e intimidante, créanme que vale la pena porque todo depende, no del cambio, que es incontrolable, sino de la mentalidad que asumimos al enfrentarlo.

///

## Emilio Ángel

“Piérdase, mientras ese perderse signifique que se está reencontrando, no que se está adentrando tanto en lo desconocido, que volver a la vía le sea imposible. Porque perderse de esta manera puede implicar herir o perder a las personas cercanas o incluso a usted mismo”.

Antes de comenzar me gustaría pedirle a Nicholas Bautista que se levante y se ubique detrás mío, ojala lo mas lejos posible, ya que como él lo dijo en su discurso y como lo saben profesores como Irene, Camila Gamboa, Janio y Fredy entre otros, nunca he sido capaz de leer una sola frase en público frente a él sin reirme. Ayúdanos a que esto funcione Nicholas.

Aconsejarles sobre cómo vivir suena poco verosímil especialmente por la poca credibilidad que se le atribuye culturalmente a un menor de edad. Además, decirles cómo vivir la vida sería petulantemente sugerir que se vivirla, o que he vivido lo suficiente para poder redactar una generalización que aplique positivamente a la totalidad de las situaciones que se le pueden presentar al ser humano. Evidentemente, no es el caso. Apenas navego por el mar que es la humanidad, y estoy lejos de descifrar sus corrientes o el método absolutamente correcto de navegarlas. Sin embargo, no busco una respuesta 100% acertada, ya que las filosofías de vida más famosas provienen de preguntas debatibles, a las cuales nunca se ha respondido correctamente, simplemente se ha respondido. Así que, con toda la intención de ser redundante, intentaré plasmarles una de las muchas filosofías de vida que me ha dejado mi paso por el colegio, la cual parcialmente responde a la pregunta ¿cómo se debe vivir la vida? Para mi se debe vivir de manera involucrada, aprovechando las oportunidades que aparecen, y de no aparecer, buscando estas oportunidades, sin dejarse influenciar

por un mal recuerdo del pasado o por miedo al futuro. Además, ante mi afinidad por la economía, la cual en su forma más básica es la interacción humana, sugiero esta misma, ya que en mi concepto lo más bonito de poder vivir es compartir.

Anticipó que muchos estarán familiarizados con la frase “el que mucho abarca poco aprieta”, la cual hasta cierto punto tiene su trascendencia. Sin embargo, y sobre todo en esta época de la vida, yo planteo una respuesta. El que mucho abarca poco aprieta, pero el que poco abarca mucho desconoce. Y es en esta época en la que radica la “aprovechabilidad” de no tener que dominar cierto campo profesional al no tener que proveer ni para uno mismo ni para un grupo de personas. Usted está en el momento de descubrir, intentar y fallar, no de perfeccionar. Al enfocarse en un tema, ya sea un deporte, un estilo, o cualquier otro, por tendencia popular o por sugerencia de una persona cuya opinión da por válida, está perdiendo la oportunidad de probar. Y es probando que aumenta la probabilidad de encontrar lo que le gusta. Tómeme a mí como ejemplo. A los 10 años, mi vida era el fútbol. Disfrutaba mucho de verlo y de jugarlo, aunque no fuera el mejor en la cancha. Sin embargo, se me presentó la oportunidad de entrar al equipo de basket, que no tenía tantos integrantes de la promoción. Decidí dejar el fútbol atrás, y con este una parte importante de mi vida. Además, ignorando el miedo a no ser exitoso en este deporte cuyos jugadores suelen ser altos y de abundante masa

muscular --lo opuesto a mi sobre todo en aquella época, me adentré en lo que se convertiría en una parte fundamental de mi vida. Si se deja influenciar por el pasado, o le teme al futuro, se puede perder oportunidades como la que yo pude aprovechar en esta situación. Este deporte es un ejemplo de las múltiples actividades y situaciones a las que me enfrenté con el mero propósito de probar. El basket, me regaló un sentido de pertenencia y una extensa familia. También contribuyó fuertemente a la idealización de mi segunda filosofía, que le atribuye un gran valor a las personas. Lo que más me fascina del mundo es saber que lo comparto con millones de ejemplares de la misma especie, y ninguno de estos es igual. Tener el privilegio tan grande de poder vivir junto a otras personas se debe aprovechar compartiendo las experiencias vividas con los seres queridos, pues de esta manera se les saca más provecho.

En mi caso, he sido obligado a compartir con una de estas personas toda la vida, ¡claramente no fue mi elección! Nací junto a una hermana melliza. Esto evidentemente significa que en la mayoría de mis recuerdos, momentos difíciles y aprendizajes ella está presente. Mis primeros pasos fueron junto a Camila, aprendí a hablar discutiendo con Camila, un gran porcentaje de los regaños que recuerdo fueron por pelear con Camila, siempre consulto con Camila antes de tomar una decisión importante en mi vida, y siempre trato de alegrarla en sus momentos tristes con comentarios fuera de lugar. Fue por Camila por

quien sentí por primera vez el amor incondicional, y a la vez el aparente odio pasajero, que en realidad es amor disfrazado de desesperación. Le agradezco a la vida el haberme dado la oportunidad de tener una compañera para siempre, en las buenas y en las malas. Llegué a este colegio de la mano con Camila, y espero salir de la misma manera, apreciando junto a ella lo que logramos.

Promoción 2024, haciendo alusión a la carretera amplia que llevamos recorriendo juntos durante varios años, a distintos ritmos pero con el mismo destino, nos acercamos a aquel umbral que marca el final de la vía, del que derivarán 62 caminos con distintas paradas y diferentes destinos finales. Algunos no tienen un rumbo fijo ni un destino predeterminado, como en la caminata en la que samuel godoy corría desenfrenadamente hacia el desierto de la tatacoa sin mirar atrás, después de escuchar una desafortunada noticia que de manera indirecta involucraba a Parrita y le fue narrada por el elocuente vocero del momento, Pomi. Otros tienen en el gps un destino fijo, ya teniendo muy claro lo que quieren hacer.

Aplicando la filosofía previamente expuesta, en mi concepto está bien estar perdido, mientras el estar atravesando una trocha fuera de la carretera tenga un propósito. Es decir, pierdase, mientras ese perderse signifique que se está reencontrando, no que se está adentrando tanto en lo desconocido que volver a la vía le sea imposible. Porque perderse de esta manera puede implicar herir o per-

der a las personas cercanas o incluso a usted mismo, siendo ese momento la alerta para frenar y volver a la vía. También es válido tener un rumbo fijo, cual waze o google maps, mientras esto no le impida parar a mirar el recorrido, a respirar, o a mirar el horizonte. No se atormenta por un mal giro o por haberse pasado una salida, valore lo que aprendió y déjese asombrar por la cantidad de posibilidades delante de usted. Ya que como dijo alguien -que no se quien es porque la frase me salió en tik tok-, "Para ser felices se necesita eliminar dos cosas: el temor de un mal futuro y el recuerdo de un mal pasado."

Por último, y aplicando la segunda parte de la filosofía expuesta, priorice el no estar solo, pues transitar una vía deshabitada conlleva un riesgo mucho mayor. Esto no quiere decir que siempre esté físicamente en compañía de otro u otros individuos, si no que siempre tenga alguien a quien recurrir -ese número de emergencia en la vía-. No se guarde ni las tristezas ni las alegrías, ya que el llanto desaparece más rápido con la ayuda de un amigo, y la felicidad y las risas se contagian. La vida se vive mejor acompañado.

Agradezco a aquellos que me consolaron y con quienes me reí hasta perder la respiración. Aunque estoy lejos de ser la persona que idealizo para mi futuro, gracias a ellos, voy por un buen camino. Nuestra generación deja en esta carretera un legado para que otros recorran. Espero que las vías en las que cada uno se adentre se intersecten en el futuro, y podamos encontrarnos para mirar con alegría el pasado, discu-

tir con entusiasmo el presente, y mirar con positividad el futuro.

///

## Lorenzo Arenas

“Se nos olvida que, en muchas ocasiones, la vida no se trata de respuestas o de seguridad, sino al contrario, se trata de indagar en medio de la duda. De disfrutar de ella, casi que de saborearla, de descubrir de dónde viene, con qué propósito surge y con qué significado llega el estancamiento a nuestras vidas”.

**M**e siento estancado. Es algo difícil de decir así, en frente de un público, sobre todo un público al cual no he querido decepcionar nunca, pero no aguanto más para decirlo. Estoy estancado. Al decir esto, me refiero a ese sentimiento de duda que tengo cada vez que estoy con mis amigos, con mi familia, con mis profesores o incluso cuando mi única compañía son mis propios pensamientos. Es una incertidumbre que viene del hecho que, justo ahora, me siento como un espectador de mi vida y no como un personaje en ella.

Me siento como un espectador al ver que todos mis amigos ya tienen universidad, saben qué carrera hacer e incluso saben qué quieren hacer después de

ella, en cambio yo no estoy 100% seguro si la carrera que voy a estudiar es la indicada. Soy un espectador de la madurez que todos han podido desarrollar, de cómo cada uno de los que me rodea se ha convertido en una persona capaz de transformar el mundo, de tomar sus propias decisiones, de arriesgarse si es necesario, de no dejarse regir por otros, ni siquiera por los estándares nogalistas de la excelencia, y yo... yo me sigo cuestionando en qué me convertiré, pues me sigo fijando mucho en lo que dirán, en seguir las reglas, en ser un peón dentro del juego y no un jugador.

Comienzo a dudar, pues no entiendo cómo es posible que sin estudiar o entrenar, mis compañeros sean capaces de demostrar los mejores resultados tanto académica como deportivamente. En cambio yo, siento que ningún intento por participar o por mejorar da el fruto que yo espero. Dudo de mí, pues veo como cada día, más y más de mis amigos consiguen pareja. Yo por otro lado sigo a la espera de que logre no ponerme nervioso más de 8 minutos cuando le hablo a una niña que me gusta. Soy espectador de cómo mis amigos han logrado fortalecer la amistad entre ellos, o incluso de desarrollar amistades nuevas y en cambio yo, me cuestiono si mi amistad con ellos es igual a cómo era antes, si durará para siempre o si acabará el 20 de junio después del grado.

Sin embargo, en medio de esta incertidumbre, mi mayor remedio ha sido una frase que me ha acompañado durante los últimos años de mi vida, “Buena suerte, mala suerte, quién sabe”. Esta frase no viene de

los filósofos mencionados en los discursos como Albert Camus o George Lucas o de cualquier persona mencionada en clase de Filosofía o Ética. Esta frase viene de mi filósofo favorito: mi papá. En ella he encontrado mi refugio, pues siento que es una fiel representación de lo que es la vida misma. Por más que sienta este freno en seco que me puso la vida, como algo que me va a afectar de manera negativa, la realidad es que no tengo idea de su verdadero propósito.

La primera vez que oí esta frase fue hace ya 4 años. Era un un periodo similar, pues la incertidumbre era casi que un hábito. En ese momento, la idea de cambiarme de colegio era una que me atormentaba, que me invadía el sueño que, incluso, me hizo decirle a mis padres en un principio “Mamá, papá, he decidido quedarme en el Campestre, con mis amigos de toda la vida. Estoy listo para volver”. Como otras palabras que he dicho en mi vida, como de ser el mejor jugador de básquetbol que el colegio jamás ha tenido o la de meterle un gol en la final de uncoli a Tarek y su banda, mis palabras no se hicieron realidad, ya que acto siguiente, mi padre tocó mi puerta y dijo estas exactas palabras “Hijo respeto mucho tu decisión, más no la comparto. Quiero que sepas que hemos aceptado la oferta de Nogales. Prepara una llamada en Zoom con tus amigos porque te vas”. Fue tras varias horas de discusión y de oír la frase “Jodete” que por fin mi padre tomó un tono más reflexivo y me dijo “Buena suerte, mala suerte, quién sabe hijo. Al final no sabes lo que te espera en

Nogales”. Y tal como mi padre lo predijo, jamás pude haber dimensionado lo que serían estos 4 años.

Desde ese momento en adelante, dicha frase la pondría en práctica en mi vida en muchas situaciones. Han habido casos en los que esta frase se da en momentos muy inocentes, como la vez que el tambor mayor fue “atacado por un fantasma que invadía mi baño” y terminé sin inodoro 4 meses o en 8° cuando un amigo cuadró una reunión en su casa con la niña que me gustaba para “hacerme la vuelta”. Acto siguiente termina siendo él quien estaría con ella ese día... y los siguientes tres meses. “Buena suerte, mala suerte, quién sabe”. Al final la pirueta de Borenz hizo que por fin se pudiera remodelar mi baño y la vuelta de aquel amigo hizo que luego yo encontrara a alguien más. Sin embargo, también me ha acompañado en momentos más críticos, como la vez que tuve que entender que mi mejor amiga sufría de anorexia y llevaba sin comer 3 meses. En esos momentos de tensión también me conforté en dicha frase, y con el tiempo he ido aprendiendo las distintas lecciones que Dios ha tenido para mí.

“Buena suerte, mala suerte, quién sabe Loren”, me repito esa frase mientras nuevamente, no le encuentro sentido a todo esto que me pasa. Me la repito mientras, por más que no quiera, encuentro compañía en mí mismo y eso... Me la repito, pues me motiva a seguir adelante. Es casi que mi propia forma de contrarrestar la incertidumbre que me invade, esa que nuevamente está volviéndose un

hábito. Pero me pregunto, ¿por qué le tenemos tanto miedo a la incertidumbre, a lo desconocido? ¿por qué me atormenta tanto no saber el significado de lo que ocurre? ¿acaso el ser espectador me limita a no hacer nada o puedo actuar frente a la incertidumbre y a lo que esta me produce? ¿acaso debemos evitarla a toda costa o podemos navegar en ella?

Creo que este desprecio a la falta de certeza en parte se debe a que vivimos en una cultura donde todo es inmediato, todo debe ser certero, todo debe tener significado. Pareciera que el mostrar incertidumbre o el sentirse perdido dejó de ser algo normal. Me cuestiono cuántas veces a la gente le pasa igual que a mí, que sienten una necesidad de mostrar seguridad en donde no se tiene. De mostrar certeza frente al proceso, frente a las decisiones que se toman, cuando muchas veces el verdadero efecto de estas no es siquiera capaz de ser dimensionado. Se nos olvida que en muchas ocasiones, la vida no se trata de respuestas o de seguridad, sino al contrario, se trata de indagar en medio de la duda. De disfrutar de ella, casi que de saborearla, de descubrir de dónde viene, con qué propósito surge y con qué significado llega el estancamiento a nuestras vidas. Es una etapa natural de la vida, es precisamente por ella que en ciertos momentos he sido capaz de apreciar la espontaneidad que tiene cada día. Como diría un filósofo conocido entre nosotros los jóve-

nes, “Nadie sabe lo que va a pasar mañana” y creo que eso es lo que hace que la vida sea única.

Es por medio de esta incertidumbre que he sido capaz de ver la realidad desde otra perspectiva. He aprendido a disfrutar hasta lo que antes me molestaba. Por ejemplo, hace un año les diría que no había cosa que más odiaba que no poder estudiar tranquilo y solo, pero ahora, hasta me divierto en medio del caos. Por ejemplo cada vez que entro al salón de capitanes para estudiar suelo encontrar una escena cada vez más familiar: Natalia hablando con Nicolás, Emilio y Cristina riéndose como niños chiquitos, Manu Recio sacando lentamente un manjar blanco que tenía escondido en la maleta, mientras Manu Garcia y Pablo duermen escacharrados en un puff. Esta escena me hace pensar que no siempre debemos estar pensando en la incertidumbre como algo malo, pues es justo ella la que me permite divertirme. No se si es buena o mala suerte oírlos hablar en vez de hacer los ejercicios de cálculo pero luego la incertidumbre me lleva a pensar en que tal vez prefiera guardar esos momentos en mi memoria.

Vuelvo una vez más a la duda y a la incertidumbre. Me pregunto quiénes en verdad han oído mi discurso y quiénes se escaparon a la biblioteca o al baño para no hacerlo. Me cuestiono cuántas veces mis amigos habrán abierto World conquer, la ruleta o instagram. Me siento como espectador de mi discurso, pues de las pocas veces que ví al público pude ver a alguien durmiendo, alguien atento al discurso y alguna persona tapándose la boca para que no suban a

regañarlo por reírse en asamblea. Incluso, me pregunto si al fin soy el único que se siente así, estancado o si mis palabras logran representar a alguien que aún no lo ha dicho. Sin embargo, la reacción nuevamente es la misma, y se las digo a ustedes: Navegaré la incertidumbre de tal forma que pueda disfrutar de ella, seguro muchas anécdotas saldrán frente a lo que la gente hacía o aprendía mientras me paraba aquí en frente y creo que eso es valioso. Les haya gustado o no mi cháchara, hayan o no puesto atención y haya sido un buen discurso o no, creo que lo único que puedo decir es “Buena suerte, mala suerte, quién sabe”.

¡Muchas Gracias!

///

## Federico Barreto

“Me he podido dar cuenta de que si a una persona no le va bien académicamente, pero es una buena persona en general y busca el bien de los demás antes que el suyo, probablemente le va a ir mejor en la vida que alguien que no”.

### Mi idea de inteligencia

Quiero comenzar este discurso haciéndoles una simple pregunta: ¿Para ustedes qué es ser inteligente? A los que están pensando que la respuesta radica en algo académico, los felicito; son unos Nogalistas ejem-

plares, ya que lo que nos importa son las notas y, por lo tanto, el que mejor nota obtenga es el más inteligente. No les voy a mentir, yo a veces pienso lo mismo. El colegio nos ha inculcado que los más inteligentes son los que izan en la clausura, los que sacan AH en todos los exámenes, los que pasan a mejores universidades y los que están en el AP de Cálculo y Física (aunque siempre haya algunos impostores por ahí). A veces los odiamos y sentimos envidia de que sean tan “inteligentes” pero no hay nada que hacer, ya que ese es el ideal nogalista. El más inteligente es el que mejor nota saca.

Yo creo en algo completamente diferente. Para mí, la inteligencia se basa en saber aprovechar la vida al máximo y de una buena manera. Es decir, para mí las personas más inteligentes son aquellas que se divierten con cualquier cosa, se ríen y hacen chistes con lo que sea. Son personas que siempre buscan el bien del otro y forman relaciones valiosas todo el tiempo. Son las personas que son amables, divertidas, queridas, humildes, positivas y tranquilas. Aunque para mí la inteligencia no se base en lo académico, igual hace parte, ya que una persona inteligente para mí también es alguien que sabe aprovechar los recursos que tiene y aprende todos los días para ser una mejor persona. Por esto, me he podido dar cuenta que si a una persona no le va bien académicamente pero es una buena persona en general y busca el bien de los demás antes que el suyo le va a ir probablemente mejor en la vida que alguien que no.

La inteligencia emocional es crucial en el mundo hoy en día. A medida que la tecnología avanza y se desarrolla con inteligencia artificial y demás, las capacidades académicas se vuelven cada vez más obsoletas. En cambio, la inteligencia emocional y social son cada vez más importantes. Las empresas hoy en día no miran tus notas del colegio o la universidad sino tus habilidades humanas, tu inteligencia emocional, social y tu personalidad en general. Por lo tanto, una buena persona que ayuda y se preocupa por los demás es más valorada que una que no pero se saca AH en todo.

Desde hace mucho tiempo, he tratado de seguir esta filosofía de la inteligencia emocional. Prefiero salir con mis amigos, ver una película, ver fútbol o hacer deporte antes que hacer tareas o trabajos en el colegio. Cada vez trato de ayudar más en lo que pueda y priorizar a los otros. La verdad nunca me ha importado ser el mejor en lo académico ni izar bandera. Esto también puede ser una excusa para no haber izado desde primaria, pero siempre he preferido otras cosas antes que esto. Pero no me mal entiendan, ya que últimamente me ha interesado más aprender y retarme académicamente. Yo todavía estoy muy lejos de mi idea de inteligencia pero conozco a varias personas por las que me guío y con las que he podido tener amistades valiosas. Como Swampy, que aunque le pueda encantar el colegio, la banda y a veces le diga que es un impostor en cálculo, es de las personas que más se esfuerza por ayudar al otro y por que esté bien.

Emilio, que siempre está pendiente del otro y está ahí para uno, siempre con una llamada después de los partidos. Bamba, que siempre disfruta al máximo al lado de uno y siempre trata de ayudar lo que más pueda a cada persona. Podría nombrar muchos más de mis amigos, mis papás o mi abuelita, pero los aburriría.

Por lo tanto, quiero dejarlos con un simple mensaje. Disfruten al máximo cada momento que tengan, sean buenas personas, siempre tengan al otro presente y olvidense un poco de lo académico. Con esto no estoy diciendo que no estudien ni hagan las tareas ni se echen materias. Yo me eché sociales en sexto y los remediales no fueron tan chéveres. A lo que me refiero es que aprovechen su vida lo más inteligentemente posible sin estar todo el tiempo pensando en el colegio ni faltando a cosas por una tarea que pueden hacer después. La vida no es el colegio, entonces los invito a ser inteligentes, a formar relaciones valiosas y, sobre todo, a ser buenas personas.

///

## Valeria Barriga

“Me doy cuenta de que todos como generación siempre nos vamos a apoyar y contar con el otro. Me doy cuenta de cómo todos tenemos un rol. Y cómo todos, sin darnos cuenta, funcionamos como un equipo”.

Frente a una página en blanco, una línea titilante, un documento sin título, me pregunto: ¿por qué es que tenemos que escribir un discurso? Y la pregunta realmente nace de haberlo pospuesto días antes de leerlo cuando me había prometido hacerlo mínimo con un mes de antelación. La respuesta es bastante simple. Tener que hacer un discurso de once y que sea un requisito de grado nos obliga a pensar ahora yo qué voy a decir en frente de todos. Y frente a esta otra pregunta, pues hay infinitas posibilidades.

En este preciso momento, con tantas opciones, no sé qué hacer, no sé qué dejar en la hoja en blanco que solo lleva unas pocas palabras. Puedo contar historias, puedo decir chistes, puedo resumir mi vida escolar, puedo definir conceptos, puedo inspirarme en una frase, puedo filosofar. Puedo dejar tanto que al final no dejaría nada.

Y en este momento con la misma página en blanco en un 90%, estoy sentada, cansada, después de un partido, y solo puedo pensar en el siguiente. Porque en la mitad de dos temporadas de voleibol, nos encontramos 22 personas, madrugando, quedándonos, y jugando tres partidos a la semana. Es agotador, pero mucho más gratificante. Ver como años de trabajo duro se ven en la cancha, me hace dar cuenta de cómo funciona realmente un equipo. No puedo hablar de basket o fútbol, pero sí de voleibol. Y en este deporte uno puede tener el mejor saque, remate o hasta pancake, pero sin alguien

que reciba, otra persona que pase, es imposible rematar bien, es imposible hacer el punto. Yuranny siempre nos dice una frase cuando llegamos a un partido y vemos que la jugadora principal del otro equipo le lleva una cabeza a la malla. Yuri nos dice “una golondrina sola no hace verano”.

Una golondrina sola no hace verano.

Y eso lo resume todo, nos hemos enfrentado ya a varios equipos con jugadoras de liga pero, una golondrina sola no hace verano.

Y así, cada vez me doy cuenta de lo esencial que es cada jugadora para el equipo. Me doy cuenta de lo esencial que es tener un saque fuerte para complicarlas en su juego. Me doy cuenta de lo esencial que es tener una central alta que bloquee los ataques del otro equipo. Me doy cuenta de que todo parte de recibir bien para que a la pasadora no le toque correr más de lo que ya lo hace. Me doy cuenta de la diferencia que hace tener una pasadora ágil e inteligente que nos levante balones a todas. Me doy cuenta de lo esencial que es atacar duro, pero leer el juego también, y saber cuándo es mejor hacer un toque tan sutil y repentino que el oponente no pueda ni reaccionar. Y me doy cuenta de lo importante que se vuelve una buena barra en los partidos.

Y así, hacemos el punto. No basta con una jugadora, no basta con dos, ni tres, ni siquiera con seis. Se necesitan 22 para funcionar. Porque en una cancha de 9x9 metros, una golondri-

na sola no hace verano, pero 22 golondrinas juntas, sí.

Y así, me voy inspirando, ya con mi página en blanco en un 50% y siento que con cada palabra encuentro el propósito del discurso de once un poco más. Esto de mi equipo de voleibol, no lo decía porque sí. Lo digo porque es el perfecto ejemplo que me hizo entender lo que me deja el colegio y lo que quisiera dejarles en este discurso: nuestra generación.

Nuestra querida generación 2024, tan competitiva con sus 66 integrantes. Todos destacados en muchas cosas. Todos con un rol diferente. Lo único que el número 24 me hace pensar es en lo esencial que es cada uno de nosotros para el resto.

Así como apretamos el saque de voleibol, me doy cuenta de lo bien que nos complementamos como generación, que a todo entramos pisando fuerte. Me doy cuenta de lo importante que es tener a esa gente que pone la cara de frente, bloqueando problemas, ayudándonos a todos. Me doy cuenta de lo privilegiados que somos al tener una generación que se defiende entre sí para todas las situaciones; en alguna situación fácil como lo sería un balón libre, o en una complicada, pero que igual nos tiramos al piso para protegernos entre todos. Me doy cuenta de lo esencial que es tener a esas personas que nos levantan el ánimo, que nos empujan a ser mejores. Que nos pasan toda su confianza, o que nos pasan el balón, para que hagamos nuestro trabajo. Me doy cuenta que al lograr algún mérito, no lo hice sola,

así como al meter el punto, tampoco lo hice sola. Me doy cuenta de que todos como generación, siempre nos vamos a apoyar y contar con el otro. Me doy cuenta de cómo todos tenemos un rol. Y como todos sin darnos cuenta, funcionamos como un equipo.

Por más de que ahora no lo parezca, todo esto es cierto, todo esto es con lo que nos quedamos después de estos 14 años juntos.

Cuando Valerie resaltaba lo buena que es nuestra generación en el retiro de once, no era otra coincidencia con todos los profesores, papás y hasta estudiantes que lo repiten. En nuestro retiro de once recuerdo a muchos diciendo “que orgullo graduarme con ustedes”. Porque repito, eso es lo que deja el colegio, una generación. Y eso es lo que justo ahora, ya con la hoja casi llena, puedo agradecer y relacionar. En voleibol una jugadora perfecta no puede hacer nada. Y acá, un estudiante perfecto tampoco. Porque una golondrina sola no hace verano, pero 66 golondrinas juntas pueden hacer lo que se propongan.

Gracias.

///

## Amalia Cárdenas

“Prefiero perderme en mi imaginación, que gastarme el día angustiada sobre cosas que ya pasaron o pueden pasar”.

## Una realidad alterna

**M**i libro favorito se llama *La insoportable levedad del ser*. Se lo he prestado a tres personas y las tres lo han odiado, entendible. El libro una miseria, es un libro que fuerza que el lector se conecte con las partes más detestables de su personalidad, dice lo que nadie quiere oír. Aborda la idea de que la vida es esencialmente liviana porque solo ocurre una vez, cada momento es único e irrepetible. El complejo más grande de cada ser humano, es como lidiar con la insoportable falta de significación duradera que tienen nuestras acciones. Hay ellos que se desesperan tratando de encontrarle el sentido a la vida y otros que aceptan su irrelevancia.

Siempre he sido de las segundas, nunca me he atormentado pensando en lo significativo de lo que hago. Simplemente hago lo que hago porque me gusta. Me he dado cuenta que en mi cabeza, las cosas funcionan de una manera muy diferente a la de las demás. Pueden pensarme como una persona muy desorganizada y desastrosa, pero en mi cabeza todo funciona con una simplicidad y levedad impresionante. Paso tanto tiempo en mi propio mundo, que rechazó los problemas del mundo exterior.

En Jardín, viví un cambio drástico en mi vida al mudarme de Estados Unidos a Colombia. En ese momento, no sabía ni español ni inglés, lo que me generaba mucha confusión. Por ende, creé un idioma que solo yo y mis barbies conocían. Hoy en día siento que sigo pensando en mi pro-

pio idioma, a veces se me hace difícil expresar todo lo que está pasando por mi cabeza. Tengo la constante sensación de que nadie entiende lo que trato de decir.

Al llegar a Colombia solo tenía una amiga, triste, pero no me di ni cuenta. Durante el primer mes de colegio, tomé una decisión inusual: me tragué una moneda. No tengo explicaciones, solo quería probar a qué sabía. Mi madre, preocupada, escribió un correo al colegio explicando que si me sentía mal, era debido a este incidente. La reacción de mi profesora, la cual nunca entendí, - en serio qué adulto consciente pensaría que esto es una solución apta- fue compartir este detalle con toda la clase. Durante esa época, no había estudiante de mi promoción -porque me comí una moneda- se momento vivía en mi propio mundo, perdida en que no me hiciera bullying , pero como dije antes, a mí nunca me importó. En mi imaginación. Nada del mundo verdadero me afectaba porque en mi mundo todo estaba bien.

Desde ese día decidí nunca salir de esta realidad, seguir viviendo en la indiferencia . La gente alrededor mío vive desesperada por mi despiste. No hay profesor que no se queje de mis llegadas tarde y miradas perdidas al techo. Ni amiga que no me ha tenido que buscar desesperadamente después de una fiesta. Mis papás no me confiaron con un celular de verdad hasta hace unos pocos años, y siguen llamando antes a mis amigas que a mí cuando quieren saber donde estoy. No he ido a un concierto donde

he salido invicta. Me estrello cada vez que toco un carro, y en el 90% de las clases estoy pensando en qué me pondría si me invitaran a los Oscars en vez de cómo son las ecuaciones del sonido. Aunque podría cambiar, nunca lo he intentado. Mi mundo interior, aislado de la realidad a menudo sombría y aburrida, me encanta. Y aunque sea poco práctico, se que le causa gracia a alguna gente. Agradezco infinitamente a todos los que han aprendido a amarme sin importar el caos y despelote.

Cuando pequeña, bueno no era tan pequeña, le rompí una instancia en la cara de mi profesora de inglés. Deje a todo el salón callado, estaba llena de ira y de enfado. Ni yo podía creer lo que había hecho. En el momento de la reflexión, estaba llena de pena y de oso. Ese día me comprometí a nunca dejar que mis emociones me volvieran a manipular. Aprendí a controlar mi ira al refugiarme en mi mundo imaginario cada vez que algo no me gustaba. Hoy en día, rara vez me enfado (y pueden creer que no quieren ver brava). Prefiero perderme en mi imaginación, que gastarme el día angustiada sobre cosas que ya pasaron o pueden pasar.

Mucha gente no entiende esta paz interna que tengo, como puedo “vivir” sin intensidad. La sociedad se ha obsesionado con la idea que toca sentir las cosas a profundidad para apreciarlas. Para mí esto no es verdad, puedo amar a una persona sin tener un miedo radical a perderla. No se necesita sentir y vivir el sufrimiento en toda su capacidad para ser

felices. Uno vive una vida más “rica” y “llenante” sin preocuparse y angustiarse por cada momento que pasa en este mundo.

Este refugio, me ha traído mis mayores logros. Tengo una creatividad ilimitada, nada me parece imposible. No me dejo intimidar por la idea de no triunfar. Vivo en el momento, sin pensar en resultados que no han pasado. Si algo me sale mal, en vez de enfadarme, lo ignoro y pienso en que puedo hacer para estar más contenta. Enfrento cada situación con una confianza inquebrantable. No me comparo con otra gente, ni me tomo nada personal, digo lo que pienso y hago lo que me gusta. Y aunque no esté bien dicho ni visto, apartarme del mundo de verdad y embobarme en mi imaginación me ha llevado a ser una persona mucho más alegre y sonriente.

///

## Nicolás Carrera

“El ‘tiempo’ siempre ha sido, y me atrevo a decir que siempre será algo que supere nuestra capacidad humana de comprensión. Solo nos queda aceptar este hecho y sonreírle a este misticismo que al fin y al cabo es el que rige nuestra vida.”

La vida existe única y exclusivamente en el ‘tiempo’. Y como todo lo demás, lo que hace que exista o no es su permanencia en el ‘tiempo’.

Es muy curioso ponerse a pensar y darse cuenta de que el concepto de 'tiempo' no solo es muy personal y diferente para cada quien, sino que también nos define de una forma única. Aunque nuestras experiencias, nuestro conocimiento y nuestra existencia misma dependan fundamentalmente del 'tiempo', es impresionante ver cómo este puede pasar tan desapercibido.

Tal vez sea por la misma equivocidad del concepto de 'tiempo' o por la subjetividad absoluta de la cual depende su función, pero la idea de 'tiempo' es única e irreplicable para todo aquel que intenta entenderlo.

La definición de 'tiempo' describe al concepto como la magnitud física que permite ordenar la secuencia de los sucesos en un pasado, un presente y un final. De esta definición es muy interesante que se describa al 'tiempo' como algo físico; y sin importar que este sea un elemento crucial para entender la naturaleza corpórea y constitución de nuestra existencia, el 'tiempo' es algo que es ajeno al mundo físico y tangible, ya que por más que sea algo que nuestra mente nos haga creer que es real y palpable de cierto modo, el 'tiempo' es un concepto totalmente abstracto que hace que nuestra mente colapse al intentar darle algún tipo de sentido a esa magnitud física.

¿Cómo puede un concepto ser tan ajeno a nosotros pero a la vez algo tan inherente a nuestra existencia, como lo es el 'tiempo'?

A mi parecer, no existe una verdad

absoluta sobre el universo y la vida. Hay una infinidad incomprensible de factores, elementos y sucesos que por billones de años han construido el universo en el que vivimos. Por este mismo periodo no ha habido nada constante ni permanente, lo único que pareciera definir y persistir en la existencia como tal, es el 'tiempo'. De nuevo, pareciera que el 'tiempo', siendo algo tan ajeno e independiente a la realidad, es aquello que moldea a esta.

La física nos brinda una interpretación diferente y más racional de lo que es el 'tiempo'. La relatividad general es una explicación que nos abre un nuevo paradigma que a pesar de ser confuso representa un intento importante y aparentemente muy acertado de lo que es el 'tiempo'. Sin embargo, el 'tiempo' representa quizás el más importante y trascendental de los muchos misterios del universo sobre su existencia y la nuestra. Tristemente, a pesar de intentar incansablemente entenderlo, el 'tiempo' será siempre solo eso, un misterio más, el cual permanecerá eternamente ajeno a nuestra comprensión.

El ser humano tiene la naturaleza de intentar darle a todo una explicación, pero en su necesidad infocable de tener éxito en explicarlo todo termina cayendo en el error de reducir su propio panorama de comprensión. La necesidad fútil del ser humano de explicar y entender un concepto tan ininteligible como el 'tiempo' termina reduciéndolo a un nivel de sencillez suficiente para su limitada capacidad de comprensión,

desconociendo así por completo la esencia del mismo. Esto es un error que frecuentemente cometemos; por ejemplo, las matemáticas: algunos se han hecho la pregunta de si las matemáticas fueron descubiertas o inventadas. Yo creo que es un poco de ambas, las matemáticas son el perfecto ejemplo de la necesidad humana de entenderlo y explicarlo todo. Las matemáticas son un sistema incompleto perfecto, inventado por nosotros para explicar lo que siempre ha estado ahí. No me cabe duda de que como las matemáticas, el 'tiempo' y nuestras definiciones modernas de él, son solo un intento todavía incompleto de reducir algo tan trascendental e inconmensurable a un nivel que le permita a nuestra capacidad mental entender; y darle a nuestra conciencia la tranquilidad suficiente para permitirse existir en él.

No obstante, a pesar de toda esta falta de comprensión e ignorancia humana; con cada segundo que pasa, nuestra existencia y realidad parecieran ser inscriptas en el 'tiempo' constantemente; así como la prueba de nuestra existencia misma en este vasto universo.

El aquí y el ahora, es el fragmento e instante infinitamente pequeño en el cual el 'tiempo' y nuestra realidad se unen, y el único instante en el que es posible sentir la existencia del 'tiempo'. Es solo en este instante en el que pareciera que tenemos algún tipo de injerencia sobre nuestra realidad. Por eso, el único deber y compromiso que tenemos con nuestra propia existencia es el de vivir y

experimentar el 'tiempo' en el aquí y el ahora, ya que en la vida no hay garantía alguna más que está es finita y fugaz en el 'tiempo'.

El 'tiempo' siempre ha sido, y me atrevo a decir que siempre será algo que supere nuestra capacidad humana de comprensión. Solo nos queda aceptar este hecho y sonreírle a este misticismo que al fin y al cabo es el que rige nuestra vida.

Para responder la pregunta, de cómo puede un concepto ser tan ajeno a nosotros pero a la vez ser algo tan inherente a nuestra existencia, como lo es el 'tiempo', solo les diría que la respuesta depende de cada uno. Como lo dije antes, el 'tiempo' es algo puramente personal e íntimo y cada persona lo entiende de la mejor forma que puede, todo con el propósito de hallarle a su vida, un sentido y dirección en esta inmensa e infinita magnitud física, para así descubrir el sentido e importancia de nuestro pasado, presente y futuro.

Gracias.

///

## Laura Galindo

“¿Por qué algunas personas parecen encontrar la felicidad mientras que otros luchamos por sentirla? ¿Existe realmente un propósito en todo esto?”

Les quiero confesar una cosa. Bueno, es más bien contar que jamás pensé que estaría acá parada leyendo el discurso. Este discurso está escrito con el propósito de cumplir un requisito para graduarme. No porque yo tomara la decisión de estar acá leyendo esto si no que es algo que tengo que hacer si me quiero graduar.

Todo aquel que me conoce sabe que llevo 14 años en el colegio y que jamás he sido una persona a la que le guste mucho hablar en público, y menos, leer. Sí, es un miedo que he perdido con los años, poco a poco. No ha sido fácil, pero quién dijo que la vida sería fácil. Si alguna vez conocieron a alguien que les dijo que la vida es fácil les mintió. La vida es difícil, de retos grandes y pequeños que toca superar. Puede que algunos sean divertidos, y otros uno los sufre.

Ahora les quiero confesar que durante mucho tiempo he estado pensando sobre qué es la felicidad y qué sentido puede tener el vivir. Esto me ha llevado a la gran pregunta de ¿por qué algunas personas parecen encontrar la felicidad mientras que otros luchamos por sentirla? ¿Existe realmente un propósito en todo esto?

Durante muchos años he escuchado distintas teorías sobre lo que es esta emoción: estar en paz, alcanzar metas, tener buena energía. Pero, para ser sincera, no estoy segura de haberlas sentido alguna vez plenamente. A veces puedo encontrar impresionante cómo las personas se levantan con entusiasmo y emoción. Me pregunto qué los impulsa a sentirse de esta manera.

También me pregunto mucho sobre aquellas personas que pueden llegar a ver la vida de manera pesimista y que coincidieron que nada tiene sentido. ¿Por qué siguen adelante si creen que todo puede ser insignificante? Y luego están todo aquellos que les gusta estar atrapados en una misma rutina con muy pocos cambios. Estos se quejan constantemente. ¿Por qué continúan esa monotonía si no les brinda felicidad?

No estoy acá para decirles que debemos tomar medidas drásticas y rendirnos frente a la vida. Pero me siento un poco obligada a preguntar: ¿Qué nos detiene de encontrar lo que podría llegar a ser la felicidad genuina? ¿Cuáles son esas cosas que realmente nos importan en nuestra vida?

Hace un par de años mi mentalidad comenzó a cambiar tras una decisión que hubiera cambiado mi vida por completo. En décimo, me iba a cambiar de colegio. Al empezar el proceso me di cuenta de muchas cosas que tenía y no valoraba, pero que hacían que mi día a día fuera único y especial. Me di cuenta de que la vida puede tener más sentido de lo que nos imaginamos. Y aún así haya coasa que no entendemos, todo pasa por algo y todo nos prepara para el futuro. Aunque seamos conscientes de que en algún momento nos vamos a morir, no debemos jamás dejar de tener experiencias que nos llenan de euforia, ya que es la muerte lo que hace que estas experiencias tengan valor y sentido. Si tuvieramos todo el tiempo del mundo, solo procrastinaríamos sentir

esos sentimientos que requieren que salgamos de nuestra zona de confort. Porque la vida es como un lienzo en blanco que llenamos de recuerdos inolvidables, contruidos por los momentos que perdurarán más allá de nuestra existencia física.

Por eso les puedo decir que hoy mi punto de vista ha cambiado. Busco llenar mi vida con momentos significativos, construir recuerdos que espero poder revivir una y otra vez en el más allá. La vida se trata de crear pequeños momentos que valga la pena recordar, de encontrar la felicidad en estos y de buscar experiencias que nos hagan sentir vivos.

Por último, aunque la muerte sea inevitable y el futuro incierto, cada momento que vivamos tendrá un valor inimaginable. Busquemos la felicidad, construyamos recuerdos y disfrutemos de este viaje, porque al final esos momentos que creamos son los que le dan el sentido a la vida. Gracias.

///

## Martín Glauser

“Llegar al balance de las cosas, pero primero haber entendido los extremos como lo plantea Lucas, y que el resultado no es lo que importa y que nosotros somos los que le damos el sentido a nuestra vida, tal cual lo muestra Camus”.

Hoy vengo a hablarles sobre dos filósofos que desde mi punto de vista han marcado un antes y un después en la historia de mi vida, Albert Camus y George Lucas. Algunos, si no la mayoría, se preguntarán por qué introducir a un famoso filósofo existencialista al lado de un director de cine de Hollywood. Desde muy pequeño la idea de que hay muchos mundos además del nuestro realmente me ha cautivado, y la manera en que George Lucas lo narra me parece absolutamente magnífica. Creo que Juan Camilo Fajardo y los miembros del “Grupito Pro” pueden corroborar que dicho gusto era algo que nos apasionaba desde tempranas edades. Los que me conocen, saben que en mi opinión la Guerra de las Galaxias es la mejor franquicia que existe y existirá hasta el fin de los tiempos, y no creo que sea un sentimiento que solo me identifique a mi, por esto, pasábamos noches extensas con Nicholas Bautista, Nicolás Suárez y Nicolás Carrera gozando de un videojuego que recreaba los eventos ocurridos en las películas. Pero mi fascinación por unas películas no le da el derecho a su director a siquiera compararse con un filósofo tan influyente como Albert Camus. De igual manera me tomaré el atrevimiento de hacerlo y les explicaré por qué.

Para los incultos que no sepan, la Guerra de las Galaxias es una saga de seis películas, curiosamente creadas en desorden. Primero salieron la cuatro, la cinco y la seis, y varias décadas después la primera, la segunda y la tercera. La trilogía original, es decir

la cuatro, cinco y seis, narra la historia típica de un héroe. De hecho, en la clase del héroe en la literatura verán historias muy similares, pero en mi opinión un poco limitadas porque ninguna historia heroica le llegará a los talones a la de Luke Skywalker. La trilogía de las precuelas desafía completamente la típica cronología de un héroe, y con el paso del tiempo se convierte en una tragedia y luego en la historia de un temible villano. Ahora, llamo a George Lucas filósofo, porque detrás de una historia de ciencia ficción se desenvuelve una dualidad entre el bien y el mal, entre la luz y la oscuridad. Y si hacemos un análisis profundo, se desarrolla un enfrentamiento entre los pensamientos de Platón y Sócrates, que representan el lado luminoso, y los de Nietzsche que representa el oscuro. También se genera un conflicto de ideales, una búsqueda por la democracia que encuentra su mayor obstáculo en la corrupción, las emociones profundas, desbordadas y apasionadas, el engaño y la perversidad, pero por encima de todo, creo que está la travesía por los extremos humanos y el conocimiento, para finalmente conseguir el balance entre ellos y el dominio armónico de la fuerza. Hago énfasis en esta última, ya que en mi opinión las seis películas logran que esa sea la conclusión, para poder llegar al balance de algo se deben conocer sus dos extremos opuestos.

Gracias a las sabias enseñanzas de George Lucas he empezado a vivir mi vida según esta premisa. Por ejemplo, en el colegio he tenido que pasar por

los dos extremos en el estudio. Hace algunos años mi dedicación absoluta se centraba en el colegio y las notas, y por esto pasaba la mayoría del tiempo pensando en exámenes, trabajos y demás cosas relacionadas a las clases. Pero con el paso del tiempo me di cuenta que vivir de esa manera no me hacía sentir realmente bien. Así que pasé al otro extremo, donde lo académico no tenía la importancia suficiente y las otras cosas fuera del colegio tenían más relevancia. Con Martín Osorio nos adentramos en la vagancia pura y estuvimos ya demasiado cerca de tirarnos el año, algo que claramente no fue agradable. Y al haber pasado por los dos extremos, realmente entendí qué significaba cada uno y por esto fui capaz de desarrollar un balance entre los dos, dándole el tiempo necesario a cada lado. Así que como Anakin Skywalker con la luz y la oscuridad, yo logré encontrar el balance entre el estudio y las demás cosas.

Ahora les quiero hablar del otro filósofo que ha marcado mi vida. Albert Camus fue un filósofo francés que fue incluido en la rueda de pensamiento existencialista, es decir una corriente filosófica que analiza la existencia misma del ser humano. Una de sus célebres frases, “One must imagine Sisyphus happy” o en español, “Hay que imaginarse a Sísifo feliz”, me ha hecho sentarme a pensar e investigar por horas y ha generado un cambio considerable en mi forma de actuar y vivir la vida. Para los que no conocen el mito, Sísifo era un rey astuto, pero engañoso en la antigua Grecia.

En diversas ocasiones desafió la autoridad de los dioses y los engañó de diferentes formas, hasta el punto de burlarse de la muerte dos veces. Por estas acciones fue castigado a rodar una piedra gigante hacia arriba de una montaña, solo que esta rodaba hacia abajo justo antes de alcanzar la cima, haciendo que Sísifo tuviera que repetir la tarea eternamente. Ahora, volvamos a la frase de Camus, “Hay que imaginarse a Sísifo feliz”. A primera vista la frase suena muy contradictoria y sin sentido alguno, ¿cómo es posible que un hombre condenado por toda la eternidad a rodar una piedra, sea feliz?

Camus habla sobre lo absurdo que es el mundo que nos rodea, según él, este absurdismo se define en el conflicto entre nuestro deseo por un sentido y la falta de este sentido en el universo. Así como las tareas de Sísifo no tienen un propósito o sentido, Camus argumenta que lo mismo se podría decir de la vida. Pero, en vez de huir de la absurdidad y tenerle miedo, debemos confrontarla viviendo como queremos y dándole nuestro propio significado a la vida. Sísifo no tiene un día mejor o un día peor, tampoco tiene el concepto de algo después, ya que su tarea es eterna, por esto sus acciones se encuentran totalmente en el aquí y en el ahora. Sísifo acepta su tarea y da todo su esfuerzo, y de esta manera desafía por completo el pensamiento nihilista. Camus se imagina a Sísifo bajando una y otra vez, con una sonrisa en su cara, dándonos a entender que debemos aprender a aceptar los retos que se nos presentan en la vida. Para Sísifo realmente no se

trata de llegar a la cima de la montaña sino de la satisfacción que siente en el momento de realizar su tarea.

De esta manera le logramos dar sentido a la frase confusa de Camus, debemos imaginarnos a Sísifo feliz porque vive en su propio presente, no está pensando en qué pasó ayer o qué pasará mañana. Aunque sea repetitiva, Sísifo encuentra la satisfacción necesaria cuando hace su tarea, no mira hacia el resultado que debe obtener, sino que se concentra en el momento exacto en el que está. Gracias a este mensaje he empezado a intentar vivir la vida en el presente, sin siempre estar preocupado por el futuro o por lo que pasó en el pasado. Esto me ha llevado a darme cuenta que si debemos imaginarnos a Sísifo feliz, también lo podemos hacer con nosotros mismos.

Más allá de que estos dos filósofos me hayan marcado la vida, -y con el perdón de Manuel y Juan Felipe, seguiré llamando y considerando a George Lucas como un filósofo contemporáneo- al conectar sus dos ideas filosóficas se puede diseñar un modelo muy interesante para vivir la vida. Llegar al balance de las cosas, pero primero haber entendido los extremos como lo plantea Lucas, y que el resultado no es lo que importa y que nosotros somos los que le damos el sentido a nuestra vida, tal cual lo muestra Camus. Podemos mezclar estas ideas para decir que uno debe vivir la vida disfrutando el conocer y entender los extremos de las cosas, no necesariamente teniendo que vivirlos, sino haberlos entendido, para finalmente llegar al balance y de esa

manera ir dándole nuestro propio sentido a la vida.

///

## Samuel Godoy

“Esto es algo que los invito a tener en cuenta a ustedes también. No, no los estoy invitando a ser irresponsables, sino a que consideren su propia forma de balancear su vida. Desarrollen mecanismos para encontrar su felicidad”.

Se podría considerar suerte el haber quedado dentro de los últimos en la lista del orden de lectura. A decir verdad cuando empezó el año no tenía la menor idea de qué decir, y el hecho de que todavía me quedaran varios meses era algo reconfortante. Esto, asumiendo que eventualmente algo se me ocurriría. Con el paso del tiempo se me iban acabando los días, y mis amigos iban leyendo uno por uno. Sin embargo, yo continuaba ignorando que mi discurso solo se acercaba. Dando por hecho que había salido del asunto, al ser contagiado por la tranquilidad de quienes ya habían leído. Si les soy sincero no pasé un solo día reflexionando sobre qué escribir. Sin darme cuenta había juntado la tranquilidad que se me había pegado de mis amigos, con mi constante pensamiento de,

“Agh... Todavía queda tiempo para eso” y así pasé todo el año. Debido a esto llegué a la situación en la que me encontraba hace dos días, con un documento cuyo único texto era el título, “Discurso”. Esto luego de que accidentalmente no hubiera recibido el correo informándome de mi lectura, aunque siendo honesto, por más de que me hubieran avisado una semana antes, igual lo hubiera dejado para último momento.

Hay que ser realistas, es lo que siempre hago y he hecho, dejar las cosas hasta el último minuto pensando que lo tengo bajo control, o que incluso el factor de la presión me puede llegar a hacer trabajar mejor. Esto usualmente tiene dos posibles resultados, el primero que vendría siendo el “bueno”, aunque a decir verdad tendría más lógica decir que es el menos malo, se compone de una trasnochada salvaje. Pero esta trasnochada es particular, porque en primer lugar pudo nunca haber existido, al perfectamente haber podido empezar el trabajo mucho antes. Y en segundo lugar, partiendo de la base que ya había dejado el trabajo para el último día, pude haberla evitado empezando apenas llegué del colegio y no aproximadamente a las once de la noche. Sin embargo, a pesar de haber terminado a las tres de la mañana, y tener que pasar todo el día siguiente al borde del colapso, logro entregar mi trabajo e idealmente recibo una buena nota.

Lamentablemente, esto no siempre pasa, y el segundo resultado es

también posible. En este resultado no empiezo a las once de la noche, y aunque lo hubiese hecho, encuentro la forma de distraerme a mí mismo. El tiempo se me va volando, mientras que yo aplico una técnica pomodoro inversa, en la que trabajo cinco minutos y descanso veinticinco. Sigo adelante con mi método hasta que inevitablemente veo el reloj, ya van a ser las dos, y yo estoy frente al computador, con menos de la mitad del trabajo hecho, con sueño y los ojos hinchados. Es ahí cuando empieza el cálculo más puro, uno con el que hasta el nogalista más juicioso se ve identificado. Saco el horario y empiezo a contar. El primer paso es la revisión, este es el paso más sencillo, aquí se analiza a qué hora toca entregar el trabajo, si hay hora de estudio, y si es posible hacer uso del recreo y del almuerzo. Esto a veces es suficiente, pero la mayoría de las veces, cuando la situación es crítica toca recurrir al paso dos. El paso dos requiere de un conocimiento general de lo que se está viendo en cada clase, uno comienza a evaluar qué tan bien entiende el tema de cada materia y si es posible darse el lujo de trabajar en esa hora. Luego de este crítico paso hago un mapeo de lo que voy a hacer al día siguiente y me convengo a mí mismo de que está lo suficientemente bueno para poder irme a dormir. Tres horas más tarde, me despierto agotado, con unas inexistentes ganas de levantarme de mi cama, sin haber entregado nada. Me subo al

bus, saludo a Carrera si es que todavía está despierto y después me duermo, porque obviamente necesito descansar para poder trabajar más tarde. Llego al colegio y ahí es cuando empiezo a ejecutar el plan. Pero antes es necesario tomarme mi tiempo para subir a la terraza, saludar y quedarme ahí con mis amigos veinte minutos. Sin darme cuenta ya son las siete y diez y ya va a empezar la clase, pero no me preocupo porque aún hay tiempo. Me siento en clase, saco el computador y estoy dispuesto a trabajar siguiendo el plan. Sin embargo, ahí es cuando ocurren una serie de imprevistos, los cuales varían entre el profesor pidiéndome que guarde el computador, o Glauser ilustrándome acerca de cómo volver dos mil pesos en un millón. En ese momento es cuando el plan empieza a fallar. Se acaba la clase y empieza la hora de estudio, en la cual siempre pasan dos cosas, o hay alguna actividad o asamblea sorpresa, o me gasto la hora entera hablando con Jerónimo y Carlos en un cubículo sin avanzar nada. Sin esta valiosa hora, el plan se complica, aunque aún sigo pensando que es lograble, solo que toca hacer más sacrificios. Pasan dos clases más en las que probablemente avancé máximo un octavo de todo el trabajo y llega el recreo. Llego convencido de que soy capaz de hacer el sacrificio de quedarme trabajando, y cuando menos me doy cuenta estoy haciendo pronósticos con Bautista sobre quienes van a ganar los parti-

dos de mini tenis. En ese momento el plan ya está en sus últimas, por más de que yo no lo quiera aceptar. Al final, logro llegar a completar la mitad del trabajo en las siguientes tres horas mientras que llega el almuerzo. Momento en el que salgo a comer con mis amigos y asumo que ya simplemente no alcancé. Apenas este se acaba hago mi mejor esfuerzo por hacer en cincuenta minutos lo que no hice en dos semanas y apenas dan las tres y diez entrego tres cuartos del trabajo y rezo por aunque sea un sesenta.

Esto es una realidad para mí, y ha tenido sus altibajos. Como cuando me rajé un bimestre de Sociales en quinto por sacarme cero en un trabajo del sesenta. Trabajo que me decomisaron por estar haciendo en otra clase. O cuando al terminar AP Seminar nos invitaron amablemente a Jerónimo y a mí a no seguir con nuestro camino en la investigación, ya que hicimos todo en los últimos dos días y ni una sola frase fue escrita en la clase. Contrario a lo que pueden estar pensando, no, no nos rajamos seminar, y por lo menos lo pasamos sin tener que estar llorando. En general podría contar múltiples anécdotas tanto positivas como negativas acerca de mi experiencia con procrastinar. Sin embargo, a pesar de todos esos altibajos he llegado hasta acá, sin saber que es ir a remediales y habiendo podido entrar a estudiar lo que siempre quise en la universidad que quería.

Tampoco voy a ser muy descarado, ni elogiar la mediocridad,

diciéndoles que me siento completamente orgulloso de lo que he hecho, pero por lo menos no me arrepiento. Ya que a mi forma de ver las cosas hubiera llegado exactamente al mismo sitio por más de que le hubiera dedicado el cien por ciento de mi vida al colegio. Al igual que Osorio, yo también considero importante el distraerse un rato y vivir una vida menos agotadora que la constante productividad. Aunque tengo que reconocer que es probable que haya priorizado esto mucho más que mis propias responsabilidades. Podré no haber entregado uno que otro texto completo, pero no me arrepiento. Ya que fabriqué memorias con mis amigos, que por más que ellos se vayan, como Swampy, Jarko y Simoes, nadie me las va a quitar.

Ahora bien, a pesar de que haya logrado la mayoría de cosas que me he propuesto, soy consciente de que mis revolucionarios planes de manejo del tiempo se me irán quedando cada vez más cortos, y que él no procrastinar es algo que tengo que ir mejorando. A pesar de esto, considero que todo es un proceso y que cada día lo podré mejorar poco a poco, pero eso sí, sin sacrificarme enteramente a mí mismo y mis relaciones sociales solo por el hecho de cumplir. Esto es algo que los invito a tener en cuenta a ustedes también. No, no los estoy invitando a ser irresponsables, sino a que consideren su propia forma de balancear su vida. Desarrollen mecanismos para encontrar su felicidad. En mi caso

esta felicidad la encuentro en mis amigos y en mi familia y no hay trabajo valga el tiempo que paso con ellos. Gracias.

///

## Luna Granados

“Vivir es un constante flujo de cambios y transformaciones y aceptar el cambio no significa olvidar el pasado, sino permitir que nos impulse hacia el futuro”.

**E**n Prejardín, Pili me decía, “Ay Luna, se te comieron la lengua los ratones”. Mis amigos decían, “Luna, estás en la luna”.

Y en física, Fercho me decía, “¡pero no grite!”. Y todo porque yo no hablo. Una vez en sexto, Paula me preguntó, “Luna, ¿tú por qué no hablas?” Y le dije, “No sé”. Y esa es la verdad. Nunca supe, y nunca he sabido por qué, pero yo no hablo.

No tengo ningún trauma de chiquita, ni ninguna historia triste del día que deje de hablar. Me gustaría saber por qué no hablo, pero no, no sé. Y últimamente me he dado cuenta que no sé muchas cosas.

Estando a menos de un mes del prom, no sé de qué color va a ser mi vestido. No sé qué voy a estudiar, ni dónde. No sé si me voy a graduar

con ustedes, porque voy perdiendo física, y no es muy recuperable.

No sé. No sé cómo voy a despedirme de mis amigas. No sé como despedirme de la gente que nunca conocí. No sé qué hacer con mi vida.

Pero todo está cambiando, y todos estamos cambiando.

Miren, ya no le hacemos bullying a Natalia porque hace vaulting, pasó de ser Natalia Obando Perilla Vaulting, a Natalia Obando Perilla, y se va a estudiar a Bentley. Cami Uribe dejó a chihuahua-toro atrás, y se va al CESA. Y así con todos, dejamos de ser lo que éramos para convertirnos en lo que somos y en lo que seremos.

Sol pasa a décimo, y ya nunca vamos a venir al colegio juntas. En un mes todo va a cambiar. No sé mucho Sol, como te diste cuenta, no sé ni qué quiero estudiar. Pero sé que te quedan dos años y créeme, se pasan volando. Sol, arriesga, haz todo lo que sientas, y no te guardes nada. No te arrepientas, que tomar decisiones te hace adulto, pero arrepentirse te hace humano.

Y tranquila, que todo va a estar bien al final, y si no está bien, es porque todavía no es el final.

Una última cosa: nunca, por favor, nunca cuentes los días, haz que los días cuenten, o terminas como yo, deprimida porque solo me quedan 34 días en el colegio.

Todo cambia y al final, de eso se trata la vida. Vivir es un constante flujo de cambios y transformaciones y aceptar el cambio no significa olvidar el pasado, sino permitir que

nos impulse hacia el futuro. En vez de aferrarnos a lo que fue, es mejor abrirnos a lo que viene, a las nuevas oportunidades, experiencias y personas que nos esperan.

Esta puede ser la última vez que muchos de ustedes van a oírme hablar, entonces quiero que se queden con algo que dijo el poeta más grande de todos los tiempos. “Las cosas siempre cambian, la gente cambia, todo cambia, excepto lo bueno, eso, se queda igual”, gracias Bad Bunny.

Y gracias promoción 2024.

///

## Simón Hernández

“Aprovechemos el tiempo que tenemos en esta tierra, no lo desperdiciemos porque ninguna cantidad de dinero podrá comprarte un simple segundo de tu vida”.

### Lo que significa “la última vez”

**H**oy quiero hablarles sobre un tema que muchos de nosotros consideramos importante y tiene que ver con el valor del tiempo. A lo largo de la vida nos enfrentamos a muchas decisiones que pueden generar efectos trascendentales en nosotros. ¿Han pensado en la frase ... ¿Esta es la última vez...? Esta reflexión se me vino a la cabeza el día de la iniciación, o mejor dicho, el día de la bienvenida. Estábamos

reunidos en la casa de un amigo, listos para salir para nuestra última fiesta de semestralizado, y no sé si alguno más lo pensó, pero, a pesar de que habíamos asistido a dos de estas anteriormente, ésta sería especial ya que era la última de nuestras vidas. Este mismo día, dentro de un año, todo será diferente. No sé exactamente dónde podré estar o qué estaré haciendo, lo que sí sé es que las cosas cambiarán para siempre y, por lo tanto, reflexioné y decidí disfrutarla con la gente a la que más aprecio del colegio porque tuve claro que este encuentro no volvería a suceder.

Entiendan que los buenos momentos hay que vivirlos plenamente porque muchos de ellos jamás volverán a suceder. Puede que sea la última vez.

Puede ser que tuviste la oportunidad de hacer algo muy especial y no lo hiciste, o que te gustaba alguien y nunca lo intentaste por miedo a ser rechazado, o que pensaste que a la mañana siguiente ibas a ver a esa persona y, simplemente, no pudiste. Por razones de la vida, ya no está.

Yo en mi vida tengo pocos arrepentimientos pero de los pocos que tengo, varios han sido porque asumí que tendría más oportunidades y no aproveché esa última vez por miedo a arriesgarme. Estos son para mí constantes recordatorios de lo que pudo haber sido y nunca fue, no disfruté, no aproveché esa última vez. Por ejemplo, el primer último día del colegio era algo in-

trascendente para mí, pero en el momento razoné y caí en cuenta de lo especial que era ese día. O tu intercasas de décimo. No te das cuenta de que va a ser la última vez en la cual te vas a mojar, embarrar y ensuciar con tus amigos. O veo a la iniciación de los alumnos de pre-escolar y me parece que fue ayer cuando llegué al colegio siendo solo un niño. Me acuerdo de esos días que junto a Parra pasábamos con nuestra Big sister. Ella nos com-praba comida, compartíamos momentos especiales e inolvidables y ayer, yo estaba viviendo esa misma experiencia pero del otro lado de la moneda. De pequeño esas horas donde nos veíamos con nuestros big brothers eran de los mejores de jardín, me emocionaba poder ver a mi big sister, ya que sabía que cada vez sería inolvidable. Hasta el día de hoy me acuerdo de lo que viví con ella y Felipe , y saber que ahora tengo yo la oportunidad de causar ese mismo sentimiento en un niño de jardín, me parece increíble. Por eso es que me propuse que ambos, Arturo y Miguel mis little brothers, disfruten de esos días como yo lo hice, porque sé que cada día es uno menos con ellos. La vida en el colegio ha estado llena de retos, amistades, oportunidades y procesos que seguramente no volverán. Los invito a que miren a sus amigos, familiares y seres queridos y se den cuenta de lo privilegiados que somos, los invito a que aprovechemos todas y cada una de las oportunidades que tengamos en nuestra vida.

Es mejor intentar y fallar, que ir preguntándose lo que pudo haber sido. Somos jóvenes con nuestra vida por delante, y los errores son parte de ella. Arriésguense, y no dejen pasar esa posible última vez. Quién sabe, puede significar un gran cambio en nuestra vida, podrán conocer una persona nueva, o encontrar una nueva oportunidad.

Sobre todo, quiero decirles a todos mis amigos y amigas que han sido muy especiales, que han dejado una marca en mi vida y que espero que yo haya podido dejar una marca en la de ustedes.

Les agradezco su compañía, su amistad, aún en los momentos en que seguramente hicimos cosas equivocadas, como por ejemplo escaparnos y capar clase o hacer plagio accidentalmente. Disfrutemos y aprovechemos todo lo que tenemos para hacer el bien. Somos privilegiados, hay en Colombia millones de jóvenes que no tienen las oportunidades que Dios nos ha dado. La vida es como un taxímetro: cada día que pasa es un día menos, un día sin aprovechar, no dejen pasar eso que puede ser la última vez. Aprovechemos el tiempo que tenemos en esta tierra no lo desperdiciemos porque ninguna cantidad de dinero podrá comprar un simple segundo de tu vida. Gracias.

///

## Alejandro La Rota

“...pienso que vivir con indiferencia no es sostenible, no es gratificante. Para aquellos economistas que prefieran entenderlo de otro modo, vivir con indiferencia tiene un costo de oportunidad extremadamente alto que no estoy dispuesto a asumir”.

**P**ara poder disfrutar de este discurso, les voy a pedir el favor que se remonten al día 19 de diciembre del año 2005. Este día, Alejandro La Rota llegó al mundo luego de varios años en los que sus papás pensaron que tener un hijo no se les iba a hacer realidad. Pero por suerte para ustedes, no los planeo aburrir con mi historia de vida, así que sean bienvenidos a prescindir de toda la información que les ha sido proporcionada en los últimos 30 segundos, y más bien acompáñenme 17 años hacia el futuro, donde este discurso comienza a tomar forma.

Hace no mucho tiempo, una amiga que tenía me abrió los ojos a la doctrina que guió mis pasados meses de vida. La de la indiferencia. La de no darle importancia a nada, para así, no estar atado ni limitado por nada. Esta doctrina es útil ya que minimiza riesgos y ofrece una vida relativamente cómoda y segura. No obstante, con gran pesame y dificultad, me despidió, acá mismo, de este estilo de vida y me abro al cambio, con el fin de valorar y dis-

frutar más la vida. Algunos filósofos acá presentes argumentarían que esto no es más que una mentira, un engaño a los sentidos. Después de todo, como diría Parménides, “el ser es, y el no ser no es”, por lo que el cambio no existe, ya que representa ser y no ser al mismo tiempo. No obstante, me veo en la desdichada obligación de refutar esta lógica. El cambio no solo es posible, están siendo testigos de él. ¿Y cómo no querer cambiar? Después de todo, la vida se disfruta más cuando uno la valora, las memorias toman mayor claridad, los momentos más relevancia, las comidas más sabor, los paisajes más color y las personas más encanto. Las alegrías que provienen de darle a la vida la importancia que se merece son infinitamente más valiosas que las libertades otorgadas por la indiferencia. Si todavía no los convengo déjenme por lo menos, exponer mis razones.

Como buen discurso de once, el mío también contiene un recuento de mi fugaz paso por el colegio. Fueron 14 años efímeros, extrañamente rápidos en su pasar, pero llenos de momentos inolvidables, a los cuales afortunadamente les di la importancia que se merecen. Todavía recuerdo aquella prístina mañana cuando el colegio me recibió a mí y a la promoción 2024 con brazos abiertos. Aquel día marcaría el comienzo de 14 años llenos de emoción, risas, estrés, frustración, pero sobre todo de experiencias inolvidables que me acompañaran por el resto de mi vida. Al haberle

dado valor a todas las experiencias que viví en Nogales, me resulta imposible seleccionar unas pocas que representen de forma holística mi recorrido y vivencias, por lo que me tomaré la libertad de listar unas cuantas. Empezando en orden cronológico: Mis aventuras con “los tres amigos”, los partidos de fútbol frente a los buses de tech en jardín y transición, el grupito pro y el aroma a rosas en el salón de segundo, cuarto con sus retos por iMessage y crisis combo -el que entendió entendió-, básica con aquel 29 de noviembre, con sus hormonas alocadas y los famosos planes donde Majo Sabogal con el Nintendo Switch , para por fin llegar a semestralizado, un trío de años caracterizados por los fines de semana largos, las relaciones exitosas y fallidas (al mismo tiempo, además), y a gran escala, la interacción social. Todas estas experiencias, todos estos años, toda esta retahíla en la que me acabo de embarcar, todo tiene algo en común. Todo fue extremadamente importante para mi desarrollo como persona, todo me formó y me ayudó a ser quien soy hoy, y todo merece la importancia y el valor que en su momento le di, y el cual hizo de mi viaje por el colegio mucho más placentero. Hoy en día no me imagino como se hubiera visto mi paso por el colegio a través de los lentes de la indiferencia. Me pregunto; si siguiera con la indiferencia, ¿podría alguna vez disfrutar de mandar un traspaso de banda al lado de mis

amigos? ¿Podría volver a gozarme cada balón filtrado y cada grito a mis compañeros, o en su defecto a Felipe Guarín, para avisarles que pasé por la espalda? ¿Sería capaz de saborear los momentos posteriores a un examen de cálculo, una presentación de la banda o un partido de fútbol, a pesar de salir jadeando del cansancio y el estrés? La respuesta probablemente es no. Y créanme, yo siempre me he considerado una persona optimista, pero no veo escenario en el cual la apatía y la inconsideración lleven a momentos y memorias especiales. La vida se vive en el presente, pero se constituye del pasado, y qué mejor que guardar memorias bonitas. Los amaneceres en la playa con Emilia y compañía, las incontables veces que he bailado candelazos ajenos -y me los he aprendido mejor que el de eudikia-, las peleas amistosas y el famoso “ahhh, okay”, es más, hasta las veces donde casi consumo kani (para los que no entiendan soy alérgico). Todos estos momentos no significan nada si no les hubiera dado esa importancia. Por esto pienso que vivir con indiferencia no es sostenible, no es gratificante. Para aquellos economistas que prefieran entenderlo de otro modo, vivir con indiferencia tiene un costo de oportunidad extremadamente alto que no estoy dispuesto a asumir.

Desde un punto de vista filosófico, lo que nos hace humanos es nuestra conciencia de la muerte y lo que esta implica. ¿Y esto que

causa? Pues simple, causa que planeemos, que tengamos proyectos y ambiciones, pero principalmente causa que valoremos cada momento, ya que nuestro tiempo acá es finito. Esto se puede extrapolar a cualquier contexto. Algunos valorarán su tiempo con la familia y sus amigos. Otros valorarán los esfuerzos de sus parejas y el tiempo compartido. Otros afortunados disfrutarán al máximo su tiempo laboral. Y algunos, disfrutarán más de la pecunia, lo material y lo cuantificable. Lo que no entra entre estos cálculos es la aversión total. La indiferencia, que nos resta humanidad y nos cohibe de disfrutar, de tener un propósito genuino. La indiferencia es aquella que nos deshumaniza y nos desconecta de nuestra experiencia sensorial y emocional.

Ahora, podría cerrar este discurso de muchas formas distintas. Pero elijo extenderles una invitación a todos aquellos que se muestran indiferentes ante la vida. Una invitación a acompañarme en esta travesía, que estoy invariablemente seguro que vale la pena. A trascender de la indiferencia, aprovechar el día, valorar lo que se recibe y gozar de lo que se experimenta. A valorar a sus seres queridos y darse cuenta que son de las personas más increíbles que han conocido y que no pueden permitirse que se vuelvan desconocidos nunca. A tener memorias bonitas y vivencias valiosas, porque el tiempo no se detiene, pero se immortaliza en la memoria. Por todo

esto, yo elijo dar el paso al frente y comprometerme a adoptar este estilo de vida. Elijo dejar mi etapa de niño necio y rebelde. Elijo no ser solapado, como diría comúnmente, y asumir la importancia de mis acciones. Elijo entender que la indiferencia me daña tanto a mí como a los que me rodean, y elijo aprovechar la vida al máximo, disfrutar el momento, y valorar lo que se tiene, porque 14 años se pueden pasar en un abrir y cerrar de ojos, y después de todo, la memoria es el único remanente. Con todo esto dicho, les dejo, o mejor, les “popeo” una última reflexión: La vida es lo que uno hace de ella, y cada momento vale oro si uno es capaz de valorarlo como tal.

///

## Antonio Llano

“Como dicen, nada reemplaza el trabajo duro, pero también me pregunto si me estoy apurando mucho. A veces me pregunto si me estoy “speedrunneando” la vida”.

“**V**elocidad. Soy veloz. Velocidad. Soy veloz”. Recito estas líneas en mi cabeza y las tecleo en simultáneo mientras viajo un lunes lluvioso en el bus de tech, poco antes del plazo de entrega del discurso. Le he dado muchas vueltas en mi cabeza tratando de

dar cuenta de mi experiencia pero la versión final surge poco antes del plazo. La niebla se disipa y veo una solución más clara y más limpia que me habría encantado tener en el primer intento. Así es la vida y así son las horas y los plazos. No es mi primera vez “speedrunneando” las cosas. Desayuno RedBull y los entregables se cumplen, pero nunca con mucho tiempo de sobra. Así es como tiendo a forcejear con la gran mayoría de trabajos del colegio y las múltiples cargas externas que me impuse. Siempre ando de prisa, corriendo contra los plazos. Algunos como Borenz, célebremente dirían que “el afán no es digno”, pero para mí funciona de otra manera, y aunque lo envidio, esta es mi manera.

Como muchos nogalistas, siempre voy de afán. Mucho de esto se debe al hecho que trabajo desde séptimo, y suelo malabarear veinticinco horas laborales por semana con el colegio. La habilidad de ‘speedrunnear’ se ha forjado en todas estas horas de arduo trabajo. Pero todo esto ha venido con sus costos: nunca me pude meter a la banda, dejé de lado el básquet, me perdí de varias caminatas y no fui tan cercano a ciertas personas como me habría gustado serlo. Pero por otro lado, he asistido tesis doctorales, he levantado y perdido capital, he recibido y dirigido pleitos legales, y he ganado varias entradas en el pelo. Como dicen, nada reemplaza el trabajo duro, pero también me pregunto si me estoy apurando mu-

cho. A veces me pregunto si me estoy “speedrunneando” la vida.

Faltando una semana para la caminata de Amazonas, me tocó cancelar y perder los tiquetes. Fui a representar a Colombia en la Iberoamericana de informática y a tomar una serie de pruebas internas. Lo que fueron meses, años de preparación, se condensaron en doce horas de prueba. A la fecha es la prueba más demandante que he hecho. Es el tipo de prueba en la que ninguna preparación es suficiente. Se reduce a intuición pura. “Velocidad. Soy Veloz”, me decía. Al final, con cicatrices de guerra que todavía tengo tatuadas en el cerebro, de seiscientos puntos totales, me quedé diez puntos corto de clasificar al mundial, por segundo año consecutivo. Estaba destruído.

Luego escuchando las historias de la caminata, no pude evitar contemplar que quizás todo había sido en vano. Pero bueno, este no es un discurso de arrepentimiento. Sí, el tiempo se pasa mucho más rápido cuando uno está haciendo lo que le gusta, y esto muchas veces supone sacrificios que en retrospectiva pueden parecer no valer la pena. Pero en últimas, genera más arrepentimiento no tomar riesgos que tomarlos.

Ya me quedan solo un par de meses en el colegio, cuyo apodo ha evolucionado desde “la correccional” en octavo a “el club” en once. Y si bien no me puedo desatrasar, no quiero quedarme con el nudo en la garganta de que no le dije a alguien lo que quería decirle o quedarme sin conocer a alguien que me interesaba. Si

bien estaré mirando desde la grada, también busco romperme las cuerdas vocales cuando Nogales gane batus. Es veredicto judicial.

A los de noveno y décimo, tómense el colegio con calma, pero persigan sus pasiones más allá del colegio. No se arrepentirán. A los de once, tómense un momento para estar orgullosos de ustedes mismos, luego tómense un momento para agradecerle a la gente que les ha ayudado a llegar a donde están en este momento y luego piensen, mirando hacia el futuro, en qué es lo que más les importa.

Los invito a tomar riesgos y a buscar lo que les apasiona. Si no lo han encontrado, sigan buscando y no se conformen. Cuando estén absolutamente obsesionados con algo y estén tentados de no mirar hacia atrás y speedrunnear, acuérdense de parar de vez en cuando a pensar en lo que han logrado y en quienes les han ayudado a llegar allá.

En las carreras más veloces es cuando más necesitamos pit-stops y un equipo fuerte para seguir adelante. Quiero agradecerle a mis amigos -- ustedes saben quienes son -- que siempre me han dado su apoyo y motivación para perseguir mis metas.

Antes de bajarme del bus, quiero agradecerle profundamente a mi generación, le dejamos la barra alta a los que siguen. A los que vienen, miren el futuro con audacia, persigan sus pasiones, métanles muchas horas, y de vez en cuando, encuentren valor en bajar la velocidad y disfrutar el trayecto.

///

## Mariana López

“Hay una cierta belleza en estar viviendo toda una vida diferente en sus cabezas. Consiste en hacer lo mismo que han hecho los escritores, los pintores, los fotógrafos y los directores de cine por siglos: construir mundos”.

¿Qué es la imaginación? La RAE define imaginación como aquello que...

Tranquilos, mi discurso no es así. Pero si quiero hablar un poco de la imaginación. ¿Cuántas veces no nos dijeron los profesores que dejáramos de mirar por la ventana y que bajáramos la cabeza de las nubes?

Se nos ha vendido la idea de que distraerse, o estar soñando despiertos es algo malo. Se nos ha dicho que es una pérdida de tiempo, tiempo que podría ser empleado en algo más. El tiempo valioso, que deberías estar pasando en hacer tareas, estar presente en clase, o estar escuchando lo que alguien te dice. Y sí, a veces hay que estar presente en el momento. Por supuesto que hay momentos en los que hay que estar por completo en cuerpo, alma y mente, y no estar pensando en los “que tal sería si”.

Por ejemplo, ir manejando; un pésimo lugar para estar soñando despiertos. Cuando tus papás te regañan; mal lugar para estar distraído.

Eso no significa que no lo hagamos.

Los que argumentan que es una pérdida de tiempo por lo general te dirán que: 1) No estás presente en el momento y 2) No hay utilidad alguna en estar soñando despierto porque son cosas que no pueden pasar. Y estoy muy en desacuerdo que nos digan que soñar despierto es una pérdida de tiempo, porque en mi opinión, no todas las cosas deben tener utilidad. Los amantes de la filosofía en el público podrán estar en desacuerdo conmigo, y seguramente tendrán argumentos válidos que sostendrán que lo que no tiene propósito no tiene lugar. Esto no impide que igual lo hagamos.

Les voy a confesar algo. Mientras escribo esto estoy oyendo música, y me he distraído más veces de las que me acuerdo. Me pongo a mirar el techo, a mirar mis playlists; agarro un libro cualquiera de mi cuarto y me imagino qué tal sería vivir en ese mundo. Si la canción que estoy oyendo tiene guitarra eléctrica, me imagino tocando en un escenario, o si es música clásica, empiezo a armar dramas imaginarios en la cabeza, o a imaginarme que bailo ballet. Me ha tocado forzarme a seguir escribiendo y sacarme de mi imaginación un par de veces, y llevo menos de dos párrafos del discurso. Este sería un buen momento para no estar soñando despierta.

Entonces, ¿cuál es un buen momento para dejar volar la imaginación? Mi favorito es el bus. Los que me conocen saben que soy físicamente incapaz de dormirme en el

bus, y me encanta no dormirme. Todos los días es un escenario diferente. Una película diferente, un mundo diferente. Un día estoy bailando merengue frente a millones, otro día estoy siendo jefa de la mafia mientras una explosión ocurre detrás mío, y otro día monto dragones por acantilados rocosos hasta que el bus llega a su sitio de parqueo, o me doy cuenta de que no he parpadeado en un rato por estar tan concentrada en lo que pasa por mi cabeza. Lavar los platos también sirve mucho para olvidarse de todo. Ahí es cuando nos imaginamos estando casados con nuestra celebridad favorita. Y el que se ha inventado escenarios en su cabeza antes de dormir, sabe muy bien lo que es que se te vaya el tiempo imaginando que tienes poderes de Stranger Things, o que viajas en tu yate a Mónaco, que vives un romance adolescente como de película, o que vives en otro país, hasta que te quedas dormida.

Les voy a contar algo un poco triste. Mi pequeña adicción a soñar despierta nació del hecho de que desde pequeña leía mucho, veía muchas películas, no tengo hermanos, y tenía muy pocos amigos. ¿Cómo pasaba el tiempo una niña de 5, 7, 10, o incluso 12 años? Imaginándome que mis personajes favoritos de los libros estaban ahí. Imaginando que en vez de estar en un carro, tenía mi propia tienda de mascotas y una fábrica de juguetes, al lado del Principito que llegaba a la tierra, siendo amiga de Calvin, pero

más amiga de Hobbes. Siendo la hermana perdida de los hermanos Bailey, la estudiante más brillante de Hogwarts, la jedi más poderosa, la piloto más rápida de la galaxia, y la campeona de Fórmula 1.

Algo un poco más triste es la realidad y la razón de estar soñando despierto; no nos gusta el mundo, el momento, el lugar, o las personas con las que estamos en ese momento. Por eso es que a veces puede ser absurdo incluso pensar en una alternativa, porque no importa cuánto la quieres, no va a pasar. Claro, en la mitad de un examen de cálculo me puedo imaginar izando en la clausura, y puede llegar a pasar. Me puedo incluso imaginar que soy la única sobreviviente de una catástrofe mundial y voy deambulando el mundo sola, como en *I am Legend*, *World War Z*, o *2012*, lo cual de pronto podría pasar. Pero si me imagino volando un X-Wing, peleando a los White Walkers con Jon Snow o ganando los Juegos del Hambre seguramente no va a pasar.

Hoy en día, no pasa un día sin imaginarme la ocasional locura. Al almuerzo, en clase, en el bus, o mientras que voy caminando. Sé que no fui la única con la imaginación desparramada cuando éramos pequeños, y me gustaría pensar que no soy la única que todavía lo hace. Obvio que ninguno de nosotros lo admite, solo decimos “Perdón, estaba distraído”.

Me retracto de haber dicho que estar soñando despierta no tiene utilidad. Sí la tiene. Por ejemplo, en el

momento en que escribo este discurso, ya hace un par de semanas para el momento en el que lo lea, acabo de llegar a mi casa, y acabo de chocar el carro contra una columna en un parqueadero de un centro comercial.

De alguna forma escribir este discurso me ha llevado a dejar volar un poco mi imaginación y distraerme, mientras escribo sobre dejar volar un poco la imaginación y distraerse. En fin, las cosas de la vida. Pero si tuvo utilidad, me distrajo un poco. Me quitó la mente del tedio del día, el estrés, lo que no deseo sentir. Recordar todos los escenarios que me he armado en la cabeza me hace sonreír un poco.

Esa es la verdad de soñar despierto. Hay un peligro, de obsesionarse tanto con tus imaginaciones, que el mundo real se vuelve horrible, indeseable, e inhabitable. Pero en este momento, después de ya ni saber cuantas veces me he distraído mientras escribo el discurso, les pido que se dejen llevar.

Hay una cierta belleza en estar viviendo toda una vida diferente en sus cabezas. Consiste en hacer lo mismo que han hecho los escritores, los pintores, los fotógrafos y los directores de cine por siglos: construir mundos. Mundos que parten de una idea que alguien más tuvo, para que esa nueva idea luego inspire más mundos, más realidades, que a su vez inspirarán más, y le darán la gasolina de creatividad a más creadores. Es un ciclo muy lindo si lo piensan, es el ciclo colaborativo más grande que hay.

No está mal ocupar su tiempo y su espacio mental con sus propios “daydreams”. No está mal que cuando se ponen sus audífonos el mundo sepa diferente. Pero no olviden que este es el mundo, la cruel verdad. El mundo no es tan malo, es más, los “daydreams” que están dentro del espectro posible les pueden incluso dar metas y dar esperanza.

Escribiendo esto también caí en cuenta de que tal vez he pasado demasiado tiempo en mi cabeza, especialmente en mi etapa de colegio. La mayoría sabrá que siempre estoy presente en clase, pero creanlo o no, desde primero los profesores me llamaban la atención por estar distraída. Ni siquiera por estar hablando con mis amigos, solamente por estar distraída. Cuando esto salía en mis informes la única explicación que yo le sabía dar a mis papás es que me sentía como si me desenchufaran la mente de la clase. Recuerdo haber usado esas palabras, y por lo menos así se me pasaban más rápido los días. De nuevo, soñar despierta si tuvo utilidad para mi.

Estoy muy segura que más de uno ya está soñando despierto mientras leo, por eso cierro con esto. Thomas Merton dijo “A daydream is an evasion”, pero Florence Welch, más conocida como la cantante de Florence and the Machine dijo “I try to maintain a healthy dose of daydreaming, to remain sane”. Por favor, sueñen despiertos, es una fuente de felicidad al nivel más íntimo y personal que puede haber, y por lo tanto nadie se las puede quitar.

///

## Alejandro Mesa

“Consideraba este espacio sin propósito alguno. Y no pude estar más equivocado. Aquí, nos dan a los estudiantes una voz con la que podemos expresar la realidad de nuestros pensamientos a toda una sección y mostrar lo que ha sido nuestra vida en el colegio”.

Haciendo este discurso me di cuenta que escribirlo no es tan fácil como parece, pero cuando encuentras realmente lo que quieres decir, fluyen fácilmente las ideas. Hace un tiempo me demoré en escribir mi discurso sobre otro tema y ahora esto que les estoy leyendo fue escrito dos días antes. Y, aunque este discurso no se trata de “cómo hacer un discurso en una hora”, sí quiero darme algo de reconocimiento por tal hazaña. Pues, por lo menos para mí, fue algo loco. Anteayer me estaba revolcando en mi sofá pensando sobre qué no me gustaba mi tema del discurso y sobre qué realmente quería decir en mi discurso. El tema ya adelantado era sobre la perseverancia, pero al escribirlo me arrepentí. Me di cuenta de que lo que estaba escribiendo era un discurso que sería trivial y la mayoría de las personas que lo oírían solo terminarían durmiendo. Por lo que este discurso es, por decirlo así, un producto de la inspiración real y de la reflexión.

Ya hace dos años y varios meses, he sido uno más de los estudiantes que

se siente casi obligado a estar presente en estas asambleas y escuchar los discursos de los de once. Y, sin ofender, la mayoría de los discursos que he oído, para mí, no son tan entretenidos o me llaman la atención. Muchos ven que la meta o el propósito del discurso es escribir sobre algo que, aunque aburra a casi doscientas personas, está dentro de la rúbrica y por eso está bien. Pero, en mi opinión, no está bien. Si te vas a parar en frente de muchas personas y vas a hablar, es para que te oigan y te pongan atención. Que tus palabras resuenen dentro de todos. Sin embargo, no los culpo. Algunos sabemos que no todas las ideas de discursos originales de algunos no salen a la luz. Porque no solo el discurso tiene que estar dentro de la rúbrica, tiene que gustarle a los profesores. Y, en general, no compartimos gustos.

Otros también escriben sobre algo personal, que realmente no les gustaría contar o mostrarle a los demás. Y finalmente deciden hacerlo, y su inconformidad con el tema finalmente escogido, se muestra en la forma de hablar y en los contenidos. Implícitamente, podemos oír: “si esto no fuera requisito de grado, nunca lo hubiera leído” . Y, por lo general, surge la pregunta: ¿Si no querían que las personas oyeran, por qué escriben sobre eso? Porque escribir un discurso para algunos no es tan fácil como hoy lo veo. Hay personas a las que les fluye la imaginación, pero hay otras que no. Varias veces nos han dicho una y otra vez: “ El discurso es su legado, lo que le van a dejar a las generaciones más jóvenes, que el siguiente

año, y en más años por venir, van a seguir estudiando aquí”. Entonces, se ponen a pensar en que los caracterizó durante su estancia en Nogales, y, por más íntimo que sea eso, es lo único que tienen en su cabeza y de lo que quieren escribir. Y, como escribir es un diálogo con uno mismo, termina siendo terapéutico para algunos. Por eso, escriben sobre ese tema. Sin embargo, en la rúbrica, hay un espacio que está dedicado a la oralidad del estudiante. Y, como buenos nogalistas, nos derretimos por una buena nota. Lo que nos obliga, aunque no queramos, a leerlo en frente de todos.

Hay algo que realmente me deja un sin sabor en la boca y es que, después de leer discursos, tenemos un espacio de una clase en la que hablamos y opinamos sobre lo que leyeron las personas. Y algo que siempre critican en común es que tal persona incluyó anécdotas. Dicen, como la señora del meme argentino después de que un jugador le apuntara con sus manos asemejando a unas pistolas: no puede hacer eso, “lo/la tenemos que matar”(exagerando). Se molestan porque no entienden, y para mi eso no tiene nada de malo. No entiendo porque recordar y revivir momentos en las memorias de las personas con las que compartí 14 años de mi vida, momentos que nos marcaron e hicieron de nuestra vida en el colegio más placentera, es algo negativo. Yo, como audiencia de varios discursos en los que mencionan anécdotas en las que no estuve, no me parece que hacen de ese discurso algo que se califica de malo y que se le condene por

ello. Y no solo eso. Si yo quiero recordar por ejemplo “lo de la niña mona”, “el popotix”, “Ramos en la caminata”, “La cara de Echeverri en los campos de arroz de los llanos”, nuestros compañeros que se fueron del colegio, entre otras, es porque busco que mis amigos y mi generación se rían y podamos recordar lo mucho que nos queremos y lo mucho que hemos pasado juntos. Como yo lo veo, el discurso es tu legado. Énfasis en el “Tú”. Y, cuando uno piensa en legado, sale la idea de dejar en las personas una marca que, aunque el tiempo sea pasajero, la sientan y no se les olvide quien dejó esa marca. Estamos dejando una marca en nuestros compañeros, no solo en nuestra generación, sino en las demás personas, porque, bien dicho, ven la importancia y el impacto que recordar tiene sobre nuestros compañeros de la vida.

Por eso hoy quiero decir que sí hay discursos buenos. Esos que hacen que cierres el juego en tu celular y realmente pongas atención a lo que están diciendo. Que hace que pare de mirar el reloj digital encima de las canchas de básquet esperando que sean las y cincuenta y pueda “legalmente” salir corriendo del gimnasio. Yo quiero que mi discurso sea así.

Sé que mi discurso ha tomado un camino bastante alterno y disruptivo al que se ha visto en generaciones anteriores. Y sé que suena bastante negativo, pero, mi mensaje, es totalmente lo contrario. Los discursos son un espacio del que, hasta ayer, no entendía su importancia. Consideraba este espacio sin propósito alguno. Y no pude estar más equivocado. Aquí,

nos dan a los estudiantes una voz con la que podemos expresar la realidad de nuestros pensamientos a toda una sección y mostrar lo que ha sido nuestra vida en el colegio. Sé que nosotros, o algunos, tenemos una tendencia de recordar solo lo malo que nos ha pasado. Pues, si lo miramos desde una visión psicológica, a veces eso es lo que más nos marca y lo que se queda repitiendo dentro en nuestro cerebro. Por eso, nuestro trabajo con nuestros discursos es recordar lo bueno. Lo que hace que, cuando nos graduemos, recordemos nuestra estancia en el colegio con cariño. Que en diez años digamos: «lo que daría por estar otra vez en colegio». Por eso, planeen su discurso con tiempo. Piensen en un tema de corazón y desde el principio. Escribanlo a conciencia. Y, mientras lo escriben, piensen en su generación, en su colegio, en lo que significó en la vida para ustedes y en lo mucho que los aprecian. Vale la pena que en este espacio cada uno desde su punto de vista de vida nos recuerde lo felices que hemos sido aquí.

///

## Mariana Molano

“Situaciones de este estilo fueron suficientes para darme cuenta de que mi vida va a mil kilómetros por segundo. Hoy en día, más allá de desesperarme por cómo corre mi mente con sus pensamientos, y mi corazón con sus sentimientos, he aprendido y aceptado lo que es ir a mi ritmo y cómo manejarlo poco a poco”.

**A**lguna vez un ex alumno me dijo, ¿sí sabes que a veces meterle todo tu esfuerzo a algo que te gusta sencillamente no es suficiente y hay que aceptarlo? Alguna vez mi profesor de armonía me preguntó, ¿por qué te gusta tanto la música? Alguna vez mi entrenadora de gimnasia preocupada me gritó: Mariana, ¿cómo se te ocurre saltar pa' atrás de esa manera? Y otra vez una amiga me cuestionó, ¿por qué te ríes tan duro? Mientras que otra nos comentaba a todas: es que Mari siempre va de apuro, ¿no?

Voy a la deriva, sin ninguna alternativa, sin certeza de lo que se venga.

Solo un paso, y aprendo a saltar enseguida.

Metas por conseguir, sueños por desvestir.

El pánico me persigue pero yo soy más rápida, pues este no me lo va a impedir. Amores que van y vienen, canciones que llueven y comentarios del pasado que aún hieren. ¡Esperen! No me dejen, sé que mi risa es demasiado, pero trata de ocultar todo lo que me ha agitado. Puede ser contagiosa, no lo nieguen, pues es codiciosa ya que anhela alcanzar grandes cosas. Mi sonrisa muestra que realmente soy feliz porque entre chiste y chanza, realmente ando enfocada y, así, como todos ustedes, trato de mantenerme de pie en la balanza. Me gustaría ser tomada en serio a pesar de tener una estatura debajo del promedio, pero frescos que esto no me para de ser la primera en decir lo que pienso sin misterio. Soy o

no suficiente, jamás lo sabré, pero puedo intentarlo todo sin tener que temer.

Todo lo que acaban de escuchar es una representación de lo que llevo dentro, y la rapidez en la que vivo mi vida. Mi papá me llama “ventarrón” desde hace ya varios años a pesar de que aún me moleste, porque sé que es verdad. Soy un acelere, y soy consciente de ello. Como dice Shakira en su canción Gitana: “Nunca usé un antifaz, voy de paso en este mundo fugaz”. Sin embargo, me costó mucho comprender esto porque dentro de mi cabeza nada parecía ir rápido, hasta que decidí ponerme en la tarea de averiguar qué tan cierto era. Basto con algunas crisis de pánico y ansiedad, como cuando no supe cómo cuadrar mis horarios por Candelazo, y un simple comentario de mi tío que tuvo una repercusión en mi mente así: me dijo hace 2 días: “Mari vas a mil, bajale”, pero ¿cómo le explico que este viernes es candelazo y faltan 5 horas de ensayo, que estaba en proceso de escribir mi discurso de grado, que estoy aplicando afuera mientras trato de entender estadística y francés a la vez que veo todos los videos del AP de música mientras pienso en cómo tengo que salir a entrenar gimnasia en conjunto con la clase de piano que tengo después. Que en la noche tengo que repasar una canción, mandar otro trabajo, y que al otro día tengo que madrugar a dar tutorías sin siquiera haber acabado mis ensayos para las universidades y

que tengo que acabar los arreglos vocales del cover que hice anoche a las 11pm porque o si no me da toc?

Situaciones de este estilo fueron suficientes para darme cuenta de que mi vida va a mil kilómetros por segundo. Hoy en día, más allá de desesperarme por cómo corre mi mente con sus pensamientos, y mi corazón con sus sentimientos, he aprendido y aceptado lo que es ir a mi ritmo y cómo manejarlo poco a poco.

De todas formas he hecho una introspección profunda, en la medida de lo posible, y he entendido que hay una razón para el movimiento veloz de mi vida: y es que detesto perder oportunidades. Soy de esas personas a las que les incomoda sentir que no aprovechó al máximo una ocasión inesperada o que fue tan cobarde como para no intentar. Por eso, soy partidaria de la impulsividad extrema.

Hasta el día de hoy me arrepiento de no haber sido lo suficientemente valiente durante mi época en La Voz Kids como para poder cantar enfrente de mis papás durante ensayos o de no ser consciente de las infinitas posibilidades que este le proporcionó a mi vida artística. Todo esto por mi timidez del momento o por mi temor a cómo me vería el resto de la gente. Todo lo pensé demás, en vez de entender el privilegio tan grande que solo se le presentó a 100 niños, yo incluida, de los 11 mil aspirantes de ese año. Tuve miedo excesivo de todo, dejando que mi cabeza y su supuesto raciocinio me traicionaran en vez de liberarme más frente a la situación. Muchos de ustedes estarán

pensando, “¿Como que miedo? ¿En qué momento estar parada al frente de 5 cámaras no es ser valiente?”. Reconozco que sí me exigió un nivel alto de madurez, dentro de lo que cabe la palabra a pesar de tener solo 11 años, pero lastimosamente sufro de autoexigencia extrema. Hasta el día de hoy no me creo que estuve allá y que le puse ese chulito a mi checklist de metas de 2019 porque aunque fue real, fue una de las decisiones más aleatorias que jamás pensé haber sido capaz de tomar y lograr: la que yo, sin saberlo, me haría entender cual es mi vocación.

Asimismo, me pasó en gimnasia hace un par de meses. A pesar de que me caí bien duro en la cabeza haciendo un ejercicio una semana antes del musical (sí, por si no sabían estuve a punto de desnucarme ese mismo lunes), en la competencia que tuve 2 semanas después, le dije a Lorena que lo iba a presentar de todas formas. Esto, teniendo en cuenta que después del incidente no lo había podido lograr sola en ningún entrenamiento. Me negaba a pasar a 11 sin haberlo hecho por segunda vez en Uncoli. No me bastaba con una. No sabría explicarles si fue algo que le habría pegado fuertemente a mi ego, o si nada más quería demostrarme de que era capaz de cualquier cosa una vez más. El punto está en que me caí porque segundos antes de que Lorena gritara “¡Vas, dale!” me hundí en las dudas, pensamientos, estreses e ideas que se generaron en mi cerebro. Se aproximaba una semana bien importante y dejé que eso me domi-

nara, en vez de solo ir directamente a realizar el ejercicio sin abrumarme.

Siempre creí que el término “auto-exigencia” se refería a que tenía que calcular cada paso que daba, analizar delicadamente todo lo que hacía o concentrarme al 100% en cada uno de mis resultados, mientras perdía mi sanidad mental. No obstante, caí en cuenta de que es todo lo opuesto. Después de varias situaciones como estas, entendí que pensar en todo esto lo único que hizo fue arrebatarme múltiples oportunidades, felicidades y sorpresas que al final construirán la persona que soy hoy. Desde ese momento me prometí nunca dejar pasar aquellas oportunidades únicas.

Nos hemos acostumbrado a pensar antes de actuar, a meditar antes de hablar, a planear antes de ejecutar, a inventar antes de crear, a razonar antes de juzgar. Pero yo dejé de creer todo esto hace mucho tiempo y, aunque sin duda me ha provocado varios tropiezos, sin ellos, esta mentalidad no me habría brindado tanta seguridad al fin y al cabo.

No les estoy diciendo que sean tan imprudentes como yo en aquellas situaciones en las que es importante aprender a callarse de una vez por todas. Menos aún que se tiren de la parte alta de un camarote a la cama baja de al lado sin pensar antes en la repercusión que esto puede tener y se provoquen una conmoción cerebral como yo (prometo que se me salió de las manos... o eso creo... ya no recuerdo, perdí la memoria después del accidente). Pero sí pregúntense, ¿por qué sobre pensamos tanto

todo? ¿Acaso una mente llena de incertidumbre es capaz de quitarnos la posibilidad de asumir ciertos riesgos?

Hablo de riesgos porque soy testigo de que no es nada fácil reírse a un volumen de 12/10 sabiendo que hay una cantidad extensa de opiniones y críticas rodeándote o de gente confundiendo tu forma de ser con la “ridiculedad”. Tampoco lo son riesgos como escribirle a una persona que no conoces, hacer un pase atrevido en una final, o entregar un trabajo tarde esperando que el profe sea bien bacan. A veces solo hay que hacerlo, punto. Si pusieron atención, al comienzo de este discurso mencioné preguntas que me han rodeado varias veces. Si me preguntan si sé que a pesar de que me esfuerce es posible que nunca cumpla mis sueños diré que sí. Lo tengo tan claro que si lo pienso, se que ni siquiera estaría intentandolo por imaginarme que soy o seré un fracaso. Si me preguntan porque me río tan duro es porque es algo auténtico y sin remedio, ¿acaso creen que me río así de duro después de haber pensado y calculado la frecuencia de las ondas sonoras en las que iba a salir mi carcajada? Y si cuestionan que voy en apuros, pues también lo aceptaré, porque como no me doy un respiro para pensar en mis pasos, no sería lógico que mi vida fuera lenta.

Algunos ven mi impulsividad y mi cercanía al riesgo como un defecto. Otros lo ven como algo no muy sano, así como también están aquellos que ven esta modalidad de vida como una insensata y torpe. ¿Yo? Yo lo veo como la puerta a mis oportunidades, el rincón que me

permite dejar de lado las infinitas preocupaciones y la manera de no solo llegar a mis metas, sino excederlas. Cabe recalcar que esto no es algo para todos y como dije, varias experiencias me pasaron la factura porque no supe manejarlas al ser estas las consecuencias de impulsos inconscientes, pero vale la pena intentarlo.

Muchos estarán pensando que para mí es muy fácil decirlo ya que por veinteava vez estoy aquí parada frente a un público, pero que realmente no es tan simple como lo hago ver. Soy consciente que para muchos esto puede requerir de un esfuerzo casi que inhumano porque aunque no lo crean, yo también tengo mis momentos en los que mis nervios cubren la MariMo extrovertida que muchos conocen. Sin embargo, somos humanos: soy partidaria de que muy en el fondo todos tenemos mucho que aportar a la mesa pero no lo sabemos porque no nos damos la oportunidad de hacerlo por distintas razones. Pero hoy, nada más quiero invitarlos a que dejen aquellas razones de lado, den un paso corto al frente y usen sus cualidades e intelectos a su favor. Permitanse guiarse un segundo por aquellos pequeñísimos impulsos y dejense sorprender que la vida es muy corta como para no hacerlo.

Trato de convencerlos de que vale la pena reír un día en vez de pensar en tus tareas.

Vale la pena reír un día sin necesidad de pensar en tus problemas.

Vale la pena reír un día e intentar aquello a lo que tanto le tienes miedo.

Vale la pena reír un día y solo darle un beso a la persona que te gusta.

Vale la pena reír un día a pesar de que tus amigos te vean como un bobo, porque les aseguro

que los bobos serán ellos.

Vale la pena reír y creer que son capaces de todo y de paso, intentarlo todo.

Vale la pena reír un día y decidir cumplir un sueño.

Vale la pena reír un día y tomar una decisión apresurada para asombrarte tiempo después.

Vale la pena reír un día aunque tus amigos se avergüencen porque al final serás tú el que tome el riesgo de ser feliz entre tanta gente infeliz.

Vale la pena reír un día y decirle sí a la impulsividad.

///

## Gabriela Muñoz

“La vida es un viaje muy corto y no sabemos cuándo nos vamos a ir o cuándo un ser querido se irá de nuestro lado, por lo que debemos disfrutar cada día como si fuera el último (a pesar de lo cliché que suene esto)”.

**D**esde que me enteré de que tocaba escribir un discurso, no supe muy bien qué iba decir. En sí, como soy una persona tan callada, nadie

sabe, ni siquiera yo, si soy buena con las palabras o no. Por esta razón, llevo más de dos meses pensando en ideas y aunque estoy empezando a

escribir este discurso sin tener muy claro qué quiero decir, espero descubrirlo en el camino.

Una de las razones por las cuales no sé muy bien de qué hablar, es el hecho de que no sé qué quiere escuchar la gente de mí. Buscando inspiración en otros discursos, uno se da cuenta de que muchas personas, al pararse aquí, cuentan anécdotas de su tiempo en el colegio o historias chistosas. Pero mi memoria es tan mala que son muy pocos los recuerdos que tengo sobre la mayoría de años que llevo en este colegio. Por alguna razón, mi memoria solo guarda momentos muy específicos y a veces insignificantes.

Por ejemplo, de pre Jardín solo recuerdo la vez que estábamos comenzando las onces afuera del salón y Moni se paró en una silla a cantar con un banano Waka Waka, pero terminó cayéndose. Alrededor de esa época, también recuerdo ir a un cumpleaños en el que nos recogieron del colegio en una limusina rosada para ir a McDonalds y pedir cajitas felices que traían juguetes de "Victorious". En primaria no recuerdo mucho. De las pocas memorias que tengo son la vez que cocinamos una sopa de papa y zanahoria con piedras del parque, como hacían en un libro que nos leímos en tercero. Uno de los pocos años de los cuales recuerdo mucho, es cuarto con el "Birds and Pizza Night" o cuando hacíamos el Manne-

quin Challenge en los salones, grabábamos Musical.lys y escuchábamos Despacito.

Fuera de esto, me cuesta mucho recordar historias que valgan la pena compartir. Siempre que intento recordar algo, es como pensar en cómo me hice amiga de alguien. Simplemente no sé. Solo piénsenlo, si no es por un "tú antes me caías mal" o un "él era amigo de un amigo" en general uno no sabe cómo conoció a sus amigos, simplemente pasó. Y siento que eso describe muy bien mi vida. Estoy aquí, pero no recuerdo mucho de lo que me llevó hasta acá. Muchas veces me he preguntado la razón detrás de mi mala memoria, y aunque según Google tengo un trauma que me hace reprimir mis recuerdos, yo sé que no es así; Google siempre exagera. No sé cuál es la verdadera razón de esto, pero según yo, esto se debió al hecho de que viví mi vida tan enfocada en las preocupaciones del día a día, que no llegué a disfrutar verdaderamente del presente. A veces, uno no es capaz de reconocer sus prioridades y por eso se deja estresar por las aplicaciones al exterior, por el discurso que tiene que escribir, por el examen que no sabe si va a pasar... Y el estrés no le deja a uno disfrutar de las personas que uno tiene alrededor y de las cosas que uno puede vivir. Pero si les puedo dar un consejo, es que no dejen que los momentos que viven se queden en el pasado por no vivirlos conscientemente. Si solo vivimos una vez, más vale aprovecharla y vivirla relajados.

Esta ha sido mi filosofía durante los últimos tres años. Todos los que me

conocen saben que yo vivo muy relajada y despreocupada de casi todo. Y sí, el no recordar me ha enseñado a soltar el estrés, pero también me ha ayudado el hecho de que durante toda mi vida se me ha facilitado mucho aceptar que todo pasa por y para algo. Yo creo que todo lo que pasa en mi vida está destinado a pasar así, porque como mi mamá dice “Dios sabe cómo hace sus cosas”. Ella me ha enseñado que lo bueno y lo malo pasa por una razón, ya sea para aprender algo, darnos cuenta de algo o para nosotros enseñar algo.

Por ejemplo, antes de tenernos a mis hermanos y a mí, mi mamá estuvo cerca de la muerte no una sino dos veces. En una ocasión, tuvo un accidente automovilístico que le dejó una pequeña bola en la cabeza. En otra ocasión, después de una serie de eventos, mi mamá empezó a convulsionar y estuvo en coma durante cuatro días después de los cuales tuvo una gran pérdida de memoria. Mis hermanos y yo hemos oído muchas veces la historia de ambos accidentes y mi mamá siempre repite que eso le hizo darse cuenta de quién estaba realmente ahí para ella y de que había algo destinado para su vida; que había un plan mayor por el cual ella pasó y sobrevivió ambas situaciones. Yo sé que muchas veces uno se frustra porque las cosas no suceden como uno quiere o porque a uno le pasan cosas malas. Pero si uno es capaz de entender que todo en nuestras vidas tiene un propósito, uno llega a disfrutar más de la vida al no bajonearse por cualquier cosa que sale mal.

Otra manera en la que he aprendido esto, es darme cuenta de que la vida no siempre te da lo que tú quieres, sino que a veces te da lo que necesitas. Durante toda mi vida, yo quise crecer junto a una hermana. Para los que no saben, yo tengo cuatro hermanos; tres hermanos y una hermana. Mi hermano mayor y mi hermana mayor son hijos de mi papá solamente, por lo cual mi hermana creció en Barranquilla con su mamá y yo crecí con mis tres hermanos en Bogotá. Viviendo con tres hermanos, lo único que jugábamos eran juegos como atrapar arañas, fútbol, sumo, policías y ladrones con pistolas Nerf y carreras de carros Hot Wheels.

Era muy difícil convencer a mis hermanos de que jugaran a las Barbies conmigo y después de que los convencí y me perdieron mi perro, le rompieron la pierna al Ken y rompieron mi bus, decidí no volver a intentarlo. Pero debo admitir, que aunque siempre quise crecer con una hermana con la cual jugar, compartir ropa, dar consejos y echar chisme, con los años me di cuenta de que crecer junto a hermanos me enseñó muchas cosas que con una hermana tal vez no habría conseguido.

Pero el problema es que, como yo, muchos nos pasamos la vida soñando tener otra. Cuántos de nosotros no nos hemos preguntado ¿Por qué no tengo un hermano? ¿Por qué no tengo otro tipo de amigos? ¿Por qué no tengo otros papás? ¿Por qué no soy más como los demás? Siempre queremos más de lo que tenemos, algo mejor, o algo diferente. Y por vivir soñando en

lo que nos gustaría tener, no nos damos cuenta de lo afortunados que somos de tener las cosas y las personas que tenemos en la vida.

Vivan cada día siendo conscientes de lo que tienen y priorizando lo que les importa. Yo siempre he pensado que antes del colegio y de mis responsabilidades están mis amigos y mi familia, por lo que intento priorizar el tiempo que paso con ellos que haciendo otras cosas. La vida es un viaje muy corto y no sabemos cuándo nos vamos a ir o cuando un ser querido se irá de nuestro lado, por lo que debemos disfrutar cada día como si fuera el último (a pesar de lo cliché que suene esto). No pierdan su tiempo en peleas inútiles, discusiones o estresándose. Saquen lo mejor de cada situación y aprovechen el tiempo que tienen con las personas que quieren. Porque, créanme, no hay nada más especial que las personas que te acompañan en la vida.

Algo que me maravillará siempre, es pensar que Dios me puso en este mundo justo en este momento. Pude haber nacido en otra época, en otro país, o en otra generación. Pero estoy aquí ahora. Y aunque a veces pienso “wow, que chevere haber nacido en otra época”, estoy agradecida de estar en el mundo en este momento. Porque gracias a esto los conocí a ustedes, a mi promoción, a mis amigos y a tantos profesores que dejaron una marca en mí. Si lo pudiera tener de otra manera, igual querría nacer justo en el lugar, a la hora, y en el momento en que lo hice, porque gracias a esta inexplicable casualidad de la vida, ter-

minamos todos en el mismo lugar. El lugar donde encontré lo que ha sido mi segundo hogar durante 14 años.

///

## Paula Rincón

“La vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida”

Cuando finalmente tuve la oportunidad de hablar tranquilamente con mi papá sobre la repetida de año, sabiamente respondí a su discurso emocional -tirando a regaño- con un “la vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida”. Ni puedo empezar a describir cómo fue el regaño que me llevé por decir esto, pero en ese momento descubrí que esta frase es y ha sido indispensable en mi vida, así que recibí aquel regaño con honor.

Pero más allá de asumir una actitud despreocupada al usar esta frase, lo que en verdad ha sucedido es que ha llevado a apreciar mi entorno, lo que me sucede o como yo diría: las sorpresas que me da la vida, me ha permitido afrontar con calma aquellas situaciones

En el 2010 empecé a ser consciente de las sorpresas. Descubrí que aquello de sumar no era, ni iba a ser lo mío. Por más que trataba, eso de los números no tenía ningún tipo de sentido para mí. Así me pusieran los números en términos de manzanas y peras, no podía. Pero eso no era

muy importante en ese momento, pues mi prioridad era intercambiar onces con mis compañeros de clase. Más adelante en el 2011, me llevé una de las sorpresas que más me han formado como persona, y una por la que realmente estoy agradecida. En aquel año me di cuenta de que la gran mayoría de los papás estaban casados, a excepción de los míos. Aunque a mí nunca me pareció extraño que mis papás no estuvieran juntos, me di cuenta que no era una situación precisamente “normal”, según lo que veía en las familias de mis amigos. Sin embargo, yo no le veía ningún tipo de problema a mi situación, al contrario, a mí me encantaba que mis papás estuvieran separados: Tenía dos cuartos, dos closets, dos casas de barbies, dos familias, dos mascotas...¿qué más podría pedir? Ese mismo año nos asignaron Big Brothers o Big Sisters, y ahí empezó a surgir mi inconformidad de tener papás separados. El concepto de tener hermanos comenzó a ser sumamente concurrente en el día a día. ¿Cómo así que la mayoría de mis compañeros tenían hermanos y yo no? A mí no me parecía justo. Y así empecé a pedirle todos los años al Niño Dios un hermano. Pero para mi sorpresa en vez de recibir un hermano en las navidades, recibía peces, hamsters, gatos y perros. Tal fue mi desesperación que le escribí al Niño Dios una carta que expresaba mi inconformidad con estos regalos. Pero fue en el 2013 cuando la vida me regaló la sorpresa más linda de todas, hasta entonces. En ese año esas dos personas que me

decían “Goita”, un apodo que nació por la dificultad que Tomás tenía al decir el nombre Paula, tomaron todo el protagonismo. Yo ya estaba lo suficientemente grande para entender la situación: Mateo y Tomás, quienes son mis primos, se convirtieron en mis hermanos, andábamos para arriba y abajo juntos. Mateo siempre tomó el rol de hermano grande. Él se encargó de cuidarme, corregirme, regañarme y enseñarme todas esas cosas que hacían los niños grandes. Y aunque ahora Mateo no hace más que regañarme por el “conflicto de intereses” con sus amigos, no puedo ni poner en palabras lo mucho que amo a Mateo. A Tomás lo veo como mi hermanito bebé, así nuestra diferencia de edades sea de tan solo un par de meses. Las peleas siempre han sido lo nuestro, nos agarramos porque sí y porque no, pero él es la persona que me cuida en las fiestas, quien me da los mejores consejos y la única persona que se le mide a todas mis locuras... ¡aunque a veces no salgan tan bien! Gracias Chomy por ser la persona que eres en mi vida, te amo mucho.

Terminando la primaria finalmente estaba completamente satisfecha con mi vida: Se acercaba la época de hacer top fives, dedicarse canciones en San Valentín y pedir el cuadro por messages. Mis problemas de la época se basaban en niños y en tratar de entender y pasar matemáticas. Y cuando menos me lo esperaba: “la vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida”, nació el grupo popularmente llamado las “tres mosqueteras”.

Siendo completamente honesta este grupo no tuvo ningún tipo de impacto significativo en mi vida, pero fue lo que me llevó a juntarme con mis amigas, quienes eran parte de otro grupo, y por eso aprecio este grupito del que fui parte. Y así me empecé a juntar con mis personas favoritas en el mundo entero. En ese momento no tuve mucha oportunidad de salir con ellas muy seguido, pues en el colegio iba perdiendo hasta educación física. Durante toda Básica pasaba el año teniendo que asistir a Remediales, ellos ya eran parte de mis vacaciones. Y en octavo la vida te da sorpresas sorpresas te da la vida"...o llegó una pandemia. Algo que al principio parecía chistesito, pero que en cuestión de tiempo nos dimos cuenta que iba para largo. Sinceramente, pasé delicioso en la pandemia; pasaba absolutamente todas mis tardes jugando cartas con Mateo y Tomás, y así pasó el tiempo hasta que llegó mi cumpleaños número 15. Siempre quise una fiesta como las de la Rosa de Guadalupe, pero había una pandemia que me lo impedía, así ¡qué mejor solución a esto que hacer una fiesta completamente ilegal con mis amigos más cercanos!

La vida fue tranquila en el paso a Semestralizado pero fue en noveno cuando llegó la sorpresa más impactante de toda mi vida: Una llamada a mi mamá en donde le contaban que no iba a poder pasar a décimo grado. Sinceramente en ese momento me sentí feliz, pues finalmente iba a tener unas vacaciones completas. Pero esa repetida de año quería decir que

en vez de graduarme con mis amigas, las iba a ver graduarse, que en vez de ir a la caminata con ellas, iba a ir a la caminata con los de abajo... los que ahora son mi generación. Fue una transición mucho más dura de lo que imaginaba, pero según percepción, fue totalmente necesaria. Sin lugar a dudas me ayudó en la parte académica, pero más allá, me llevó a conocerme más a mí misma, a descubrir y apreciar mis talentos y habilidades. Me llevó a acercarme mucho más a mi step bro, a Panda, Nico y a Santi Acosta, personas que hoy en día adoro con absolutamente todas las fuerzas de mi corazón.

Para mi sorpresa la vida se puso veinte mil veces mejor después de la repetición de año. No solo en lo académico ni social, sino también en lo familiar. Un día, después de banda, llegué a mi casa, mi mamá me saludó rápidamente y me planteó la idea de ser un hogar sustituto. Para aquellos que no sepan qué es esto, es una modalidad del Bienestar Familiar que consiste en acoger a un niño al que todavía no le han asignado familia. Esto dura máximo 6 meses, lo cual quería decir que iba a tener a una persona viviendo en mi casa absolutamente todos los días durante seis meses. ¡Por fin el Niño Dios me había mandado el regalo que era! Mi emoción era inexplicable, sin dudarle le dije a mi Mamá que sí. Fue un proceso un poco largo, pues el Bienestar Familiar tiene que hacer varias visitas para evaluar la casa y le tienen que hacer pruebas psicológicas y de salud a cada persona que vive en ella, que en mi caso éramos Pili y yo.

Un día recibimos una llamada del Bienestar Familiar diciendo que fuéramos porque nos tenían noticias. Llegamos emocionadas y nos reunimos con una tal Mónica quien muy cordialmente le dijo a mi mamá que no creía que fuera apta para ser hogar sustituto, pues no la veía preparada para ser mamá, así tuviera a su hija de 17 años sentada junto a ella. La verdad no estoy muy orgullosa del regaño que le metí a Mónica por decirle eso a Pili, pero en pocas palabras tardé casi un hora explicándole a Mónica la maravillosa mamá que tengo.

Y... la vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida. Monica dijo “yo creo que reciben al niño el miércoles de la próxima semana” y así fue.

Martin, Tincho, Linguini, o Martini llegó a mi casa de un mes de edad. Era la cosa más divina que había visto en el mundo. Las mejores experiencias de mi vida me las regaló él. Fueron pasando los meses y Martin se empezó a enfermar de a poquitos, no entendíamos muy bien qué pasaba, así que fuimos al pediatra y le descubrieron un problema en los riñones, causado por el consumo de drogas que hizo su madre biológica durante el embarazo. No me parecía, ni me parece, justo que mi chiquito, además de haber nacido solo, hubiera nacido enfermo.

Martin cumplió 6 meses y ninguna familia, ni aquí ni en otro país, aceptaba a un niño en su condición. Me daba mucha rabia, pues Martín es el niño más divino, juguetón y juicioso del mundo entero, ¿cómo era posible que nadie lo aceptara? Pero esto solo que-

ría decir que, por una excepción completamente extraordinaria, Martin se iba a quedar con nosotras hasta que le encontraran familia. Lo pude ver crecer y le pude entregar todo mi amor y disposición por más tiempo, no hay nada que agradezca más que esto.

Martini ya estaba lo suficientemente grande para aprender a hacer lo que veía y así aprendió de mí a sacarle la lengua a la gente, a gritar, a picar el ojo, a hacer sonidos de carro y a mandar besos, ups. En fin, el tiempo fue pasando y los doctores decidieron que lo mejor para Martín era operarlo, así fue. El proceso de recuperación fue duro, pero al final todo salió bien. Tincho cumplió un año y ese día le asignaron a su nueva familia. Adriana y Aron. Ellos tienen dos hijos biológicos divinos, de 4 y 7 años. Son profesores y viven en Nueva York, el escenario perfecto para complementar a Martín. Me sentí absolutamente feliz por él, pero la tristeza de entregarlo y que se fuera a otro país me consumió en su totalidad. En fin, entregamos a Martín y efectivamente la tristeza y el vacío que sentimos fue indescriptible.

Pero todo salió bien, pues hasta la fecha la mamá de Martín nos llama mínimo una vez a la semana, y estamos constantemente enteradas de lo que hace. Es más, hace poco Martin, o bueno Martin, oficialmente es gringo.

Martin me sorprende cada semana y esto me ha hecho comprender que, las sorpresas que nos da la vida no necesariamente tienen que ser tan significativas que cambien su rumbo.

Sorpresas son: ver un celular caerse al mar, ver a un niño correr por el desierto, hacer recuentos con tus amigos sobre lo que pasó la noche anterior, incluso ver un 13 pintando en tu examen de pre-cálculo.... Los invito a todos a apreciar lo que nos pasa con una actitud de sorpresa ante la vida, pues como les he dicho antes, para mí este aprendizaje me ha permitido afrontar en calma todo lo que llega y disfrutar todo lo que existe a mi alrededor, pues todo es valioso.

///

## Pablo Santamaría

“Valoren sus amistades, crean en el poder de las relaciones y las conexiones valiosas, y siempre atesoren esas memorias que han formado con sus amigos a lo largo de los años, así sean memorias buenas o malas. Los amigos siempre van a estar ahí, cuando ría, lllore, esté bravo o feliz”.

**D**ía 2 de Santa Marta. Son alrededor de las 2 de la tarde y me encuentro disfrutando de una placentera siesta para compensar el sueño perdido de una noche de refrescos y traspasos. Estoy en el quinto sueño y de repente me percato de un ruido (sonido de máquina de afeitar). Desconcertado, abro los ojos y tengo frente a mí a Cipriano, con una sonrisa pícaro y con una máquina de afeitar en su mano. Entro en pánico, me levanto de la cama, procedo a

correr al espejo y efectivamente me doy cuenta que la mitad de mi ceja ha desaparecido. Es de los días en donde más, sino el más, que he sentido genuina rabia y odio hacia alguien.

Y las repercusiones de esta broma no sólo duraron el resto de la semana, donde ya me pusieron apodos como Deadpool o Since, versión corta para Sinceja. Ese chistecito de Cipriano me costó tres semanas completas sin ceja, y para todos aquellos que hasta ahora se enteran que estuve de esta manera por tanto tiempo, y no se percataron que algo andaba mal con mi cara, fue porque me la maquillé todas las mañanas por tres semanas. Tres semanas donde cada bendito día me veía obligado a despertarme 15 minutos antes para poder hacer un makeup session para rellenar el vacío en mi ceja. Y para todos aquellos que ni se dieron cuenta del maquillaje, me dan motivos para pensar en dedicarme a maquillar como profesión, porque ya soy todo un experto.

Bueno, pero no nos desviemos del punto. Después de ese viaje me puse a pensar y a reflexionar, y eso me llevó a tener una conversación con Cipriano y el resto de mis amigos. Les dije que ese fue un momento en el que me sentí completamente vulnerado y que, por más inocente y ligero hubiera parecido el chiste, la broma llegó a un punto en el que se salió de las manos y yo salí herido. Puede que esa vulnerabilidad que yo sentí la asocien con el matoneo, pero miren, hasta con los amigos más cercanos pueden ocurrir este tipo de situaciones, y aprendí que poner límites es definitivamente

la mejor solución. Afortunadamente entendieron y aprendieron que cuando digo “no más”, es no más. Nos perdonamos, pasamos la página, pero no me dejé de preguntar, “¿Por qué una persona que llamo amigo, me haría eso?” “¿No se supone que los amigos son buenos, incondicionales, y están ahí para ayudarme?”. Mientras que todas estas preguntas inundaban mi mente, empezaba a mirar al pasado y empezaba a recordar.

Cada vez que mi equipo del alma, Santa Fe, pierde un clásico con Millonarios, sin falta recibo una llamada de Guarín, que se satisface al restregarme la victoria de su equipo. Él ya es un experto en dañarme los domingos con una simple llamada.

Cada vez que pierdo plata apostando en un parlay, siempre recuerdo que Vásquez fue la pésima influencia que siempre me insistió en conocer “el maravilloso” mundo de las apuestas y gracias a él me he dejado llevar por el estilo de vida de la ludopatía.

Cada vez que me vuelo un examen, sin falta va a llegar Borence a burlarse de mi desempeño y va a hacer énfasis en que él se sacó AH y que su intelecto es indudablemente superior al mío.

Sí, todos ellos son mis amigos. Y en retrospectiva, ellos son los responsables de amargarme el día o ser promotores directos de la mala influencia y las malas decisiones. Entonces, ¿para qué son los amigos? ¿Y, realmente, vale la pena tener amigos? Esa pregunta invadió mi cabeza después de recordar todo esto, y me puse a la tarea de responderla.

En Economía básica, siempre se habla del costo de oportunidad que se define como el coste de la inversión de los recursos disponibles a costa de la mejor inversión alternativa disponible. Esta definición puede sonar muy compleja, pero en simples palabras, el costo de oportunidad nos ayuda a pensar en todo lo que uno está dispuesto a dejar atrás al tomar una decisión. Y esta es una herramienta que aplica para cualquier situación en la vida fuera del espectro económico.

Por eso, para responder la pregunta sobre si sí vale la pena tener amigos, analicé el costo de oportunidad de la amistad. De ahí, me imaginé un escenario hipotético en donde vivo una vida sin ningún amigo. Y me pregunté, ¿estoy dispuesto a dejar mis amistades a un lado para vivir una vida libre de malas influencias, bromas pesadas, y malas decisiones? No tardé más de tres segundos en saber que la respuesta era definitivamente no. Llegué a la conclusión de que por más que hayan cosas que me molestan de mis amigos, todas las relaciones y conexiones tienen sus cosas buenas. Y en términos de costo de oportunidad, en una vida hipotética sin amigos estaría dejando a un lado más cosas buenas que malas.

¿Quiénes fueron los primeros en ayudarme y empujarme a que no me tirara Precálculo cuando tenía la materia en 44, a dos semanas de acabar el año? Mis amigos.

¿Quiénes fueron los primeros en darme un abrazo y decirme que estaban ahí para apoyarme cuando mi hermana sufrió una enfermedad que

casi la deja paralizada de por vida?  
Mis amigos.

¿Quiénes fueron los primeros en acompañarme y alentarme cuando no quedé de jefe? Mis amigos.

¿Quiénes fueron los primeros en animarme y decirme “cabeza en alto” cuando me rompieron el corazón? Mis amigos.

Ya puedo responderles con absoluta certeza que los amigos valen la pena al 100%, y quiero que en este momento se tomen este espacio para mirar a la persona que tenga a su lado, la mire a los ojos, y le dé un abrazo y las gracias por ser su amigo o amiga. Valoren sus amistades, crean en el poder de las relaciones y las conexiones valiosas, y siempre atesoren esas memorias que han formado con sus amigos a lo largo de los años, así sean memorias buenas o malas. Los amigos siempre van a estar ahí, cuando ría, llore, esté bravo o feliz. Siempre van a estar ahí para celebrar mis victorias o para apoyarme en mis derrotas. Me imagino ya siendo un viejo de 80 años, recordando con mis amigos todas las anécdotas que vivimos, y aunque en su momento podrían ser eventos que me hicieron hervir la sangre, como cuando me cortaron la ceja, ya muchos años después será simplemente algo que recordaré con risa. Y si hay algo que les moleste de su amigo, exprésenlo, no se lo guarde hasta el punto que le toque decírselo a través de un discurso. Siempre recuerden, no hay nada de malo en poner límites en una relación. A veces dejar pasar algo que les molesta de su amigo o amiga les podrá cobrar caro en el futuro.

Finalmente, a toda la generación 2024, les doy las gracias por todos estos años de amistad, con algunas personas formé amistades más fuertes que con otras, pero de seguro me llevaré algo de cada uno de ustedes cuando me gradúe.

///

## Lorenzo Suárez

“Utilizando el optimalismo, no solo he logrado buscar el mejor resultado posible en cada aspecto de mi vida, sino aún más importante, entender que no se trata de lograr todo a la perfección sino de construir soluciones que se adaptan a lo que uno realmente valora. Al fin y al cabo, tanto el costo como el beneficio son subjetivos para cada persona”.

### En busca de la elección óptima

Ciertamente me cuesta entender por qué tengo el mayor nivel de claridad mental en dos de los momentos más inesperados de mi cotidianidad. El primero es durante mi máximo nivel de agotamiento, en ese momento donde acabo de finalizar mis tareas que, obviamente, postergué hasta las 10 de la noche y me dispongo a dormir unas formidables cuatro horas antes de levantarme para Ayudas. Irónicamente, cuando más necesito dormir, mi cabeza me mantiene despierto con ideas locas. Algo similarmente extraño ocurre a la mañana siguiente en

la ducha, al intentar mantener mis ojos abiertos con un rotundo fracaso, mi cabeza me vuelve a distraer mientras que el agua caliente me arropa; por alguna razón, mi mente funciona mejor que nunca. Han sido en estos dos momentos, donde he escrito este discurso más de 100 veces, donde se me han ocurrido al menos 15 canciones ganadoras de Batuta, donde el teorema fundamental del cálculo por fin tiene sentido y donde los iones poliatómicos parecen finalmente estar relacionados con su número de oxidación correcto. En fin, en este espacio, todas mis ideas parecen fluir libremente, gozando de su máximo nivel de calidad. Desafortunadamente, el resto del día implica un menor grado de claridad mental, y es así como las ideas más innovadoras y acertadas, se desvanecen. Me encantaría decir, por raro que suene, que este discurso lo escribí en la ducha o en mi cama antes de dormirme, ya que así, hubiera sido concebido con lo que, en mi opinión, sería un mayor grado de perfección. Sin embargo, fue escrito el día antes de la fecha de plazo, con poca claridad mental y más bostezos de los necesarios.

Ante esta situación, existen dos posibilidades en términos de la actitud que podría tomar frente a mi discurso. La primera es una actitud de resignación, esta consistiría hacer un discurso flojo, sabiendo que no incorporará ninguna de las ideas más interesantes y entretenidas que se me hubieran ocurrido en otro momento de mayor claridad mental. Escribiría

un discurso repleto del humor barato que me caracteriza y dándole una importancia desmedida a una anécdotas risibles: accidentes estomacales protagonizados por Felipe Guarín e icónicos regaños, entre otras. Por otro lado, existe una actitud distinta, y más acertada que puedo tomar frente a este discurso. Reconociendo las circunstancias en las que se da, conociendo las limitaciones que estas implican y teniéndome un poco de fe, puedo intentar maximizar el beneficio que puedo obtener de él, produciendo el mejor resultado posible y optimizando esta oportunidad. Puedo adoptar una actitud que defino con un término que oí recientemente en una conferencia y considero idóneo: una actitud *optimalista*. Hoy les vengo a hablar precisamente de esta actitud, de cómo la he adoptado como mi filosofía de vida y de cómo a partir de ella he tomado, de manera mayoritariamente satisfactoria, todas las decisiones durante mi vida escolar.

En una conversación del día a día con mis amigos, es frecuente oír expresiones atípicas que muchas veces se dan fuera del contexto académico al que pertenecen. Aunque esto suene extraño, en lo personal, atribuyo gran parte de mi comprensión académica a la obsesiva tendencia que tenemos de adoptar términos académicos para contextos, como diríamos: “arc-académicos”, utilizando un prefijo matemático que indica una relación inversa o contraria. Por ejemplo, al denotar falta de interés por algo en particular, alguno dirá: “Miu es igual

a 0, me resbala”. En repetidas ocasiones, al calificar una acción o decisión, La Rota exclamará: “papá...  $MC = MR$ ”. Para un extraño que no sea fanático de la Microeconomía, esta expresión carecerá de sentido. Sin embargo, es la perfecta, y más simple forma de explicar el optimalismo. La ecuación  $MC = MR$  hace referencia a la regla para maximizar la utilidad y denota cómo un individuo o una firma puede tomar la llamada elección óptima (optimal choice, en inglés). La regla indica que se debe producir a un nivel en el cual, el costo y el beneficio marginal, es decir, de producir una unidad adicional, sea equivalente. De esta forma, no estoy dejando de producir una unidad que me dé más beneficio que su costo, ya agoté el beneficio, y no estoy produciendo una unidad adicional cuyo costo sea mayor a su beneficio. En términos generales, y para no ahondar en más tecnicidades económicas, la regla resume la forma en que puedo maximizar mis ganancias teniendo en cuenta los costos. Un optimalista siempre buscará seguir esta regla y, así como La Rota, califica una decisión o acción como optimalista al utilizar esta ecuación. Asimismo, podría pensar que al usar términos académicos en conversaciones mundanas con mis amigos, estoy minimizando el costo del estudio y maximizando la utilidad de recordar estos términos.

Mi doctrina optimalista va más allá de las pláticas amenas de los recreos, está presente en cada dimensión de mi vida escolar. En la banda, constantemente busco balancear el beneficio de un ensayo adicional y el costo que este

tiene en términos del desgaste que le genera a la gente. En la perspectiva de mi club de fans, presidido por Nicolás Suárez, definitivamente estoy errando este balance y mi elección óptima está muy por debajo del número de ensayos actuales ya que el desgaste está siendo mayor que el beneficio de estos. Les confieso que me lo pregunto muy a menudo y estoy constantemente intentando evaluar dónde está esta elección óptima en la banda. Creo que nunca sabré la respuesta, pero le apuesto a que el beneficio marginal de ganarse la batuta equipara cualquier desgaste marginal de un ensayo. Por otro lado, el fútbol es un lugar donde buscar la elección óptima resulta terriblemente complejo. En lo personal, entreno y busco contribuir al equipo a pesar de mis dos piernas zurdas, siendo diestro, porque sé que el costo de cada entrenamiento es igual al beneficio de haber jugado un partido con el equipo que saldrá campeón, a haber puesto un granito de arena en ese increíble proceso. En las clases, y aquí aprovecho para disculparme con los profesores y profesoras que sufrieron las consecuencias de una elección óptima nociva para la dinámica del salón, valió la pena haber molestado con fina creatividad y disruptividad cuando un regaño adicional era igual al beneficio de tener memorias duraderas y risas compartidas al lado de mis compañeros. Finalmente, los retos académicos, como la “triple amenaza” -la forma en que los valientes llaman al fatídico combo AP’s Java, Física y Cálculo-, también los abordo desde una perspectiva optimalista. El beneficio de aprender conceptos tan

complejos y retadores es igual al costo que estos conllevan en materia de esfuerzo y tiempo. Considero que no tiene sentido asumir un reto pensando que uno lo logrará a la perfección, sino buscando la forma de completarlo de la manera más óptima posible.

Utilizando el optimalismo, no solo he logrado buscar el mejor resultado posible en cada aspecto de mi vida, sino aún más importante, entender que no se trata de lograr todo a la perfección sino de construir soluciones que se adaptan a lo que uno realmente valora; al fin y al cabo, tanto el costo como el beneficio son subjetivos para cada persona. Los invito a buscar la elección óptima en todo lo que hacen y los dejo con una breve reflexión a la que yo mismo llegué mientras componía este discurso. Al analizar cada una de las elecciones óptimas que he tomado, descubrí que todas comparten un componente específico. Por consiguiente, me gustaría añadir este componente a la ecuación. Defínase elección óptima como  $MC$  (costo marginal) =  $MR$  (ganancia marginal) =  $MA$  (mis amigos, y coincidentalmente la forma en que bautizamos a nuestro grupo de amigos en séptimo grado). Realmente, la elección óptima siempre tendrá en cuenta compartir con las personas que uno quiere, ya sea en clase, en la banda o en los deportes. Gracias a la promoción 2024 y a mis amigos por haber sido siempre parte de esa elección óptima. Ustedes fueron mi optimal choice en el colegio. Y, finalmente, mentira, este discurso si me lo pensé todo en mi cama y en la ducha.

///

## Nicolás Suárez

“Un legado se define como algo que se deja para otros, sea una cosa material o inmaterial. Pues yo definitivamente no dejé nada material al colegio entonces mi legado tiene que ser uno inmaterial. Un legado inmaterial tiene que ser uno que se base en experiencias.”

### Legado inmaterial

Una de las ideas que le dan a uno para escribir este discurso es pensar sobre el legado que uno tiene en el colegio. Entonces, al escribir este discurso me puse a pensar en cuál es mi legado en este colegio. Empecé, capitán (pfft) definitivamente no. Aunque haya visitado el lujoso salón jamás lo hice ni lo haré como un miembro de este club exclusivo. Ok capitán no, entonces ¿qué? Personero, no. Con Simões he hablado bastante sobre como este definitivamente no es nuestro legado. Entonces después de tantos años en este colegio, ¿cuál es mi legado?

Un legado se define como algo que se deja para otros, sea una cosa material o inmaterial. Pues yo definitivamente no dejé nada material al colegio entonces mi legado tiene que ser uno inmaterial. Un legado inmaterial tiene que ser uno que se base en experiencias.

Entonces me puse a pensar y a recordar mis experiencias más antiguas en el colegio. En preescolar la memoria más vivida que tengo fue en una excursión cuando Jeronimo Cuartas me dijo que su EpiPen para las alergias era un marcador rojo. Me costó mucho trabajo abrirlo pero una vez lo logré sentí un pequeño chuzón en la palma de mi mano y prontamente me dí cuenta de que la sustancia roja que estaba saliendo no era tinta, sino mi sangre. De esta experiencia saque ciertos rasgos de mi personalidad, en especial que no confío mucho en otras personas desde que me mintieron de esta forma.

En primaria de lo que más me acuerdo fue en la caminata de los llanos cuando nos levantamos en la carpa y sentimos un olor un poco extraño y desagradable. Pocos segundos después veríamos a Ramos salir corriendo de la carpa con sus pantalones de pijama bien mojados y todos logramos deducir que pasó en ese entonces. Hoy en día nos reímos de esto, pero en ese momento sentí mucho pesar por mi amigo.

En este recuento ya voy por la mitad de mi carrera escolar y hasta aquí ya he aprendido mucho. Me he dado cuenta que puede significar un legado. Pensemos en la selección de fútbol de Brasil. Muchos jugadores han pasado por esta selección y no han ganado ningún trofeo. Esto no significa que estos jugadores no hayan dejado nada. Han ayudado a crear la cultura que tiene esta selección, una que todo el mundo conoce donde los jugadores son conocidos por filigranas y su jogo bo-

nito. Puede que no hayan dejado nada material, pero lo inmaterial es igual de valioso en este caso.

Ahora, devolviéndome a mi recuento, no todas las experiencias son buenas, por ejemplo Básica. Por lo general no tengo mucho que me agrade de esta sección, es definitivamente la que menos prefiero de las cuatro. Mi memoria más vivida desafortunadamente también es una memoria triste. Fue a finales de sexto cuando estábamos jugando paredón en la mitad del edificio y Federico Cobos me contaría que al final del año escolar él se mudaría a Alemania, pero que no me preocupara que solo se tomaba un año y después volvía. No volvió.

Finalmente, Semestralizado, aquí definitivamente es donde tengo mis memorias más frescas y recientes. No se porque pero la que más se me viene a la cabeza es una en el asado de banda. Me impresiona que tenga algún tipo de relación mi memoria más vivida con la banda porque como bien le he expresado a Borenz y a Pablo, en distintos términos, no disfruto tanto de la banda como ellos, quienes les encanta regañarme en los ensayos. Devolviéndome a esta memoria, es una donde una mamá me preguntó que quién era la niña mona que se estaba sintiendo como enferma la noche anterior. Efectivamente era Glauser esa niña mona.

Ya llegue al final de mi recuento y me doy cuenta que lo más importante que hay en la vida son las relaciones que tenemos con quienes nos rodean, la vida se basa en estas relaciones y sin ellas la vida se vuelve aburrida, así que

quiero aprovechar también para agradecer a todos con los que he compartido alguna memoria.

Hay muchos estudiantes como yo que no tienen o no van a tener un título oficial importante en este colegio, sea capitán, personero, consejo, o lo que sea. Después de mucho reflexionarlo, me he dado cuenta que no hay que tener ningún tipo de título. El legado que todos dejamos son las experiencias que vivimos durante 14 años.

Personalmente, a menos de un semestre de graduarme, puedo con confianza decir que estoy satisfecho con mi carrera escolar durante muchos años y no cambiara casi nada.

En cuanto al legado de cada uno de ustedes, muchos puede que tengan un legado parecido al mío, tengan título o no, y lo único que en verdad les puedo decir es que no hay que estresarse tanto por cada detalle que impone el colegio o su ambiente y es importante disfrutar los buenos momentos que hay porque estás en 9 o en 10 o en 11, dentro de poco se van a graduar. Me he dado cuenta de que mi legado son mis memorias y junto con las de los demás forman una sociedad, ambiente y cultura. También he logrado darme cuenta que un legado es para otras personas, pero más importante aún es lo que uno personalmente saca de este legado que tiene un valor significativo. Así que si bien dije en mi definición de legado que es una cosa la cual uno deja para otros, también es algo de lo cual personalmente se debería sacar algún tipo de reflexión. Aquí solo menciono 4 eventos, muchos de los cuales com-

parto con mis compañeros, pero así como tengo muchas de estas memorias compartidas, también tengo miles de memorias personales que me hacen la persona que soy hoy en día. Así que lo que saco de este discurso es que cada uno de nosotros al vivir tanto tiempo juntos dejamos un legado igual de importante tanto para uno, como para los demás.

Para finalizar quiero mirar hacia adelante. He vivido 14 años en este colegio y sin importar si mis memorias sean buenas o malas estas van a estar conmigo toda mi vida y espero que la universidad en la que estudie pueda seguir usando tanto las buenas como las malas para seguir creciendo.

///

## María José Uribe

“No quiero dejar que la gente pare de creer en el amor, porque es el mejor sentimiento que el corazón es capaz de sentir, y todos deberíamos sentirlo y darnos cuenta de él”.

Todos los días, escucho por lo menos a una persona en el colegio decir la frase: “Ya no creo en el amor”. Aunque a menudo estas palabras se pronuncian en tono de chiste, siempre existe una pequeña parte de mí, que no puede parar de preguntarse si será verdad.: ¿Será cierto? ¿Acaso algunas personas tienen razón al afirmar que el amor no existe?

Estas preguntas usualmente no perduran en mi mente. Para mí, la respuesta siempre ha sido clara: sí, el amor existe. Y no lo digo basándome en mi propia experiencia, como probablemente estén creyendo, ni siquiera por el amor que veo todos los días en la relación de mis papás.

No, mi fe en el amor se basa en mis abuelos.

Ellos son un ejemplo vivo de que el amor trasciende las diferencias. Mis abuelos son primos. Mi abuelo le lleva 16 años a mi abuela. Uno es ingeniero químico y la otra es abogada. Son completamente opuestos en todo sentido de la palabra y por eso, su historia y legado perdura en mí.

Permítanme contarles una breve historia sobre ellos. Para los que no saben, mi familia proviene de Valledupar, donde mis abuelos crecieron. Sin embargo, ambos soñaron con venir a la capital a estudiar. Mi abuelo, Orlando, siendo mayor, estudió, se graduó y construyó su vida aquí. Luego, cuando mi abuela María José tuvo la oportunidad de estudiar leyes, sus padres la enviaron a Bogotá y la encomendaron a un familiar para que la cuidara.

Así fue como mi abuelo cuidó de mi abuela, tal vez demasiado bien, pues con el tiempo, el amor floreció entre ellos de una manera inesperada. Sin embargo, la historia no fue tan sencilla, ya que mi abuelo estaba en una relación con otra persona, y aunque no estaban casados, ellos ya tenían dos hijos. A pesar de esto, mis abuelos persiguieron su deseo de permanecer juntos, y así fue por un largo tiempo.

Sin embargo, la vida da muchas vueltas y en uno de los viajes de trabajo de mi abuelo, él dejó embarazada a otra mujer.

En la década de los setenta, una situación como esta era socialmente complicada. Que una mujer tuviera un hijo sin estar casada y ni siquiera estar en una relación era muy mal visto. Los hermanos mayores de la mujer buscaron convencer a la fuerza a mi abuelo que se casara con su hermana. La decisión era clara, mi abuelo debía esconderse para no enfrentarse a los hermanos, sin embargo él se rehusó, pues mi abuela devastada por la infidelidad, intentó cortar cualquier lazo que tuviera con él, pero él era persistente, y le dijo que él no se iría antes de que ella aceptara a volver a estar con él. Mi abuela aceptó, y mi abuelo optó por subirse a un barco camaronero hasta esconderse en un remoto pueblo del Chocó para no ser encontrado. Durante meses, vivió allí, pero eso no impidió que su amor por mi abuela perdurará.

Mi abuelo escribía cartas todos los días y desarrolló un talento para la poesía. Este ejercicio lo siguió hasta el día de su muerte. Podríamos llenar un libro con todos los poemas de amor que mi abuela recibió.

Después de su tiempo en exilio, mi abuelo regresó a Bogotá y se casó con mi abuela. Juntos, criaron a tres hijas, una de ellas mi mamá (además de los tres hijos de sus relaciones anteriores, de los cuales no se habla en mi familia) y vivieron felices para siempre. Fin.

Esta era una de las historias que escuchaba antes de dormir cuando

era niña. Entre los cuentos de Blancanieves y Rapunzel, este relato era mi favorito. Por eso, me resulta inconcebible que alguien no crea en el amor.

Para mí, el amor es como un abrazo, es un sentimiento que te envuelve y te hace sentir felicidad y seguridad. Es, en mi opinión, el mejor sentimiento que una persona pueda llegar a tener. Precisamente por esto es la razón por la que el amor asusta, es un sentimiento tan grande que abruma a cualquiera. Es tan magno y maravilloso que lo creemos como algo inalcanzable, algo que no nos pasaría a nosotros, pues creemos que el amor es muy bueno para ser verdad. Pero no por esto significa que debemos abandonar toda esperanza de poder llegar a sentirlo.

El amor es algo que se construye. Se construye con pequeños actos y gestos, que son como gotas de agua que juntas llenan el vaso.

Yo entiendo porque la gente se asusta pensando en la idea del amor, porque piensas que es fantástico e inalcanzable, entonces nuestra solución es rechazarlo completamente, pero sabiendo lo que se, no quiero dejar que eso pase.

No quiero dejar que la gente pare de creer en el amor, porque es el mejor sentimiento que el corazón es capaz de sentir, y todos deberíamos sentirlo y darnos cuenta de él.

Mis abuelos son prueba viviente que cuando el amor es, va a ser, no importa las complicaciones o torbellinos que la vida arroje hacia nosotros. Yo no espero que todos tengan

una historia tan fantástica como la de ellos. Ellos son solo mi intento de convencerlos en creer.

Solo quiero mostrarles que el amor que leen en los libros y ven en las películas no es pura ficción. El amor no es un invento de Disney para entretener a los niños; el amor está a nuestro alrededor constantemente. Lo vemos todos los días cuando las amigas se abrazan y los amigos se saludan por la mañana, cuando nuestra mamá nos da un beso antes de que salgamos de la casa, cuando un amigo nos presta sus tenis para de educación física porque se nos olvidó traer los nuestros, incluso cuando alguien nos compra en la tienda para que no hagamos la fila.

No necesitamos tener una historia de libro para sentirlo. Lo experimentamos en los pequeños gestos que los demás hacen por nosotros. Los sentimientos más profundos se encuentran en los detalles más cotidianos. Entonces miren, analicen y piensen todo los días en el amor que han recibido, para que nunca más tengamos que escuchar la frase: "El amor no existe".

///

## Camila Uribe

"Es normal tener miedo, como cualquier otra emoción hace parte de la loca historia que es la vida, y en la mía, parece haberse robado el rol protagónico.

[...] Hoy puedo controlar mi rabia, mi tristeza, mi curiosidad, incluso mi alegría, pero mi miedo, ese a veces me controla a mí".

Es normal tener miedo, como cualquier otra emoción hace parte de la loca historia que es la vida, y en la mía, parece haberse robado el rol protagónico. Igual que cualquier otra emoción es difícil de controlar, se supone que con el tiempo uno aprende, pero se nota que yo nunca aprendí, o por lo menos no a hacerlo por mi propia cuenta. Hoy puedo controlar mi rabia, mi tristeza, mi curiosidad, incluso mi alegría, pero mi miedo, ese a veces me controla a mí. Es como si un día me hubiera escogido como su juguete favorito y nunca me hubiese parado de querer. Bueno, por lo menos alguien me quiere incondicionalmente, nunca voy a estar sola, siempre va a estar ahí mi sombra, mi miedo.

Juega conmigo día y noche, manipula cada uno de mis movimientos, casi nunca me pierde, y si lo hace me encuentra en poco tiempo, no importa donde o entre quienes esté perdida.

Nunca aprendí a controlar mi miedo del todo, pero aprendí que está en la mente y que, si lo acorralas con la luz de tus mejores recuerdos, no es tan poderoso. Puede jugar contigo, pero aprendes a esconderte mejor dentro de tus pensamientos, y aunque tal vez te encuentre, aprendes a que no te alcance. En el proceso de aprender a huir y encontrar los mejores lugares para esconderse, tuve la fortuna de conocer a otros personajes en mi historia, a los que me gusta llamar ángeles, esos que a veces no tienen su nombre en el título del libro, pero son lo único que te hace seguir leyendo.

No puedo negar que odio al personaje principal de la historia de mi vida. Haga lo que haga, no puedo deshacerme de él, siempre termina encontrando la forma de entrar en mis lugares seguros o en los más recónditos a los que nunca pensé que llegaría, y en muchos momentos solo estoy exhausta de intentar escapar. Pero esos otros personajes, que fueron como ángeles mandados del cielo, me devolvieron la fe en el cuento. Me enseñaron que las historias de terror, esas que no te dejan dormir por la noche o te hacen tener pesadillas, pueden volverse cuentos de hadas, aventuras, o comedias. Ellos me enseñaron que todo va a estar bien, a pesar de que la sombra siga ahí, pues si tienes a las personas adecuadas a tu lado para combatirlo, o por lo menos soportarlo, la vida se vuelve un poco más fácil y se llena de luz.

“¿Cómo me lo enseñaron?” se preguntarán. Irónicamente, cada vez que pasa algo bueno en mi vida es como si por fin fuera hora de mi final feliz, pero en medio de escribir la oración el esfero explota, manchando de tinta todo el papel. Tal vez fue mi sombra, me encontró y saboté mi final feliz. Ahora todo es borroso, ni yo misma recuerdo lo que estaba escribiendo, ahora es una mancha negra en el papel con un par de palabras que logro leer, mas no me dan esperanza alguna. Tengo terror de perder esas cosas buenas que tengo, especialmente a las personas que amo. Sé bien que la gente va y viene, mas no puedo evitar sentir escalofríos cada vez que pienso en ello. No quiero que la gente se

vaya, pues se ha vuelto muy fácil para mí amar a alguien, especialmente cuando todas las almas que realmente he conocido me han dado tantas razones para hacerlo. Y por más que duela, es la verdad: la gente va y viene, y hay algunas que no vuelven, por más capítulos y trabajo que les hayas dedicado. Esas muchas personas que me han dado infinitas razones para amarlas, también han creado muchas posibilidades para que mi sombra vuelva a sabotearme, pues se vuelven mi refugio, en donde dejo de huir y me quedo quieta, deleitada por la narración del momento y ella me encuentra, sabotando todo. Pero siempre hay una luz al final del túnel, y es que esas mismas personas me enseñaron que igual vale la pena seguir escribiendo, introducir las en mi historia, pues ellas iban a estar ahí para mí cuando mi sombra me encontrara. Y si algún día tenían que partir, los buenos recuerdos que me dejaran harían el trabajo duro de limpiar los manchones de tinta por mí y servir como luz cuando todo se pusiera oscuro. Por lo menos ya no iba a estar sola, y eso es el mayor alivio y satisfacción que pude sentir. Es igual que oír las palabras “no estás solo”, pero sentir, por primera vez en la vida, que sí son verdad, y sin prueba alguna, arrojarte al oscuro abismo y creerlas. Así aprendí que muchas de las personas que entran en mi vida no son solo un personaje más, sino que se volverían en mis guardias y mi fortaleza, mis ángeles.

En este momento de nuestras vidas, en el que todo está cambiando,

cuando estamos a punto de graduarnos, aplicando a universidades y muchos no sabemos qué queremos hacer con nuestras vidas, el miedo puede estar más presente que nunca: miedo a que tu universidad de ensueño no te acepte, a que ninguno de tus planes salga bien, a ser un fracaso o a quedarse solo. No les voy a decir que no tengan miedo, no solo porque sería extremadamente hipócrita de mi parte, sino porque no se trata de eso. Esta sombra está presente en la historia de cada uno de nosotros y es imposible escapar de ella del todo, pero no por eso podemos paralizarnos y dejar de escribir. Sé que es fácil creer que nuestro mundo se acaba, que nada vale la pena, y que la vida es solo un infierno al que fuimos mandados y ni siquiera sabemos por qué. Pero yo les digo que no pierdan la fe, ni en la humanidad, ni en los próximos capítulos, y que todo va a estar bien. A pesar de que todos pasamos por dificultades, la vida me ha enseñado que Dios te manda ángeles cuando menos te lo esperas, y a mí me ha mandado a los mejores.

Solo tú puedes enfrentar tus miedos, al igual que solo yo puedo enfrentar los míos, y no sé qué pase con nosotros, con la promoción 2024, pero sé que los ángeles llegan cuando más los necesitas. Algunos tienen su propio capítulo, otros se convirtieron en las hermanas que nunca tuve, otros ya no volvieron a aparecer en mi historia y su ausencia dejó un vacío doloroso, aunque siempre estaré eternamente agradecida con todos. No importa cuántos capítulos ocupa-

ron o van a ocupar, cada uno de ellos tiene un espacio importante en mi corazón y en mi historia. Nunca podré hacerles entender cuánto aprecio sus pequeños detalles, esas veces que me tomaron de la mano y me llevaron a un lugar en el que el miedo no me alcanza, o cuando podía esconderme en uno de sus abrazos. Tan solo espero que esos ángeles sepan y nunca olviden que siempre voy a estar acá para ellos, sin importar cuántos capítulos pasen.

Así que no se preocupen, todo va a estar bien. No se rindan y tengan, en cambio, fortaleza, porque tal vez ustedes sean un ángel para alguien. Yo, al menos, después de lo afortunada que he sido, y así el miedo siga robándose el protagonismo, no tengo excusa para desistir, y espero algún día ser el refugio de alguien más y poder hacer de su historia algo mejor.

///

## Jaroslav Vlasak

“Nosotros tenemos que ser el cambio en la forma en que interactuamos con el mundo alrededor nuestro”.

### Un argumento en contra de la indiferencia

La audiencia de cada discurso de Once se identifica al instante. Están las personas que hacen un listado de

amigos y experiencias que evidentemente le hablan a su círculo más cercano. Están los que citan un reguero de fuentes y buscan conectarse con los profesores y uno que otro estudiante que está atento. Y están las personas que reflexionan sobre su proceso personal y ya. Mi discurso no está dirigido a ninguno de estos grupos, sino, más bien, a los que no están aquí. Me refiero al estudiante que está ahora pensando solamente en el examen de matemáticas, al que está jugando clash royale en su celular e incluso al que esté escondido en la biblioteca porque decidió que este espacio no era importante para él.

Esta va a ser mi audiencia. Parece limitada pero en realidad no lo es. Porque la actitud que tienen estos individuos es la misma actitud que tristemente hemos adoptado en Semestralizado. Esto va más allá de poner atención en asamblea, de cuando uno decide hacer el trabajo de una clase durante otra, o de abrir un juego en el computador mientras un estudiante o profesor está presentando un tema. Confieso que a veces he hecho esto y creo que nadie puede negar haber hecho lo mismo. Este comportamiento consiste en el estado de indiferencia y apatía que adoptamos ante cosas que no nos interesan o que no consideramos importantes. Cuando uno no pone cuidado en una clase es porque cree que puede invertir su tiempo en algo más relevante.

A simple vista, el problema de pensar así no es evidente. En teoría,

el efecto solo se refleja en uno. Esta no es la realidad. El absentismo es una falta que afecta a todos los involucrados. Les pregunto a ustedes cuánto valoran su esfuerzo. ¿Alguna vez organizaron algo -puede ser hasta algo pequeño, por ejemplo, un plan con sus amigos- y le meten toda la dedicación del mundo para hacerlo, y ya cuando todo está organizado y ya invirtieron sus valiosas horas de sueño, de la nada sus amigos dicen que qué manera hacer lo que planearon o simplemente ponen una cara amargada durante el evento? Eso duele. Uno está tan entusiasmado y ¡plop! Todo se derrumba al ser abaratado por una respuesta seca y apática. Cuando uno no pone cuidado al trabajo de los demás, cuando uno no pone un mínimo esfuerzo, este es el efecto que se produce en los demás. Sea estudiante, profesor o cualquier persona, el no darle importancia al trabajo de otro es cruel. La primera vez que caí en cuenta de esto fue en noveno, en una actividad del club de sociales para Semestralizado a la que nadie asistió. Para tener aforo nos tocó pedirle el favor a los capitanes de ese entonces si les decían a los candidatos a capitanía que fueran porque, de lo contrario, todo nuestro trabajo iba a ser ignorado y despreciado.

Obviamente, la vida real no funciona así. Si uno no quiere hacer algo, simplemente no se inscribe. Uno decide qué quiere y qué no quiere hacer. Pero la realidad de la situación es que es inevitable que, en algún momento, a uno le toque

hacer algo que uno no quiere hacer. Es la simple naturaleza de vivir en una comunidad. A uno le va a tocar visitar al amigo que le da jartera o hacer el trabajo que le desespera. Las relaciones humanas necesitan que uno dé de su parte. Por esto tenemos que ser capaces de dar de nosotros hasta en lo que no queremos hacer. No es sostenible vivir haciendo berrinche cada vez que algo no sale como uno quiere.

Tampoco digo que tienen que tomarse la vida y las situaciones incómodas como se les presentan. El problema es ser indiferente y ese es el estado de Semestralizado. En vez de hacer algo y comunicar nuestra inconformidad por medio de consejeros o informes parciales, nos quedamos en la comodidad de quejarnos.

Puede parecer que este no es un tema urgente, que los efectos de esta forma de pensar son invisibles o incluso irrelevantes. Esto no es cierto. ¿Saben por qué la semana cultural se ha vuelto dos y -con suerte- tres días de actividades? Porque la gente no iba. En vez de acudir a las actividades planeadas, nosotros los estudiantes preferíamos ir a un torreón y capar el día. Si nuestra celebración de la cultura estudiantil se ha convertido en ausencias, me aterra pensar eso qué dice de nosotros como comunidad.

Yo sé que somos capaces de cambiar esta actitud tan dañina que hemos asumido. Semestralizado me ha dejado conocer a fondo y tener amistades íntimas con fieles adhe-

rentes a esta filosofía tan peligrosa. Conociéndolos sé que son personas buenas y espero que reflexionando después de este discurso piensen dos veces antes de hacer la tarea de matemáticas en vez de ir a asamblea. No digo que este sea un cambio fácil, especialmente si tenemos en cuenta que esta mentalidad está profundamente incrustada no solo en nuestra percepción nogalista, sino incluso en el país. Pero la realidad es que no podemos tener más sillas vacías. Nosotros tenemos que ser el cambio en la forma en que interactuamos con el mundo alrededor nuestro.

Espero que mi discurso tenga un efecto en ustedes. Que lo discutan en clase de español o consejería. Que digan cuán distorsionado

es, o cómo realmente me conecto con ustedes. O que simplemente comenten que, al parecer, tengo el ego por las nubes. Solo les pido que su respuesta sea algo más que silencio, algo más que indiferencia y apatía. Tomen acción sobre lo que piensan y ayúdenme a sentir que mis palabras tuvieron alguna repercusión. En estos 14 años he conocido una comunidad verdaderamente increíble que sé que es capaz de tener un efecto inmensurable en el mundo, pero para ello tenemos que comenzar a dar un poco más de nosotros, un poco de esfuerzo, y valorar el trabajo de los demás para que juntos podamos impulsar la sociedad a nuevos límites.

**"Remolino"**, lápiz y acrílico sobre lienzo  
Samuel Godoy, 2024  
Programa de Concentración en Arte



COLEGIO LOS NOGALES

*El camino hacia la* **EXCELENCIA**